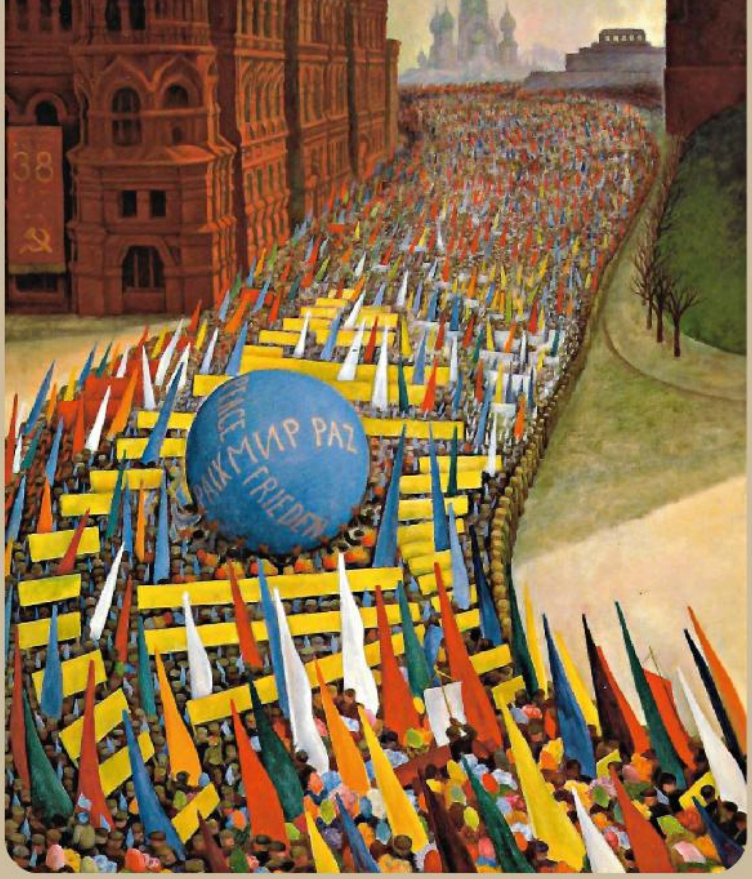


XIMENA URTUBIA ODEKERKEN - MANUEL LOYOLA
(EDS.)

AMÉRICA LATINA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

HISTORIAS ENTRELAZADAS DEL SIGLO XX

Ariadna ediciones

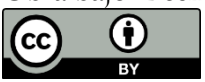
América Latina y la Unión Soviética:
historias entrelazadas del siglo XX

Este libro fue revisado y sometido a evaluación de pares (referato externo doble ciego) según exige Ariadna Ediciones como requisito de publicación. De igual manera, no se detecta en el texto el uso informado u omitido de inteligencia artificial

América Latina y la Unión Soviética:
historias entrelazadas del siglo XX

Ximena Urtubia Odekerken / Manuel Loyola
Editores

ISBN: 978-956-430-025-2
Santiago de Chile
Primera edición, noviembre 2026
Gestión editorial: Ariadna Ediciones
http://ariadnaediciones.cl/
https://isni.org/isni/0000000485172652
https://ror.org/00jzpj618
Doi: https://doi.org/10.26448/ae9789564300252.212
Portada: Matías Villa sobre pintura de Diego Rivera y carátula de un disco de Rolando Alarcón
Obra bajo Licencia Creative Commons Atribución



Esta editorial postula o indexa su producción, de acuerdo al carácter de la materia de los libros, en Book Citation Index de WoS (sólo libros en inglés, ver https://n9.cl/bx7i3); en Dialnet libros; Open Access Publishing in European Networks, OAPEN; en el Muse Project (Universidad John Hopkins); en el Directory of Open Access Books, DOAB; en Open Textbook Library; en la Sala de lectura Hispana de la Biblioteca del Congreso de EEUU; en la Digital Library of Commons (Universidad de Indiana, EEUU). Además, agrega sus trabajos en los repositorios ZENODO (OpenAIRE, Europa Occidental), en Scilit; HAL (Archives ouvertes, Francia), Google Scholar; SSOAR; ProQuest Central; Knowledge Commons Works; PhilPapers; The Philosopher´s Index; WorldCat; Open Textbook Library U. Minnesota); Scipedia; Humanities Commons; Modern Language Association MLA; Open Library (Internet Archive); Open Research Library, la red social académica Academia.edu. Indexa, a la vez, toda producción en el repositorio ANID que cuente con folio Fondecyt. Participamos, a la vez, del proyecto del Consejo Nacional de la Cultura titulado Biblioteca Nacional Digital. Todos nuestros textos disponen de los registros ISBN y DOI. Catálogo editorial en https://ariadnaediciones.cl/

Tabla de contenidos

América Latina y la Unión Soviética: trayectorias y perspectivas de un campo historiográfico……...7

De la Revolución a la «Rusia heroica». Solidaridad y vínculos políticos y culturales entre Argentina y la Unión Soviética, 1917-1946……23
Hernán Camarero

De viaje a la Unión Soviética: experiencias de comunistas mexicanos en Moscú durante la década de 1920…….55
Grecia Chávez Medina

El movimiento de los «Amigos de la URSS»
y la política de la Sociedad de Vínculos Culturales con el Extranjero (VOKS) en Brasil……...73
Andrey Schelchkov

Diego Rivera en Moscú: la Oposición de Izquierda y el arte revolucionario, 1927……...107
Mauro Sebastián Espínola Terán

«Ayúdame, Valentina»: apuntes sobre la presencia de la URSS en el canto popular chileno durante el siglo XX……...125
Manuel Loyola

Un nicaragüense en Moscú: Carlos Fonseca Amador y el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes de 1957……...143
Gastón Daniel Mazzaferro

Miguel Otero Silva: un largo camino a Moscú…….165
Kristina Buynova

Otro poeta peruano al pie del Kremlin: Gustavo Valcárcel y su viaje a la Unión Soviética……185
Guillermo Alexís Fernández Ramos

Mediador de la «Revolución en Libertad»: Máximo Pacheco como embajador de Chile en la URSS (1965-1968)……...201
Felipe Yévenes Hevia

«Somos hermanos y hay un futuro común por construir». La delegación argentina al XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes (Moscú, 1985)…….223
Guadalupe Seia y Yann Cristal

La vitrina soviética en Argentina: diplomacia cultural y espectáculos de masas (1946-1991)…….239
Ximena Urtubia Odekerken

Las autorías……271

América Latina y la Unión Soviética: trayectorias y perspectivas de un campo historiográfico

En 1921, el sindicalista mexicano Manuel Díaz Ramírez viajó a Moscú. Durante su estancia, participó en el congreso de la Internacional Sindical Roja y se entrevistó con Lenin. Desde mediados de los años veinte, la VOKS, la institución soviética encargada del intercambio cultural con el exterior, tejió en Brasil vínculos con intelectuales y atendió los pedidos de literatura para difundir en ese país. Lo mismo hizo en México, Chile y Argentina, donde promovió la formación de asociaciones y gestionó los viajes de las delegaciones a las ciudades soviéticas.[1] En 1927, tanto las celebraciones por el décimo aniversario de la Revolución como el primer Congreso Mundial de los Amigos de la Unión Soviética contaron con una nutrida asistencia latinoamericana. A partir de los años cuarenta, estas iniciativas se fortalecieron con el establecimiento de las relaciones diplomáticas. En Argentina, el Festival de Cine de Mar del Plata y la Exposición Industrial Soviética fueron una suerte de vitrina que exhibió lo soviético a públicos más amplios que los afines al comunismo. Desde la cuenca del Caribe, estas redes militantes e institucionales también permitieron la visita de políticos y escritores, como el nicaragüense Carlos Fonseca Amador, que asistió en 1957 al VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, y el venezolano Miguel Otero Silva, que visitó Moscú en 1965. Al igual que muchos viajeros, ambos dejaron testimonio escrito de sus experiencias.

Durante el siglo XX, América Latina y la Unión Soviética (URSS) se hicieron presentes la una en la otra a través de múltiples historias entrelazadas. En conjunto, conforman una temática que ha suscitado un sostenido interés en las últimas décadas: los vínculos políticos y culturales entre América Latina y la URSS. Si las crónicas e investigaciones de antaño denunciaron obsesivamente el «peligro comunista» y la penetración económica y militar del Kremlin o, por

[1] Andrey Schelchkov, «La política latinoamericana de la Sociedad Soviética de Vínculos Culturales, VOKS, en el período 1920-1930», *Izquierdas*, n.º 54 (abril de 2025): 1-30.

el contrario, subestimaron esos vínculos por su peso geopolítico, el giro global en la historiografía latinoamericana y latinoamericanista significó una renovación analítica que ha permitido cuestionar las visiones reduccionistas. Junto al acceso a nuevas fuentes, eso impulsó el desarrollo reciente de un campo de estudios, aún en construcción, donde confluyeron dos tradiciones historiográficas, cada una con su propio problema: por un lado, la adscripción y las identificaciones con la URSS; por otro, la diversidad de relaciones que se establecieron con ese país, más allá de la identificación ideológica. En esa trayectoria se inscribe este libro.

Cuando los archivos hablaron

Desde el triunfo de la Revolución de Octubre, los tempranos vínculos soviético-latinoamericanos estuvieron mediados por las organizaciones de izquierda afines a los bolcheviques. Tras la fundación de la Internacional Comunista en marzo de 1919, al poco tiempo se establecieron los primeros contactos con América Latina. Como muestran Lazar y Víctor Jeifets, Mijaíl Borodin fue el primer emisario ruso encargado de entablar nexos, impulsar núcleos comunistas y explorar posibles vínculos gubernamentales con el continente. Llegó en el otoño del mismo año a la Ciudad de México, donde tuvo un rol decisivo en la fundación del Partido Comunista Mexicano.[2] Al mismo tiempo, impulsó la creación de un primer espacio organizativo del también llamado Komintern, el Buró Latinoamericano. Entre 1920 y 1922, el argentino-alemán Félix Weil, enviado con credenciales e instrucciones de Zinóviev, jugó un papel similar en la región del Río de la Plata. Al poco tiempo de arribar a Buenos Aires, tomó contacto con el Partido Socialista Internacional y contribuyó a estrechar sus vínculos con Moscú.[3] Hacia 1925, en siete países ya estaban constituidos los partidos comunistas: además de México y Argentina, en Chile, Brasil, Cuba, Uruguay y Guatemala. En la Primera Conferencia Comunista

[2] Lazar Jeifets y Víctor Jeifets, «Michael Borodin. The first Comintern Emissary to Latin America», *The International Newsletter of Historical Studies on Comintern, Communism and Stalinism*, n.º 5/6 (1994-1995): 145-149.

[3] Hernán Camarero, «El joven Félix Weil en Argentina: entre el comunismo, el estudio del movimiento obrero y el proyecto del Instituto de Frankfurt», *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n.º 26 (marzo-agosto de 2025): 37-58.

Latinoamericana celebrada en junio de 1929, participaron delegados de catorce países del continente. Mucho antes que los canales diplomáticos y estatales, estos fueron los principales puentes a través de los cuales se fue superando la enorme distancia geográfica y cultural. Como reflejan los primeros cinco capítulos de este libro, a través del mundo comunista se construyó la imagen de la URSS y lo soviético en el continente, con sus viajes, publicaciones, películas, redes intelectuales y asociaciones de amistad.

Durante muchos años, todos los estudios históricos sobre los partidos comunistas estuvieron signados por la escasez de fuentes documentales directas. Así lo reconoció, por ejemplo, uno de los pioneros en el estudio del Komintern en América Latina, el historiador y politólogo estadounidense Robert J. Alexander. En su libro advirtió que, sobre todo para los años posteriores a 1928, solo había «retazos de información que se pueden reunir para obtener algún tipo de imagen de conjunto».[4] Posteriormente, lo mismo comentó el historiador venezolano Manuel Caballero en un libro que se transformó en toda una referencia sobre este tema.[5] Dada la penumbra sobre las dinámicas internas, las lecturas maniqueas —reflejo de la polarización de la Guerra Fría— llenaron ese vacío con especulaciones: la Internacional Comunista fue presentada como un aparato omnipresente y conspirativo, mientras que los partidos comunistas fueron analizados como meras «correas de transmisión». Las fuentes disponibles, no obstante, igualmente permitieron la aparición desde fines de los cincuenta de trabajos centrados en los virajes tácticos y la evolución ideológica de estas organizaciones, a propósito de los debates en torno a la dependencia de los partidos locales respecto a la Internacional.[6]

---

[4] Robert J. Alexander, *Communism in Latin America* (New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1969 [1957]), 32. Traducción propia.

[5] Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943* (Caracas: Nueva Sociedad, 1987 [1986]), 18.

[6] Podemos mencionar los trabajos de Theodore Draper, Hermann Weber, Annie Kriegel, Paolo Spriano y Henry Pelling. Para América Latina, la primera investigación académica en esta línea es la tesis doctoral de Andrew Barnard, «The Chilean Communist Party, 1922-1947», defendida en la Universidad de Londres en diciembre de 1977. Véase su traducción al español: *El Partido Comunista de Chile, 1922-1947* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2017).

La apertura masiva de los archivos soviéticos en 1991 echó por tierra las conjeturas y las lecturas más ideologizadas, aun cuando no permitió saldar el debate. La catarata documental provocó una «embriaguez de archivo» —a decir de Brigitte Studer y Berthold Unfried— que rápidamente derivó en la búsqueda de revelaciones y pruebas sensacionalistas, sobre todo para desenmascarar escándalos de espionaje, purgas y financiamiento secreto.[7] En 2012, el historiador Kevin Morgan observó que el debate centro-periferia en la historiografía europea, si bien «algo agotado y repetitivo», estaba lejos de alcanzar conclusiones comunes.[8] Sobre los partidos comunistas, puede sostenerse algo similar para América Latina: la historiografía sigue dividida entre quienes destacan su autonomía y quienes enfatizan su dependencia a Moscú,[9] una disyuntiva que responde menos a la evidencia disponible que a la manera de plantear la pregunta. En cambio, las investigaciones sobre el Komintern en el continente han reformulado el esquema centro-periferia en términos menos mecánicos, al profundizar en las jerarquías y mediaciones involucradas tanto en la formulación como en la implantación de la política comunista.[10] Con todo, la aparición

---

[7] Brigitte Studer y Berthold Unfried, «At the Beginning of a History: Visions of the Comintern After the Opening of the Archives», *International Review of Social History* 42, n.º 3 (1997): 423. Traducción propia.

[8] Kevin Morgan, «Comparative Communist History and the "Biographical Turn"», *History Compass*, n.º 10 (2012): 456. Traducción propia.

[9] Sobre el Cono Sur, por ejemplo, contrástese Olga Ulianova, «El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931): primera clandestinidad y "bolchevización" estaliniana» en *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile, 1922-1931*, ed. por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2005), 215-258; Gerardo Leibner, «Repensar la dependencia ideológica y el eurocentrismo en el comunismo uruguayo (1934-1955)» en *El comunismo en América Latina: Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)*, coord. por Patricio Herrera González (Valparaíso: Universidad de Valparaíso, 2017), 101-118; Víctor Augusto Piemonte, «Las crisis del Partido Comunista de la Argentina durante la década de 1920: acerca de los orígenes de la dependencia hacia Moscú» en *El comunismo en América Latina*, 241-269.

[10] Véase, por ejemplo, Víctor Jeifets, «México en la percepción de la Internacional Comunista: encuentros y desencuentros» en *La Revolución Rusa y América Latina: 1917 y más allá*, ed. por Carlos Miguel Herrera y Eugenia Palieraki (Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2021), 129-155; Tony Wood, «Semicolonials and Soviets: Latin American Communists in the USSR, 1927-1936» en *Transnational Communism across the Americas*, ed. por Marc Becker et al. (Urbana: University of

de fuentes que registraron discusiones internas, comunicaciones secretas y mecanismos de control, además de envíos de recursos y materiales, contribuyó a desplazar la mirada hacia las agencias locales y las dinámicas bidireccionales en la medida en que las relaciones entre el «centro» y sus «periferias» se revelaron mucho más complejas.

Durante décadas, América Latina tuvo un lugar desplazado en la historiografía sobre el movimiento comunista internacional. Tras la apertura de los archivos soviéticos, en una de las primeras obras sobre este tema se precisó que el crecimiento del Komintern se concentró principalmente en Europa y que la aparición de los partidos latinoamericanos durante los veinte fue «relativamente infrecuente».[11] Así, las nuevas evidencias documentales no alteraron el diagnóstico precedente: la historia del comunismo internacional seguía proyectando una geografía con un centro inequívoco y una periferia en la que América Latina apenas encontraba lugar. Con el giro global, esta asimetría empezó a revisarse. En su célebre libro *La rivoluzione globale*, Silvio Pons advirtió que el peso del continente en la política global del comunismo había cambiado drásticamente a partir de los años sesenta. Con Cuba, Chile y Nicaragua, América Latina adquirió una gravitación central en los conflictos geopolíticos de la Guerra Fría.[12] Más recientemente, se ha caracterizado el continente como un espacio de redes transnacionales donde las orientaciones del centro comunista fueron activamente reapropiadas y resignificadas.[13] Estas investigaciones también han

---

Illinois Press, 2023), 79-100; Mariana Massó, «Hacia la construcción del movimiento comunista en América del Sur: La trayectoria histórica del Secretariado Sudamericano de la Comintern (1925-1935)» (tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba, 2025).

[11] Tim Rees y Andrew Thorpe, «Introduction» en *International communism and the Communist International 1919-43*, ed. por Tim Rees y Andrew Thorpe (Manchester: Manchester University Press, 1998), 2. Traducción propia.

[12] Silvio Pons, *The Global Revolution: A History of International Communism 1917-1991* (Oxford: Oxford University Press, 2014 [2012]), caps. 5 y 6.

[13] Véase, por ejemplo, Sandra Pujals, «*Los poputchiki*: Communist Fellow Travellers, Comintern Radical Networks, and the Forging of a Culture of Modernity in Latin America and the Caribbean» en *Left Transnationalism: The Communist International and the National, Colonial, and Racial Questions*, ed. por Oleksa Drachewych e Ian McKay (Montreal: McGill-Queen's University Press, 2019), 155-182; Marc Becker, «The Comintern and the Question of Race in the South

permitido reconocer las conexiones, dinámicas y articulaciones subregionales y continentales que vincularon a partidos y organizaciones de distintos países.[14]

El giro global también resignificó el lugar de la URSS y, por consiguiente, sus vínculos con América Latina. Silvio Pons reconoció que el Estado soviético, en un juego de legitimación recíproca, tuvo un rol constituyente en el movimiento comunista internacional. Según este historiador, mientras representó un modelo y un horizonte, la URSS dio sostén a la identidad y la cultura política de los partidos comunistas, tanto o más que la disciplina y la organización.[15] En contraste con esta visión, hoy persiste una línea interpretativa que reduce el llamado «seguidismo soviético» al terreno de la irracionalidad.[16] Este debate escindió la historiografía latinoamericana en torno a un tema que fue la principal vía de entrada al estudio de los vínculos entre la URSS y el continente: el impacto de la Revolución rusa. Al respecto, se han planteado posiciones que van desde analizar el triunfo bolchevique como un hecho emocional,[17] hasta entenderlo, en cambio, como un referente simbólico en el que confluyeron debates ideológicos y disputas políticas e identitarias que decantaron en la formación de los partidos comunistas.[18] Últimamente, se han desarrollado enfoques que ven la adscripción prosoviética y el sovietismo como un

---

American Andes» en Drachewych y McKay, *Left Transnationalism*, 270-285; Marc Becker, Margaret M. Power, Tony Wood y Jacob A. Zumoff, «Introduction. From the National to the Transnational» en *Transnational Communism across the Americas*, ed. por Marc Becker et al. (Urbana: University of Illinois Press, 2023), 1-10.

[14] Por ejemplo, Mariana Massó y Gabriel Piro Mittelman, «Presentación del dossier», *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n.º 29, dossier «El comunismo latinoamericano: historias comparativas y supranacionales» (septiembre de 2026 a febrero de 2027): 31-35.

[15] Pons, *The Global Revolution*, xiii.

[16] Véase una obra influyente de este enfoque: François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

[17] Santiago Aránguiz Pinto, «*Chile, la Rusia de América*». *La Revolución Bolchevique y el mundo obrero socialista-comunista chileno (1917-1927)* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2019).

[18] Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires: la izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015); Hernán Camarero, *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución Rusa en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017).

discurso social, es decir, una construcción ideológica, histórica y socialmente situada.[19]

Estudios recientes han incursionado en la presencia cultural soviética vinculada al mundo comunista. Una línea de investigación que ha tenido un sostenido desarrollo ha sido la cultura impresa y, en particular, la edición y distribución de libros soviéticos. En este ámbito, investigaciones sobre México, Brasil y Argentina, por ejemplo, han atendido las editoriales, bibliotecas y librerías, además de las prácticas de lectura y la educación militante.[20] Otra veta ha sido el cine soviético, en particular, la llegada de los primeros documentales y películas a Buenos Aires y Santiago en los años veinte y treinta.[21] También se han estudiado las sociedades de amistad con la URSS y su proyección internacional, así como la política de la VOKS hacia el continente.[22] De este modo, se han abordado los tempranos vínculos culturales que artistas, intelectuales y profesionales latinoamericanos establecieron con un

---

[19] Ximena Urtubia Odekerken, «Hacia un partido mundial y nacional: la cultura política comunista en tiempos de Stalin (1931-1945)» (tesis de maestría, Universidad de Santiago de Chile, 2019). Véase, además, Manuel Loyola T., «La función de lo soviético en Chile. La actuación editorial del inmigrante ucraniano Boris Orjikh», *Cuadernos de Historia*, n.º 53 (2020): 150-152.

[20] Entre otros, Sebastián Rivera Mir, *Edición y comunismo: Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)* (Raleigh: Editorial A Contracorriente, 2020); Lincoln Secco, «Lecturas comunistas en Brasil (1919-1943)» en *Edición y revolución. Lecturas comunistas en Brasil y Francia*, comp. por Marisa Midori Deaecto y Jean-Yves Mollier (Buenos Aires: Ubu Ediciones, 2022 [2013]), 37-97; Horacio Tarcus, *Libros para la revolución: La edición marxista en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2026).

[21] Lucio Mafud, «El primer cine soviético en Argentina. El Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso y la distribuidora Russ Film (1922-1927)», *Políticas de la Memoria*, n.º 20 (2020): 220-233; Ximena Urtubia Odekerken, «Cine y comunismo: recepciones del cine soviético en el Partido Comunista (Chile, década de 1930)» en *Políticas culturais dos partidos comunistas na América Latina*, ed. por Geferson Santana y Adriana Petra (São Paulo: Selo História da América Latina, 2020), 156-191.

[22] Magdalena Garrido Caballero, «Las relaciones político-culturales de Argentina y España con la Unión Soviética: la proyección internacional de las asociaciones de amistad (1927-1956)», *Avances del Cesor* 6, n.º 6 (2009): 7-25; Manuel Loyola Tapia, «La asociación de amigos de la Unión Soviética en Chile, 1927-1943», *Estudos Ibero-Americanos* 42, n.º 1 (2016): 308-326; Andrey Schelchkov, «La política latinoamericana de la Sociedad Soviética de Vínculos Culturales, VOKS, en el período 1920-1930», *Izquierdas*, n.º 54 (abril de 2025): 1-30.

país que consideraban, en distintos sentidos, referente de una modernidad alternativa. Más específicamente, se han analizado los testimonios de los primeros viajeros que pudieron visitar la URSS y, con ello, representaciones que canalizaron las propias expectativas en torno a la transformación social.[23] Sobre todo para las primeras décadas de la segunda posguerra, otros trabajos han examinado cómo la doctrina estética soviética, el realismo socialista, se transformó en un marco referencial y un objeto de debate en la literatura, las artes plásticas y la música latinoamericanas.[24] Varios de estos temas reaparecen en los capítulos del libro.

Que las relaciones entre los partidos comunistas y el Komintern se hicieran cada vez más complejas fue decisivo en la constitución de un campo que, con el tiempo, amplió sus intereses de indagación y sus escalas de análisis. La adscripción prosoviética alcanzó el terreno de la cultura, lo que no necesariamente supuso una ruptura con visiones que —bajo la forma del «seguidismo soviético» o de la rusofilia— tienden a exagerar su dimensión psicológica. Como es posible apreciar, el estudio del sovietismo, o la presencia simbólica y discursiva de lo soviético, habilitó enfoques que cruzaron la historia política con la historia cultural e intelectual. Así, se ha ido revelando un mundo poblado de actores tan numerosos como

[23] Horacio Tarcus, «Viajeros argentinos al País de los Soviets. Estudio preliminar» en *Primeros viajeros al País de los Soviets: Crónicas porteñas 1920-1934* (Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires, 2017), 9-21; Santiago Aránguiz Pinto, «El "viaje revolucionario": el relato testimonial como "utopía realizada". Rusia soviética y la prensa comunista chilena (1922-1927)» en *El Comunismo en América Latina*, 57-77. Véase, además, *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, comp. por Sylvia Saítta (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

[24] Sobre Chile, por ejemplo, véase Mauricio Gómez Gálvez y Javier Rodríguez Aedo, «"Entre la hoz y el martillo": vínculos entre música culta, folklore y política en Chile durante la Guerra Fría (1947-1973)», *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n.º 35 (octubre de 2018): 1-20; Josefina Lewin Velasco, *La trinchera realista. Consignas de la plástica comunista chilena en la temprana Guerra Fría* (Santiago: RIL Editores, 2025); Constanza Chacón Arancibia, «El Partido Comunista de Chile y su programa literario en la década del cincuenta: el caso de las revistas Viento Sur y La Gaceta de Chile», *Sur y Tiempo. Revista de Historia de América*, n.º 11 (enero-junio de 2025): 129-165. Véase, además, Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

diversos, cuyas iniciativas y apropiaciones contribuyeron a dar forma a esos vínculos.

El despliegue de estas historias entrelazadas en ámbitos relacionados con los partidos comunistas nos remite a una pregunta central en esta historiografía: ¿cómo se configuró el sovietismo comunista y cuáles fueron los alcances de su mediación cultural? El estudio de las formas que adoptó lo soviético y los canales a través de los cuales circuló ha develado que, más allá de los círculos militantes, la admiración hacia la URSS se manifestó en sectores políticamente heterogéneos. ¿Eso significa que tenían una doble moral frente al terror y la pérdida de libertades? ¿O acaso también participaban de una devoción necia a las evidencias? ¿Cómo fueron apropiados y resignificados los lenguajes universalizantes asociados a la experiencia soviética? Analizar qué se entendía por lo soviético y qué valor se le atribuía contribuye, sin duda, a tomar distancia de los juicios retrospectivos. En ese sentido, reconocer sus distintos significados, las formas en que fueron apropiados y los cambios que experimentaron permite comprender mejor tanto la diversidad de experiencias vinculadas con lo soviético como su relación con las sociedades y las culturas políticas latinoamericanas.

Un protagonismo por recobrar

La disolución del Komintern, el inicio de la segunda posguerra y la muerte de Stalin marcaron el paso hacia una nueva etapa en los vínculos entre América Latina y la URSS. El establecimiento de relaciones diplomáticas a partir de los años cuarenta abrió distintos canales de contacto que, salvo excepciones fugaces (por ejemplo, México y Uruguay), no se habían habilitado. La apertura de embajadas, el envío de delegaciones o la realización de exposiciones y festivales con credenciales oficiales, además de la iniciativa de las empresas privadas, se sumaron a las redes políticas y militantes que antes sostenían tanto la VOKS como los distintos organismos del Komintern. Como evidencian los seis capítulos finales del libro, esta confluencia estuvo caracterizada por la Guerra Fría y la consecuente división del escenario internacional en dos bloques ideológicamente enfrentados.

La Guerra Fría, uno de los períodos más estudiados de la historia contemporánea, ha sido objeto de una profunda revisión historiográfica en las últimas décadas. El giro global permitió cuestionar las premisas de aquellos estudios que abordaban el período exclusivamente a partir de la disputa geopolítica entre Estados Unidos y la URSS. Estas investigaciones profundizaron en las estrategias y acciones militares y diplomáticas desplegadas por ambas potencias para librar un conflicto en el que los demás países figuraban como «zonas de influencia». Desde este enfoque, América Latina era concebida apenas como un objetivo más de la política exterior norteamericana. La consideración de la Guerra Fría como un fenómeno global amplió el horizonte de análisis y puso en cuestión este esquema bipolar.

En su reconocido libro *The Global Cold War* (2005), Odd Arne Westad destacó la importancia del Tercer Mundo para las superpotencias. Las intervenciones tanto de Estados Unidos como de la URSS en Asia, África y América Latina coadyuvaron, según este historiador, a los procesos de descolonización y radicalización de los años setenta y ochenta.[25] Este desplazamiento «hacia el sur» resignificó el lugar de esos países en la disputa geopolítica: de ser vistos como zonas de influencia, pasaron a ser partícipes activos. Posteriormente, Westad amplió esta mirada al plantear que la Guerra Fría, como fenómeno global, fue esencialmente un conflicto ideológico entre el socialismo y el capitalismo, cuyas raíces databan de finales del siglo XIX. Así, en América Latina la larga Guerra Fría se expresó, sobre todo, en el plano nacional con las confrontaciones entre izquierdas y derechas. Fuera de Cuba, la URSS «fue más bien un espectador activo que un participante destacado».[26]

La visibilidad que tales planteos dieron a los países periféricos abrió una senda que empalmó con la incipiente puesta en práctica de enfoques transnacionales en la historiografía latinoamericana.[27] En

[25] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007 [2005]), 396.
[26] Odd Arne Westad, *La Guerra Fría: Una historia mundial* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018), 376.
[27] Sobre el impacto del giro global en esta historiografía, véase Sergio Serulnikov, «El giro global en la historiografía latinoamericana» en *Producción de saberes y*

un libro precursor de la historia global en Chile, Olga Ulianova advirtió que las investigaciones norteamericanas, ruso-soviéticas y europeas no integraban América Latina: el continente era visto como un escenario más de la contienda entre las superpotencias; incluso en la obra de Westad, Sudamérica seguía estando ausente.[28] Para Ulianova, tanto la apertura de los archivos soviéticos como la desclasificación de los documentos norteamericanos, aun cuando contribuyeron a sobredimensionar el peso del factor externo, representaban una posibilidad para el surgimiento de nuevas líneas de reflexión: «Creemos que hoy [en 2009], (…) al constatar a través de múltiples estudios de casos nacionales que ésta era la forma en que se movía la política mundial, es el momento de prestar más atención al contenido de estos vínculos, a los discursos implícitos y las jerarquías de las relaciones que se estaban creando».[29] Un quinquenio más tarde, este impulso —en diálogo con la producción anglosajona— se materializó en el libro *Chile y la Guerra Fría global. Más allá de Washington y Moscú*. Tal como indica el título, el llamado a descentrar el lugar de las superpotencias en las historias nacionales necesariamente pasaba, en palabras de Alfredo Riquelme Segovia, por presentar a los actores como algo más que «meros *importadores* de estructuras globales o pasivos receptores de injerencias externas».[30] De este modo, aun cuando se reconocía la hegemonía estadounidense en el país y el continente —al punto que Tanya Harmer señaló que sería una completa distorsión excluirla del análisis[31]—, la Guerra Fría era entendida como un marco global en el que la visión dicotómica podía matizarse al reducir la escala al nivel de los actores e instituciones no estatales. Este tipo de

transferencias culturales: América Latina en contexto transregional, coord. por Peter Birle, Sandra Carreras, Ilken Paap y Friedhelm Schmidt-Welle (Madrid: Vervuert Iberoamericana, 2023), 101-120.

[28] Olga Ulianova, «Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el fin del mundo» en *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*, ed. por Fernando Purcell y Alfredo Riquelme Segovia (Santiago: RIL Editores, 2009), 240-245.

[29] Ibíd., 257.

[30] Alfredo Riquelme Segovia, «La Guerra Fría en Chile: los intricados nexos entre lo nacional y lo global» en *Chile y la Guerra Fría global. Más allá de Washington y Moscú*, ed. por Tanya Harmer y Alfredo Riquelme Segovia (Santiago: RIL Editores, 2014), 43.

[31] Tanya Harmer, «Chile y la Guerra Fría interamericana, 1970-1973» en *Chile y la Guerra Fría global. Más allá de Washington y Moscú*, ed. por Tanya Harmer y Alfredo Riquelme Segovia (Santiago: RIL Editores, 2014), 223.

cuestionamientos al reduccionismo de la lógica bipolar contribuyeron a dejar atrás la representación de América Latina como un receptáculo de las influencias provenientes del norte y del este, al mismo tiempo que ampliaron el repertorio de objetos de estudio, excediendo el ámbito diplomático-militar.[32]

En este desarrollo, la URSS ha tendido a figurar en un lugar más descentrado: una potencia relativamente prudente y de alcance limitado, sobre todo después de la crisis de los misiles. La presencia gravitante de Estados Unidos en el continente fue disuasiva para que, fuera del caso cubano, el Kremlin llevara a cabo una política más osada. Como señalan Augusto Varas e Ilya Prizel, estas relaciones finalmente no superaron el límite de lo tolerable.[33] Sin embargo, esta caracterización no se agotó en una descripción de la política exterior soviética, sino que también operó como un supuesto historiográfico. Rafael Pedemonte advierte que la tesis sobre la baja prioridad estratégica de América Latina, ya sea por el «fatalismo geográfico» o por el pragmatismo soviético, ha tenido un efecto perdurable en el campo: en la medida en que se privilegió lo económico y estatal, las relaciones con Moscú durante la segunda mitad del siglo XX nunca fueron un objeto de indagación relevante. Al abordarse con las mismas preguntas, según el autor, la apertura de los archivos en 1991 no dio lugar a una renovación en los estudios sobre los vínculos soviético-latinoamericanos de ese período.[34]

---

[32] Desde los vínculos entre América Latina y Estados Unidos, véase, por ejemplo, Benedetta Calandra y Marina Franco, «Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas» en *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, ed. por Benedetta Calandra y Marina Franco (Buenos Aires: Biblos, 2012), 11.

[33] Augusto Varas, *La Unión Soviética en la política exterior de América Latina: Los casos de Chile, Argentina, Brasil y Perú*, Documento de Trabajo n.º 158 (Santiago de Chile: FLACSO, 1982), 12; Ilya Prizel, *Latin America through Soviet Eyes: The Evolution of Soviet Perceptions during the Brezhnev Era, 1964-1982* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), 151-154.

[34] Rafael Pedemonte, «Una historiografía en deuda: las relaciones entre el continente latinoamericano y la Unión Soviética durante la Guerra Fría», *Historia Crítica*, n.º 55 (enero de 2015): 231-254.

Con la publicación de los libros de Tobias y Rafael Pedemonte, no obstante, se dieron pasos decisivos en la formación del campo.[35] Desde enfoques y fuentes complementarias, ambos autores desplazaron la mirada hacia las relaciones culturales y los actores no estatales. En *Soviet Internationalism after Stalin*, Rupprecht reivindicó la importancia de América Latina para la URSS en el ámbito de la diplomacia cultural. A partir de los archivos soviéticos, sostuvo que esos países representaron un recurso de integración para la sociedad rusa durante la desestalinización y la era Brézhnev: las visitas de latinoamericanos, las representaciones del continente y la imagen que la URSS exportaba a través de su diplomacia funcionaron como una suerte de espejo que reforzaba la superioridad civilizatoria y, en consecuencia, la legitimidad del régimen soviético. Por su parte, en *Guerra por las ideas en América Latina*, Pedemonte planteó que el incremento de los intercambios culturales entre la URSS, Cuba y Chile durante los años sesenta fue el resultado de la convergencia de voluntades disímiles —estatales y no estatales— que no siempre coincidieron con las expectativas de la diplomacia soviética. En ese sentido, advirtió las diferencias en las formas que adquirió la presencia soviética en cada país: mientras en Cuba el encuadramiento estatal tendió a ahogar la iniciativa espontánea, en Chile empresarios, intelectuales, artistas y políticos de diversas sensibilidades fueron parte de una red de intercambios culturales que complementó la floreciente actividad del Instituto Chileno-Soviético de Cultura durante los sesenta y los primeros años setenta.

En conjunto, varias investigaciones han explorado distintas dimensiones de los intercambios culturales entre la URSS y América Latina, tanto desde el estudio de las iniciativas soviéticas como de las experiencias latinoamericanas. Una línea de indagación ha examinado los mecanismos institucionales del *soft power* soviético: los institutos de intercambio cultural y las sociedades de amistad, además de la exhibición de cine soviético y la distribución de revistas

[35] Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin: Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015); Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2020).

de propaganda cultural.[36] Otro conjunto importante de trabajos ha abordado los «compañeros de ruta» y las redes intelectuales prosoviéticas como el movimiento de partidarios por la paz.[37] Algunos estudios se han concentrado en el llamado internacionalismo educativo a través de la Universidad de la Amistad de los Pueblos «Patrice Lumumba», su principal proyecto.[38] En particular, destacan los esfuerzos por analizar las estancias de las y los estudiantes latinoamericanos.[39] Una cuarta línea de investigación ha abordado la diplomacia científica y tecnológica: la cooperación y la formación técnica de profesionales, la organización de grandes ferias científicas e industriales, además de la visita de delegaciones, autoridades y personalidades.[40] A ello se suman algunos desarrollos

---

[36] Cristina Figueira Shah, «O papel dos institutos culturais Brasil-URSS na expansão cultural soviética no Brasil», *Revista X* 15, n.º 6 (2020): 735-753; Ángel Chávez Mancilla, «La creación del Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso como instrumento soviético del "frente ideológico"», *Letras Históricas*, n.º 24 (primavera-verano de 2021): 97-117. Véase, además, Valeria Galván y Michal Zourek, «Artkino pictures Argentina: a window to the communist Europe in Buenos Aires screens (1954-1970)», *Politické vedy* 19, n.º 4 (2016): 36-51; Didier Eduardo Monsalve Jaramillo y Melissa Arteaga Muñoz, «Una nación sin fronteras: prácticas editoriales y discursos ideológicos en la ciencia ficción de la revista *Literatura Soviética* para América Latina y el Caribe (1982)», *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 30, n.º 2 (2025): 81-106.

[37] Germán Alburquerque F., *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2011); Adriana Petra, «El Movimiento por la Paz y América Latina. Notas sobre María Rosa Oliver y una red intelectual antiimperialista en la primera Guerra Fría» en *Redes transatlánticas intelectuales y artistas entre América Latina y Europa durante la Guerra Fría*, ed. por Verónica Abrego y Thomas Bremer (Madrid: Vervuert Iberoamericana, 2023), 43-66; Carlos Aguirre y Kristina Buynova, *Cinco días en Moscú. Mario Vargas Llosa y el socialismo soviético (1968)* (Trujillo: Reino de Almagro, 2024).

[38] Liana Kirillova, «Soviet Internationalism: cultural diplomacy in Latin America and peoples' Friendship University», *Vestnik Udmurtskogo universiteta* [Boletín de la Universidad de Udmurtia]1, n.º 2 (2017): 221-230; Constantin Katsakioris, «The Lumumba University in Moscow: higher education for a Soviet-Third World alliance, 1960-91», *Journal of Global History* 14, n.º 2 (2019): 281-300.

[39] Rupprecht, «From Russia with a diploma: Latin American students in the Soviet Union» en *Soviet Internationalism after Stalin*, 191-229. Véase, además, Francisco Salvador Solari Orellana, «"Lumumberos": vivir en la URSS, luchar contra Pinochet. La experiencia de resistencia de estudiantes chilenos de la Universidad Patrice Lumumba (1973-1990)», *Actas de Periodismo y Comunicación* 10, n.º 1 (junio de 2025): 1-17.

[40] Vanni Pettinà, «¡Bienvenido Mr. Mikoyán!: Tacos y tractores a la sombra del acercamiento soviético-mexicano», *Revista de Historia Mexicana* 66, n.º 2 (2016):

más incipientes, como las giras artísticas, la llegada a América Latina de los espectáculos soviéticos y la participación de latinoamericanos en las brigadas estudiantiles de construcción en la URSS.[41] Varios capítulos del libro profundizan en algunos de estos temas, mientras que otros recuperan episodios poco conocidos.

El panorama resultante es el de un campo todavía joven. Sin duda, la historiografía ha conseguido dejar atrás la imagen de los países latinoamericanos como escenarios periféricos de la Guerra Fría. Sin embargo, descentrar el lugar de las superpotencias, por sí mismo, no resuelve el problema de cómo interpretar esas relaciones: durante mucho tiempo, su importancia se midió en función de la incidencia en la disputa geopolítica. De ahí que, en ese desplazamiento, la URSS tendiera a ocupar un lugar marginal y, con ello, sus vínculos con América Latina. Lo que queda por recobrar, más que la presencia soviética en la historia latinoamericana, es el protagonismo de los múltiples actores que dieron forma a estos vínculos.

Sin desconocer la dimensión ideológica de la Guerra Fría, los intercambios con la URSS no pueden solo comprenderse desde la disputa geopolítica ni la internalización local de la bipolaridad. ¿No respondieron también a búsquedas de modernización, expectativas de transformación social, intereses profesionales, técnicos y económicos y debates sobre modelos de desarrollo que iban más allá de la adhesión a uno de los bloques? ¿De qué manera se articularon, entonces, con las inquietudes culturales e intelectuales de las sociedades latinoamericanas? Reconstruir estas dimensiones supone atender tanto a las estrategias soviéticas como a las distintas motivaciones que alentaron los acercamientos latinoamericanos y a los sentidos que estos adquirieron en sus respectivos contextos. El desafío consiste, en definitiva, en comprender cómo tales intercambios se inscribieron en procesos históricos cuyas lógicas y

793-852; Bárbara Kirsi Silva y Alfredo Riquelme Segovia, «¿Estrellas rojas? El desarrollo astronómico en el Chile de la Guerra Fría», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 28, n.º 2 (2024): 1-36.

[41] Valeria Manzano, «Al compás del deshielo: cultura y política entre Buenos Aires y Moscú», *Prismas. Revista de historia intelectual* 23, n.º2 (2019): 211-217; Liana Kirillova, «Youth Encounters and the Practice of Solidarity: International Students and Socialist Internationalism in the Late Soviet Union», *Izquierdas*, nº 55 (septiembre de 2026): 1-24.

temporalidades no siempre coincidieron con las de la confrontación bipolar, aunque tampoco fueron ajenas a ella. En esa encrucijada se inscriben los capítulos de este libro.

Los capítulos reunidos en este volumen se presentaron en la mesa «Relaciones, recepciones e intercambios culturales entre América Latina y la Unión Soviética en el siglo XX» que coordinamos en el marco del VI Foro Internacional «Rusia e Iberoamérica en el mundo turbulento: historia y perspectivas» (San Petersburgo, octubre de 2025). A pesar de la diversidad de temas y enfoques, en ellos confluye una perspectiva cultural que, sin soslayar lo político, invita a sumergirnos en cuestiones menos evidentes y más cercanas a la subjetividad y la experiencia de las personas, un terreno donde aún queda mucho por explorar.

¿Cómo olvidar la legendaria partida entre Borís Spaski y Bobby Fischer? ¿Qué expectativas despertó la llegada del Sputnik 1 a la órbita de la Tierra? ¿Quién pudo sustraerse del impacto que generó la bandera soviética flameando sobre el Reichstag? ¿Cuántos se dejaron llevar por la curiosidad hacia los espectáculos del Circo de Moscú? Estos acontecimientos e imágenes resuenan en recuerdos y sentimientos que continúan vivos en quienes los conocieron directa o indirectamente. La estatua del zar siendo derribada o Yuri Gagarin vestido de cosmonauta son algunos de los símbolos que aún hoy representan aquella época en la que la Unión Soviética parecía encarnar el futuro de la humanidad. Atender a esas experiencias no supone la añoranza de un mundo perdido ni la indulgencia hacia el régimen soviético, y mucho menos minimizar el terror y la pérdida de libertades que lo signaron. Se trata, por el contrario, de comprender qué buscaron, qué imaginaron y qué significados atribuyeron a lo soviético quienes se acercaron a aquel país. Esta dimensión del pasado solo puede recuperarse si ampliamos la mirada más allá de las identificaciones ideológicas y los marcos de la confrontación política.

Ximena Urtubia Odekerken
Manuel Loyola Tapia
Buenos Aires y Santiago, 2026

De la Revolución a la «Rusia heroica». Solidaridad y vínculos políticos y culturales entre Argentina y la Unión Soviética, 1917-1946

Hernán Camarero

Entre el impacto inmediato de la Revolución de Octubre de 1917 y el establecimiento de las relaciones diplomáticas en 1946, Argentina y la naciente Unión Soviética (URSS) sostuvieron un vínculo que, durante casi tres décadas, careció de embajadas, cónsules y tratados. Este capítulo reconstruye ese primer tramo de una historia más larga, en un país que —por el peso de su movimiento obrero, la temprana implantación de un Partido Comunista, la magnitud de su colectividad de origen ruso y judío y la persistencia de redes intelectuales de izquierda— ocupó un lugar de particular intensidad dentro del entramado de vínculos que la URSS fue tejiendo con América Latina antes de que el Estado asumiera la conducción de esos lazos.

El propósito de estas páginas no es ofrecer una historia diplomática en sentido estricto, aunque la dimensión política asoma en más de un pasaje, sino reconstruir y repasar, en su despliegue concreto, la trama de comités, editoriales, distribuidoras cinematográficas, exposiciones y publicaciones a través de las cuales lo soviético se hizo presente en la vida pública argentina al margen de cualquier canal estatal. ¿De qué manera la Revolución de Octubre conmovió a un país situado en las antípodas geográficas de Rusia? ¿Qué redes, tendidas desde la sociedad civil, permitieron sostener durante casi treinta años una relación sin reconocimiento oficial? ¿Qué cambió, y qué se mantuvo, en esa solidaridad primera, nacida al calor del entusiasmo revolucionario, cuando dos décadas después se convirtió en apoyo a la «Rusia heroica» frente al nazismo? Estas son las preguntas que ordenan el recorrido.

El capítulo se organiza en tres apartados. El primero rastrea la irrupción del «fantasma maximalista» en la política y la cultura argentinas de fines de la década de 1910, cuando la noticia de la revolución bolchevique sacudió tanto a las izquierdas como a sus

adversarios. El segundo se detiene en la constitución, durante los años veinte y treinta, de las redes de «Amigos de Rusia» —el Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso, editoriales, una distribuidora cinematográfica que difundió a Eisenstein y Vértov, exposiciones de arte— que, desde la sociedad civil, suplieron la ausencia de canales oficiales. El tercero sigue esa misma matriz de movilización durante la lucha antifascista y la Segunda Guerra Mundial, cuando organizaciones como la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores y una intensa actividad editorial en torno a la imagen de la «Rusia heroica» dieron nueva escala a la solidaridad, hasta desembocar en la apertura de embajadas entre ambos países.

Como primer capítulo de un volumen que recorre los vínculos entre la URSS y un conjunto de países latinoamericanos a lo largo del siglo XX, estas páginas ofrecen un estudio de caso sobre la etapa más temprana de esa relación: aquella en que, mucho antes de que el Estado y, más tarde, el mercado, se convirtieran en los principales mediadores, fueron los partidos, los comités y las redes militantes los que tendieron los puentes. El caso argentino, por las razones ya señaladas, permite observar esa etapa con nitidez. A la vez, este capítulo aspira a un doble aporte: a la historia de las relaciones entre la URSS y América Latina, y a la propia historia cultural y política argentina, en la medida en que el itinerario aquí trazado convoca a militantes, editores, periodistas, cineastas, artistas plásticos e intelectuales cuya intervención en la vida pública del país excede largamente el objeto específico de estas páginas.

El «fantasma maximalista»: la Revolución rusa en la política y la cultura argentinas

La presencia rusa en Argentina se hizo sentir con fuerza a partir de la Revolución de 1917, pero no se inició con ese proceso. Ya antes del acontecimiento soviético era un fenómeno gravitante de la escena nacional: Argentina fue el país de América Latina que más población recibió desde el Imperio de los zares —entre 150.000 y 200.000 personas, la cuarta corriente inmigratoria tras italianos, españoles y franceses—, radicada sobre todo en Buenos Aires, La Plata y Rosario. La mitad eran judíos, muchos de ellos obreros de la industria textil y del mueble, y entre ellos abundaban los activistas

políticos escapados de la persecución zarista.[42] Llegaron de manera creciente desde comienzos de siglo, a raíz de los *pogroms* y de la derrota de la Revolución de 1905. El uso corriente del término «ruso» como sinónimo de judío se explica porque la mayoría eran askenazíes hablantes de idish, a quienes en Argentina se pasó a designar genéricamente de ese modo, y que conservaban costumbres como el idioma o la gastronomía.[43]

La Primera Guerra Mundial cortó el flujo transatlántico, por lo que la Revolución no se tradujo en una nueva oleada demográfica, sino en un efecto político sobre la colectividad ya instalada en Buenos Aires: activó y visibilizó tendencias «maximalistas» dentro del socialismo inmigrante. Al calor de la revolución bolchevique se había formado la Unión Obrera Socialista Rusa, que en 1921 se convirtió en el Grupo Comunista Ruso e ingresó al recién constituido Partido Comunista argentino (PC), manteniéndose activo durante esa década. En paralelo, hacia fines de 1917 se creó y fue expandiéndose la Federación de Organizaciones Obreras Rusas de Sudamérica (FORSA), editando el periódico *Golos Truda* (*La Voz del Trabajo*).

Desde un inicio, la Revolución rusa provocó interés en la sociedad, la política y la cultura de Argentina, generando fenómenos de polarización. Tuvo entusiastas admiradores en el movimiento obrero, estudiantil y popular, y entre las izquierdas y las vanguardias artísticas. Concitó las enemistades de las corporaciones empresariales, la clase política dirigente, la Iglesia y las derechas. Y, claro está, muchos sectores abrigaron opiniones o posiciones matizadas, fragmentarias, contradictorias o confusas.[44]
Hubo distintas posiciones en el mundo político y cultural de las izquierdas. El Partido Socialista (PS), reformista, saludó el

[42] Haim Avni, *Argentina y las migraciones judías: De la Inquisición al Holocausto y después* (Buenos Aires: Milá, 2005).
[43] Víctor A. Mirelman, *En búsqueda de una identidad: Los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930* (Buenos Aires: Milá, 1988).
[44] Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires: La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2015); Hernán Camarero, *Tiempos rojos: El impacto de la Revolución rusa en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017).

derrocamiento del zarismo como una revolución democrática, pero la instauración de la «dictadura del proletariado» lo llevó a la vereda opuesta, aferrado a la vía parlamentaria. La corriente de izquierda que impugnaba esas posiciones —por su abandono de la política obrera y sus claudicaciones ante la guerra— sí quiso reivindicar la herencia de Octubre: agrupada primero en el Partido Socialista Internacional (PSI) y luego en el PC, se erigió en el principal propagandista de la causa soviética y de la Internacional Comunista (IC, también conocida como Komintern), aunque con escaso alcance real en sus primeros años y con dificultades para actuar como una suerte de embajada de la república socialista. El anarquismo, por su parte, saludó inicialmente el movimiento revolucionario, pero sus alas más tradicionales terminaron impugnando la «dictadura bolchevique», mientras sectores heterodoxos mantuvieron sus esperanzas hasta inicios de los años veinte. Dentro del *sindicalismo* surgieron también alas «rojas» partidarias de la Revolución rusa.

La Revolución rusa se configuró como un espectro «subversivo». Las masas laborales argentinas, con sus condiciones de vida deterioradas por la crisis económica vinculada a la Primera Guerra, protagonizaron un reguero de combativas protestas entre 1917 y 1921, brutalmente reprimidas por el Estado y grupos armados de la clase dominante. El «fantasma maximalista» brotó en las calles de Buenos Aires e incluso lejos de esta ciudad, en Santa Cruz, Santa Fe y Córdoba. Durante la Semana Trágica de 1919, ocurrida en la capital, la policía y la extrema derecha denunciaron la existencia de un fantasioso «complot soviético», diseñado por «agitadores extranjeros» de origen ruso judío. Fue la excusa para que se produjeran ataques antisemitas y «antimaximalistas», perpetrados por uniformados y civiles contra los barrios judíos y, en especial, contra las organizaciones obreras y de izquierda.

La facción política que más persistentemente se ubicó a favor de la Revolución de Octubre y el régimen soviético fue el antes mencionado PSI, constituido en enero de 1918 y dirigido por José F. Penelón, Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla. La Revolución rusa fue el hilo rojo que terminó galvanizando a la nueva fuerza. En el manifiesto que celebraba la culminación de la Primera Guerra

Mundial, el partido proclamaba: «Los maximalistas rusos, heroica vanguardia del socialismo internacional, han echado los cimientos de una Humanidad nueva, la Humanidad redimida del porvenir, sin castas ni privilegios sociales, sin guerras y sin déspotas».[45] El partido ganó el espacio público con las acciones de solidaridad con el proceso soviético: el 1.º de diciembre de 1918, junto a otras organizaciones, el PSI impulsó en Buenos Aires una gran marcha en homenaje y conmemoración de la insurrección de 1917, en la que participaron unas diez mil personas.[46] De allí en más, la fecha se convirtió en efeméride anual impostergable para el partido. A fines de 1918, el PSI publicó la Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) aprobada en el V Congreso Panruso de los Sóviets de julio de ese mismo año. El partido comenzó a realizar campañas por el reconocimiento del Estado soviético por parte de Argentina, agitando esa consigna en el periódico, en sus proclamas electorales y en sus intervenciones parlamentarias.

También se intervenía desde el campo editorial. En 1919 comenzaron a publicarse escritos de Lenin y Zinóviev sobre el socialismo, la guerra y la revolución, con el título *De la Revolución Rusa*. El PSI también consideró auspiciosa la edición en Buenos Aires de la revista *Documentos del Progreso*, que cubría la realidad de la revolución y los inicios del régimen soviético: bajo la dirección de Simón Scheimberg y Aldo Pechini, se publicaron 45 números entre agosto de 1919 y junio de 1921.[47] Desde esa publicación también salieron folletos y libros, con traducciones y títulos precarios, firmados por Lenin, Trotski, Zinóviev y Radek, entre ellos *La victoria del Soviet*, *El advenimiento del bolshevikismo* y *La sociedad comunista*.

Bajo impulso soviético, el PSI cambió su nombre tras el II Congreso del Komintern de julio-agosto de 1920, en el que se establecieron las 21 condiciones que debían cumplir las organizaciones de la nueva

[45] «¡A los trabajadores!», *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1918.
[46] «El mitin maximalista», *La Internacional*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1918.
[47] Natalia Bustelo, «La Revolución Rusa y el entusiasmo bolchevique en las ediciones de las izquierdas argentinas (1918-1924)», en *Edición y Revolución en Argentina*, dir. por Horacio Tarcus (Buenos Aires: Tren en movimiento, 2023), 159-201.

Internacional, entre ellas la de adaptar su propia denominación. Por ello, el Comité Ejecutivo del PSI convocó a su I Congreso Extraordinario, celebrado en diciembre en la ciudad de Buenos Aires, en un salón adornado por dos inmensas banderas rojas con la hoz y el martillo y un escudo de la Rusia soviética. Desde ese momento pasó a llamarse Partido Comunista, Sección Argentina de la IC. En su manifiesto, la referencia a 1917 fue clara: «La Revolución Rusa es nuestra antorcha. Ella encierra un caudal inmenso de experiencias revolucionarias. La Revolución rusa tiene un valor universal. Sus principios son los únicos que pueden servir de base a las próximas revoluciones proletarias en todos los países».[48]

El aparato editorial del partido, bajo el sello La Internacional, se mostró activo en este período, publicando en tiradas masivas obras clásicas de Lenin —como *El Estado y la revolución*, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* y *El imperialismo, última etapa del capitalismo*, con títulos a veces cambiados—, el *ABC del comunismo* de Bujarin y varias obras de Trotski, Zinóviev y Radek. Algunas fueron las primeras traducciones al castellano, realizadas entre 1918 y 1920 por el emigrado Mijaíl E. Yaroshevski; luego, el traductor habitual de las obras rusas fue Dalmacio Baumkoler, militante polaco afiliado al PC.

La solidaridad con la Revolución rusa se expresaba, ante todo, en la arena pública. El 26 de enero de 1924, los comunistas reunieron una multitud en el funeral cívico por la muerte de Lenin: fue en el Teatro Coliseo de la Capital Federal, donde hablaron Penelón en nombre de la IC y R. Ghioldi por la dirección del partido local. Durante la década de 1920, en cada primera quincena de noviembre, miles de manifestantes convocados por el PC conmemoraban la Revolución en las principales ciudades del país. En Buenos Aires, las movilizaciones tenían un periplo recurrente, en el que se combinaban actos con tribunas y desfiles entre la Plaza Once, la Plaza de los Dos Congresos y los bordes de la Plaza de Mayo, acompañados por cánticos, bandas musicales y carteles con

[48] Partido Comunista, Comisión del Comité Central, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina* (Buenos Aires: Anteo, 1947).

símbolos soviéticos. Junto a esas marchas, se realizaban actos en salones y festivales, en los que se sucedían números musicales, declamaciones y representaciones artísticas. Además de «La Internacional», «Himno de los Trabajadores», «Hijos del Pueblo», «Himno del 1.° de Mayo» y «Bandiera Rossa», el *Cancionero Comunista* editado a comienzos de los años veinte por la editorial La Internacional recomendaba entonar el «Himno Maximalista», que rimaba la redención rusa con la caída del zarismo.

Las manifestaciones públicas de apoyo a la Revolución rusa se complementaron con la creación de diversos organismos de solidaridad. Ante las hambrunas de 1921-1922, los comunistas constituyeron el Comité de Ayuda al Pueblo Soviético, luego denominado Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso, que se encargaba de reunir comestibles, ropa y dinero para enviar a Moscú. Como parte de esa campaña, en julio y agosto de 1922, *La Internacional* interrogó a los lectores desde sus titulares: «¿Qué has hecho por los hermanos rusos?». Y aclaraba: «Tú sabes que los triunfos de Rusia son tus triunfos, y que sus derrotas son también tuyas».

Una de las formas de recaudar fondos para el Comité fue la realización de exposiciones artísticas donde se vendían las obras exhibidas, como la inaugurada en enero de 1922, organizada por Agustín Riganelli, Emilia Bertolé y José Fioravanti.[49] Allí se ofrecieron cuadros o esculturas de ellos mismos y de otros artistas que, si bien carecían de compromisos políticos explícitos, estaban ya muy instalados en el campo cultural, como Alberto Rossi, Jorge Bermúdez, Nicolás Lamanna y Emilio Centurión. También se expusieron creaciones de Lino Spilimbergo, Guillermo Facio Hebequer, Abraham Vigo, Adolfo Bellocq y José Arato, que se identificaban como «Artistas del Pueblo» y eran de origen anarquista. Rechazaban las expresiones «académicas» y fomentaban el combate social, los programas estéticos realistas y una perspectiva militante centrada en los pesares del proletariado y en el llamado a la revolución. Rusia fue una de sus principales inspiraciones.

[49] Daniela Lucena, «Por el hambre en Rusia. Una ofrenda de los artistas argentinos al pueblo de los soviets», *Sociedad*, n.° 26 (2007).

En sus primeros años, el apoyo a la Revolución rusa excedía el estrecho espacio del PC. José Ingenieros, intelectual de enorme prestigio público en el país y el continente, generó revuelo con su defensa de los bolcheviques: en noviembre de 1918 expuso la conferencia «Significación histórica del movimiento maximalista», y en 1921 reunió sus artículos sobre el tema en el libro *Los tiempos nuevos*. «Bien puede ser la revolución rusa un símbolo tan glorioso como hace un siglo lo fuera la Revolución Francesa», escribía tras la muerte de Lenin, a quien definía como «el más grande estadista de los tiempos nuevos y del nuevo espíritu».[50] Algo similar ocurrió con el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea, jurista que se manifestó a favor de los consejos obreros inspirados en la experiencia soviética: fue condenado «por delito de opinión» por un juez federal y desaforado del Senado en 1921.[51] Fueron muchos los intelectuales y dirigentes socialistas que sostuvieron posturas de este tipo.

La Revolución rusa surcó ampliamente los ámbitos de la cultura, la intelectualidad y el arte de Argentina, articulada con el desarrollo de las vanguardias estéticas y la generalización del compromiso político. La «gesta maximalista» construyó un momento de identidad específico para una camada de hombres y mujeres, que empalmó e interactuó con otros fenómenos locales, como el movimiento de la Reforma Universitaria surgida en Córdoba, cuyos jóvenes también manifestaron amplias simpatías hacia la Revolución de 1917. Como se sostuvo: «El encuentro de los jóvenes intelectuales con la Rusia de los soviets es su punto de diferenciación respecto del resto del campo cultural; el impacto ideológico-político de la revolución se convierte en un leit-motiv de discursos y prácticas artísticas, genera compromisos y articula núcleos intelectuales (…)».[52]

Jorge Luis Borges fue parte de este entusiasmo por las noticias provenientes de Petrogrado y Moscú. El todavía joven escritor

---

[50] Julio Barreda Lynch [José Ingenieros], «La glorificación de Lenin», *Revista de Filosofía* 10, n.° 2 (marzo de 1924): 307-308.

[51] Enrique del Valle Iberlucea, *La Revolución Rusa* (Buenos Aires: Claridad, 1934).

[52] Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1988), 123.

argentino tuvo un primer período izquierdista mientras vivió con su familia en Suiza. Hacia diciembre de 1917, en algunas cartas dejó testimonio de su admiración por el proceso soviético. Apenas dos años después, sin embargo, ya manifestó su desazón con el bolchevismo y solo mantuvo, durante otros dos o tres años, un apoyo general al ciclo revolucionario, más allá del régimen gobernante. Una vez trasladado a Palma de Mallorca y Madrid, entre 1920 y 1921 concibió un libro, que finalmente decidió descartar. Se trataba de una veintena de poemas en verso libre, algunos de los cuales estaban dedicados a elogiar a la «Revolución rusa, la hermandad del hombre, el pacifismo», y que iban a aparecer bajo el título de *Los salmos rojos* o *Ritmos rojos*.[53] El poema que más trascendencia tuvo fue «Rusia», al que se sumaron «Gesta maximalista» y «Guardia roja».[54]

En verdad, la Revolución rusa se mantuvo como preocupación en «Florida» y «Boedo», los dos grupos de los jóvenes escritores porteños de vanguardia. El primero de ellos, integrado por el propio Borges, Oliverio Girondo, Eduardo González Lanuza, Leopoldo Marechal y Raúl González Tuñón, estaba influido por el surrealismo y la estética ultraísta, y sus miembros se reunían en torno a la revista *Martín Fierro* (sita en la calle Florida), el café Tortoni y otros ámbitos del centro porteño. El impacto del fenómeno soviético cobró cuerpo en algunas de sus producciones, al menos, hasta 1921-1922. Lo mismo ocurrió en el otro espacio, congregado en la calle Boedo al 800, sede de la editorial Claridad, fundada en 1922 por el socialista Antonio Zamora, que se distinguía por la temática social y el interés en el vínculo con la política de izquierda. La revista *Los Pensadores*, lanzada en aquel año por Zamora, comenzó como una publicación de obras selectas y fue una de las vías de encuentro. En los años siguientes, en los poemas y cuentos de los referentes de este grupo, como Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta, Nicolás Olivari, Roberto Mariani, César Tiempo y Álvaro Yunque, se expresó la realidad soviética en términos políticos y culturales. Además, la

[53] Jorge Luis Borges, *Autobiografía* (Buenos Aires: El Ateneo, 1999), 60.

[54] «Rusia», luego publicado en *Índice de la nueva poesía americana*, comp. por Vicente Huidobro, Alberto Hidalgo y Jorge Luis Borges (Buenos Aires: Sociedad de Publicaciones El Inca, 1926).

influencia rusa era más general, pues en muchos se sentía la presencia de Fiódor Dostoievski, León Tolstói y Máximo Gorki, los tres pilares de la literatura de ese país.

¿Qué representó en sus primeros años la Revolución rusa para muchos intelectuales, escritores y artistas plásticos argentinos? «Un principio de transformación radical, cuyo atractivo residía también en las proporciones épicas de sus actos, en la rapidez con que el cambio pareció realizarse, en la juventud de muchos de sus dirigentes, en el nuevo espíritu que anunciaba al mundo la posibilidad de todas las transformaciones y el trastocamiento de todos los lugares sociales». En todos ellos, «más que grandes discusiones, en la primera década de la revolución, Rusia suscita adhesiones y fervor».[55] Se trató, en casi todos los casos, de una nueva generación, aún escasamente integrada a los circuitos más establecidos del campo cultural local. Casi ninguno de ellos adscribía firme o unívocamente a una tendencia ideológica o política específica de las izquierdas: había una múltiple e interrelacionada influencia del anarquismo, las concepciones libertarias, el *sindicalismo*, el socialismo y el naciente comunismo. En medio de esa diversidad, la Revolución de Octubre, sobre todo en su primer lustro, pudo operar como canal de diálogos, acciones y reagrupamientos.

Todo esto ocurría sin que existiesen relaciones diplomáticas de Argentina con el nuevo régimen de Rusia. Tras la toma del Palacio de Invierno, el vínculo entre ambos Estados se perturbó. El barón Eugene F. Stein, representante ruso en el país, desconoció las órdenes bolcheviques y a fines de noviembre de 1917 fue depuesto por los soviéticos. Pero Buenos Aires siguió aceptando a Stein como «representante» y rechazó el reconocimiento diplomático de la RSFSR. En parte, ello se debía a lo ocurrido con las embajadas en Petrogrado: si bien la de Argentina no sufrió el asalto cometido en junio de 1918 contra varias sedes extranjeras, posteriormente sí habría sido intervenida por los soviéticos. Un funcionario, J. Naveillán, había quedado a cargo del edificio con el objetivo de proteger el patrimonio, asumiendo una representación informal del Estado argentino; pero, al estar implicado en acuerdos con sectores

[55] Sarlo, *Una modernidad periférica*, 122-124.

contrarrevolucionarios, fue detenido en algunas oportunidades por el gobierno ruso. Buenos Aires denunció que la legación fue invadida, mancillando «la dignidad y honor de la República».[56] Finalmente, el presidente argentino, el radical Hipólito Yrigoyen, despidió a Naveillán, quien hacia 1921 abandonó la RSFSR. El régimen soviético, además, consideraba que en la Semana Trágica de 1919 se había reprimido especialmente a los rusos de Buenos Aires, lo que habría alimentado el malestar hacia Naveillán.[57] Argentina señaló el ataque a la embajada y la exigencia de una «reparación» como argumento para impedir la normalización del vínculo.

Con todo, los rusos querían activar las relaciones comerciales: en septiembre de 1921 el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores de la RSFSR, Gueorgui V. Chicherin, envió una carta al ministro de Relaciones Exteriores y Culto argentino, Honorio Pueyrredón.[58] En plena crisis alimentaria, Rusia requería las carnes y el trigo argentinos y podía ofrecer a cambio madera, caviar, pieles, aceite de máquinas de Bakú, piedras preciosas, objetos de arte y vino de Crimea. Aunque el acuerdo no pudo avanzar, Yrigoyen sí se mostró favorable al pedido soviético de ayuda a los hambrientos del Volga: había solicitado al Parlamento la concesión de un crédito a la RSFSR, el cual reembolsaría sin intereses. Hacia 1922, cuando Marcelo T. de Alvear asumió la presidencia, su ministro de Relaciones Exteriores, Ángel Gallardo (católico anticomunista y miembro de la derechista Liga Patriótica Argentina), no tuvo interés en impulsar las relaciones entre los Estados. Hubo exportaciones de granos desde Buenos Aires, pero Gallardo seguía exigiendo, como condición para cualquier arreglo, que el régimen soviético se

---

[56] Isidoro Gilbert, *El oro de Moscú: La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas* (Buenos Aires: Planeta, 1994), 83.

[57] Mario Rapoport, *Política y diplomacia en la Argentina: las relaciones con EE.UU. y la URSS* (Buenos Aires: Tesis/ITDT, 1987).

[58] Carta de Chicherin a Pueyrredón, 9 de septiembre de 1921, citada en Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina y Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, *Argentina-URSS (Rusia): páginas de historia, 1885-1986. Documentos y materiales* (Buenos Aires: EUDEBA, 1990), 97-98.

abstuviera de toda propaganda opuesta al orden institucional y social en otros países.

Los «Amigos de Rusia»: la solidaridad con la URSS en los años veinte y treinta

En diciembre de 1922 se creó la URSS, a partir de la convergencia de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia, que dos años después se organizó definitivamente con una Constitución. A partir de entonces, la URSS comenzó a alcanzar mayor nivel de reconocimiento diplomático en el mundo. Sin embargo, eso siguió postergándose en el caso argentino, mientras continuaban los cortocircuitos en el vínculo. En abril de 1923, el vicecomisario del pueblo para Asuntos Exteriores de la URSS, Maksim M. Litvínov, telegrafió al canciller argentino para informar que a las autoridades soviéticas se les había presentado un pasaporte emitido por la Misión de Rusia en Buenos Aires, que aparecía firmado como «Enviado Stein». Litvínov comunicó su total rechazo a dicha persona y expresó el deseo de un pronto establecimiento de relaciones entre los Estados. Pero el gobierno argentino no concretó ningún paso en ese sentido. Sí pudo avanzarse en esos años en algunos tratos comerciales, siempre en función de los intereses comunes del comercio agrícola. Un delegado de la Amtorg, la oficina comercial de la URSS para Estados Unidos, llamado Borís I. Kraevski, fue enviado en 1925 a Buenos Aires para obtener cereales.[59] Para ese año las ventas argentinas a Moscú fueron algo significativas.

Ante las dificultades para estrechar los vínculos oficiales con la URSS, y con la voluntad de expresar una solidaridad explícita con la Revolución rusa, surgieron varias iniciativas desde los campos político e intelectual. Fue en este contexto que nació, hacia mediados de 1925, la Asociación Amigos de Rusia, una entidad promovida por el Komintern, por esos años, en muchos países del mundo. En ese mismo año se había creado en Moscú la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Exterior (VOKS), organismo dedicado a difundir los logros soviéticos en todas las esferas —

[59] Gilbert, *El oro de Moscú*, 86.

especialmente en la cultural—, relacionando a artistas, investigadores y especialistas de los más diversos campos con sus pares soviéticos.[60]

Si bien sus labores estaban en consonancia con las políticas y las tareas del comunismo local e internacional, no fue una institución artificialmente sostenida por este. De hecho, el principal referente de la Asociación fue el Dr. Arturo Orzábal Quintana, un intelectual especializado en política internacional, que manifestaba su simpatía por el proceso de edificación de la URSS, sin pertenecer al PC. Se desempeñaba como secretario general de la Unión Latinoamericana/Sección Argentina, la organización fundada por José Ingenieros y Aníbal Ponce, en la que confluían políticos, sindicalistas e intelectuales de distintas procedencias ideológicas, como Alfredo Palacios y el pedagogo Julio R. Barcos, entre otros. Orzábal Quintana no fue el único no comunista de Amigos de Rusia: durante sus primeros meses de existencia, también se incorporaron o realizaron actividades con esta institución figuras como Bartolomé Bosio (uno de los primeros ideólogos de la corriente *sindicalista* en el país) y Carlos Sánchez Viamonte. Los miembros titulares de la institución, elegidos en noviembre de 1925, fueron Orzábal Quintana, Victorio Codovilla, Roberto Hinojosa, Honorio Barbieri, Manuel Punyet Alberti, Oscar Montenegro Paz, Gregorio Gelman, Ramón Rojo y Wenceslao Domínguez.[61]

La Asociación entendía que «Rusia encarna hoy el anhelo universal de realizar una humanidad nueva (…), una nueva civilización». Sus fines eran los de «propagar en el ambiente intelectual y obrero del país la obra constructiva que se opera en la Rusia Soviética en el terreno político, económico y cultural»; también se proponía «duchar por el reconocimiento del gobierno ruso y la iniciación de las relaciones comerciales con Rusia». Y prometía realizar su acción mediante la publicación de una revista, folletos y obras de propaganda, la organización de conferencias en instituciones

[60] Andrey Schelchkov, «La política latinoamericana de la Sociedad Soviética de Vínculos Culturales, VOKS, en el período 1920-1930», *Izquierdas*, n.° 54 (2025): 1-30.

[61] «Asociación Amigos de Rusia», *La Internacional*, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1925.

culturales y sindicales sobre asuntos rusos y la creación de una biblioteca con material ruso.[62] Amigos de Rusia realizó en 1925 y 1926 diversas actividades públicas en los salones Unione e Benevolenza y Garibaldi de la ciudad de Buenos Aires, las cuales estaban referidas a temas de actualidad, especialmente a la evolución de la URSS, y siempre concluían con el pedido de que Argentina la reconociera diplomáticamente. Solía promover, además, a la Sociedad Literaria, Dramática y Musical Rusa, presidida por Marcos Simsilevich y en la que el PC también ejercía influencia. En la capital, Amigos de Rusia funcionaba en el barrio de Once (Sarmiento 2616), sede de distintas instituciones promovidas por el PC, como el mencionado Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso. También tenía filiales en otras ciudades, como Rosario, La Plata y Córdoba.[63]

Desde su fundación y durante más de un año, la Asociación aseguró la existencia de la *Revista de Oriente*, una publicación mensual de buena calidad gráfica, con una gran tirada y sostenida por una distribución comercial. Publicaba artículos de cultura, teoría e información general. Entre otros, allí escribieron José Carlos Mariátegui, la poeta chilena Gabriela Mistral, el comisario de Instrucción Pública de la URSS Anatoli Lunacharski, y los escritores y hombres de la cultura argentinos Julio R. Barcos, César Tiempo, Álvaro Yunque y Jacobo Fijman. Los intelectuales privilegiados eran los que se acercaban a posiciones favorables a la clase obrera, al antiimperialismo y a la Revolución rusa: dos de los que más espacio recibieron fueron Henri Barbusse y el fundador del APRA peruano, Víctor R. Haya de la Torre.

En 1927, se celebró en Moscú el I Congreso Mundial de los Amigos de la Unión Soviética, que consolidó las bases para las asociaciones de amistad nacionales, con representación de países europeos, latinoamericanos y asiáticos, entre ellos Argentina. Los participantes en ese congreso entendían que debían actuar en defensa de la URSS frente a cualquier ataque o falsa acusación, desarrollando una labor propagandística de los logros del modelo soviético y haciéndolos

---

[62] «Propósitos», *Revista de Oriente*, Buenos Aires, junio de 1925.
[63] Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera: los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 331.

accesibles a las masas. En 1928, el congreso celebrado en Colonia reforzó ese llamamiento, alertando sobre el peligro de una guerra imperialista contra la URSS y apuntando la necesidad de organizarse para su defensa. Ante la postergación del reconocimiento diplomático de la URSS, las asociaciones de amistad operaron como una «diplomacia popular», tal como lo denominaban los soviéticos, particularmente eficaz para llegar más allá de las barreras políticas e institucionales que obstruían los vínculos oficiales.[64]

Amigos de Rusia no era la única entidad que expresaba la solidaridad con la URSS en Argentina. Había otras, como la Sociedad de Ayuda a los Colonos Israelitas en la Rusia Soviética (Procor), organización que trabajaba a favor de la colonización en la URSS, que en 1928 creyó ver coronados sus objetivos con la experiencia, finalmente fallida, de la Región Autónoma de Birobidján, en Siberia.[65] El Procor había sido constituido en 1924 por delegados de 16 organizaciones obreras, la mayoría comunistas. Constituyó subcomités en casi todos los barrios de la capital y en algunas provincias del país. Impulsaba una revista mensual en idish de unas cincuenta páginas en tamaño tabloide, llamada *Naierd* (*Nueva Tierra*). En los años siguientes, logró reunir y enviar a Rusia sumas importantes de dinero.[66]

Las campañas de solidaridad con la URSS se extendían más allá de estas asociaciones. Por ejemplo, estaban los comités de recepción a los «marinos rojos» que llegaban al Río de la Plata, como el que se formó en junio de 1925 para recibir al vapor «Vaslav Vorovsky», el primero que iba a flamear la bandera roja del Soviet en el puerto de Buenos Aires, aunque finalmente solo alcanzó a arribar a Montevideo. Un comité de recepción de mayor envergadura, constituido por setenta y cinco organizaciones obreras y populares de distinta índole (sindicatos, bibliotecas y clubes proletarios,

---

[64] Magdalena Garrido Caballero, «Las relaciones político-culturales de Argentina y España con la Unión Soviética: la proyección internacional de las asociaciones de amistad (1927-1956)», *Avances del CESOR* 6, n.° 6 (2009): 7-25.

[65] «La solución proletaria de la cuestión nacional y de la colonización judía», *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1929.

[66] Daniel Kersffeld, *Rusos y Rojos: judíos comunistas en los tiempos de la Comintern* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2012).

asociaciones de inmigrantes), se formó desde fines de 1926 para recibir al «Tovarich», el barco escuela ruso que sí pudo llegar a Buenos Aires a comienzos de 1927.[67] Cuando llegó, el PC concentró a miles de trabajadores en un acto en Plaza Retiro y los condujo hacia el Puerto Nuevo para vitorear a los marinos.

Desde 1923 también existía, como parte de una política impulsada por la IC en todo el mundo, el Comité Infantil de Amistad con los Niños Rusos, para enfrentar las consecuencias de las hambrunas, producto de las guerras, el bloqueo internacional y las sequías del río Volga. El personaje de Tita, la sufriente y abnegada niña lustrabotas del cuento «Lázaro», de Castelnuovo (1924), aparece como integrante de ese organismo.[68] Una fotografía exhibía en *Compañerito*, la revista comunista para niños, a un centenar de chicos que formaban parte de ese organismo, sentados, con banderas rojas que cruzaban sus pechos y con alcancías en las manos, listos para recaudar dinero, frente al local del antes mencionado Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso, que encuadraba la actividad.[69] En mayo de 1927, en el diario *La Nación* se sostuvo que dicha institución «(…) ha venido realizando una labor de socorro a los trabajadores rusos, por medio de colectas, venta de juguetes rusos en Argentina, venta de colecciones de sellos postales, de fotografías, exhibición y venta de películas rusas, todo ello para allegar recursos a los obreros rusos que lo necesitaren».[70] El Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso existió hasta finales de los años veinte, cuando se transformó en otra entidad de solidaridad, la sección argentina de Socorro Obrero Internacional, creada por el Komintern.

El Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso contribuyó de un modo muy específico a la difusión cultural de la URSS en Argentina: en el aspecto cinematográfico. Argentina fue el país de América

---

[67] «El pabellón rojo de la Rusia Soviética flameando por primera vez en aguas argentinas», *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de enero de 1927.
[68] Elías Castelnuovo, *Malditos* (Buenos Aires: Claridad, 1924).
[69] «Por nuestros compañeritos de Rusia», *Compañerito*, Buenos Aires, junio de 1923.
[70] «La policía visitó los domicilios de varios comunistas», *La Nación*, Buenos Aires, 28 de mayo de 1927.

Latina donde se comercializaron las primeras producciones soviéticas en un período muy temprano.[71] Este Comité, a partir de 1922, incorporó a su órbita la gestión y exhibición de los primeros documentales en favor de la Rusia revolucionaria que llegaron al país, canalizados desde Alemania por intermedio de la Internationale Arbeiter-Hilfe (IAH), organización fundada por el comunista alemán Willi Münzenberg para fomentar la solidaridad social hacia la URSS. Se consideraba que el cine debía ser utilizado como un nuevo medio de agitación y propagación de las ideas comunistas, ya que posibilitaba el acceso a una mayor cantidad de personas que los periódicos, el folleto y el libro, afectaba al público de una manera más intensa y vívida que la palabra escrita e incluso lograba trascender las barreras idiomáticas y el analfabetismo. Según el propio Münzenberg, durante 1922 se exhibieron en Argentina los cortometrajes sobre la hambruna en Rusia: *Hunger in Soviet Russia* y *The Volga down*. Al año siguiente se proyectó la primera película de ficción soviética: en un festival organizado por el Comité Local de Ayuda al Proletariado Ruso de La Plata, se exhibió, el viernes 6 de julio de 1923, en el Select Cine de esa ciudad el film *El milagro del soldado Iván* (*Chudotvorets*, Aleksandr Panteleev, 1922), presentado como «cuento de Tolstoi adaptado al cine en Rusia».

El Comité Central decidió comercializar las primeras producciones soviéticas en las salas tradicionales a través de la empresa Mundial Film, distribuidora propiedad del empresario Alejandro Gómez, con sede en Montevideo 17 (Capital Federal). Esta empresa estrenó, el viernes 20 de julio de 1923, en los cines céntricos Etoile y Standard Theatre, el primer documental de propaganda soviético exhibido comercialmente en el país: *Un poco de luz sobre la Rusia roja* (*Piatiletie Sovetskoi Rosii* [*Cinco años de la Rusia Soviética*], 1922). La revista cinematográfica *La película* señaló que el film fue un éxito, dado que «la vida de la Rusia actual para la mayoría de las gentes resulta un misterio», y que «en esta cinta es fácil ver cómo funciona el estado bolsheviqui, el que se desenvuelve en forma normal, dando una

[71] Lucio Mafud, «El primer cine soviético en Argentina: el Comité Central de Ayuda al Proletariado Ruso y la distribuidora Russ Film (1922-1927)», *Políticas de la Memoria*, n.° 20 (2020): 220-231.

impresión que desecha los juicios fantásticos que tiene la mayoría de la gente de la Rusia roja».[72]

Para asegurar el control de la distribución, a comienzos de agosto de 1923 se constituyó la primera empresa del mercado argentino especializada en cine soviético: Russ Film. Fue presentada como sociedad cinematográfica anexa al Comité Central Obrero de Ayuda al Proletariado Ruso, o bien como la «Sucursal de la Sociedad Anónima Industrial Comercial "Ayuda Obrera Internacional a la Rusia Sovietista"».[73] Tenía el mismo domicilio comercial que el Comité Central (Sarmiento 2616), contaba con una sucursal en Rosario (en la calle Sarmiento 880) y publicitaba su oferta de películas en las revistas del gremio cinematográfico destinadas a los dueños de las salas. Desde el periódico comunista *La Internacional* se convocaba a potenciar la exhibición comercial de las producciones de Russ Film, indicando que «los compañeros deben exigir, en los biógrafos que frecuentan, las exhibiciones de estas cintas».[74] El 22 de agosto de 1923, Russ Film estrenó *Alma de mujik* (*Polikushka*, Aleksandr Sanin, 1922), adaptación de un relato de Tolstói que narraba la trágica historia de un campesino signado por la miseria durante la época de los zares. En los meses siguientes estrenó el largometraje documental *La Rusia sovietista* y el cortometraje *Cómo se educan los niños en Rusia*, una «interesante vista por la que se puede conocer cómo prepara Rusia a los nuevos ciudadanos de la República Proletaria». Desde marzo de 1924, Russ Film incorporó películas dramáticas del cineasta ruso Yákov Protazánov, como *El padre Sergio* y *Basta de sangre*, esta última referida a «un episodio de la revolución rusa de 1905» desde la perspectiva de una joven que se rebela contra el régimen zarista.

Las exhibiciones de Russ Film se extendían a circuitos alternativos, como las veladas culturales de las organizaciones obreras y de izquierda. Transcurrían en horarios nocturnos en salas de cine, donde también se dictaban conferencias, se recitaban poesías, se interpretaban monólogos y se entonaban canciones militantes. Como las organizaciones políticas y sindicales debían pagar a las

[72] *La película*, Buenos Aires, 26 de julio de 1923.
[73] *La Internacional*, Buenos Aires, 4 de enero de 1924.
[74] *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1923.

empresas comerciales por el alquiler de la copia de una película, Russ Film introdujo la posibilidad de que, a través de ese pago, se pudiera colaborar además con una causa política. Las películas soviéticas de Russ Film ocuparon un lugar central en las veladas organizadas por los centros del PC en diversos lugares del país.[75] Pero también llegaron a espacios gremiales en los que interactuaban varias tendencias, por ejemplo, de la central obrera Unión Sindical Argentina; incluso, se reprodujeron en ámbitos del anarquismo.[76] Russ Film habría existido hasta 1927, cuando la distribuidora Osnola Films se hizo cargo de comercializar sus películas. De todas formas, Russ Film sirvió de antecedente para un proyecto más ambicioso: la constitución en Buenos Aires de una distribuidora de films soviéticos para toda Sudamérica a fines de la década de 1920, que se encargó de comercializar las obras de cineastas como Serguéi Eisenstein, la dupla Kózintsev-Trauberg y Dziga Vértov, quienes venían revolucionando el lenguaje cinematográfico, la teoría del montaje y la concepción del documental a nivel mundial.

Junto al cine, la cultura soviética continuó ingresando a través de los libros. Ediciones La Internacional del PC publicó más de treinta títulos entre 1921 y 1933; Lenin fue el autor más editado, seguido por Karl Radek y documentos de la propia IC. Hacia fines de los años veinte apareció el sello Sudam, impulsado por ese partido junto al Secretariado Sudamericano de la IC, que publicó *Páginas Escogidas* de Lenin (en tres tomos), *Fundamentos del leninismo* de Stalin y otros trabajos de ambos dirigentes hasta 1934. En paralelo, en Barcelona se fundó en 1929 la editorial Europa-América, dirigida por un cuadro de la IC para América Latina, con la misión de difundir la literatura marxista en lengua española: su catálogo de más de 150 títulos abasteció durante años a los comunistas latinoamericanos, incluidos los argentinos, que durante largo tiempo se nutrieron de

[75] Por ejemplo, en el acto por el 1 de mayo de 1925 en la localidad obrera de Berisso: «Actos organizados por el P. Comunista», *La Internacional*, Buenos Aires, 1 de mayo de 1925.

[76] Un periódico ácrata anunciaba en 1925 una velada de ayuda y difusión en el cine Libertad de Rosario, donde se exhibía *Alma de mujik*. «Crónicas de Rosario», *La Antorcha*, Buenos Aires, 30 de octubre de 1925.

ediciones realizadas en España y Francia antes de emprender proyectos editoriales propios.[77]

Mientras tanto, hacia fines de los años veinte, las acciones y labores de propaganda y solidaridad con la URSS iban de la mano de ciertos avances en los vínculos en el plano diplomático. Un paso importante fue la constitución en la capital argentina, en octubre de 1927, de la sociedad anónima Iuyamtorg (Compañía de Intercambio Comercial entre la URSS y América del Sud), que fue autorizada para funcionar por el gobierno de Alvear en enero de 1928 y colaboró en el fuerte aumento de las importaciones de origen soviético verificado en los siguientes tres años. Hubo una exposición comercial soviética en Buenos Aires y el gobierno nacional exploró la posibilidad de una compra importante de gasolina y petróleo a la URSS. Sin embargo, el golpe militar de 1930 acabó con esa iniciativa. Iuyamtorg se cerró tras una razzia policial en julio de 1931, bajo la acusación de funcionar como consulado soviético. En los años siguientes se frenaron las posibilidades de establecer relaciones diplomáticas entre los dos países.

Desde los años treinta, los comunistas pretendían contrastar la difícil situación económica y social que se verificaba en todo el mundo, tras el estallido de la grave crisis de fines de 1929, con la realidad de la URSS. Cuando se insertaban en las fábricas, se presentaban como admiradores del experimento ruso, idealizado hasta el extremo. En 1934, el periódico de la célula juvenil comunista de la Fábrica Argentina de Alpargatas decía, con el objetivo de contrastar esa realidad con lo experimentado por los trabajadores de la empresa: «Los jóvenes obreros de la Unión Soviética tienen todo lo necesario para su desarrollo físico, cultural y político. Los jóvenes menores de 18 años trabajan 6 horas al día y les pagan igual que a los adultos; todos los años les dan de 15 a 30 días de vacaciones con sueldo pago. En las escuelas profesionales o en la fábrica hay bibliotecas, salas de lectura, clubs, cines, etc.», y concluía con el inevitable llamado a luchar «para conseguir el bienestar que actualmente tiene

[77] Sebastián Rivera Mir, «Las editoriales comunistas en América Latina durante la década de 1930», en *Los comunismos en América Latina: recepciones y militancias (1917-1955)*, t. 1, ed. por Santiago Aránguiz Pinto y Patricio Herrera González (Santiago: Historia Chilena, 2018), 160.

únicamente el proletariado de la Unión Soviética».[78] El PC explicaba que en la URSS la desocupación quedaba eliminada en el marco de la constante expansión económica. Como informaba el diario *Bandera Roja*, impulsado por el PC en 1932, en una de sus tantas notas referidas al tema, en este caso, sobre Magnitogorsk, el complejo siderúrgico inaugurado en la URSS como parte del primer plan quinquenal: «En la Unión Soviética, cada semana se inauguran nuevas fábricas, nuevos altos hornos, nuevos grandes talleres metalúrgicos, etc. En cambio, en los países capitalistas cada día aparece un nuevo Magnitogorsk, al revés (…)», dejando a miles de obreros en la calle.[79]

El mensaje era inequívoco: bajo el orden burgués, progresaba la crisis, crecía la miseria y se clausuraban las fuentes de trabajo, pero el Estado proletario demostraba que, en su dominio, lo contrario podía ocurrir. En verdad, durante la década de 1930, desde la URSS y el Komintern, se emitía un discurso de victoria, que también se fue irradiando en Argentina. Ese espíritu de triunfo de la causa, ese clima de «revolución cumplida», se sostenía en la presunción de que la transformación económica, social y cultural de Rusia finalmente se estaba logrando a partir del primer plan quinquenal (1929-1932). Los propagandistas soviéticos proclamaban que habían sido ya prácticamente ganadas las batallas de la industrialización, la colectivización del campo, el aumento de la urbanización, la universalización de la educación primaria y la alfabetización de los adultos. Cuando se aprobó la nueva Constitución soviética de 1936, Stalin se permitió asegurar que la instalación del socialismo en la URSS era una misión realizada. La prensa del PC argentino reproducía en el medio local esta misma visión: el periódico *La Internacional* y la revista *Soviet*, publicados en Buenos Aires, se convirtieron en propaladores de las extraordinarias novedades sobre los avances de la economía planificada, en tanto que los diarios *Bandera Roja* y *Mundo Obrero* contaron con secciones fijas tituladas, respectivamente, «La URSS en construcción» y «Rusia nueva». Allí no se registraban ni los costos humanos de la colectivización forzosa y la industrialización acelerada, ni la multiplicación de los campos de

[78] «Cómo viven los jóvenes en la URSS», *La Alpargata*, Buenos Aires, julio de 1934.
[79] «Magnitogorsk al revés», *Bandera Roja*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1932.

trabajo y detención, ni los inauditos niveles de represión social, política y cultural que había puesto en funcionamiento el régimen de Stalin. Solo quedaban ilustradas la «exitosa construcción del socialismo» y la emergencia del «nuevo hombre soviético».

Centenares de intelectuales, periodistas, artistas y escritores, dentro o alrededor de los círculos partidarios del comunismo argentino, difundían estas caracterizaciones sobre la URSS. Unos pocos llegaron a realizar recorridos por el país soviético en esos años y escribieron luego sus impresiones, el más destacado de los cuales fue Elías Castelnuovo, quien tras su viaje a la URSS publicó dos libros alusivos a esa experiencia.[80] Sin embargo, la estrategia kominternista del «Tercer período» o de «clase contra clase», que se venía impulsando desde 1928 y se extendió hasta 1935, había dificultado el vínculo de muchas de estas personalidades con el PC. Las caracterizaciones «sectarias» y «ultraizquierdistas» (tal como luego la misma organización lo reconoció) provocaron el alejamiento de varios intelectuales y artistas. Los propios Orzábal Quintana y Barcos, entre otros miembros de Amigos de Rusia, fueron atacados por el PC, que los definió como reformistas y pequeñoburgueses. Desde entonces y hasta 1935, para ser «amigo de Rusia», había que exhibir credenciales más firmes, difíciles de hallar fuera de un radio partidario estrecho.

En los tiempos del antifascismo y la Segunda Guerra Mundial: libros para la defensa de la «Rusia heroica»

En 1935, la IC adoptó en su VII Congreso la nueva línea estratégica del Frente Popular, que comenzó a abogar por una política de alianzas amplias con fuerzas socialistas, liberales y democráticas frente al nazifascismo. El PC argentino aplicó esta orientación, abandonando el aislamiento sectario de los años anteriores y presentándose como el partido del antifascismo y la democracia. También se produjo un viraje cultural: la defensa de la URSS dejó de ser una consigna reservada a los militantes para convertirse en el

[80] Elías Castelnuovo, *Yo vi… en Rusia* (Buenos Aires: Actualidad, 1932); Elías Castelnuovo, *Rusia Soviética (impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores)* (Buenos Aires: Rañó, 1933).

eje de una política de masas que buscaba interpelar a intelectuales, artistas y sectores medios y difundir la cultura soviética en Argentina mucho más allá de los límites partidarios y sus organizaciones colaterales.[81]

Un ámbito donde esta línea prosperó con éxito fue el cultural. Los comunistas promovieron la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), fundada en julio de 1935 sobre el modelo del Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes creado en París en 1934 y del Primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en torno a las figuras de H. Barbusse y R. Rolland. Ponce fue su primer presidente, reemplazado un año después por Emilio Troise, ambos vinculados al PC. La AIAPE estableció filiales en todo el país, conformó departamentos y comisiones de plásticos, médicos, abogados, periodistas y pedagogos, comenzó a editar el órgano *Unidad. Por la defensa de la cultura*, y organizó cursos a cargo de especialistas. Con el despliegue de una cultura antifascista, contra el antisemitismo y en apoyo explícito a la URSS, comenzaron a agruparse bajo la égida de esta agrupación centenares de ensayistas, artistas e intelectuales del partido o influenciados por este: Héctor P. Agosti, Rodolfo Puiggrós, Cayetano Córdova Iturburu, Gerardo Pisarello, Raúl Larra, Alfredo Varela, Gregorio Bermann y Ernesto Giudici, junto a los ya mencionados Yunque, Tiempo, Barletta y González Tuñón, entre muchos otros. Para 1937, la AIAPE agrupaba a unos 2.000 asociados y contaba con una editorial propia que editaba su revista y una colección de libros. Entre 1941 y 1943, superado el paréntesis del pacto germano-soviético, editó una segunda publicación, *Nueva Gaceta*. Fue en ese marco donde la imagen de la URSS como faro de la cultura progresista y antifascista mundial encontró su caja de resonancia más amplia entre los intelectuales argentinos del período. Antes de su temprana muerte, Ponce parecía llamado a convertirse en el gran referente de este espacio. Tras la vuelta de su viaje a la

[81] Hernán Camarero, «¿Un imprevisto desenlace? De la estrategia del frente popular al triunfo del peronismo en Argentina», en *El frentepopulismo comunista entre Europa y Sudamérica, 1934-1943*, ed. por Josep Puigsech Farràs (Madrid: Marcial Pons, 2025), 167-201; Gabriel Piro Mittelman, *El Partido Comunista y el Frente Popular: política, cultura y sociedad en la Argentina de entreguerras* (Buenos Aires: Ediciones CEHTI/Imago Mundi, 2025).

URSS (junio de 1935), impulsó en 1936 su revista *Dialéctica*, en la que divulgó y reflexionó sobre diversos trabajos de figuras soviéticas: Lenin, Lunacharski, V. Meyerhold (impulsor de la biomecánica teatral), B. Gruzdev (con su texto sobre la pedagogía y la teoría educativa marxista) y M. Gorki, entre otros.[82] Su obra *Humanismo burgués y humanismo proletario* era una glorificación de la política cultural soviética y del «realismo socialista», que expresaba todas sus expectativas: «(…) la Nueva Rusia desparrama a manos llenas el tesoro de la cultura, alienta la más mínima inquietud renovadora. Jamás un trabajador científico ha encontrado en parte alguna un ambiente más adecuado, condiciones más propicias».[83]

Otro catalizador decisivo de esa expansión cultural antifascista y prosoviética acabó siendo la guerra civil española (1936-1939). El PC argentino impulsó la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE), que recaudó y envió a Madrid grandes cantidades de dinero, víveres, medicamentos y ropa. Asimismo, promovió la participación de sus militantes en las Brigadas Internacionales. En ese contexto, la URSS, que suministraba armas y apoyo militar al bando republicano, incrementó su influencia en el imaginario de las izquierdas argentinas y de amplios sectores democráticos: la guerra civil española funcionó como el gran relevo a través del cual la imagen de la URSS penetró en nuevas capas de la sociedad argentina.

Sin embargo, este fenómeno experimentó una crisis desde agosto de 1939, cuando la firma del pacto de no agresión germano-soviético entre Ribbentrop y Mólotov sacudió al mundo comunista y a sus simpatizantes. El PC argentino justificó el acuerdo como un triunfo diplomático de Stalin y adoptó una línea de «neutralidad» ante la guerra que estalló semanas después con la invasión alemana a Polonia. Si bien la imagen de la URSS como bastión del antifascismo quedó lesionada durante los veintidós meses que duró el pacto, no fueron muchos los intelectuales o artistas militantes de la AIAPE o

[82] Aníbal Ponce, «Comentarios marginales», *Dialéctica*, Buenos Aires, marzo de 1936, 35-45.
[83] Aníbal Ponce, *Humanismo burgués y humanismo proletario* (México: América, 1938).

colaboradores de las publicaciones comunistas que se distanciaron o rompieron abiertamente con el partido.

Un nuevo y decisivo giro en la relación de la izquierda argentina con la URSS se produjo en junio de 1941, con la invasión alemana al territorio soviético. El PC argentino se comprometió a una solidaridad activa con la URSS y a retomar la línea del Frente Popular con la convocatoria a un amplio «frente democrático nacional antifascista». Esta reorientación tuvo efectos culturales inmediatos y de enorme alcance. La Unión Soviética pasó a ser presentada como la potencia que cargaba con el peso principal de la lucha contra el nazismo, una imagen que se condensó en la expresión «la Rusia heroica». Una muestra de la nueva etapa fue el impulso que el PC dio a la Junta de la Victoria, creada a fines de 1941 como entidad femenina antifascista en la que participaron mujeres de múltiples extracciones sociales y políticas, y que se convirtió en uno de los principales vehículos de movilización en solidaridad con la URSS. La batalla de Stalingrado (1942-1943) terminó de consolidar esa imagen: la resistencia soviética al avance nazi fue leída como la hazaña bélica y moral más importante de la guerra. La URSS se benefició de una autoridad sin precedentes en Argentina, que desbordó ampliamente los círculos de izquierda para alcanzar a sectores liberales, radicales e incluso católicos antifascistas.

El golpe militar del 4 de junio de 1943 fue otra disrupción importante. El nuevo régimen, imbuido de un anticomunismo desembozado y con algunos de sus integrantes que parecían expresar simpatías por las potencias del Eje, se propuso erradicar la influencia comunista de la vida pública argentina. Bajo los gobiernos de los generales Pedro P. Ramírez y Edelmiro Farrell —en los que fue adquiriendo protagonismo creciente la figura del coronel Juan D. Perón, secretario de Trabajo y Previsión desde noviembre de aquel año— los comunistas fueron sometidos a una represión profunda que afectó su presencia pública: sus diarios y periódicos fueron clausurados, sus locales saqueados, sus principales militantes encarcelados o exiliados, y sus gremios disueltos o intervenidos. Por lo menos hasta mediados de 1945, cualquier iniciativa cultural o

política favorable a la URSS o al comunismo era mirada con sospecha por el Estado.

A pesar de los contextos políticos nacionales difíciles y cambiantes, la actividad editorial en favor de la difusión de la cultura soviética alcanzó una gran intensidad en esos años. La retirada de España del mercado editorial hispanohablante, a causa de los contextos bélicos, abrió un vacío que las editoriales vinculadas al PC supieron aprovechar. En 1939 nació la Editorial Problemas (y también una librería con ese mismo nombre), dirigida por Carlos Dujovne, hijo de inmigrantes rusos y precoz militante del PC, quien se había establecido en la URSS entre 1923 y 1928, donde actuó fugazmente como intérprete de Stalin. La editorial había tenido su primera sede en Bartolomé Mitre 745, compartiendo local con la redacción del diario comunista *La Hora*, impulsado por el PC desde 1940.[84] Se convirtió en una de las mayores empresas de difusión de la cultura marxista soviética de la época en Latinoamérica. Junto a obras de Marx, Engels, Stalin y Dimitrov, incluyó títulos como *Las montañas y los hombres* de Mijaíl Ilín (en el que se celebraba la capacidad del hombre soviético de dominar la naturaleza en el marco de los planes quinquenales), *El torrente de hierro* de Aleksandr Serafimóvich (sobre el Ejército Rojo durante la guerra civil) y clásicos del «realismo socialista» (como la novela *Así se templó el acero* de Nikolái Ostrovski), entre muchos otros. Tras publicar unos 140 títulos, la editorial y la librería fueron clausuradas, saqueadas e incendiadas por la policía con el golpe militar de junio de 1943, y cientos de miles de libros fueron destruidos. La editorial tuvo una breve segunda etapa luego de 1945, con otra veintena de obras. Entre ellas, una nueva, cuidada y masiva edición de *Historia del Partido Comunista Bolchevique (b) de la URSS*; en total, hasta fines de los años cuarenta, habían circulado en Argentina más de 50.000 ejemplares de ese texto.[85]

En 1942 se fundó Anteo como sello oficial del PC, dedicado a difundir la línea del partido y las obras de los clásicos del marxismo-

[84] Alicia Dujovne Ortiz, *El camarada Carlos: itinerario de un enviado secreto* (Buenos Aires: Aguilar, 2007), 317 y ss.

[85] Horacio A. López, *Las editoriales rojas: de La Internacional a Cartago. Una aproximación a la historia de la política editorial del Partido Comunista de la Argentina, 1918-1983* (Buenos Aires: Luxemburg, 2020), 50.

leninismo y discursos e informes de los dirigentes soviéticos. La Editorial Lautaro, fundada en 1943 e impulsada por Sara Maglione de Jorge, se abrió hacia un público más amplio. Entre sus más exitosos títulos figuraron *Los días de la infancia* de M. Gorki y *Cuentos* de Ilya G. Ehrenburg, ambos agotados en poco tiempo.[86] También publicó *Solamente las estrellas son neutrales*, crónica de guerra del corresponsal norteamericano Q. Reynolds, con extensas y elogiosas referencias a la URSS, lo que le valió a la editorial la clausura de su estand en una Feria del Libro en el centro porteño. Lautaro debió enfrentar sucesivas clausuras policiales, pero su catálogo siguió creciendo: en sus primeros seis meses de vida editó quince títulos, y con el tiempo se convirtió en una de las vías principales de acceso a la literatura soviética y de izquierda internacional para el público argentino. De 1942 a 1945 se distribuyó en Buenos Aires la versión en castellano de la revista *Literatura Internacional,* que, bajo la dirección del escritor español César Arconada y el hispanista y traductor ruso Fiódor Kelin, se editaba con el objetivo de poner en contacto a los lectores hispanohablantes con las producciones literarias soviéticas. También estaba la editorial Hemisferio, fundada por el emigrado ruso Gregorio Lerner, que publicó títulos de Ehrenburg y otros autores soviéticos hasta que su propietario terminó en la cárcel de Villa Devoto acusado de comandar una editorial comunista. Las editoriales comunistas de posguerra siguieron el modelo que Problemas inauguró en 1939: sellos formalmente independientes del PC pero próximos a su influencia, con catálogos donde la literatura rusa y soviética ocupaba un sitio destacado.[87]

Un caso ilustrativo es el de Lila Guerrero (1906-1986), seudónimo de Yelizaveta I. Yákovleva, cuya trayectoria ha reconstruido Brasca.[88] Era hija de Ida I. Bóndareva, militante judía exiliada por la persecución zarista, que desde 1908 tomó parte en los primeros pasos del comunismo local. Guerrero nació en Argentina y estudió

---

[86] Hebe Clementi, *Lautaro, historia de una editora* (Buenos Aires: Leviatán, 2004), 43.
[87] Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista: itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017), 96-98.
[88] Érica Brasca, «Lila Guerrero y sus traducciones de la literatura ruso-soviética publicadas en editoriales argentinas (1940-1970)», *Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana de Traducción* 17, n.° 2 (2024): 369-388.

en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pero en 1926 se mudó con su familia a Moscú, donde residió una década. Allí se insertó en la edición: primero en el área de publicaciones de la IC (1928-1929) y luego en la Editorial de Obreros Extranjeros. En 1936 viajó a España junto con su madre, ambas enviadas desde la URSS como traductoras e intérpretes en plena Guerra Civil. Concluida la contienda, regresó a Buenos Aires con su esposo, el dirigente comunista Luis V. Sommi, y en esta ciudad murió en 1986.

A partir de los años cuarenta y durante tres décadas, Guerrero tradujo al castellano novelas, poesía y teatro soviéticos y rusos. Fue, además, la primera en verter al castellano directamente del ruso la obra de Vladímir Maiakovski. Lo hizo para sellos de izquierda, como Claridad, Problemas, Futuro y Platina, entre otros. Su inserción en el campo editorial comunista se complementaba con su conocimiento de la cultura soviética adquirido en su ciclo moscovita. En 1941 apareció su primera traducción, *Historia de la tableta de chocolate*, del soviético Izrail Volper, que Problemas publicó como título inicial de una serie de divulgación científica para jóvenes, avalada por autores de la URSS.[89] La figura central del repertorio de Guerrero fue Maiakovski: en 1943 publicó en Claridad la *Antología de Maiacovski. Su vida y su obra*, primera traducción directa al castellano de ese autor, acompañada de un ensayo biográfico. Varios años después publicó cuatro tomos de *Obras escogidas* en la editorial Platina y una *Antología poética* en Losada. También tradujo para Claridad *Hijos de la tempestad* de Nikolái Ostrovski, *Pedro el Grande* de Alejo Tolstói y *Teatro ruso*, que reunía piezas de Pushkin, Lérmontov y Símonov; para Argonauta, *Tanques rojos* de Leonid Leonov; para Hemisferio, *El árbol* de Ehrenburg; y para Quetzal, el teatro completo de Gorki.[90]

Como afirmó Brasca, la tarea de Guerrero no se agotó en trasladar los textos: los presentaba con prólogos y notas donde evocaba su trato personal con varios de los autores traducidos (Maiakovski, Ostrovski, Leonov, Ehrenburg, Wanda Wasilewska), conocidos

[89] Izrail Volper, *Historia de la tableta de chocolate*, trad. por Lila Guerrero y Angustia M. Uzon (Buenos Aires: Problemas, 1941), 5.
[90] Brasca, «Lila Guerrero y sus traducciones», 375-376.

durante sus años en Moscú. Era un recurso para afirmar su autoridad como mediadora y acercar esa literatura al lector argentino. Las editoriales comunistas argentinas confeccionaron catálogos en los que las obras de Marx o Lenin aparecieron junto a «la literatura rusa (de Gogol a Gorki, de Tolstói a Ehrenburg), a los autores consagrados de la vanguardia soviética como Maiakovski, a las novelas del realismo socialista, a las obras literarias de los escritores comunistas y de los compañeros de ruta».[91] Lila Guerrero fue, en ese marco, una figura que con sistematicidad contribuyó a construir una biblioteca comunista en Argentina, convirtiendo la traducción en un instrumento de difusión ideológica y de proyección de la cultura soviética entre el público lector de izquierdas.

La intensidad que alcanzó la cultura soviética en el país —impulsada por la solidaridad antifascista, redes intelectuales como la AIAPE y las campañas en torno a la «Rusia heroica»— tejió una relación viva a través de organizaciones, publicaciones y sensibilidades políticas. Pero entre 1930 y 1946 esa relación contrastó con la pervivencia del distanciamiento diplomático. Durante estos años, el vínculo comercial también permaneció prácticamente clausurado. En diciembre de 1939, el canciller José M. Cantilo pidió incluso la expulsión de la URSS de la Sociedad de las Naciones por su agresión a Finlandia. Durante la guerra, la neutralidad argentina y los gobiernos militares profundizaron la hostilidad: la prensa soviética y el propio PC argentino los calificaron de pronazis, imagen que perduró hasta la asunción de Perón. El episodio culminante fue la disputa por el ingreso argentino a la ONU: en Yalta, Stalin planteó ante Roosevelt y Churchill el «caso argentino»; en San Francisco, Molótov votó contra el ingreso (aprobado igualmente por amplia mayoría), mientras la prensa y la radio soviéticas, en mayo y junio de 1945, multiplicaban las denuncias contra un gobierno al que presentaban como nazifascista.[92] Y sin embargo, en esos mismos meses se iniciaron los primeros contactos directos entre Perón y

---

[91] Horacio Tarcus, «Las ediciones argentinas de cultura marxista: tres ciclos históricos (1893-1976)», en Tarcus, *Edición y Revolución en Argentina*, 50.

[92] Mario Rapoport, «Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955) », *Hispanic American Historical Review* 66, n.° 2 (1986): 245, 247-248.

funcionarios soviéticos —en abril de 1945, vía la legación soviética en Montevideo, luego por mediación brasileña—, antecedente inmediato del establecimiento formal de relaciones en 1946. Así, el acercamiento cultural y de solidaridad política precedió, y en cierto sentido preparó el terreno, al reconocimiento diplomático que solo llegaría una vez concluida la guerra.

Se inauguraba una nueva etapa en la relación entre Argentina y la Unión Soviética. El gigantesco esfuerzo bélico ruso y la victoria sobre el nazismo proyectaron a la URSS al centro del escenario mundial, dotándola de un cierto prestigio cultural y político, a pesar de las características del régimen estalinista. En Argentina, ese momento coincidió con una profunda reconfiguración del panorama político interno: el ascenso del peronismo al poder en 1946 clausuró el ciclo del antifascismo frentepopulista y modificó sustancialmente las condiciones en que operaban las izquierdas y sus redes culturales, obligándolas a replantear las estrategias de difusión de la cultura soviética.

***

Las páginas precedentes permiten volver, ahora en clave de síntesis, sobre la última de las preguntas que las abrían: qué cambió, y qué se mantuvo, entre el impacto inmediato de la Revolución de Octubre y el umbral de 1946.

Lo que continuó, a lo largo de estas tres décadas, fue el protagonismo de una sociedad civil organizada al margen del Estado —militantes comunistas, inmigrantes, escritores, artistas plásticos— que, ante la ausencia de relaciones diplomáticas, inventó sus propios canales de contacto con la URSS: comités de solidaridad, editoriales, distribuidoras cinematográficas. Lo que cambió, en cambio, fue el registro con que esa solidaridad se justificó ante la opinión pública argentina. En 1917, bastaba el entusiasmo revolucionario para explicar la adhesión; en los años veinte y treinta, los «Amigos de Rusia» debieron apelar, además, a la seriedad informativa y a la seducción cultural para ganar públicos más amplios que los estrictamente militantes; en los años del frente antifascista, la lucha contra el nazismo permitió un giro decisivo: la «Rusia heroica» ya no

se defendía solo en nombre de la revolución, sino en nombre de una causa universal, lo cual amplió sus apoyos mucho más allá del comunismo organizado.

Esa progresiva ampliación de los públicos y los registros de legitimación no fue lineal ni estuvo exenta de tensiones: la sospecha hacia lo ruso y el «peligro comunista» nunca desapareció del todo, ni siquiera en los años de alianza antifascista. Pero fue esa acumulación de experiencias organizativas, culturales y discursivas la que, hacia 1945 y 1946, contribuyó a hacer posible —y hasta cierto punto deseable, para un gobierno peronista que buscaba autonomía diplomática— el establecimiento de las relaciones oficiales entre ambos países.

1946 no cierra, entonces, una historia, sino que la transforma. A partir de ese año, la iniciativa comenzó a desplazarse desde los comités y las redes militantes hacia instituciones oficiales de intercambio cultural, un desplazamiento que, lejos de clausurar las lecturas ideológicas en torno a lo soviético, les dio un nuevo escenario. Esa segunda etapa, ya mediada por el Estado, y la etapa posterior en la que el mercado del espectáculo masivo terminaría de redefinir los términos del vínculo, exceden el objeto de este capítulo, pero encuentran en él su antecedente directo y necesario.

De viaje a la Unión Soviética: experiencias de comunistas mexicanos en Moscú durante la década de 1920

Grecia Chávez Medina

En 1919, la fundación del Partido Comunista Mexicano (PCM) como una sección del Komintern (Internacional Comunista, IC o Tercera Internacional) implicó que los comunistas mexicanos se relacionaran con el naciente gobierno soviético y las distintas instituciones fundadas en Moscú. La creación de la Tercera Internacional tuvo el objetivo de expandir la revolución más allá de las fronteras soviéticas. Al menos, este fue un propósito que se enunció tras la derrota de la revolución alemana. Sobre todo, al Komintern le interesó construir una red de partidos comunistas nacionales que encaminaran el triunfo de la revolución mundial, siguiendo la tradición del internacionalismo revolucionario. Si bien la Unión Soviética (URSS) logró mantener relaciones diplomáticas con algunos países —entre ellos, México fue uno de los primeros en establecer una relación formal en 1924—, generalmente, el vínculo de la Internacional Comunista hacia el extranjero se desarrolló por fuera de los canales gubernamentales y conllevó nuevas dinámicas en la militancia.

Las relaciones políticas que se constituyeron entre los comunistas y la Tercera Internacional, así como sus distintas organizaciones —el denominado «polimorfismo» del Komintern[93]—, permiten conceptualizar el viaje en tanto una herramienta para la formación política de los comunistas y, a la vez, un medio que ayudaba a la relación entre los distintos partidos comunistas alrededor del mundo, a lo que se sumaban otras prácticas como el envío de periódicos y revistas, la traducción y envío de artículos, entre otros. En estos términos, el viaje fue uno de los factores a través de los cuales se fortalecieron las dinámicas internacionalistas impulsadas por la Tercera Internacional, ya fuera para ir y participar en las

[93] Brigitte Studer, *Viajeros de la revolución mundial. Una historia global de la Internacional Comunista* (España: Ediciones Akal, 2025), 18.

actividades dentro de la URSS o para difundir los avances de la revolución fuera del país soviético. De acuerdo con Stephan Scheuzger, la historia del movimiento comunista en el período abordado no puede entenderse sin prestar atención al cruce de las fronteras que permitían la circulación de ideas y conocimientos entre distintas regiones y continentes.[94] En ese sentido, viajar formaba parte de la experiencia militante y constituía también un paso en la formación política de los cuadros comunistas. En palabras de Martín Bergel, alrededor del viaje se constituyó «una cultura militante viajante».[95]

Por ejemplo, en los inicios del PCM confluyeron en México una serie de representantes de la Tercera Internacional, como la estadounidense Evelyn Trent y su esposo, el indio Manabendra Nath Roy, el japonés Sen Katayama y el suizo Edgar Woog, que junto a la militancia nacional ayudaron a que el comunismo mexicano diera sus primeros pasos. Este primer conjunto de militantes comunistas constituyó «un grupo impresionantemente grande y diverso de exiliados, emigrantes, refugiados, revolucionarios e idealistas» que permitió caracterizar a la Ciudad de México como un «emporio de la revolución».[96] Las dinámicas de una militancia que encontró en México un ideario revolucionario y antiimperialista se articularon a las prácticas políticas de la Internacional Comunista, las cuales configuraron, en el imaginario revolucionario de la militancia comunista, el viaje a la Unión Soviética como una experiencia de formación política que, a la vez, permitía atestiguar en primera persona los éxitos de la Revolución bolchevique.

El objetivo del presente texto es profundizar en las experiencias personales, colectivas y políticas del viaje de la militancia comunista

---

[94] Stephan Scheuzger, «Readings of Cosmopolitanism: Revolutionaries' Biographies in the Intersections of Marxism and Anticolonialism in the Interwar Period», *Monde(s)*, n.° 10 (2016): 154.

[95] Citado en Barry Carr, «La Ciudad de México: emporio de exiliados y revolucionarios latinoamericanos en la década de 1920», *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento político latinoamericano*, año 3, n.° 9 (octubre-diciembre de 2011), versión digital, https://lapacarinadelsur.com/la-ciudad-de-mexicoemporio-deexiliados-y-revolucionarioslatinoamericanosenla-decada-de-1920/.

[96] Carr, «La Ciudad de México», versión digital.

mexicana a la Unión Soviética. El planteamiento general del capítulo es que viajar a la URSS era una parte constitutiva del proceso de formación política resultante de las prácticas transnacionales entendidas dentro del internacionalismo del Komintern; lo que se abordará principalmente desde el punto de vista de los y las viajeras, no tanto desde las instituciones. En la década de 1920, para las y los comunistas, viajar a la Unión Soviética significaba un hito dentro de su militancia. Haber conocido la URSS legitimaba su lugar y liderazgo dentro del PCM o de sus organizaciones dependientes o simpatizantes. No obstante, la elección de los representantes seguramente tuvo componentes técnicos relacionados con las habilidades de los empleados de la IC: poseer un saber «técnico y un saber político» que les obligó a tener capacidad para redactar, «dirigirse a una asamblea, tomar notas en las conferencias, argumentar en una reunión, redactar artículos, preparar acciones, movilizar a la gente y aprender cosas de provecho para la actividad política».[97] El viaje también implicó ciertas obligaciones; una de las principales era llevar a las discusiones que se daban en Moscú las problemáticas nacionales e incluso regionales y, a su regreso a México, transmitir a sus camaradas lo visto y lo aprendido en la «patria del comunismo». El viaje fue parte de prácticas que dieron forma a lo que Brigitte Studer ha denominado «una geografía del entrelazamiento que pusiera en contacto a la acción política, normalmente centrada en lo local, con planos de acción supranacionales».[98]

De manera particular, en este capítulo se abordarán las rutas tomadas, las condiciones del viaje, los distintos compañeros de viaje que fueron encontrando —si es que los hubo—, las sociabilidades que se construían en los diversos trayectos, la participación que tuvieron en los distintos eventos en Moscú, así como las impresiones que algunos relataron a su llegada a México. Lo anterior permitirá conocer cómo fue que la militancia mexicana se insertó en «redes transnacionales» y vivió, o al menos conoció, distintos lugares y diversas formas de militar. De igual modo, permitirá trazar la circulación asociada a los viajes que resultó en lo que Studer ha

[97] Studer, *Viajeros de la revolución mundial*, 34.
[98] Studer, *Viajeros de la revolución mundial*, 30.

llamado «un estilo de vida transnacional» que amplió la experiencia política y reconfiguró las geografías de la militancia.[99]

Manuel Díaz Ramírez: el primer mexicano en visitar la Unión Soviética

En 1921, Manuel Díaz Ramírez[100] fue el primer comunista mexicano en viajar a la Unión Soviética.[101] Los detalles del viaje fueron transmitidos por el propio Díaz Ramírez una vez que regresó a México. En este período, Lenin consideraba crucial la llegada de comunistas extranjeros a Moscú «para desenmascarar las mentiras divulgadas por la propaganda burguesa».[102] Manuel Díaz Ramírez viajó a Moscú como representante de la Confederación General del Trabajo (CGT) con el objetivo de participar en el Congreso de la Internacional Sindical Roja (ISR o Profintern). Pero, gracias a un arribo previo a sus actividades programadas, pudo ser testigo del III Congreso de la IC. Si bien las discusiones de este obviaron las problemáticas latinoamericanas, Manuel Díaz Ramírez expresó emoción por haber presenciado los debates que se desarrollaron entre los dirigentes de la revolución proletaria.

---

[99] Studer, *Viajeros de la revolución mundial*, 29 y 31. El término de geografías de la militancia lo tomo de lo que Barry Carr denominó «geografía de la resistencia y la agitación», para referirse a los exilios latinoamericanos que llegaron a la Ciudad de México durante la década de 1920 y que estaban unidos «por redes comunes de política y sociabilidad». Carr, «La Ciudad de México», versión digital.

[100] Manuel Díaz Ramírez (1888-1962) fue un comunista de origen veracruzano que tuvo sus primeros acercamientos a la militancia como miembro de los Industrial Workers of the World (IWW), mientras trabajaba en Estados Unidos. En México, fue un miembro activo del PCM, donde se desempeñó como secretario general. Véase Lazar Jeifets y Víctor Jeifets, *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario biográfico* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2015), 179-181.

[101] Díaz Ramírez fue el primer representante mexicano, pero no el primer representante de México ante la Komintern. Antes que él, como representantes de México viajaron a Moscú Evelyn Trent, Manabendra Nath Roy y Edgar Woog.

[102] Vladimir Illich Lénin, «Discurso en la Conferencia amplia de obreros y soldados del Ejército Rojo en el barrio Rogózhsko-Símonovskiy el 13 de mayo de 1920. Reportaje periodístico», en Vladimir Illich Lénin, *Polnoie Sobraniie Sochinenii* (Moscú: Politizdat, 1981), 121. Citado en Víctor L. Jeifets y Lazar S. Jeifets, «Los latinoamericanos en la Celebración del X Aniversario de la Revolución Rusa y la preparación del Congreso Sindical Latinoamericano», *Izquierdas*, n.° 48 (noviembre de 2019): 65.

Tras su llegada a Moscú, Díaz Ramírez presentó sus credenciales, las cuales fueron aprobadas por Manabendra Nath Roy y Mijaíl Borodín. Luego, preparó un informe dirigido al Comité Ejecutivo en el que reportó la situación de México y América Latina. Del 3 al 20 de julio de 1921, Díaz Ramírez se integró a las actividades del I Congreso de la Internacional Sindical Roja, desarrollado en la Casa de los Trabajadores o Casa de las Uniones Obreras. De acuerdo con Díaz Ramírez, la ISR podría definirse como un ente concreto y tangible: «el conglomerado de los trabajadores revolucionarios del mundo, fieles a su clase». En el Congreso, se discutió principalmente «la autonomía sindical respecto a la Internacional Comunista».[103] Dentro del marco de las actividades, Díaz Ramírez relató que fueron varias las conferencias celebradas en las que cada delegado informó las condiciones de sus países de origen, así como «en qué forma había de entenderse la relación entre las dos internacionales: la Sindical y la Comunista».[104]

Durante el viaje de Díaz Ramírez a Moscú, el acontecimiento más destacado fue la entrevista que siete delegaciones asistentes al Congreso —entre ellas, la suya— mantuvieron con Lenin, quien los recibió a las dos de la mañana para hablar sobre «la represión contra los anarquistas en Rusia». La reunión de Díaz Ramírez con Lenin lo convirtió en el único mexicano que tuvo la oportunidad de conocer personalmente al líder revolucionario. De acuerdo con Manuel Díaz, Lenin se dirigió a él «para intercambiar opiniones sobre el problema de la utilización de los parlamentos por los comunistas» en México y expresar que, si bien se oponía en principio, podía justificar el hecho de manera temporal por la condición dependiente del país latinoamericano; ante lo cual el mexicano aseguró expresar la opinión de la mayoría comunista, al decir que era una posición pasajera pronta a transformarse.[105] El viaje de Manuel Díaz Ramírez terminó, pero volvería a Moscú de nueva cuenta en 1928.

---

[103] Paco Ignacio Taibo II, *Bolcheviques. Una historia narrativa de los orígenes del comunismo en México* (México, D.F.: Ediciones B, 2008), 221-223.
[104] Rosendo Salazar, *Las pugnas de la gleba* (México, D.F.: Editorial del PRI, 1972), 404-406.
[105] Taibo II, *Bolcheviques*, 221-225.

Las rutas de viaje: espacios de sociabilidad y de formación política

Durante la década de 1920, llegar a Moscú implicaba un proceso complicado que solo era posible sortear mediante gestiones conjuntas entre el PCM y la IC. El trayecto tenía que planearse en términos económicos y burocráticos. El dinero implicaba un problema que se trataba de resolver dividiendo el costo del viaje entre el país de origen, que generalmente pagaba la primera parte del trayecto, y el Komintern, que asumía los costos de la estadía y el regreso. Aunque es difícil conocer el costo total, Víctor y Lazar Jeifets estimaron que, para 1927, Moscú pagó en total 2.770 dólares por el traslado de la delegación mexicana y el precio promedio por cada delegado fue de 250 dólares en promedio.[106] Para gestionar los viajes, se recurrió a distintas estrategias: la importancia «del intercambio de delegaciones» era tal para Moscú que el Komintern utilizó recursos «organizacionales y financieros» de distintas organizaciones de la misma, como fueron la Internacional Sindical Roja, el Socorro Rojo Internacional (SRI) y de otros organismos pertenecientes a la IC.[107] De parte mexicana, el PCM organizaba colectas y, en algunas ocasiones, logró gestionar recursos gubernamentales. Así sucedió en 1927 cuando viajó la delegación nacional al Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, que tuvo lugar en febrero de 1927 en Bruselas. Al Congreso asistieron José Vasconcelos, Julio Antonio Mella e Ismael Martínez con el apoyo del embajador mexicano en Alemania, Ramón de Negri, quien gestionó recursos con el entonces presidente de México, Plutarco Elías Calles (1924-1928).[108] Aunque no se ha encontrado evidencia, tampoco cabe duda de que el camino que Mella y Martínez siguieron a Moscú, para representar a México en la Conferencia Internacional del Socorro Rojo Internacional, fue financiado con dinero del gobierno mexicano gracias a las gestiones del embajador.

---

[106] Jeifets y Jeifets, «Los latinoamericanos en la Celebración», 67.

[107] Jeifets y Jeifets, «Los latinoamericanos en la Celebración», 65.

[108] El gobierno de Calles financió el viaje de la delegación mexicana para demostrar su fuerza política ante Estados Unidos, que presionaba al gobierno por sus ambiciones petroleras. Véase Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2008), 224.

Entre los requisitos burocráticos para entrar en la Unión Soviética, se pedía llenar el formato de un «Cuestionario para delegados» que incluía los datos personales y políticos de quien viajaba. Al menos, así fue para Julio Antonio Mella e Ismael Martínez, representantes de México a la Conferencia Internacional del SRI que se celebró en Moscú en 1927 y era un requisito extendido para cualquier representante extranjero que viajara a la URSS. En el documento que funcionaba para hacer un perfil social y político de los visitantes, se incluía una fotografía del delegado con su nombre completo, la especificación de la sección nacional a la que pertenecía (en este caso, la mexicana), la edad, la nacionalidad, el grado de estudios, su estatus social, la ocupación laboral, la profesión, el número de idiomas que hablaba, el lugar de residencia, el año de afiliación a alguna organización comunista, el trabajo que realizaba dentro de la organización en cuestión y el partido comunista al que pertenecía, así como las actividades que había realizado como militante, los países que había visitado y las organizaciones a las que le gustaría acercarse durante su estadía en la URSS.[109] El cuestionario, por sí mismo, implicaba control. Pero, como documento, también ofrece pistas para entender los parámetros utilizados en la elección de los representantes —quienes tenían que contar con experiencia dentro de la militancia y, de preferencia, dominar conocimientos técnicos—. En ese sentido, fue también una manera de crear un perfil demográfico de la militancia fuera de la URSS.

El trayecto a Moscú se hacía en las rutas marítimas que seguían el comercio, la migración y el turismo. Algunos comunistas partieron desde el puerto de Veracruz a La Habana, como fue el caso de Refugio García, quien viajó en 1929 junto a su compañero Manuel Díaz Ramírez. En La Habana, lo común era reunirse con la militancia de la isla, práctica que fortaleció la relación entre los y las comunistas de ambos países. Así lo evidencia la historia del comunismo mexicano y, en particular, de los exilios cubanos que siempre tuvieron a México como punto de llegada. Desde La Habana, se continuaba en viajes transatlánticos a Europa. Otro trayecto común partía de Nueva York, como fue el caso del primer viaje de Manuel Díaz Ramírez, quien desde México se trasladó a

[109] Biblioteca Manuel Orozco y Berra, Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), 539, 1, 39, «Questionnaire for Delegates».

Estados Unidos y, con ayuda de comunistas estadounidenses, preparó el resto de su viaje hacia la URSS.[110]

Después del desembarco, comúnmente en Hamburgo, los viajeros seguían su trayecto en tren o barco, haciendo escalas en distintos países, previo a su arribo a la «patria de los soviets». De acuerdo con Manuel Díaz Ramírez, ese transcurso para él no estuvo exento de contratiempos. En sus narraciones, dijo haber experimentado «algunas dificultades en mi viaje, ocasionadas por la estricta vigilancia que los gobiernos capitalistas de todos los países ejercen sobre los individuos que sospechan siquiera que tratan de internarse en Rusia».[111] Entre otros obstáculos, el comunista enfrentó detenciones en la costa del mar Báltico, «ya que las autoridades consideraban sospechosa la presencia de un mexicano en las cercanías de la frontera rusa, tanto más que llevaba visado mi pasaporte desde Nueva York para desembocar en Riga». En el mismo sentido, describió cómo, después de «una odisea por varios países bálticos durante varios días», se vio obligado a permanecer en Riga por una semana «eludiendo el espionaje que hervía en el mismo hotel donde viví». Después de Riga, Díaz Ramírez partió a Moscú con más complicaciones debido a la falta de recursos materiales que complicaban las actividades cotidianas en la región y, en su caso, condicionaron el tiempo del recorrido, pues un trayecto que debía hacerse en unas cuantas horas le llevó entre ocho y diez días debido a la falta de combustible para las locomotoras que tenían que funcionar con leña verde.[112]

El comunista estadounidense Bertram Wolfe, quien tuvo una influencia importante en el PCM, también realizó una crónica del viaje que hizo a Moscú en 1924 para representar a México en el V Congreso de la IC. Partiendo desde Nueva York, puede suponerse que hizo una parada en Cuba y luego recaló hasta Hamburgo para trasladarse a Berlín, específicamente a Neukölln, «un distrito fuertemente comunista de la capital». Allí lo esperaba su contacto,

[110] Taibo II, *Bolcheviques*, 221.
[111] Salazar, *Las pugnas de la gleba*, 403.
[112] Taibo II, *Bolcheviques*, 221.

el camarada Fuchs, de quien nunca supo su nombre real, pero le daría las instrucciones para continuar su viaje.[113]

A diferencia de Díaz Ramírez y Bertram Wolfe, en 1927 Julio Antonio Mella e Ismael Martínez viajaron a Moscú mediante otra ruta, ya que previamente participaron en el Congreso contra el Imperialismo y la Opresión Colonial que tuvo lugar en Bruselas. Desde ahí, se trasladaron a París y, luego, tomaron un tren hasta Berlín, ciudad obligada en la ruta de «quienes viajaban a Moscú».[114] La parada en Berlín se explica porque en la década de 1920, durante la República de Weimar, todavía se consideraba un lugar seguro. El Komintern tenía una presencia importante —tan solo cabe mencionar el papel que Willi Münzenberg desempeñaba— y, posiblemente, en la ciudad se hacía un primer filtro de seguridad para evitar la entrada de espías a la Unión Soviética.[115] Para llegar a Leningrado, la ruta que siguió Bertram Wolfe fue retornar a Hamburgo, desde donde partió hacia la URSS, para evitar a los oficiales de inmigración y el «cordón sanitario» formado por los países hostiles a la Unión Soviética.[116]

Para llegar a su destino, los viajeros se valieron de redes de solidaridad previamente impulsadas por las organizaciones comunistas. Entre ellas, el Socorro Rojo Internacional y el Socorro Obrero Internacional jugaron un papel central en el apoyo económico, pero también en la seguridad a los viajeros, sobre todo con las rutas que podían seguir, los pasaportes que necesitaban y la red de contactos que en las distintas ciudades brindaban las conexiones para continuar con el viaje. Por su parte, dichas redes de solidaridad hicieron contrapeso al espionaje que los propios viajeros

---

[113] Bertram D. Wolfe, *A Life in Two Centuries* (Nueva York: Stein and Day Publishers, 1981), 306 y 315.
[114] Studer, *Viajeros de la revolución mundial*, 58.
[115] En el libro *Mi arte, mi vida* de Diego Rivera, se puede entender el ambiente más relajado que se vivía en Berlín. En su libro, el pintor cuenta cómo durante su estancia pudo ver, frente a un discurso de Hitler, que «mis amigos comunistas hicieron burlonas observaciones acerca del "chistoso hombrecito" que se iba a dirigir a la asamblea, y consideraban timoratos o tontos a quienes veían en él una amenaza». En Diego Rivera, *Mi arte, mi vida* (México, D. F.: Editorial Herrero, 1963), 111-115.
[116] Wolfe, *A Life in Two Centuries*, 316.

enfrentaban durante el trayecto. Un ejemplo de ello lo registró Bertram Wolfe, quien contó cómo fue que, en su viaje en barco desde Alemania a la URSS, descubrió a un espía británico que terminó denunciando junto a Manabendra Nath Roy (por casualidad, se identificó en el barco como otro de los pasajeros). Gracias a esta denuncia, y al vínculo recién creado con Nath Roy, Wolfe se integró a la extensa red de empleados del Komintern. Como él, iban camino a participar en algún evento de la IC o simplemente iban en el trayecto con la intención de resguardar tanto a los pasajeros como la frontera soviética.[117]

Como he tratado de evidenciar, el viaje se convirtió en un espacio de sociabilidades —amistades, rupturas, reconciliaciones, camaradería y, posiblemente, amoríos— que permitió a los comunistas conocer a sus pares de distintas procedencias, adentrarse en sus experiencias y sociabilizar con dirigentes y trabajadores comunes y corrientes. Así fue la experiencia que en 1927 vivió Diego Rivera cuando viajó a Moscú para celebrar el décimo aniversario de la Revolución. Rivera fue uno de los tantos artistas, intelectuales y militantes que emprendió camino a la URSS para participar en primera línea en las conmemoraciones que se desarrollaron. El artista mexicano así describió su viaje desde Berlín:

> [E]n compañía de un grande y heterogéneo grupo de personas. Trabajadores ferroviarios, rudos y alegres. Mineros, silenciosos y fuertes, mirando el mundo con los ojos acostumbrados a la oscuridad. Trabajadores textiles, tranquilos, agudos, bromistas, de dedos increíblemente ágiles. Revolucionarios profesionales, que se quedaban discutiendo sobre marxismo mientras los demás dormíamos. Escritores, como el maravilloso Theodore Dreiser y Henri Barbusse, que estaban allí. El rebelde sultán marroquí de cuatro pies de alto Abd-el-Krim, que hablaba casi todos los idiomas del mundo con divertida incoherencia. Americanos del Norte y del Sur, de todas las edades. Hermosas jóvenes trabajadoras checoslovacas, y,

[117] Ibíd., 317-319.

> siempre a mi lado, un antiguo limpiabotas que había sido discípulo del propio Lenin: Willi Münzenberg.[118]

Las narraciones de Rivera y Wolfe permiten conocer los heterogéneos orígenes de las y los viajeros que se dirigieron a la Unión Soviética. Es importante subrayar, por ejemplo, que al pintor le interesó destacar que, durante el trayecto, convivió al mismo tiempo con intelectuales y militantes reconocidos, como Henri Barbusse y Willi Münzenberg, trabajadores y mujeres, además de personas de distintas nacionalidades. Así, dio cuenta del internacionalismo que abanderaban las organizaciones kominternistas.

Resulta complejo recopilar las vivencias cotidianas en los trayectos. No obstante, David Alfaro Siqueiros describió el regreso de Alemania a México, que realizó en compañía de Diego Rivera. Embarcados en Hamburgo en el «Río Pánuco, insuperable trasatlántico de propulsión eléctrica con destino a Nueva York, La Habana y Veracruz», Rivera y Siqueiros compartieron camarote durante su trayecto. Sin embargo, después de una pelea por diferencias políticas, ambos pasaron parte del viaje sin dirigirse la palabra. Esta situación los llevó a sufrir una «horrible soledad, entre gentes con las cuales no podíamos hablar ni entender lo que nos decían, ambulábamos como sonámbulos por las cubiertas y corredores del barco». Además de las dinámicas sociales que se pueden intuir en la narración de Siqueiros, la crónica del muralista permite conocer costumbres de los barcos en altamar, como la fiesta realizada una vez que se superaba la mitad del recorrido, «en la cual los disfraces juegan la mejor parte».[119]

El destino: las delegaciones mexicanas llegan a Moscú

En 1921, Manuel Díaz Ramírez inició la representación de las delegaciones mexicanas en Moscú. Conforme avanzó la década de los veinte, se fueron sumando más comunistas a las delegaciones en la Unión Soviética. Se han mencionado los viajes de Diego Rivera,

---

[118] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 111 y 115.

[119] David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo* (México, D.F.: Grijalbo, 1977), 238-240.

David Alfaro Siqueiros, Julio Antonio Mella, Ismael Martínez y Bertram Wolfe, pero también integraron esta lista tres mujeres: Graciela Amador, Refugio García y Evelyn Trent —quien fuera la primera mujer en representar a México en un congreso del Komintern—. De igual manera fueron Luis G. Monzón y Xavier Guerrero,[120] entre otros más que no dejaron registros. Lo que se puede saber de la experiencia de cada una de ellas y ellos es desigual, pues está condicionado a los registros archivísticos que han permanecido.

En 1927, con motivo del décimo aniversario de la Revolución, una delegación mexicana se trasladó a Moscú, donde confluyó con comunistas de distintas regiones para participar en los eventos conmemorativos. Uno de los encargados de organizar el viaje de las delegaciones latinoamericanas fue el argentino Victorio Codovilla, quien realizó un «meticuloso trabajo preparatorio» que permitió la llegada de una delegación latinoamericana bastante nutrida. Tal fue el éxito que «hasta entonces Moscú jamás había visto tantos latinoamericanos al mismo tiempo». Como representantes de México, se encontraban Luis G. Monzón, miembro del PCM y del SRI; Samuel Ramos Magaña de la Universidad Nacional; Elías Barrios, del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros y del Transporte; Pablo Méndez y José Guadalupe Rodríguez de la Liga Nacional Campesina (este último también miembro del SRI); Lauro Cisneros, secretario del Comité Central del Sindicato de Trabajadores Mineros; Manuel Mendizábal, director del Museo Nacional; J. Montemayor y R. Maren, petroleros de Tampico; el comunista de origen italiano y dirigente de la Sección mexicana del SRI, Vittorio Vidali; y el muralista Diego Rivera, quien «representó el contingente como miembro de la delegación de la Organización de Ayuda Internacional de los Trabajadores y de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA)» junto a «una delegación de "obreros y campesinos" [aunque] (en su mayoría no lo eran, sino intelectuales)».[121]

---

[120] Sobre Xavier Guerrero no se profundizará, pero es preciso mencionar que fue uno de los mexicanos que fue a la Unión Soviética a las escuelas leninistas.

[121] Jeifets y Jeifets, «Los latinoamericanos en la Celebración», 68 y 70. Bertram D. Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera* (México, D.F.: Editorial Diana y Secretaría de Educación Pública, 1986), 180. «Los Delegados Mexicanos en la

El arribo de la delegación mexicana a Moscú fue descrito con admiración por parte de los mexicanos. Seguramente, causó sorpresa a los soviéticos ver, entre los recién llegados, a Guadalupe Rodríguez «en traje de charro y con un alto sombrero negro» que hacía a los transeúntes voltear a verlo y sonreírle. Por la parte mexicana, los delegados tuvieron como primera experiencia un paisaje citadino cubierto de hielo.[122] Siendo parte del itinerario a seguir, los delegados salieron de Moscú para conocer aspectos de la vida soviética. Así fue el caso de Luis Monzón y Guadalupe Rodríguez, quienes viajaron a Ucrania «donde estuvieron investigando la vida de los campesinos soviéticos». Por su parte, «los delegados sindicales fueron a Bakú, donde pudieron observar la vida del proletariado industrial».[123]

En relación con las celebraciones, que eran el objetivo principal del viaje, estas representaban todo un despliegue de fuerza gubernamental. Para dar una idea de su significado, en su libro *Viaje a Rusia*, el escritor austríaco Joseph Roth publicó una serie de reportajes que originalmente se escribieron para el periódico *Frankfurter Zeitung*. Como testigo en primera persona, describió las celebraciones del noveno aniversario de la Revolución: «Este desfile es el espectáculo militar más imponente en la actualidad, y —desde Napoleón— probablemente de la historia. También es el espectáculo más imponente de la Rusia soviética. Y por más veces que se repita, no pierde nada de su fuerza. Permanece siempre vivo, como una buena pieza tras veinte representaciones. Es la única parada que no tiene nada superfluo, ningún botón lustroso, ningún destello de teatro, ningún gesto vanidoso».[124]

Conmemoración del X Aniversario de la Revolución Rusa», *El Machete*, México, D. F., 7 de enero de 1928, n.° 96, 2.

[122] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 115-116.

[123] «Los Delegados Mexicanos en la Conmemoración del X Aniversario de la Revolución Rusa», 2.

[124] Joseph Roth, *Viaje a Rusia* (Barcelona: Editorial Minúscula, 2017), 83. Al respecto, Diego Rivera también plasmó sus impresiones en bocetos que se publicaron en la revista *Cosmopolitan*, en septiembre de 1932. De acuerdo con su testimonio, en la Plaza Roja vio desfilar al Ejército Rojo y a gente durante todo el día. Véase Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, 180-181.

En este punto es conveniente retomar el trabajo político que sobre el viaje a Moscú realizó Luis G. Monzón, un comunista que, por lo demás, ha sido poco trabajado en la historiografía mexicana. Monzón (1872-1942) fue un maestro de escuela rural originario de San Luis Potosí, quien desde la Revolución mexicana se unió al ala magonista de la misma y publicó en el célebre periódico *Regeneración*. El potosino también ha sido reconocido por sus posturas radicales en la redacción de la Constitución de 1917, pertenecientes al grupo jabonino. Hacia 1923, ingresó a las filas del PCM y se convirtió en una figura destacada del partido gracias al cargo que ocupó como senador independiente por su estado natal, un puesto considerado estratégico para el comunismo. Durante su militancia, formó parte de distintas organizaciones, entre las que se encuentra la Liga Nacional Campesina. Fue uno de los fundadores de la LADLA. En 1927, ocupó la presidencia de la Sección mexicana del SRI, desde donde impulsó importantes campañas, como la de solidaridad con los anarquistas Sacco y Vanzetti, para lo cual ayudó a fundar el Frente Único Sacco y Vanzetti. Asimismo, fue miembro de la mesa directiva del Congreso de los Amigos de la URSS.[125]

Después de su estancia en la URSS, Monzón cumplió con una de las obligaciones encomendadas a los viajeros al regreso a sus lugares de origen, a saber, difundir su experiencia en la Unión Soviética. Esto implicaba compartir las actividades que habían realizado, así como sus observaciones sobre la sociedad, el campo, la industria, etcétera. Lo anterior era una especie de ejercicio propagandístico sobre los avances que la Revolución había llevado a la sociedad soviética. En dicho sentido, Monzón anunció:

> En varios mítines obreros de la Ciudad de México he externado ya algunas de las vivas impresiones que recibí durante mi visita a las admirables regiones donde impera el gobierno de las clases productoras, pero juzgando un deber mío expandir el radio de mi modesta información al mayor número de mis compañeros de clase, aprovecho las columnas de *El Machete* para divulgar en una serie de artículos los resultados de mi investigación acerca del género

[125] Jeifets y Jeifets, *América Latina en la Internacional Comunista*, 434.

> de vida que llevan en la URSS los elementos del trabajo obrero y campesino.[126]

Los artículos que publicó se titularon «Impresiones de un viaje a la URSS». En estas notas, informó sobre la estructura del gobierno bolchevique: explicó, por ejemplo, el significado del socialismo en la Constitución soviética. También habló sobre la transformación de las relaciones sociales gracias al triunfo de la Revolución. Dedicó un artículo completo para hablar del «Congreso Internacional de Amigos de Rusia»[127], en el que habían participado personajes como Henri Barbusse en representación de Francia, Diego Rivera, de México, y Mac Wade, de Irlanda.

Otra experiencia de viaje que vale la pena retomar es la de la comunista Refugio «Cuca» García. Entre otras banderas de lucha, ella dedicó gran parte de su militancia al reconocimiento de los derechos de las mujeres.[128] En julio de 1928 y luego en 1929, Manuel Díaz Ramírez volvió a la Unión Soviética para integrarse a las actividades de la IC. En el segundo de estos viajes, lo hizo como «representante permanente del PCM ante el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en el Secretariado Latinoamericano» y estuvo acompañado por Cuca García, su pareja sentimental. Ambos estuvieron en la URSS hasta noviembre de 1930.[129]

---

[126] Luis G. Monzón, «Impresiones de un viaje a la U.R.S.S.», *El Machete*, México, D. F., 18 de febrero de 1928, n.° 102, 2.

[127] Luis G. Monzón, «Impresiones de un viaje a la U.R.S.S. El territorio de la URSS», *El Machete*, México, D. F., 18 de febrero de 1928, n.° 102, 2; «Impresiones de un viaje a la U.R.S.S. Anatomía funcional de la URSS», *El Machete*, México, D. F., 25 de febrero de 1928, n.° 103, 2; «Impresiones de un viaje a la U.R.S.S. Transformación social de Rusia», *El Machete*, México, D. F., 3 de marzo de 1928, n.° 104, 2; «Impresiones de un viaje a la U.R.S.S. Congreso Internacional de Amigos de Rusia», *El Machete*, México, D. F., 10 de marzo de 1928, n.° 105, 2.

[128] Para profundizar en la vida de Cuca García véase la biografía de Verónica Oikión Solano, *Cuca García (1889-1973). Por las causas de las mujeres y la revolución* (Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán/El Colegio de San Luis, 2018).

[129] Al respecto Verónica Oikión plantea que no hay certeza absoluta de que Manuel Díaz Ramírez haya realizado dos viajes (el de 1928 o 1929) o, en su defecto, si llegó a la Unión Soviética en 1928 y prolongó su estadía hasta 1930. No obstante, la autora advierte que es más factible que Díaz Ramírez haya vuelto a México para volver acompañado de su pareja, Refugio García, en 1929. Véase Oikión Solano, *Cuca García*, 204-206.

Al menos para la década de 1920, Cuca García y Graciela Amador fueron las dos únicas comunistas mexicanas que viajaron a la URSS. A diferencia de sus contrapartes masculinas, es más complicado conocer detalles personales de sus viajes por la falta de registros escritos. Por ejemplo, no se sabe acerca de sus experiencias durante el traslado, pese a que Refugio García iba acompañada de Díaz Ramírez; tampoco se conoce si coincidió con alguien más, ni ningún otro detalle de su viaje. De lo que sí se tiene certeza es que Cuca García hizo una escala en La Habana, donde se reunió con comunistas cubanas para hablar sobre las condiciones sociales de las mujeres en la isla. Tras su partida, Refugio García cumplió el cometido de informar que «las mujeres del Partido me recomendaron muy especialmente, suplicar en su nombre al Departamento Femenil de la I.C. tome en consideración la angustiosa situación de la mujer en esa Isla que sufre la dominación imperialista de Norte-américa».[130]

A su llegada a Moscú, García y Díaz Ramírez se instalaron en la entonces llamada calle Gorki. La comunista se encontró con Edgar Woog, un empleado del Komintern que durante la década de 1920 fue pieza clave en la relación entre el PCM y la IC y con quien Cuca había construido una cercana amistad durante su estadía en México. Como parte del trabajo político que García realizó, todo indica que se incorporó a las actividades del Secretariado Latinoamericano, donde continuó con los trabajos de la burocracia partidista que ya realizaba en México —tareas como la «elaboración y revisión de proyectos; distribución de las competencias en la estructura de su organigrama; formulación de planes y documentos de trabajo; expedición de informes, resoluciones, protocolos y minutas; asuntos de organización; planeación de escuelas de cuadros; reuniones de comisiones; atención de correspondencia, etc.»— y, principalmente, con la atención de los retos y las perspectivas que enfrentaban los partidos comunistas en Latinoamérica.[131]

En Moscú, Refugio García no se mantuvo al margen de los acontecimientos: reafirmó su convicción de lucha por la

[130] Citado en ibíd., 206.
[131] Ibíd., 206-207.

reivindicación de los derechos de las mujeres al incorporarse y empaparse de las discusiones que en el Komintern se daban alrededor del tema. Al respecto, Oikión Solano refiere que Cuca García escribió dos textos. El primero, titulado «La situación de la mujer en México», no está firmado; sin embargo, Oikión infiere que fue su autoría a partir del contexto en que se redactó, así como el «contenido en alusión a la mujer trabajadora». El segundo, «Informe sobre la situación del movimiento revolucionario en México y principalmente sobre la situación de la mujer», tuvo como objetivo insertar a las trabajadoras en «los grupos laborales en las difíciles condiciones del México posrevolucionario».[132]

Palabras finales

El objetivo del presente texto fue hacer una aproximación a las experiencias de viaje que comunistas mexicanos tuvieron en la Unión Soviética durante la década de 1920. El capítulo centró la mirada, más que en las instituciones y las discusiones políticas que en torno a estas se dieron, en los sujetos como viajeros, además del proceso que el viaje implicó en la formación política de la militancia comunista. Ello permitió profundizar en las vivencias que implicaron los viajes, es decir, la organización, el traslado, las sociabilidades y las impresiones del lugar al que se viaja, en este caso, la URSS. De este modo, fue posible conocer el impacto que dichas vivencias tuvieron en el comunismo mexicano de la década de 1920, sobre todo, pensando las experiencias en los términos del internacionalismo del Komintern.

[132] Ibíd., 207-208. Al igual que Refugio García, otra comunista que viajó a Moscú fue la artista zacatecana Graciela Amador junto a su entonces esposo David Alfaro Siqueiros. Ambos fueron como representantes al Congreso de la Internacional Sindical Roja que se celebró en 1928. Como es fácil suponer, el viaje de Siqueiros es mucho más conocido que el de Amador. La cantidad de fuentes y la mirada masculinizada sobre la historia del comunismo han dejado de lado casi la mayoría de las experiencias de la militancia femenina. No obstante, son esperanzadores los trabajos que, al respecto, se están desarrollando. Entre estos, la biografía de Graciela Amador, de Verónica Oikión Solano.

El movimiento de los «Amigos de la URSS» y la política de la Sociedad de Vínculos Culturales con el Extranjero (VOKS) en Brasil

Andrey Schelchkov

En la década de los veinte, tras el fracaso del ascenso revolucionario en Europa y el cambio de prioridades de la política exterior de la Rusia soviética, se hizo urgente la tarea de interacción y de cooperación pacífica con las clases políticamente neutrales e incluso «enemigas», capaces de ejercer una influencia en la política de los gobiernos de los países capitalistas. Se trataba de un giro en la política exterior, aun cuando la revolución siguió siendo el objetivo principal y la razón de ser del régimen soviético. Pero, en las condiciones de derrota de la revolución europea en los años de la posguerra, la tarea a la orden del día no era solo coexistir indefinidamente con el «mundo del capital», sino también tratar de ganar las simpatías de los «compañeros de ruta», es decir, grupos sociales intermedios, como los intelectuales y los profesionales, la pequeña burguesía e incluso algunos sectores de la burguesía, especialmente en los países dependientes.

La dramática situación de Rusia tras la guerra civil y la hambruna exigió el establecimiento de lazos humanitarios y la ayuda con el «hostil» mundo capitalista. En 1923, se creó la Oficina Unida de Información para los contactos apolíticos en el extranjero con fines de propaganda y otras labores humanitarias. Sobre su base, en 1925, se creó la Sociedad de Vínculos Culturales con el Extranjero (VOKS),[1] para «establecer y desarrollar las relaciones científicas y culturales entre instituciones, organizaciones públicas y los científicos y los profesionales de la cultura de la URSS [Unión Soviética] y el extranjero».[2] Las tareas de la Sociedad no solo

[1] La decisión de crear el VOKS data del 13 de febrero de 1925. Su primera reunión constituyente se celebró el 5 de abril, pero la publicación de los documentos fundacionales de la Sociedad se efectuó el 8 de agosto.

[2] Archivo Nacional de la Federación Rusa (GARF), Fondo (F). 5283, Legajo (l) 1, expediente (exp.) 1, 1.

consistían en promover la imagen positiva de la Rusia soviética como un país abierto a la cooperación pacífica con todos los países, sino también en crear una red cuasi política de organizaciones públicas simpatizantes con la URSS, los llamados compañeros de ruta.



Primer Congreso Mundial de Amigos de la URSS (Moscú, 1927). Fuente: https://history.ru/read/articles/vsemirnyy-kongress-druzey-sssr-kak-eto-bylo

La VOKS estuvo formalmente subordinada tanto al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (Komintern) como al Comisariado Popular de Asuntos Externos (NKID). En particular, el Komintern daba la orientación ideológica al trabajo de la VOKS, bajo el entendido de que los partidos comunistas debían controlar y dirigir, a nivel local, las Sociedades de Amigos de la URSS.[3] En América Latina, a menudo las Sociedades de Amigos con fuerte presencia comunista parecían sucursales del Socorro Rojo Internacional (MOPR), lo que provocó la crítica de la VOKS, que

[3] Los nombres de estas sociedades variaban de un país a otro. No obstante, en la VOKS todas se titulaban Sociedades de Aproximación (Convergencia) con la Nueva Rusia.

pretendía autonomizarse de dicha organización y de la línea kominterniana. La VOKS defendió su línea de lazos «apolíticos» y del «acercamiento cultural», mientras que el Komintern insistió en la política clasista en relación con los «amigos de la URSS».[4]

La VOKS y la Asociación de Amigos de Rusia en Brasil

Durante las décadas de 1920 y 1930, en Brasil se desarrolló un fenómeno de entusiasmo entre los intelectuales, principalmente de la élite, por la estética soviética y el comunismo. Para muchos de ellos, modernistas e inconformistas en el arte, la idea soviética se presentaba como una ruptura con el presente. Los comunistas eran vistos no solo como políticos románticos, sino también como una fuerza capaz de destruir la sociedad de la oligarquía terrateniente —de la que ellos mismos provenían y que tanto despreciaban—. Esta alianza fue facilitada por las peculiaridades del propio Partido Comunista brasileño (en adelante, PCB), donde el legado del movimiento anarquista seguía siendo fuerte, y las purgas del Komintern y la llamada «bolchevización» no resultaron en cambios significativos. Estos intelectuales fueron protagonistas de la Semana de Arte Moderno en São Paulo en 1922.

En los años veinte, aparecieron en el mercado brasileño numerosos libros y folletos sobre la Rusia soviética y la Revolución rusa, como las obras de Oscar Siegel, Pedro Motta Lima, Afonso Schmidt y Otávio Brandão. Se trataba de obras periodísticas que transmitían información obtenida de fuentes externas. Entre fines de la década y principios de los treinta, se publicaron masivamente libros sobre la URSS, escritos por europeos y latinoamericanos que viajaron a la Rusia soviética. Solo en 1931, por ejemplo, aparecieron cinco libros de este tipo: los de Albert Rhys Williams, Paul Marion, Henri Béraud, Julio Álvarez del Vayo y Diego Hidalgo. Tal explosión de interés se explica por la narrativa propagandística predominante sobre el desarrollo —sin crisis— en la URSS y su crecimiento colosal durante la depresión global. Al mismo tiempo, se publicaron muchas notas sobre los viajes de los brasileños Mauricio Medeiros,

[4] Archivo Nacional de Historia Social-Política de Rusia (RGASPI), Fondo (F). 495, legajo (l) 29, expediente (exp.) 69, 46.

Jayme Adour de Câmara, Osório César, Caio Prado Jr. y Claudio Edmundo da Costa.

Las relaciones con la VOKS se establecieron tanto a través del PCB como mediante contactos individuales. En Brasil, había un gran interés por la URSS y, en particular, por las reformas sociales, la Revolución Cultural y la educación. Brasil fue, en efecto, uno de los países con mayor número de solicitudes de envío de literatura a la VOKS. La distribución de los libros, revistas y materiales informativos en los países latinoamericanos se realizó de diversas maneras, sobre todo a través de las sociedades europeas de Amigos de la URSS (también conocidas como Sociedades de Aproximación) que mantuvieron algún contacto con los latinoamericanos. Por ejemplo, a través de una activista checa de la Sociedad de Amigos (la escritora O. Urbankova, quien viajó a Brasil en 1926), se establecieron contactos con el Sindicato de Profesores en Curitiba. A este sindicato se le enviaron materiales sobre el innovador sistema educativo en la URSS,[5] que era el tema más popular en ese momento —a juzgar por las numerosas publicaciones en la prensa latinoamericana de aquellos años—. Periódicos, universidades y diversas sociedades acudieron a la VOKS con solicitudes de literatura sobre la URSS. Por esta razón, la VOKS vio que en Brasil había un gran potencial para crear un movimiento en apoyo a la URSS.

Por entonces, el Partido Comunista de Brasil, aunque seguía siendo muy débil, trabajaba con la intelectualidad porque la mayoría de sus dirigentes eran de ese sector social. En 1926, el secretario general Astrojildo Pereira informó al Komintern que el partido estaba formado por jóvenes poetas y escritores, como Afonso Schmidt, Otávio Brandão, Raimundo Reis, Laura da Fonseca e Silva y V. de Miranda Reis.[6] En concordancia con la orientación de la VOKS, esta fue la base de trabajo del PCB entre los intelectuales o los «compañeros de ruta»: el desarrollo de los lazos culturales, el reconocimiento de la URSS y el desarrollo del comercio. El propio

[5] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 44, 99.

[6] Felipe Castilho de Lacerda, «Octávio Brandão e as matrizes intelectuais do comunismo no Brasil» (tesis de maestría, Universidade de São Paulo, 2017), 85.

Pereira fue responsable de la creación de la Sociedad de Amigos de la URSS.

El 2 de enero de 1927 se fundó en Río de Janeiro la Asociación de Amigos de Rusia (AAR). La tarea de la Asociación era hacer accesibles los logros soviéticos a las capas más amplias de la población brasileña. En un panfleto, declaró su misión con ese sentido de apertura:

> Pretende reunir en sí todos esos elementos entusiastas del trabajo constructivo de la Rusia soviética, decidida a estudiar y dar a conocer en Brasil los logros incomparables de la revolución proletaria del gran país eslavo. (…) Pensadores, profesionales y productores trabajando juntos y conviviendo en una admirable obra de estudio y difusión. La inteligencia, que no es parasitaria, está reconociendo poco a poco que su lugar no reside entre los débiles en todas sus formas, sino entre los proletarios de la ciudad y el campo que, como productores de riqueza, deben ser los únicos que dispongan de ella.[7]

La creación de la AAR coincidió con la visita del representante de Yuzhamtorg, empresa comercial soviética radicada en Buenos Aires.[8] Boris Kraevsky fue a Río de Janeiro, donde organizó un lujoso banquete en uno de los mejores hoteles de la ciudad para los «amigos de la URSS». Estas actividades causaron reparos en Moscú, pero Kraevsky finalmente se salió con la suya gracias a sus relaciones con la jefatura soviética. La VOKS y el NKID recibieron, como informe de sus actividades, numerosas publicaciones de periódicos brasileños —por cierto, muy entusiastas— sobre su misión y la URSS, las cuales sirvieron para justificar sus acciones.[9]

---

[7] Ana Paula Palamartchuk, «Os novos bárbaros: escritores e comunismo no Brasil (1928-1948)» (tesis doctoral, Campinas, 2003), 49.

[8] Yuzhamtorg al mismo tiempo fue una representación oficial de la URSS en América del Sur, y Kraevsky fue un representante oficial de la VOKS.

[9] Г. Беседовский, *На путях к термидору* (Москва: Современник, 1997), 161 [G. Besedovsky, *En vía del termidor* (Moscú: Sovremennik, 1997), 161].

La AAR tuvo una existencia efímera. En Río de Janeiro, permanecieron grupos e individuos que estaban en contacto con la VOKS, como los periodistas del diario universitario *Folha Acadêmica*, Raúl Karassik y Adelmo Mendoça, quienes recibieron material informativo entre 1928 y 1929.[10] Los textos de este periódico —los artículos de Mário Magalhães sobre la educación en la URSS, de M. V. Mollas sobre la ciencia soviética, de M. Nise de Silveira sobre literatura soviética moderna, de J. Paternostro sobre el cine— fueron especialmente valorados por la VOKS. Por su parte, desde Moscú enviaba artículos sobre la vida estudiantil, la cultura y la política en la URSS, para su publicación en Brasil.[11]

La idea de la Sociedad encontró seguidores en São Paulo. Desde principios de 1927, allí el PCB, de acuerdo con las instrucciones del Komintern, hizo serios esfuerzos para crear una Asociación de Amigos, especialmente en la intelectualidad artística. En el partido, este asunto se consideraba parte de la política del Frente Único con diversos sectores. Comunistas como Everardo Díaz y Plinio Gómez de Mello trabajaron en estas tareas. El artista modernista Emiliano di Cavalcanti también fue especialmente activo y llevó a cabo un gran trabajo entre los «intelectuales pequeñoburgueses» interesados en la Asociación. A pesar de estos esfuerzos, los comunistas no tuvieron éxito.

En agosto de 1928, Mauricio Medeiros, médico y diputado del Congreso, llegó a la URSS con un grupo de turistas latinoamericanos. Cuando solicitó la visa a las autoridades soviéticas para visitar el país, la organización de su estancia y el programa de sus actividades se transfirieron a la VOKS. Además de la habitual guía turística de atracciones, ofreció una visita a la Feria de Nizhni Nóvgorod y a la Fábrica de Tractores de Járkov.[12] Una vez en Moscú, Medeiros se reunió con la jefa de la VOKS, Olga Kameneva (hermana de Trotski).[13] Medeiros no era comunista —ni siquiera un político de izquierda—, pero, al haber sido diputado, fue considerado un contacto valioso en la lucha por el reconocimiento

[10] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 55, 85.
[11] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 55, 87-87v.
[12] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 17, 92.
[13] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 44, 93-95.

oficial de la URSS en Brasil. Esto explica la gran atención que le dio la VOKS. En 1930, Medeiros publicó el libro sobre su viaje, sin sesgos anticomunistas y antisoviéticos. Este libro fue muy popular y alcanzó un récord de seis ediciones.[14]

Medeiros simpatizaba con el régimen soviético sin compartir las ideas socialistas. En realidad, su interés era el de un observador que aprecia un experimento social inusual: la contradicción entre la pobreza y los sacrificios que los habitantes de ese país hacían en la vida cotidiana, y la disposición de la mayoría a defender el régimen soviético. En el fondo, lo que llamó su atención era la convicción por la opción socialista. Como muchos otros viajeros no comunistas, Medeiros destacó críticamente la «deificación» de Lenin, cuya imagen sustituyó a los antiguos íconos y se convirtió en el símbolo de fe de una nueva religión.[15] Como médico de profesión, prestó gran atención a los nuevos principios que orientaban la construcción del sistema sanitario, además de la prevención y lucha contra el alcoholismo y la prostitución.[16] En este ámbito, vio enfoques originales. Por ejemplo, la creación de un sistema integral de prevención masiva, un proyecto que por entonces era impensable en los países capitalistas.

Un libro significativo sobre un viaje a la URSS fue escrito por Jayme Adour da Câmara, activista del movimiento de los Amigos de Rusia en São Paulo y, a su vez, corresponsal de la VOKS. Desde Moscú recibía materiales sobre la vida en la URSS, su cultura y ciencia, para distribuirlos en los periódicos locales.[17] A principios de 1930, viajó a Rusia, donde fortaleció sus lazos con la VOKS, organismo que lo instó a crear con urgencia una sociedad de amigos en Brasil. Su personalidad es, en cierto modo, un caso típico de profundo apego a Rusia que surgió del entusiasmo y la admiración por su literatura, arte e historia. Eso se reflejó en sus preferencias políticas. Adour da Câmara no fue un marxista-comunista, sino un tolstoyano: en su

---

[14] Edgard Carone, *O marxismo no Brasil: das origens a 1964* (Río de Janeiro: Dois Pontos, 1986), 66.
[15] Mauricio Medeiros, *Rússia (Notas de viagem-impressões-entrevistas-observações sobre o regímen soviético)* (Río de Janeiro: Calvino, 1931), 192.
[16] Palamartchuk, «Os novos bárbaros», 139-140.
[17] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 97, 38.

visita a la casa de Lev Tolstói en Yasnaya Polyana, quedó muy impresionado al ver el gran respeto que se le tenía a Tolstói en la nueva Rusia soviética.[18] Este hecho jugó un papel importante en su entusiasta rusofilia y, por supuesto, en sus opiniones prosoviéticas.

Tras el viaje, publicó un libro de impresiones titulado *Oropa, França e Bahia*. Su obra se distinguió por un estilo ligero y elegante. Adour da Câmara conocía bien la literatura ruso-soviética y pensaba que su deber era distribuirla en Brasil. Como periodista que simpatizaba con los comunistas, así como rusófilo que se enamoró de Rusia mucho antes de conocerla, Adour da Câmara solo veía lo positivo y grandioso en la vida de ese país: «Vi a Rusia en una extensión de unos 7 mil kilómetros. En todas las partes me sorprendió la renovación de diferentes formas de la organización social; el resultado de una experiencia única en la historia de la humanidad. Rusia en este momento es el único país que sabe conscientemente lo que quiere y hacia dónde va».[19]

Adour de Câmara, como muchos otros viajeros a la tierra de los Soviets, destacó en su impresión general las nuevas formas que estaba adquiriendo la vida, la sociabilidad, la cultura y la ilustración: la creación de un hombre nuevo, que ya había abandonado toda la carga del pasado y la jerarquía de clases, pero que adoptó una nueva religión. Advirtió: «vi a un pueblo reemplazando a todos los dioses de su creencia ancestral por la creencia en un Estado científico, por la creencia en un dios humano, un dios muzhik [campesino] con barba rubia en un sarcófago en la Plaza Roja».[20] Destacó la nueva situación de las mujeres: junto con los hombres y en todas las labores. Le encantaron las conductoras de tranvías. Como otros visitantes, Adour de Câmara también observó que bustos, retratos e imágenes de Lenin estaban por todas partes. No hizo una crítica más severa, pero le atribuyó a esta deificación de Lenin la necesidad del pueblo «de crear un ídolo».

---

[18] Bruno Baretto Gomide, «Jayme Adour da Câmara, uma bibliografia russa e uma carta tolstoiana», *Revista Brasileira*, n.º 90 (2017): 49.
[19] Jayme Adour da Câmara, *Oropa, França, Bahia* (São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1933), 126.
[20] Adour da Câmara, *Oropa, França, Bahia*, 129-130.

Adour de Câmara siempre denunció las calumnias contra la Rusia soviética en la prensa burguesa. En su libro, se preguntó si había entendido este país y respondió de forma afirmativa. Sin embargo, lo revelador para el periodista —a propósito de la pregunta «¿y qué vio?»— era precisamente aquello que no vio: una larga lista de mitos y calumnias sobre la vida en la URSS. «Nada de esto existe, pero hay muchos museos maravillosos, la gente alegre que utiliza el nuevo sistema de la igualdad, del bienestar, cultura y ciencia».[21]

Adour de Câmara regresó al país con una clara tarea de reorganizar la AAR. Fue el momento cuando el Komintern, tras aprobar la tesis del llamado «Tercer Período» y la estrategia de «clase contra clase», llamó a sus secciones nacionales a reforzar la solidaridad y la vindicación del «País de los Soviets». En 1931, la prensa del PCB publicó un llamamiento a crear los comités de defensa de la URSS. Esta declaración se dirigió a las organizaciones sindicales, a la clase trabajadora.[22] Fue una línea que iba a contrapelo de la política de la VOKS, la cual buscaba la alianza con los intelectuales y los compañeros de ruta.

La VOKS, por su parte, defendió su línea «apolítica» de «acercamiento cultural». Por supuesto, no contó con apoyo del Komintern, y al Partido Comunista brasileño se le dieron instrucciones opuestas. Por ejemplo, en 1933, el Secretariado Sudamericano del Komintern envió una carta al PCB en la que reprochó su pobre labor en la defensa de la URSS. La Sociedad de Amigos, que ya había desaparecido, fue objeto de las críticas más duras: «El partido no desarrolló una propaganda sistemática de los éxitos de la construcción socialista en la URSS. Los intentos de crear la Asociación de Amigos de la URSS hasta ahora solo dieron lugar a la aparición de organizaciones que no han sido en absoluto vinculadas a las masas, organizaciones que favorecieron el apoyo a los intelectuales, a la pequeña burguesía, algunos de los cuales intrigaban contra el partido enmascarándose con frases de izquierda y pro-soviéticas».[23]

---

[21] Adour da Câmara, *Oropa, França, Bahia*, 127-128.
[22] Edgard Carone, *O PCB (1922-1943)*, vol. 1 (São Paulo: Difel, 1982), 295-301.
[23] RGASPI, F. 495, l. 29, exp. 69, 46.

Efectivamente, el control del PCB en el movimiento de los «amigos de la URSS» no era rígido. El propio movimiento tenía efectivamente una gran dinámica dada por el interés de la intelectualidad en la Rusia soviética. Astrojildo Pereira, quien fue uno de los principales dirigentes del PCB hasta 1930, consideraba que la alianza entre la clase trabajadora y la intelectualidad era extremadamente útil para el partido. A principios de 1931, se trasladó a São Paulo, donde la idea de la Sociedad fue bien recibida por los comunistas e intelectuales simpatizantes. El 23 de febrero de 1931, en São Paulo, en la sede del sindicato del comercio, se reunió un grupo de intelectuales, médicos, periodistas y artistas. Según informes de prensa, esta reunión fue muy numerosa.[24] Su propósito era «reorganizar» la Asociación de Amigos de la URSS y refundarla en São Paulo (en Río de Janeiro no quedó huella de su funcionamiento). Con un discurso contundente sobre Rusia, Adour da Câmara anunció la creación de la Asociación.[25] Habló sobre las tareas no políticas de la AAR, a saber, la lucha por el reconocimiento de la URSS, el establecimiento de relaciones diplomáticas y el desarrollo comercial.

El informe de la policía política se refirió a este evento de la siguiente manera: «En el salón de la Asociación de Empleados Comerciales se reunieron los promotores de la creación de la Asociación de Amigos de Rusia. La reunión fue dirigida por los periodistas Adour da Câmara, Galeão Coutinho y Azevedo Marques. Estos, en conjunto con Aristides Lobo, fueron los inspiradores de esta asociación. Hubo, como era natural entre los que debatieron el asunto, afirmaciones doctrinales hechas por Adour da Câmara, Azevedo Lobo y Dante Magnanini. Así fue constituida la Asociación de los Amigos de Rusia. La comisión de la sociedad está compuesta por Aristides Lobo, Adour da Câmara, Galeão Coutinho, Oswald de Andrade y Azevedo Marques».[26] Se trató de una comisión temporal hasta la convocatoria de la primera asamblea general de la AAR.

---

[24] *Correio da Tarde*, São Paulo, 23 de febrero de 1931; *Diário Nacional*, São Paulo, 24 de febrero de 1931.
[25] «Os amigos da Rússia», *Diário Nacional*, São Paulo, 24 de febrero de 1931.
[26] Arquivo Estadual de São Paulo (AESP), DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia, 12.

La AAR abrió una oficina en la que trabajaron diariamente un secretario y un tesorero. Recibían al público en el horario habitual de día laborable.[27] Los miembros de la AAR pagaban cuotas (mil reales) y, quienes no lo podían aportar, trabajaban en diversas tareas para la Asociación, como hacer los carteles y anuncios.[28] En los periódicos de la ciudad aparecieron los telegramas de adhesión que recibía la AAR de locatarios de otras ciudades.[29] Según la VOKS, la Asociación contaba con unas 200 personas.[30]

La AAR en São Paulo se convirtió en un centro de atracción para personas en otras ciudades que simpatizaban con sus objetivos y declaraciones. No se crearon sucursales, a pesar de la indicación de la VOKS. Pero surgieron grupos que declararon su deseo de unirse a la Asociación. Por ejemplo, en mayo de 1931, la Sociedad recibió un mensaje de este tipo proveniente de Curitiba, referido a un grupo de 8 personas. Este grupo, liderado por Guilherme Janque, estaba compuesto por un periodista, un ingeniero, un trabajador ferroviario y cinco empresarios y comerciantes.[31]

La AAR contó en sus filas con un eminente intelectual, el periodista y escritor Oswald de Andrade. En 1931, apareció en São Paulo el periódico *O Homem do Povo* (*Hombre del Pueblo*), que fue un fenómeno social muy notable. Estuvo dirigido por Andrade —figura destacada del movimiento modernista antropofágico (1928)—, quien actuó con el apoyo de su esposa de entonces, la escritora feminista y comunista Patricia Galvão (Pagu). Astrojildo Pereira también desempeñó un papel activo en la publicación del periódico.

Oswald de Andrade se consideraba marxista-comunista y se aproximó al PCB. Había evolucionado política y estéticamente del catolicismo tradicional al anarquismo. En 1931, bajo la influencia de Luis Carlos Prestes (quien aún no era miembro del PCB), se unió al

---

[27] «Associação dos amigos da Rússia», *Diário de São Paulo*, São Paulo, 16 de marzo de 1931.
[28] Tito Batini, *Memória de um socialista congénito* (São Paulo: Unicamp, 1991), 166.
[29] *Diário de São Paulo*, São Paulo, 25 de febrero de 1931; *O Tempo*, São Paulo, 3 de marzo de 1931; AESP, DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia.
[30] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 11a-12.
[31] AESP, DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia, 4.

partido. Las ideas de Andrade combinaban creencias liberales, anarquistas y socialistas.[32] En su práctica periodística, escribió no solo sobre temas artísticos, sino también políticos. En ese momento, Andrade atravesaba un periodo de interés por el marxismo, que veía a través del prisma de la idea modernista de la «antropofagia» como una síntesis de lo social, lo cultural, lo político y lo fisiológico. Sus principales referentes ideológicos fueron Marx, Nietzsche y Freud. Consideraba que su etapa en la «antropofagia» fue una revuelta intelectual a través de la cual llegó al marxismo y, con ello, a una actitud consistente frente al sistema social existente.[33] *O Homem do Povo* fue considerado un arma de lucha y la propaganda política. Siendo una figura cultural influyente, Andrade reivindicaba que su tarea, más que la militancia en el PCB, era «ganar las mentes y corazones» para el comunismo.[34]

O Homem do Povo agrupó las mismas figuras que la AAR. El primer número salió con un artículo lleno de elogios a la construcción socialista y al éxito de los primeros planes quinquenales en la URSS.[35] El periódico apoyó la campaña de la Asociación de Amigos de Rusia contra la propaganda antisoviética y, a su vez, difundió los logros del plan quinquenal y la eliminación del analfabetismo. En sus páginas, también se publicaron artículos contra los periodistas antisoviéticos y anticomunistas y, en general, contra las «mentiras sobre la URSS».

En este periódico, se dio un cierto «culto a la URSS» y se hicieron llamados a establecer relaciones oficiales con ese país.[36] También se plantearon cuestiones prácticas. Por ejemplo, la Asociación promovió la idea de comprar gasolina soviética, que era mucho más barata que la importada en Brasil, la estadounidense.[37] Uno de los activistas de la Sociedad, Galeão Coutinho, reivindicando la labor de

---

[32] Marcio Luiz Carreri, *O Socialismo de Oswald de Andrade: cultura, política e tensões na modernidade de São Paulo na década de 1930* (Curitiba: CRV, 2017), 75-76.
[33] Ibíd., 84-85.
[34] Ibíd., 115.
[35] «Ordem e Progresso», *O Homem do Povo*, São Paulo, n.º 1, 27 de marzo de 1931, 1.
[36] R. Maia, «Trabalho forçado», *O Homem do Povo*, São Paulo, n.º 3, 31 de marzo de 1931, 3.
[37] «Os amigos da Light», *O Homem do Povo*, São Paulo, n.º 4, 2 de abril de 1931, 3.

la AAR, escribió en *O Homem do Povo* que ignorar las posibilidades de Rusia para el comercio brasileño era desconocer la situación de Brasil y su posición humillante ante el capital extranjero. Según Coutinho, Rusia podía ofrecer un nuevo tipo de cooperación económica.[38] El periódico formó parte de la campaña para establecer relaciones bilaterales entre Brasil y la URSS. Con todo, la dirección del PCB mantuvo una actitud crítica hacia *O Homem do Povo*, acusándolo de tener un estilo anarquista y pequeñoburgués.[39] La policía política tomó bajo su supervisión este «periódico subversivo», que publicaba materiales sobre la URSS y el comunismo.

Otro medio de prensa del mismo grupo de intelectuales fue la *Revista Nova*, asociada con Mário de Andrade y Paulo Prado (hermano del destacado historiador marxista Caio Prado Jr.). Desde el primer número, esta revista demostró su orientación de izquierda al publicar los textos de Astrojildo Pereira. La VOKS tuvo esta revista en su lista para el envío de sus boletines.[40]

Entre los jóvenes intelectuales brasileños había un fuerte interés por la nueva literatura soviética. Bajo la influencia de la novela soviética y el *proletkult* (cultura proletaria), que llegó al país gracias a la mediación de la intelectualidad francesa (grupo de Henri Barbusse y Louis Aragon), surgió la «novela proletaria» brasileña. Como apuntó Heitor Marsal, crítico literario fascinado por la literatura soviética, «[l]o que existe ahora es la vieja literatura burguesa, y nosotros, escritores comprometidos con el proletariado, la usamos al servicio de la revolución proletaria».[41] Las principales expresiones de este movimiento fueron las primeras obras de Jorge Amado (*Cacau*) y de Patricia Galvão (*Parque Industrial*).

---

[38] Galeão Coutinho, «Amigos da Rússia», *O Homem do Povo*, São Paulo, n.º 7, 9 de abril de 1931, 2.
[39] Palamartchuk, «Os novos bárbaros», 62.
[40] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 160, 95.
[41] Ana Paula Palamartchuk, «Intelectuais, esquerdas e cultura no Brasil: os anos 1930», en *Intelectuais partidos: os comunistas e as mídias no Brasil*, org. Marco Roxo e Igor Sacramento (Río de Janeiro: E-Papers, 2012), 63.

El 14 de marzo de 1931, la AAR celebró su primera reunión general en las instalaciones de la amiga Logia Teosófica. Como señaló la prensa, después del debate, finalmente se aprobó el Estatuto de la AAR. Fue elegida la comisión ejecutiva por un periodo de un año, compuesta por Adour da Câmara, Galeão Coutinho, Ribas Martinho, Alexandre Weinstein y António dos Santos Figueredo. Resulta notable la ausencia de los fundadores de la Sociedad, Oswald de Andrade y el trotskista Aristides Lobo, contra quienes protestó el PCB. En esta reunión, se trató la campaña por el reconocimiento de la URSS y el establecimiento de las relaciones diplomáticas. Al término, se anunció que, en la próxima reunión, se discutiría el llamamiento a las autoridades sobre las relaciones económicas y comerciales con la URSS.[42]

Galeão Coutinho escribió en *O Homem do Povo*: «La Asociación de los Amigos de Rusia fue creada no para presentar el culto a la devoción a la patria de Tolstói. La Asociación de Amigos de Rusia prescinde perfectamente de este culto. Se siente en buen estado a pesar de la literatura difamatoria de los burgueses esclavistas, de los banqueros de Londres y Nueva York. La Asociación de los Amigos de Rusia se funda por el amor a Brasil y por eso se amplían sus filas con la entrada de trabajadores, médicos, ingenieros, artistas, capitalistas, abogados, profesores y empleados».[43] Así, una de sus principales tareas era convencer a las autoridades de la necesidad de tener buenas relaciones con Rusia. A pesar de la apertura que la Asociación se propuso, el departamento de policía advirtió que era un instrumento de propaganda comunista; y su líder, Adour da Câmara, un canal de comunicación con el comunismo internacional. Su «agencia de noticias» era una institución puramente comunista, concluyó el informe de la policía.[44]

A principios de 1931, en la VOKS de Moscú se recibieron el Estatuto de la Asociación y los recortes de la prensa que informaron sobre su actividad.[45] En un año de funciones, la AAR había conseguido bastante y eso fue bien valorado por los camaradas

[42] «Associação dos amigos da Rússia», *Diário de São Paulo*, 16 de marzo de 1931.
[43] Coutinho, «Amigos da Rússia», *O Homem do Povo*, 9 de abril de 1931, 2.
[44] AESP, DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia, 52.
[45] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 11a-12.

soviéticos. Los periódicos locales publicaban regularmente las noticias de la AAR, así como los materiales propagandísticos sobre los éxitos de la URSS.

La AAR colaboró con la editorial O Pax, que imprimía libros traducidos sobre la URSS. La VOKS enviaba las listas de libros, originalmente publicados en francés o inglés, para ser traducidos al portugués y publicados en Brasil.[46] Según la policía, la AAR distribuía volúmenes significativos de dichas publicaciones. Entre ellos, *Hombre y Máquina*, *Nueva Rusia*, *Nueva Mujer y Moral*. Los tirajes superaron los mil ejemplares.[47]

Una característica de la Sociedad en São Paulo fue la presencia de la burguesía.[48] Según los informes de la VOKS, la AAR tuvo un «olor a café».[49] Adour da Câmara, en efecto, atrajo a muchos empresarios cafeteros. En 1930, en su discurso en el Rotary Club, no abordó —como solía hacer— los aspectos políticos de las relaciones con la URSS, sino los vínculos comerciales: estimó que Brasil podría exportar 640 millones de kilos de café al año, únicamente a partir del número de habitantes del enorme país soviético.[50] La AAR insistió en demostrar la conveniencia, para el capital occidental, que traería el establecimiento de relaciones económicas entre Brasil y la URSS: no solo sería más económico comprar la gasolina, sino también obtener coches y granos a precios inferiores a los ofrecidos por los monopolios británicos y franceses. Por su parte, la URSS compraría café brasileño.[51]

En sus artículos y declaraciones públicas, Adour da Câmara planteó que la URSS podía e, incluso, iba a comprar 10 millones de bolsas de café brasileño. En aquel momento de aguda crisis del comercio mundial, ciertamente esta oferta representaba una opción salvadora para la burguesía cafetera. Adour da Câmara insinuó, además, que hablaba con fundamento tras su reciente visita a la URSS, lo que dio

[46] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 6.
[47] AESP, DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia, 32-39.
[48] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 12.
[49] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 62.
[50] Gomide, «Jayme Adour da Câmara», 42.
[51] AESP, DEOPS, Prontuário 533, Associação dos Amigos da Rússia, 6-9.

cierta credibilidad a sus afirmaciones. Confiando en el apoyo político de la VOKS, en Montevideo, Adour da Câmara y las partes interesadas comenzaron a negociar la compra de café con Yuzhamptorg. No obstante, como irónicamente señaló la propia VOKS, «se gastó mucho papel, nuestra correspondencia con Brasil aumentó significativamente, pero el café permaneció en sus almaceneS».[52] Como resultado, no se concretó la compra y los empresarios perdieron interés tanto en la URSS como en la Sociedad. Adour da Câmara quedó muy desprestigiado.[53]

La Sociedad entró en un periodo de crisis debido a la difícil situación económica y política del país. En julio de 1931, Adour da Câmara dimitió como presidente debido a los conflictos internos, lo que provocó un fuerte descenso en las actividades de la AAR.[54] En agosto de 1931, la AAR convocó a una asamblea general para debatir cambios organizativos. La agenda de esta reunión expresó, sin embargo, una reorientación más general en la política histórica del movimiento de los «amigos de la URSS», al plantearse los temas asociados al movimiento obrero en Brasil. Esto representó un giro hacia la agenda del MOPR, por sobre la VOKS, aun cuando se mantuvieron las consignas sobre el reconocimiento y las relaciones diplomáticas con la URSS.[55] La nueva dirección de la AAR remarcó, en consecuencia, la diferencia entre esta política y la estrategia de atraer a la burguesía cafetera con la promesa de abrirles el paso al mercado ruso. El PCB también consideró que la AAR era demasiado abierta y políticamente tolerante: en sus palabras, se había convertido en un espacio plagado de «todo tipo de contrarrevolucionarios, fascistas y trotskistas».[56] Por lo mismo, Astrojildo Pereira fue criticado por su actitud blanda hacia este grupo.[57]

---

[52] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 62.
[53] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 39.
[54] GARF, F. 5283, l. 1, exp. 168, 15.
[55] «Associação dos amigos da Rússia», *Diário da Noite*, São Paulo, 17 de agosto de 1931.
[56] Se trata de Aristides Lobo.
[57] Palamartchuk, «Os novos bárbaros», 63.

El nuevo presidente de la Asociación fue Alex Weinstein. En sus cartas a la VOKS, se dedicó a denigrar al grupo de Adour da Câmara, y lamentó que la AAR terminara en parte convertida en la editorial O Pax. Sin embargo, en Moscú no apoyaron a Weinstein y llamaron a restablecer la unidad de la AAR.[58] Además de las disputas internas, la AAR sufrió la represión policial.[59] A pesar de estas circunstancias, la VOKS mantuvo el contacto con ambos grupos. A Adour da Câmara, en particular, le siguió enviando materiales y artículos para su publicación en la prensa brasileña.[60]

La AAR, liderada por Weinstein, reunió a la gente más orientada al Partido Comunista, además del socialista Tito Batini. A esta sociedad llegaron el joven Caio Prado Júnior, quien se convertiría en una figura destacada del PCB; el abogado carioca Teodoro Sampaio Filho, autor de un folleto con una biografía de Lenin; y el poeta Cid Franco, secretario del MOPR.[61]

Otros caminos hacia la URSS: Osório César, Tarsila do Amaral y el enigmático Claudio Edmundo da Costa

La VOKS, tras analizar la experiencia de la AAR en São Paulo, formuló las siguientes tareas: «En Brasil, es necesario unir aquellos elementos de la Sociedad en declive que no juegan con los intereses comerciales e intentar formar de ellos un núcleo para una Sociedad más viable. Tomemos como base a aquellos miembros que continúan escribiendo con nosotros».[62] Un polo aparte de la AAR fueron el psiquiatra Osório César y la pintora modernista Tarsila do Amaral, quienes atrajeron a muchos representantes de la intelectualidad artística. Por entonces, Amaral era una especie de ícono del modernismo artístico brasileño. El eminente escritor y amigo de Tarsila, Mário de Andrade, la llamó increíble, única, imponente y muy nacional.[63] César, Amaral y Adour da Câmara eran

[58] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 39.
[59] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 30.
[60] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 97, 37.
[61] Batini, *Memória de um socialista congénito*, 165-167.
[62] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 14a.
[63] Nádia Battella Gotlib, *Tarsila do Amaral, a modernista* (São Paulo: Sesc São Paulo, 2018), 150.

cercanos al PCB. César, como simpatizante, fue miembro del Comité Antiguerrero y de muchas otras organizaciones creadas por los comunistas.

César y Amaral mantuvieron contactos con la VOKS y, en 1931, hicieron un largo viaje a la URSS, cuyo programa fue coordinado por este organismo. Para cubrir los gastos del viaje, Amaral vendió algunas pinturas de su colección, ya que la crisis de 1929 afectó gravemente su situación económica. En París, conoció al crítico de arte ruso Serguéi Romov, quien la recomendó al Museo Estatal de Arte Moderno Occidental en Moscú para organizar una exposición de las obras que la propia Amaral llevó al viaje. La exposición se inauguró el 10 de julio y duró tres semanas. El informe de la VOKS destacó:

> Tarsila es representante de un movimiento conocido en el arte brasileño, que toma su forma de fuentes nacionales; sus pinturas están llenas de exotismo, jugosidad, cuerpos negros, naturaleza tropical reflejada por el cubismo, pero sin un enfoque social y sin un contenido profundo. No obstante, su obra es de interés como una protesta contra la imitación servil de modelos franceses en la vida artística de Brasil. Su exposición aquí despertó un interés importante en nuestros círculos artísticos y, a su vez, se le dio la oportunidad de conocer a los artistas y escultores soviéticos.[64]

El Museo compró a Amaral su pintura *El pescador*.[65] La condición de la venta fue que la artista, además de César, debía gastar en la URSS todo el dinero recibido, sin poder sacarlo del país.[66] Esto significó un gran alivio para la situación financiera de su viaje. Tras una larga estancia en la URSS, ambos estrecharon su relación con la VOKS. Respecto a la Sociedad de Amigos en Brasil, apoyaron la línea apolítica de la VOKS.[67]

---

[64] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 6a-7.
[65] Actualmente, la pintura forma parte de la colección del Museo del Hermitage en San Petersburgo.
[66] *Correspondência Mário de Andrade e Tarsila do Amaral*, org. Aracy Amaral (São Paulo: IEN-USP, 2001), 113.
[67] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 6a-7.

Osório César y Tarsila do Amaral estaban fascinados por el nuevo arte proletario, el futurismo. En particular, César afirmó: «El futurismo era una expresión artística contra el pasado y, por eso, no hay nada más razonable que partir de ahí para organizar un verdadero arte del proletariado. Y así sucede. Fueron a buscar en el cubismo, por ser la forma más racional de la materia, la base del arte proletario».[68]

César fue un psiquiatra reconocido en Brasil y, durante su viaje a la URSS, participó en el XV Congreso de Fisiólogos en Leningrado y Moscú. Allí conoció a Iván Pávlov. Estableció relaciones sinceras y amistosas con el personal de la VOKS, sobre todo con David Vygodski de la Sección Iberoamericana de Leningrado.[69] Vygodsky fue un traductor y poeta excepcional, y causó una gran impresión en César y Amaral. Estando en Leningrado, César escribió a su amigo Mário de Andrade para que enviara tanto sus libros como los de otros escritores a la VOKS en Leningrado a nombre de Vygodski, dado su interés por la historia de la literatura moderna en Brasil.[70] Tras el viaje, Amaral animó a muchos de sus amigos escritores a enviar sus libros a Vygodski y a la VOKS.[71] César presentó al joven escritor Jorge Amado con Vygodski, quienes mantuvieron una correspondencia abundante.[72] De este modo, la VOKS estableció contactos con los escritores brasileños que fueron traducidos por el propio Vygodski y publicados en las revistas literarias soviéticas.

---

[68] Wilson Martins, *História da inteligência brasileira* (São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 1978), 543.

[69] Gomide, «Jayme Adour da Câmara», 45. David Vygodski, como representante de la Sección Iberoamericana de la VOKS en Leningrado, sostuvo correspondencia con Jorge Amado, Osório Cesar, Tarsila do Amaral, con el argentino-uruguayo Elías Castelnuovo, y con los mexicanos Raymundo Mancisidor, Octavio Paz y otros intelectuales latinoamericanos.

[70] *Correspondência Mário de Andrade e Tarsila do Amaral*, 112.

[71] Bruno Baretto Gomide, «David Vygódski: modernismo e política no Brasil e na União Soviética», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros* 58 (2014): 314.

[72] La Biblioteca Nacional de Rusia (BNR), Departamento de manuscritos, Fondo 1169, Doc. n.º 478.



***Retrato de Osório César*,**
de Francisco Rebolo Gonsales (1938-1939)

En suelo brasileño, se tradujeron y editaron las obras de la nueva literatura soviética: entre otros, los libros de Fiódor Gladkov, Alexandr Fadéiev y Larisa Reisner.[73] Es probable que, en esta época, Brasil fuera el país con mayor producción de libros de la nueva literatura soviética en América Latina. El propio César, al regresar de su viaje, creó una editorial con un nombre ruso, Udar (Golpe), que empezó a imprimir tanto los folletos enviados por la VOKS, como «Las mujeres en Rusia soviética», como los libros del propio César sobre la URSS.[74]

Tras Leningrado, César y Amaral se trasladaron, a través de Ucrania, hasta Crimea. En agosto de 1931, concluyeron su viaje en Odesa. Tras pasar en suma dos meses y medio en la URSS, viajaron a Francia vía Estambul.

---

[73] BNR, Departamento de manuscritos, Fondo 1169, Doc. n.º 519.
[74] AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 1, 71.

En Europa, en febrero de 1932, César recibió una carta de Adour da Câmara en la que le comunicó que la Sociedad de los Amigos fue disuelta y que no había ninguna posibilidad de restaurarla. Así, Amaral y César volvieron a la URSS pocos días después de la creación de la AAR y regresaron cuando dejó de existir. En su viaje de retorno, César y Amaral fueron arrestados en el puerto de Río de Janeiro por ser considerados subversivos. La artista fue liberada al día siguiente, pero el psiquiatra pasó un mes en prisión. Al igual que todos los demás activistas de la AAR, ambos fueron puestos bajo vigilancia policial. Amaral evitó conceder entrevistas a periódicos para hablar de su viaje y solo se limitó a afirmar que, además de estar muy satisfecha con la experiencia, estaba encantada con el sistema soviético. Su primer relato sobre el viaje a la URSS fue en una reunión privada donde los agentes policiales no consiguieron invitación.[75] Es notorio el perfil que trazó la policía de seguridad sobre la artista:

> Indudablemente, la Sra. Tarsila do Amaral es la más influyente y brava entre todos los comunistas nacionales. Es más importante porque impresiona y convierte a casi todos los que la escuchan, y más brava porque sus amigos la buscan para pregonar las ideas comunistas en los lugares más ocultos. Al mismo tiempo, ella igual les sirve en los salones nobles donde, sin rodeos, da clases teóricas y prácticas de la doctrina roja. Tarsila posee todos los pertrechos de la propaganda comunista. Su «museo» es extraordinario; además, contiene discos, músicas, cuadros, periódicos, revistas, etc., expuestos al público.[76]

Después del viaje a la URSS, Osório César escribió a Moscú agradeciendo los materiales que le enviaron para la preparación de su libro sobre el viaje que realizó a la URSS. Según su nota, «será el más completo de todos los escritos en lenguas ibéricas».[77] En 1932, este libro, titulado *Onde o proletariado dirige: visão panorâmica da U.R.S.S.* (con un prefacio de Henri Barbusse e ilustraciones de Tarsila do Amaral), fue publicado en São Paulo. Mário de Andrade, tras leerlo,

---

[75] AESP, DEOPS, Prontuário 1680, Tarsila Amaral, 23.
[76] AESP, DEOPS, Prontuário 1680, Tarsila Amaral, 7.
[77] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 97, 30.

le dijo a su autor en una carta: «¡Agradezco su libro! Lo leí completo. No voy a felicitarle por su contribución literaria. Solo quiero hablar de la envidia que me causa por su actitud nítida, el fervor con que se defiende su causa y por la lucidez con que usted lo consigue hacer. Un libro así, con esta riqueza de información que destruye a todos los alarmistas locales».[78]

Durante su viaje, y dado sus intereses profesionales, César visitó el Instituto de Pávlov en Leningrado y el Instituto del Cerebro en Moscú. Admirador de la eugenesia positiva, desarrolló detalladamente en el libro los principios de la educación sexual soviética y planteó que la política de regulación de natalidad era un modelo para todo el mundo. En particular, defendió el derecho al aborto como una solución a la compleja interacción entre el «deber público y el derecho social».[79] Por otro lado, en su libro demostró que la legalización del aborto en la URSS no afectó la tasa de natalidad. Para César, el problema radicaba en la educación psicológica e higiénica de las personas. Esta postura puede considerarse revolucionaria para la época, dados los reparos morales y religiosos que suscitaba la cuestión del aborto.

En 1933, César publicó otro libro, *Que é o estado proletário? Reflexões sobre a Rússia Soviética*, en el que describió la vida cotidiana de los trabajadores soviéticos. Ya no era un simple ensayo de un viajero, sino un estudio sociológico basado en los trabajos teóricos de Marx, Lenin, Bujarin, Stalin y Preobrazhenski.[80] Según el autor, se trataba de un estudio científico de la realidad soviética, no de impresiones.

Los libros de viajeros jugaron un papel fundamental en la propaganda de la URSS y la vida soviética y, como tal, la VOKS siempre reconoció su importancia. Entre estos ensayos, un lugar especial tuvo el libro de Claudio Edmundo da Costa, un ingeniero brasileño (no era un turista político) que en junio de 1930 se trasladó a la URSS para conseguir trabajo y participar directamente en la

---

[78] *Correspondência Mário de Andrade e Tarsila do Amaral*, 121.
[79] Osório César, *Onde o proletariado dirige: visão panorâmica da U.R.S.S.* (São Paulo: Editora Brasileira, 1932), 172-173.
[80] Osório César, *Que é o estado proletário? Reflexões sobre a Rússia Soviética* (São Paulo: Udar, 1933), 8.

construcción socialista. Bajo la manga, se llevó tres títulos de las mejores instituciones educativas de Europa y, como atestigua el prefacio de su libro, «fue contratado en 20 minutos».[81] La decisión de Edmundo estuvo aparentemente motivada por sus convicciones marxistas. Su libro era una compilación de cartas que envió a sus familiares mientras estuvo en la URSS. Este libro se publicó en 1933 bajo el título *Um engenheiro brasileiro na Rússia* y tuvo una gran repercusión en el país.

Se ha planteado la suposición, bien podría ser cierta, de que Edmundo es un autor ficticio, al igual que toda su historia. En el prefacio del libro se señala que, cuando se supo del caso judicial contra los técnicos británicos de Vickers (1933) que trabajaban en la URSS, el público brasileño se habría preocupado por el destino de Edmundo.[82] Su padre, el conocido periodista Luiz Edmundo, fue enviado por el periódico *O Correio da Manhã* a Rusia para cubrir el juicio. Pero no recibió visado. Este hecho generó conmoción. En respuesta a las especulaciones y preocupaciones, se publicó el libro con las cartas de Claudio Edmundo a su familia.

Supuestamente, Edmundo trabajó como ingeniero en obras de Irkutsk, Murmansk y de otras ciudades. Se convirtió en una figura atípica en la vida pública brasileña y atrajo mucha atención, especialmente después de que comenzaran a aparecer en la prensa informes sobre los casos de sabotaje de especialistas técnicos en la URSS, arrestados por la policía política. La historia posterior de Edmundo es completamente desconocida: no sabemos si regresó a Brasil o permaneció en la URSS. En las memorias de su supuesto padre, Luiz Edmundo, no se menciona la existencia de un hijo llamado Claudio.[83]

Tras la lectura de las cartas, salta a la vista que se están relatando demasiados hechos falsos. En la primera carta, por ejemplo, el autor

---

[81] Claudio Edmundo, *Um engenheiro brasileiro na Rússia* (Río de Janeiro: Calvino Filho, 1933), VIII.
[82] Ibíd., IX.
[83] Raquel Mundim Tôrres, «Transpondo a cortina de ferro: relatos de viagem de brasileiros à União Soviética na Guerra Fria (1951-1963)» (tesis doctoral, Universidade de São Paulo, 2018), 45.

dice que va a Murmansk, donde elegirá un lugar para la construcción de viviendas destinadas a 20.000 trabajadores de la fábrica de papel.[84] Sin embargo, nunca existió esta planta en Murmansk. Podemos detectar varias invenciones evidentes, sin contar la historia de un viaje cuasi turístico al Polo Norte. En cuanto al resto, las cartas son una presentación libre, aunque precisa, de los materiales propagandísticos de la VOKS sobre la economía soviética, la situación de la mujer, el matrimonio, etc. Muchas de las cartas son una exposición simplificada de la economía política marxista, sin comentarios ni impresiones personales; tampoco incorporan detalles personales o acontecimientos cotidianos. El viaje de París a Moscú, en ese sentido, solo puede calificarse de ficticio. El autor no menciona el trámite del visado soviético, cuya obtención siempre fue un proceso burocrático largo y muy engorroso.[85] Ignora completamente el paso fronterizo, es decir, un pasaje habitual en todos los testimonios de viajeros. No dice ni una palabra sobre cómo ni cuándo aprendió ruso, tampoco qué problemas tuvo con la comunicación mientras estuvo en la URSS.

En suma, es muy probable que toda esta historia sea una ficción. ¿Quién fue su autor? ¿El libro fue escrito por los rusos? Al parecer no, considerando los errores y las ficciones del texto. Posiblemente, la respuesta a este misterio está en Brasil, entre «los amigos de la URSS» en sentido más amplio del término. La editorial Calvino era del PCB y, quizás, la idea de esta publicación provino de ahí. De todos modos, la VOKS estuvo satisfecha con el libro. Aun cuando contribuyó a popularizar la doctrina y el sistema soviéticos de forma extraordinaria e inusual, su sola aparición resulta interesante.

Del Club de Artistas Modernos al ocaso del movimiento

La VOKS tuvo dificultades para comunicarse con sus corresponsales y activistas de Brasil. En 1932, Moscú señaló que no fue posible restablecer los contactos, con la excepción de Afonso Schmidt, quien informó sobre la difícil situación política y la imposibilidad de crear una nueva sociedad de amigos, a pesar del gran interés entre estudiantes e intelectuales. En este contexto, la

[84] Edmundo, *Um engenheiro brasileiro na Rússia*, 23.
[85] Ibíd., 33.

VOKS apostó por fortalecer los lazos con los estudiantes brasileños a través de vínculos ya existentes con la Universidad de Río de Janeiro, donde había interés por la literatura soviética, y a través del periódico *Folha Acadêmica*.[86] En 1933, no obstante, Adour da Câmara insistió a la VOKS de que el trabajo de la AAR pronto se reanudaría, si bien bajo una nueva forma.[87]

Esta iniciativa no tardó en materializarse. Tarsila do Amaral y otros artistas e intelectuales progresistas, como Oswald de Andrade, Antonio Gomide, C. de Cavalcanti, Flávio de Carvalho,[88] además del propio Adour da Câmara, fundaron el 24 de noviembre de 1932 en São Paulo el Club de Artistas Modernos (CAM), que asumió algunas de las tareas de la desaparecida asociación. La CAM tuvo a sus predecesores en la Semana de Arte Moderno de 1922 y al grupo Zumbi.[89] Siendo una agrupación de artistas, todos veían con admiración la Rusia soviética, si bien algunas figuras, como Flávio de Carvalho, se alejaron del marxismo.[90] Como señalaron los agentes de policía, empleados y los camareros del bar del Club iban vestidos con camisas folclóricas rusas.[91]

La policía destacó en sus informes que el CAM se definía como una entidad cultural, pero que todas sus conferencias y actos, de uno u otro modo, estaban relacionados con un único tema, la Rusia soviética.[92] En los diarios se publicaban los anuncios sobre las conferencias, exposiciones y veladas temáticas.[93] Así, el CAM fue una prolongación de la AAR. Según la policía, su actividad cultural representaba una amenaza, porque generaba un gran interés en

[86] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 98, 33.
[87] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 145, 5a.
[88] En 1933, Flávio de Carvalho comunicó su deseo a la VOKS de participar en el concurso del monumento a Marx en Moscú. GARF, F. 5283, l. 1, exp. 218, 67.
[89] Afonso Schmidt, *São Paulo dos meus amores* (São Paulo: Paz e Terra, 2003), 212-214.
[90] Batini, *Memória de um socialista congénito*, 167.
[91] Palamartchuk, «Os novos bárbaros», 68.
[92] AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 1, 56.
[93] «Intensa actividade no Clube dos Artistas Modernos», *Diário da Noite*, São Paulo, 12 de julio de 1933.

público y la prensa. Eso contribuía a popularizar las ideas comunistas.[94]

El CAM también organizó exposiciones de arte. Entre otras, una muestra sobre los llamados «artistas socialistas» en 1933, como Käthe Kollwitz, cuyo tema principal en la pintura fue la clase trabajadora, las clases populares y sus condiciones de vida. La importancia de esta exposición, en la que se habló mucho sobre la URSS, fue destacada en los informes de la VOKS.[95] Las exposiciones y conferencias convocaron a muchos visitantes, sobre todo anarquistas, comunistas y sindicalistas. El CAM no solo atrajo a la intelectualidad artística brasileña, sino también a extranjeros que estaban en São Paulo, como el muralista y comunista mexicano David Alfaro Siqueiros.[96] En definitiva, el CAM se convirtió en el centro de atracción de la intelectualidad de izquierda en São Paulo.



Anuncio del Club de Artistas Modernas sobre la conferencia de Jayme Adour de Câmara

[94] AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 1, 57.
[95] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 145, 29.
[96] Graziela Naclério Forte, «CAM e SPAM: Arte, Política e Sociabilidade na São Paulo Moderna, do Início dos Anos 1930» (tesis de maestría, Universidade de São Paulo, 2008), 43-44.

La VOKS recibió información sobre el CAM a principios de 1933 a través de una carta de Osório César. En respuesta, le pidió ayuda para establecer contactos con el Club y expresó su disposición a cooperar.[97] César seguía siendo el único vínculo entre la VOKS y el Club, por lo que tenía todos los contactos con Moscú. Efectivamente, para la VOKS, César era la base de su presencia en Brasil. Al recibir noticias sobre las vigorosas actividades prosoviéticas del CAM, la VOKS le consultó si podía refundarse en la AAR.[98] César y otros comunistas en el CAM impulsaron la formación de la biblioteca marxista Rui Barbosa. Funcionó de forma clandestina, ya que los libros llegaban al lector a través de la gente del partido. Según el expediente penal contra César, la mayor parte de esos materiales estaban resguardados en su casa.[99]

El CAM siguió los esquemas soviéticos de movilización de los intelectuales: creó clubes y círculos que reunían gente interesada en las ideas y gustos artísticos alternativos a los tradicionales (el arte de vanguardia), ofreció cursos de esperanto, etc. Los comités clandestinos, como el Antiguerrero, estuvieron relacionados con el CAM. Tarsila do Amaral, por ejemplo, representaba un comité femenino, posiblemente efímero.[100] En agosto de 1933, el CAM creó una sucursal en uno de los barrios de São Paulo, donde funcionaron los cursos de esperanto. Lo supervisaba César,[101] quien mantuvo la correspondencia de la VOKS a nombre del CAM. El Club desarrollaba la línea impulsada por la VOKS: una actividad prosoviética no relacionada directamente con el PCB y centrada en los asuntos culturales. Sin embargo, la VOKS no quiso reconocer el CAM como posible base para una futura sociedad de amigos debido al carácter de su composición (el Komintern lo llamó una organización pequeñoburguesa y elitista) y a la participación de disidentes del PCB, trotskistas, como Aristides Lobo y Mário Pedrosa.[102]

---

97 GARF, F. 5283, l. 2, exp. 145, 16a.
98 GARF, F. 5283, l. 2, exp. 146, 44.
99 AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 1, 69-72.
100 AESP, DEOPS, Prontuário 163, Galeão Coutinho, 17.
101 AESP, DEOPS, Prontuário 2241, Clube de Artistas Modernos, 31.
102 RGASPI, F. 495, l. 29, exp. 69, 46.

El CAM organizó una exposición de carteles soviéticos en São Paulo y planeó lo mismo en Río de Janeiro. En noviembre de 1933, montó una exposición de libros infantiles soviéticos.[103] Los carteles fueron traídos por Osório César y Tarsila do Amaral de su viaje a la URSS. La colección incluyó retratos de Lenin, Stalin y destacados líderes del Komintern.

César planeó una exposición y venta de obras de los artistas y diseñadores soviéticos en São Paulo. Además de sus implicaciones políticas, la iniciativa buscaba brindar apoyo material a los autores soviéticos. Para impulsar la propuesta, se puso en contacto con Vygodski, en Leningrado, y con la VOKS, en Moscú.[104] Sin embargo, esta iniciativa no logró materializarse. Desde Moscú tardaron mucho tiempo en responder y, para entonces, la CAM había dejado de existir.

En julio de 1933, Adour da Câmara, en su conferencia «La voluntad del pueblo» sobre el poder soviético, abordó cuestiones centrales como la confrontación entre proletariado y burguesía, la Revolución rusa y el movimiento de Luis Carlos Prestes. Afirmó que en la URSS no había niños sin hogar muriendo de hambre en las calles y que los museos estaban atiborrados de visitantes. Hacia el final de la conferencia, lanzó una dura diatriba contra la prensa burguesa brasileña, a la que acusó de difundir información falsa sobre el país soviético.[105] Tarsila do Amaral, por su parte, impartió la conferencia «El arte proletario en la URSS», en la que destacó las diferencias entre este y el arte burgués y examinó las transformaciones que el socialismo introducía en el concepto de belleza.

Durante la exposición de carteles, se celebró una conferencia sobre la situación de los indígenas en Brasil, comparada con la situación de las minorías nacionales en la URSS. Un agente policial informó sobre la inauguración de la exposición: «Ayer en el salón del Club de Artistas Contemporáneos fue presentada la más moderna propaganda de los comunistas. Los métodos de los "artistas" son silenciosos, no explícitos. No despiertan curiosidad, pero quien

[103] GARF, F. 5283, l. 2, exp. 145, 5a.
[104] BNR, Departamento de manuscritos, Fondo 1169, Doc. n.º 502.
[105] Forte, «CAM e SPAM», 115.

entra ahí, sale pensativo. Todas las paredes de sus salones están decoradas con carteles emblemáticos: muestran los logros de los planes quinquenales, cómo viven los comunistas en Rusia y que llama a otros pueblos a repetir lo que se ha hecho en ese país».[106] En el CAM se impartían conferencias semanales sobre la URSS que dictaba Adour da Câmara. Sus temas, además de la Rusia soviética y el comunismo, abordaron también problemas brasileños, el arte de Tarsila do Amaral y la religión.

En septiembre de 1933, tras regresar de la URSS, el joven intelectual Caio Prado Júnior, futuro historiador y filósofo marxista, dio dos conferencias sobre su viaje en el local del CAM. Aunque la sala tenía capacidad para 120 personas, unas 600 acudieron a escucharlo y ocuparon los pasillos y todos los espacios libres del recinto.[107] El interés por la conferencia fue impresionante; incluso asistió el jefe de policía local. El contenido de la conferencia fue registrado por la policía política, preocupada por la actividad prosoviética de este Club y los jóvenes intelectuales de izquierda.[108]

Tal éxito convenció a Prado Jr. de escribir sobre su viaje. En 1934, salió a las calles *URSS, um novo mundo*. Este libro fue considerado por la VOKS como una de las mejores propagandas para el socialismo. El libro se agotó rápidamente y, al año siguiente, apareció una segunda edición, cuya tirada —impresa en dos ocasiones— fue confiscada por la policía. Este hecho resulta comprensible si se recuerda que, durante ese año, se formó la Alianza Nacional Libertadora (ANL), donde militó Caio Prado Jr., y se produjo el levantamiento comunista de noviembre que derivó en una brutal represión hacia el PCB.

Bajo la tutela de la VOKS, Caio Prado Jr., conocido publicista y científico con apenas 26 años, llegó a la URSS junto a su esposa Babi. Ese mismo año se publicó su libro *La evolución política de Brasil*. Durante un mes y medio, la pareja visitó Leningrado, Moscú, Kiev, Járkov, Yalta, Kazán, Kislovodsk, Saratov, Rostov del Don y

---

106 AESP, DEOPS, Prontuário 1680, Tarsila Amaral, 9.
107 Caio Prado Júnior, *URSS, um novo mundo: o mundo do socialismo* (São Paulo: Boitempo, 2023), 12.
108 Forte, «CAM e SPAM», 115.

Georgia.[109] Su libro no se ajusta del todo al género de la literatura de viajes. Se trata, más bien, de una descripción del sistema político, económico y social de la URSS, elaborada tras su prolongada estancia en el país. A diferencia de otros relatos, aquí no encontramos impresiones personales, salvo aquellas que confirman sus convenciones políticas. No hay una descripción de la llegada al país, tampoco de la estadía. Ni siquiera hay una mención sobre el cruce de la frontera soviética, muchas veces definido como «sagrado» por los visitantes. El propósito de la obra puede expresarse en palabras del autor: «La URSS hoy es una bandera política. Los ataques o su defensa como regla suelen depender de las consideraciones de orden político y social».[110] La llamada nueva Rusia era presentada como algo colectivo e integral con todos sus logros y problemas. Al mismo tiempo, el autor aclaró que su tarea, más que dar cuenta de discusiones internas en la URSS sobre diversos temas, era responder a la pregunta: ¿es posible o no una sociedad socialista?

Lo primero que llamó la atención de Caio Prado Jr. fueron las características políticas del sistema soviético. El autor reconoció la unidad de los poderes ejecutivo y legislativo, consagrada por los bolcheviques en la organización política de los soviets, pero no examinó críticamente su funcionamiento real, que tampoco pudo observar directamente. En cambio, adhirió a los principios del sistema soviético. Sin embargo, como analista perspicaz, Prado Jr. advertía las contradicciones con el aparato burocrático que realmente gobernó el país: «Es evidente que los soviets aún no han podido asumir la plenitud de las funciones, y se puede decir que, de momento, esta participación popular no se activa; se realiza de forma cabal. La burocracia aún se mantiene en la URSS y continúa haciendo gran parte del trabajo administrativo del país»[111]. Prado Jr. veía una salida a esta contradicción en la autoactividad de las masas, expresada en reuniones, disputas, trabajos voluntarios y campañas masivas. Al mismo tiempo, asumió abiertamente una posición oficial (estalinista) y rechazó las ideas del trotskismo sobre la degeneración del poder soviético y la aparición de una nueva

[109] Prado Júnior, *URSS, um novo mundo*, 11.
[110] Ibíd., 145.
[111] Ibíd., 58.

oligarquía gobernante. No obstante, reconoció la complejidad de esta cuestión y aclaró que no la abordaba en su libro, cuyo propósito era describir aquello que había observado personalmente.[112]

Prado Jr. no pasó por alto las purgas en el Partido Comunista soviético ni las luchas internas. También mencionó la oposición de Trotski y Bujarin, el predominio del partido y el debilitamiento de la participación de las masas populares en los soviets. Pese a estas observaciones, concluyó, paradójicamente, que en la URSS no existía una dictadura de partido único.[113] Por otro lado, también describió los enormes logros de la economía al mismo tiempo que reconocía las dificultades en el abastecimiento de bienes de consumo y su baja calidad.[114] Atribuyó estos problemas tanto a la destrucción provocada por la Revolución y la guerra civil como a la dependencia del suministro de equipos provenientes del extranjero. En suma, Prado Jr. no consideraba a la URSS un sistema ideal, sino una sociedad dinámica, en proceso de desarrollo y orientada, a su juicio, en la dirección correcta.[115]

Una de las observaciones más significativas del autor fue la presencia predominante de una sola clase social o, más precisamente, de personas con similares niveles de ingresos. Veía trabajadores en todas partes: en los soviets, en las calles, en los teatros y en los cines. Incluso afirmó que «la URSS tiene aspecto exterior de un gran barrio obrero de país capitalista». Esta omnipresencia de los trabajadores no le resultaba sorprendente, pues, según explicaba en su libro, el trabajo constituía el principio fundamental en torno al cual se organizaban los valores en la URSS.[116] Sin embargo, advertía que, para Marx, el socialismo debía liberar al proletariado de su condición de clase, no convertir a toda la sociedad en una clase trabajadora.
En este marco, Prado Jr. también destacó los avances en materia educativa, en particular la eliminación del analfabetismo, que despertó su admiración. Escribió: «El socialismo, además del nivel

---

112 Ibíd., 150.
113 Ibíd., 65.
114 Cabe recordar que la industrialización soviética priorizó la industria pesada, mientras que la industria ligera quedó rezagada.
115 Prado Júnior, *URSS, um novo mundo*, 48.
116 Ibíd., 106-109.

técnico, necesita una sociedad homogénea y capaz de autogobierno sin la intervención de las oligarquías dirigentes y por eso mismo privilegiadas. El socialismo, por lo tanto, es un régimen social donde la educación popular toma un máximo de amplitud».[117] La tarea más importante para la VOKS fueron las actividades de los «amigos» por el reconocimiento diplomático y comercial de la URSS. El 20 de noviembre de 1933, en el CAM, Flávio de Carvalho y Jayme Adour da Câmara reafirmaron la necesidad de establecer las relaciones entre Brasil y la URSS. Por su parte, Osório César, en nombre del Comité Antiguerrero, subrayó la necesidad de defender la URSS como «la patria de todo el proletariado» frente a la eminente guerra imperialista.[118]

En el CAM se incursionó en el teatro de vanguardia, en abierta ruptura con las formas teatrales tradicionales. Con ese propósito, se creó un Teatro Experimental dirigido por Flávio de Carvalho, en el que se representó la obra de Oswald de Andrade *O Homem e o Cavalo* (*El hombre y el caballo*).[119] En ella se sucedían personajes y situaciones procedentes de distintos universos, desde el bíblico y el literario hasta el mundo contemporáneo. Con un tono humorístico, la obra condenaba la civilización burguesa desde la perspectiva de los valores del nuevo sistema soviético. Su desenlace situaba la acción en el planeta rojo o en un puerto de la estratosfera (el Estratoporto), en una fantasía futurista de orientación socialista. Andrade se inspiró en Mayakovski y tomó Misterio bufo como modelo.[120] El propio autor señaló que la idea central consistía en contraponer el futuro socialista a la guerra y al capitalismo.[121] La influencia de la cultura soviética se hizo sentir en casi todas las iniciativas artísticas del CAM. Sin embargo, a comienzos de 1934, bajo la presión de círculos

---

[117] Ibíd., 141.

[118] Forte, «CAM e SPAM», 143-144.

[119] А. П. Паламарчук, «Российская революция и бразильская интеллигенция (1917-1930)» en *Российская революция, Коминтерн и Латинская Америка*, ed. por А. А. Щелчков y В. Л. Хейфец (Москва: Наука, 2018), 70-71 [Ana Paula Palamartchuk, «La Revolución Rusa y los intelectuales en Brasil (1917-1930)» en *La revolución rusa, Komintern y América Latina*, ed. por Andrey Schelchkov y Víctor Jeifets (Moscú: Nauka, 2018), 70-71].

[120] Forte, «CAM e SPAM», 160-161.

[121] Oswald de Andrade, *Estética e Política* (São Paulo: Editora Globo, 1992), 51.

católicos y anticomunistas, la policía prohibió el funcionamiento del Teatro Experimental, presuntamente por su orientación comunista.

En 1933, algunos «miembros proletarios» del CAM, como el poeta Paulo Torres, rompieron con la organización. Esta ruptura obedeció, en buena medida, al giro obrerista impulsado por el Komintern y adoptado por el movimiento comunista. En ese marco, el PCB condenó las alianzas con intelectuales pequeñoburgueses, considerados compañeros de ruta.[122] Pese a ello, otros integrantes del CAM continuaron apoyando a la URSS y al PCB. La última iniciativa de la organización tuvo lugar en marzo de 1934, durante la conmemoración de la Comuna de París. En esa ocasión, César pronunció un discurso en el que destacó la continuidad histórica entre la Comuna, la Revolución rusa y el sistema soviético.[123] El CAM fue finalmente proscrito. Algunos de sus activistas, sin embargo, mantuvieron contactos con la VOKS y el Socorro Rojo Internacional. Las iniciativas comunistas dirigidas a ganar el apoyo de los intelectuales se canalizaron entonces a través del Comité Antiguerrero y del MOPR.[124]

La situación política en Brasil cambió drásticamente a fines de 1935, tras la llamada «intentona comunista». La izquierda y los sectores cercanos al comunismo se vieron obligados a pasar a la clandestinidad, mientras que sus manifestaciones públicas fueron reprimidas. En estas condiciones, la actividad pública de los «amigos de la URSS» se volvió insostenible. Aun así, algunos intelectuales y «amigos de la URSS» mantuvieron por iniciativa propia sus vínculos con la VOKS. Cabe destacar la estrecha relación de David Vygodski con escritores como el joven Jorge Amado y el dramaturgo Brasil Gerson. A través de estos contactos, los escritores procomunistas lograron establecer vínculos con la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. Asimismo, solicitaron a Vygodski y a la VOKS nuevas publicaciones literarias y materiales del Congreso de Escritores Soviéticos.[125]

---

[122] Forte, «CAM e SPAM», 75-76.
[123] AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 1, 110.
[124] AESP, DEOPS, Prontuário 1936, Osório César, vol. 3, 212-214.
[125] BNR, Departamento de manuscritos, Fondo 1169, Doc. n.º 478.

Una conclusión paradójica se desprende de la historia del movimiento de los «amigos de la URSS» en Brasil: pese a la efímera existencia de la Asociación de Amigos, fue en este país donde la VOKS logró cumplir con mayor eficacia los objetivos declarados de su política en la región. La debilidad del PCB y la importante presencia de intelectuales en sus filas contribuyeron a que la influencia comunista directa sobre el movimiento de los «amigos» fuera limitada. Intelectuales y estudiantes pudieron organizarse en torno a periódicos, revistas y asociaciones culturales, como el CAM, que desarrollaron una intensa y fructífera labor de difusión favorable a la URSS. En estas condiciones, la VOKS desempeñó un papel más bien pasivo, a la espera de que surgiera orgánicamente una sociedad de aproximación sólida. El movimiento de los «amigos de la URSS» en Brasil alcanzó, por tanto, resultados significativos, aunque estos no fueran producto de una intervención decisiva de la VOKS.

Esta experiencia de colaboración con los compañeros de ruta —basada en la alianza con intelectuales y sus organizaciones, entre ellas la Asociación de Amigos de la URSS y el CAM— llegó a su fin con el giro político del Komintern y del PCB asociado a la aplicación de la línea del «Tercer Período». La experiencia de fines de la década de 1920 y comienzos de la siguiente, marcada por la destacada presencia pública de intelectuales y artistas comunistas, fue desplazada por la creación de organizaciones de carácter más directamente político que cultural. Entre ellas se encontraban el Comité Antiguerrero y el Comité Antifascista, en 1934, y la Alianza Nacional Libertadora, en 1935. La posterior apuesta del PCB por la insurrección armada, tras la incorporación de Luis Carlos Prestes al partido, interrumpió este proceso de acercamiento entre los comunistas y los intelectuales, que había articulado la defensa de la paz con la difusión de la experiencia soviética de construcción de una nueva sociedad.

Diego Rivera en Moscú: la Oposición de Izquierda y el arte revolucionario, 1927

Mauro Sebastián Espínola Terán

En 1927, se celebró en Moscú el décimo aniversario de la Revolución de Octubre, al que asistieron diversas delegaciones del mundo. La representación mexicana estuvo compuesta, entre otros, por Diego Rivera, quien a partir de entonces comenzó a simpatizar con el trotskismo. Durante la década de los años treinta, en efecto, fue uno de los exponentes artísticos más relevantes de esta corriente.

El objetivo del presente texto es dar cuenta del viaje del muralista al país de los soviets a finales de los años veinte, así como de los debates que entonces se desarrollaron en la Unión Soviética (URSS) y en la Internacional Comunista (Komintern). En particular, se examinan las discusiones sobre la situación mundial y el arte revolucionario, para explicar las simpatías del artista con las ideas de Trotski. Para ello, hemos dividido el capítulo en tres apartados. En el primero, se analizan algunas de las versiones de Rivera sobre los comienzos de sus simpatías con el trotskismo. A continuación, abordamos la estancia del pintor en Moscú como punto de partida de esa afinidad. Por último, esbozamos las intervenciones del muralista en el debate sobre el arte revolucionario en México. A lo largo de este recorrido, buscamos reconstruir la filiación trotskista del muralista, contrastando sus versiones con testimonios y documentos de la época. Especialmente relevantes son las memorias del muralista David Alfaro Siqueiros —quien también fue parte de la delegación mexicana en la capital soviética—, las cuales fueron escritas varias décadas después del debate que protagonizó con Rivera sobre el arte revolucionario en los años treinta.

El trotskismo de Diego Rivera: versiones sobre una filiación política

En *Diego Rivera: mi arte, mi vida*, fruto de las entrevistas que Gladys March le hizo al artista entre 1944 y 1957, Diego Rivera relató parte

de su viaje a Moscú en 1927. En esta suerte de autobiografía, da cuenta de algunos de los personajes con los que convivió. Por ejemplo, el dirigente comunista alemán Willi Münzenberg, con quien se hospedó en Berlín y conversó sobre su trabajo artístico; el dirigente marroquí Abd el-Krim, el dirigente agrarista José Guadalupe Rodríguez o el propio David Alfaro Siqueiros. En el relato, recuerda una reunión en el edificio del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en la que participó Stalin, de quien hizo un bosquejo de su rostro en el que el dirigente soviético escribió «saludos a los revolucionarios mexicanos».[1]

El relato del conocido artista que simpatizó con el trotskismo, sin embargo, no menciona nada sobre la Oposición de Izquierda, la discusión en la Internacional Comunista sobre la cuestión china y el Kuomintang, tampoco la conversación que él mantuvo con Siqueiros y Stalin (traducida por el poeta Vladímir Mayakovski) sobre el arte revolucionario. Según Siqueiros, esta conversación habría definido la afiliación trotskista del muralista durante la década siguiente.[2] Como señaló Gladys March, «hubo aspectos de su vida que Rivera no se preocupó en recordar»: el relato del muralista «oculta una genuina atracción que sintió hacia la Cuarta Internacional de Trotsky». Para March, esto respondía al momento en que conoció al artista, cuando quería ser readmitido en el Partido Comunista Mexicano (PCM) en 1944.[3] Por ello, la descripción que Rivera hizo sobre «su viaje a Rusia en 1927 omite mucho de lo que anteriormente le había confiado a su biógrafo Bertram D. Wolfe, particularmente en lo que hace a sus escaramuzas con los burócratas soviéticos, los artistas y los teóricos del arte».[4]

Por otra parte, la versión de Siqueiros resulta verosímil. Él fue testigo y protagonista de los acontecimientos. Aunque esto último podría contrariar la veracidad de sus recuerdos, sus memorias

[1] Diego Rivera, *Diego Rivera: mi arte, mi vida* (México, D. F.: Editorial Herrero, 1963), 120.
[2] David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo* (México, D. F.: Grijalbo, 1977).
[3] Rivera formalizó esta intención hasta 1946, cuando junto a Siqueiros solicitó su readmisión al partido. Ver Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, «Al Comité Central de Partido Comunista Mexicano», México, D. F., 14 de mayo de 1946, Fondo Diego Rivera, CENIDIAP, Caja 17, Exp. 13, Doc. n.° 1.
[4] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 12.

fueron escritas varias décadas después. Para entonces, Rivera murió con el carnet del PCM que obtuvo poco más de una década después de romper con Trotski y la Cuarta Internacional en 1939. Además, en este registro Siqueiros se refirió de manera precisa a los debates y hechos que ocurrieron, lo que no solo permite contextualizar y situar sus recuerdos, sino también corroborarlos.

Las simpatías que Rivera tuvo por el trotskismo durante los años treinta eran públicas desde entonces, en especial tras el exilio de Trotski en México, así como su ruptura con él y la Cuarta Internacional en abril de 1939. Sin embargo, no resultan tan claros los comienzos de su simpatía y militancia en dicha corriente. En su biografía sobre Rivera, Bertram Wolfe señaló que la afinidad por el trotskismo no fue la causa de su expulsión. Según él, tras ser expulsado del PCM, el muralista se sintió atraído por la figura heroica y trágica de Trotski, quien era más sensible al arte y la literatura.[5] En otra versión de los hechos, elaborada en su intento de reingresar al PCM en 1946, Rivera respondió a la Comisión de Control de esta organización que «mi primer contacto con los trotskistas se verificó en Nueva York en 1931, precisamente en ocasión de mi estancia ahí para realizar una exposición de pinturas en el Museo de Arte Moderno [MoMA] de esa ciudad».[6] Aunque parcialmente falsa, la explicación resulta relevante, pues da cuenta de las relaciones del pintor en 1931 con el MoMA de Nueva York. Y con ello, lo que el muralista buscó mostrar a sus interrogadores, los artistas comunistas Teresa Proenza y José Pomar: sus vínculos con los intelectuales y artistas en la Gran Manzana.

Ya en febrero de 1932, en su crítica a la exposición de Rivera en el MoMA, Robert Evans estimó que las simpatías del muralista por el trotskismo databan desde 1928.[7] Aunado a ello, diversos documentos dan cuenta de los contactos que Rivera tuvo con los

---

[5] Bertram D. Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera* (México, D. F.: Editorial Diana y Dirección General de Publicaciones y Medios de la Secretaría de Educación Pública, 1986), 193.

[6] Diego Rivera, «Documento que elabora Diego Rivera a indicación de la Comisión de control del Partido Comunista de México en respuesta a las preguntas formuladas por ella», Fondo Diego Rivera, CENIDIAP, INBA, 1.

[7] Ver Robert Evans, «The case of Diego Rivera», *New Masses* 7, n.° 9 (febrero de 1932): 25.

trotskistas antes de 1931. Por ejemplo, la carta que a mediados de 1930 envió al periódico norteamericano *The Militant*, en la que señaló que «no he tenido desde la deportación del camarada Negrete ningún contacto con la Oposición». Además, anunció retirarse de la vida política al mismo tiempo que reafirmó la continuidad de su adhesión al programa de la Oposición.[8] La deportación de Rosalio Negrete, quien comenzó la organización de la Oposición de Izquierda dentro del PCM, ocurrió el 20 de marzo de ese año.[9] Por tanto, siguiendo sus palabras, Rivera habría mantenido contacto con la Oposición a través de Negrete, antes del 20 de marzo de 1930. Incluso, un informe en inglés titulado «La Oposición de Izquierda en México» de finales de 1929, recibido por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, identificó al artista como miembro de la Oposición tras su expulsión del PCM en diciembre de 1929.[10] Rivera no podía, por cierto, conocer la existencia de este informe.

Las diversas versiones sobre los comienzos de sus simpatías con el trotskismo dan cuenta de lo que afirmó su amigo Marte R. Gómez, quien advirtió que el muralista «era de una inexactitud tan bien calculada que sus mentiras solían ser trampas mortales». De este modo, el artista, según Gómez, «ponía de manifiesto su inteligencia y su cultura, por eso sus mentiras a medias —puesto que siempre ponía en ellas un fondo de verdad— irritaban hasta la exasperación».[11]

El apunte de Marte R. Gómez permite ver en Rivera no solo a un mitómano —como él lo llamó—, sino a un creador que se identifica con su relato. Por ello, como señala Raquel Tibol, en la vida de Rivera «arte y política se entrelazaron con frecuencia o casi siempre

---

[8] Diego Rivera, «In Mexico Diego Rivera retires from political life», *The Militant*, Weekly Organ of the Communist League of America (Opposition), n.° 24 (Nueva York, 21 de junio de 1930): 5.

[9] Ver Mauro Sebastián Espínola Terán, «Los comienzos del trotskismo en México: de la Oposición de Izquierda a la Liga Comunista Internacional, 1929-1934», en *Nuevos estudios sobre el comunismo mexicano*, coord. por Horacio Crespo e Irving Reynoso Jaime (Ciudad de México: INHERM, 2025), 229-259.

[10] Anónimo, «The Left Opposition in Mexico», Fondo 495, Exp. 208, RGASPI.

[11] Marte R. Gómez, *Textos inéditos: Diego y sus mujeres* (México, D.F.: Editorial del Colegio de Postgraduados-Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, 2013), 119-120.

de manera estrecha e indivisible». Así, las sucesivas posiciones políticas adoptadas por el muralista «permiten ubicarlo (con todas las incongruencias derivadas de tal sucesión) como zapatista, leninista, nacionalista, antiimperialista, comunista, trotskista, almazanista, panamericanista, lombardista, stalinista, y un luchador por la paz convencido».[12] De ese modo, podemos entender a Rivera como un convencido trotskista desde 1930, pero también como un convencido estalinista en 1946 que desconfiaba de las simpatías que tuvo 16 años atrás.

Diego Rivera en Moscú, la Oposición de Izquierda y el arte revolucionario

El 25 de julio de 1927, el presidente de la International Transport Workers' Federation, Edo Fimmen, escribió desde Ámsterdam a Diego Rivera para invitarlo a «asistir a los festejos del décimo aniversario de la revolución de Octubre» como parte de una delegación de obreros y campesinos. Fue así que el muralista pasó a integrar la delegación mexicana a los festejos por los diez años de la Revolución rusa.[13]

La situación política en el país de los soviets era complicada. El fracaso de diversas iniciativas revolucionarias en Europa, en particular en Alemania, provocó el aislamiento de la Rusia revolucionaria durante los años veinte. Al interior, tras la revolución se había vivido una guerra civil, a la que se sumó una creciente desigualdad entre los campesinos ricos y pobres como consecuencia de la Nueva Política Económica —impulsada para enfrentar el bajo desarrollo industrial y las dificultades económicas—. La muerte de Lenin, en enero de 1924, sumó nuevas complicaciones al recrudecer el control del PCUS y del Estado soviético en manos de Stalin, Zinóviev y Kámenev, la llamada troika. Ante ello, desde 1924, Trotski impulsó la Oposición de Izquierda dentro del PCUS. El objetivo de la Oposición era impulsar un conjunto de medidas políticas y económicas, como la industrialización, que contribuyeran a mejorar la situación de la clase trabajadora y el campesinado, así

[12] Raquel Tibol, *Diego Rivera, luces y sombras: narración documental* (México, D.F.: Lumen, 2007), 87.
[13] Carta citada en Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, 180.

como contrarrestar el peso de la burocracia estatal en el Estado soviético.

Desde 1925, diversas medidas tomadas por la troika fueron aislando a Trotski y la Oposición. Hacia 1927, la Oposición se encontraba debilitada y disminuida dentro del PCUS. Sin embargo, la masacre de Shanghái (abril de 1927), donde miles de comunistas chinos fueron asesinados por el Partido Nacionalista chino o Koumintang, reavivó las discusiones sobre la política de la Internacional Comunista impulsadas por la Oposición de Izquierda, a la que se sumaron Zinóviev y Kámenev. Así, el décimo aniversario de la Revolución de Octubre fue tomado por la Oposición como una oportunidad para plantear sus críticas a la política de Stalin en la URSS y en el Komintern. La manifestación por el décimo aniversario, realizada el 7 de noviembre, contó con la participación de tres grupos de *oppositsioneri*: los universitarios, el club alemán y los chinos. Todos lograron llegar a las tribunas con pancartas contra Stalin, lo que provocó desconcierto. Esta fue la última batalla abierta de la Oposición en la URSS, a la que siguió el XV Congreso del PCUS, en el que los oposicionistas fueron expulsados.[14]

Según Isaac Deutscher, Rivera «en noviembre de 1927 presenció las manifestaciones trotskistas en las calles de Moscú y la expulsión de la Oposición, hechos que lo preocuparon vivamente».[15] En realidad, no existe completa certeza sobre ello. Siqueiros, quien se encontraba entonces en Moscú, no confirmó que Rivera fuera testigo de la manifestación de los *oppositsioneri*. Por su parte, el propio Rivera solo señaló de forma ambigua que «nunca olvidaré la primera vez que vi en Moscú la marcha y movimiento organizado de la gente». Sin referirse propiamente a la manifestación en la que participó la Oposición de Izquierda, ni a esta última, el muralista relató que «durante [las] tres horas que resistí los vientos helados viendo este desfile hice muchos bosquejos para acuarelas». El muralista, al respecto, añadió que algunas de las acuarelas fueron adquiridas años después por Abby Aldrich, esposa de John Rockefeller Jr., quien, a

[14] Pierre Broué, *Comunistas contra Stalin. Masacre de una generación* (Málaga: Sepha, 2008), 120.
[15] Isaac Deutscher, *Trotsky: el Profeta Desterrado (1929-1940)* (México, D.F.: Editorial ERA, 1975), 327.

su vez, fue mecenas del MoMA de Nueva York, lugar donde realizó una exposición poco después.[16]

Lo cierto es que Rivera se encontraba en Moscú cuando se realizó la manifestación oficial por el décimo aniversario de la Revolución de Octubre en la que participó la Oposición de Izquierda con pancartas contra la burocracia y por la aplicación del testamento de Lenin.[17] Además, como señala Raquel Tibol, «Rivera estaba en Moscú cuando por decisión del XV Congreso del Partido Bolchevique que Trotsky fue deportado a Alma Ata».[18] El apunte de Siqueiros de que Rivera sabía algo de ruso por su relación con la artista Angelina Beloff resulta en ese sentido sugerente, pues permite pensar que alguna comprensión tuvo de las conversaciones que pudo escuchar.[19]

La estancia de Rivera en Moscú se prolongó hasta mayo de 1928 por diversas invitaciones artísticas. Entre ellas, la de Anatoli Lunacharsky, comisario de Educación y Bellas Artes, con quien el 28 de noviembre de 1927 firmó un contrato para pintar un mural en el Club del Ejército Rojo. La carta credencial firmada por Lunacharsky señalaba la posibilidad de considerar a Rivera para participar «en la decoración de la nueva Biblioteca V. I. Lenin», que se encontraba en construcción en Moscú. [20] Sin embargo, el mural del edificio del Ejército Rojo no fue concluido; tampoco se llevó a cabo el fresco en la biblioteca por razones que veremos más adelante.

El muralista estaba en la capital soviética cuando se celebró el IV Congreso de Internacional Sindical Roja (ISR), en marzo de 1928, en el que Siqueiros participó encabezando una delegación obrera de más de 50 miembros. Según Siqueiros, Rivera apareció en el salón donde se realizaba el Congreso en el que Andreu Nin dio «la batalla por las concepciones de Trotsky en el campo sindical». El discurso del sindicalista español «ocupó más de dos horas y provocó un

[16] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 116.
[17] Broué, *Comunistas contra Stalin*.
[18] Tibol, *Diego Rivera, luces y sombras*, 105.
[19] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 233.
[20] Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*.

violentísimo tumulto». La reunión de la ISR ocurrió, destacó Siqueiros, «casi simultáneamente con las manifestaciones trotskystas antistalinistas que yo en algunas ocasiones pude presenciar en las propias calles de Moscú». Por ello, Siqueiros planteó la posibilidad de que el muralista fuera testigo de las manifestaciones, sin asegurarlo: «Rivera, después del discurso de Nin, y esto estando en Moscú mismo, empezó a manifestar su simpatía por la línea política de Trotsky».[21]

Andreu Nin, de origen catalán, fue el principal dirigente de la Oposición Comunista Española, por lo que fue un cuadro clave en la formación del trotskismo hispanohablante. Nin estuvo en Moscú desde mediados de 1921 hasta abril de 1930. En este período, transformó su concepción política: del sindicalismo revolucionario de la CNT española —de la cual llegó como delegado al primer congreso de la ISR— al marxismo del Komintern. Ello ocurrió mientras fungía como secretario adjunto de la ISR, en la que desarrolló sus principales actividades, y se desempeñaba como miembro del PCUS y delegado del Soviet de Moscú. Aunque no resulta del todo claro cuándo comenzaron sus simpatías por la Oposición de Izquierda en la URSS, según Pelai Pagès, estas eran evidentes a partir de 1926, es decir, tras el fracaso de la huelga general en Inglaterra y el papel que en ello jugó el Comité Sindical Anglo-Ruso. De este modo, entre 1926 y 1927, Nin desarrolló una actividad opositora, por lo que más tarde fue expulsado y despojado de sus responsabilidades, salvándose de ser encarcelado por su condición de extranjero.[22]

El otro acontecimiento en la vida de Rivera durante su estancia en la URSS, que definió su posterior filiación política, fue la entrevista que tuvo con Siqueiros, el poeta Vladímir Mayakovski y Stalin sobre el arte revolucionario. El poeta ruso tradujo al francés la conversación entre Stalin y los mexicanos, a quienes conocía desde principios de los años veinte, cuando visitó México por invitación

---

[21] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 233.

[22] Pelai Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)* (Madrid: Zero, 1975). Ver también Andreu Navarra, «Andreu Nin en la URSS (1921-1930)», en *Viajeros en el país de los sóviets,* ed. por Josep Pich Mitjana et al. (Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2019).

de José Vasconcelos, entonces secretario de Educación. En su relato, Rivera dejó entrever que era un artista reconocido por algunos de los dirigentes del comunismo mundial; incluso dio a entender que él y su trabajo eran conocidos por Stalin. Sin embargo, no dio cuenta de la entrevista con el dirigente soviético, por la afrenta que esto suponía para su autoridad en el momento en que buscaba su reingreso al PCM.[23]

Según Siqueiros, Rivera y Mayakovski lo visitaron en el hotel de los delegados de habla española. La intención era tratar el apoyo del gobierno soviético a los pintores. Este apoyo recaía, en su mayoría, en viejos profesores de las escuelas de Bellas Artes, lo que tenía como consecuencia que «el arte oficial soviético fuera del más abominable y aburrido naturalismo, un falso realismo que de ninguna manera podía corresponder a la nueva vida del país soviético en el orden de la cultura». Por ello, a propuesta de Mayakovski, fueron a tratar el tema con Stalin, pues en opinión del poeta «sólo él nos puede ayudar a combatir a estos burócratas del arte».[24]

En la entrevista, Mayakovski planteó a Stalin que Rivera y Siqueiros coincidían con él en que «a la transformación revolucionaria del país en el orden de la política y de la economía, debe corresponder una revolución igualmente trascendente en el orden de la estética, pero que esta revolución no parece surgir aún en ninguna parte». La respuesta de Stalin fue reconocer que «es indudable que a la Revolución política del pueblo soviético deberá corresponder una equivalente revolución en el campo de la cultura, en general, y del arte en particular». Sin embargo, precisó, «desgraciadamente, las revoluciones culturales o artísticas no se producen paralelamente a las revoluciones políticas». Y apuntó que, desde su punto de vista, tanto el formalismo defendido por Mayakovski como el academicismo combatido por este «corresponden, aunque de diferentes maneras, al moribundo mundo capitalista; para mí son simples expresiones diferentes, y diferentes muy relativamente, de las diversas clases capitalistas que forman esa sociedad». Así, el

[23] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 120; y Guadalupe Rivera Marín, *Un río, dos riveras: vida de Diego Rivera, 1886-1929* (México, D.F.: Alianza Editorial Mexicana, 1989), 202.
[24] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 233-234.

dirigente soviético concluyó que «lo único que nos queda es darle el apoyo material del Estado a todos aquellos artistas que quieran incluir en el contenido de sus obras elementos que les sean útiles a nuestra revolución en marcha».[25]

Stalin defendió el utilitarismo del arte, lo que molestó a Mayakovski y a Rivera, quienes «salieron manifiestamente disgustados». Por su parte, a Siqueiros lo hizo reflexionar sobre «mucho de lo que más tarde puede considerarse como mi doctrina fundamental al respecto». La desilusión de Rivera tras esa entrevista, según Siqueiros, fue la que «lo aproximó al trotskismo, que más tarde, después de escuchar a Nin (dirigente [del] comunismo catalán), en el IV Congreso Sindical Rojo, lo arrastraría profundamente a ese movimiento durante largos años».[26] En la biografía de Rivera, Wolfe apenas mencionó este episodio, si bien reparó en que Stalin, antes de entrevistarse con Mayakovski y los artistas mexicanos, recortó 800 metros de cinta del film *Diez días que conmovieron al mundo*, de Sergei Eisenstein, en la que se representaba a Trotski en la Revolución de Octubre. Wolfe no atribuyó la salida de Rivera a la entrevista con Stalin, sino al malestar generado por las conferencias que dio en la academia en las que criticó la deficiencia del arte ruso y que «suscitaron el entusiasmo de los jóvenes, aunque también la indignación de los individuos que gozaban fama debido a su conformismo con las normas impuestas que él estaba empezando a sacudir».[27] En cualquier caso, la discusión sobre el arte soviético, planteada por Rivera, propició su abrupta salida de Moscú bajo la excusa de encabezar la campaña electoral del PCM mediante el Bloque Obrero y Campesino. Rivera no pudo, por esta razón, concluir su mural en el edificio del Ejército Rojo, ni participar en el decorado de la Biblioteca V. Lenin de Moscú.

De acuerdo con Siqueiros, en el viaje de regreso, embarcados en el buque «Río Pánuco» desde Hamburgo a Nueva York, La Habana y Veracruz, él y Rivera mantuvieron una discusión sobre la situación en China en la que Rivera sostuvo los puntos de vista de Trotski. Además de propiciar un breve distanciamiento durante su trayecto

[25] Ibíd., 234-235.
[26] Ibíd., 235-236.
[27] Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, 184.

a México, esto era para Siqueiros una muestra clara de las simpatías de Rivera con la Oposición de Izquierda. A partir de entonces, señaló Siqueiros en sus memorias, Rivera defendería los puntos de «vista de Trotsky» sobre la posibilidad del «socialismo en un solo país» y la situación internacional en el Comité Central del PCM.[28]

Por su parte, Bertram Wolfe precisó que Rivera no simpatizó con el trotskismo sino hasta después de ser expulsado, en septiembre de 1929, producto de la «política de facción de la Unión Soviética». Rivera y el partido, dijo Wolfe, anunciaron que la «causa de su expulsión había sido el trotskismo de Rivera; aunque la realidad era que el pintor no fue partidario de Trotsky sino hasta después de su expulsión de la organización, y el cargo no figuró en el juicio y su propia defensa».[29] No obstante, la versión de Wolfe, además de no explicar o aclarar qué fue «la política de facción de la Unión Soviética», tampoco coincide con la declaración de Rivera sobre la fecha de su expulsión, el 19 de diciembre, es decir, tres meses después.[30] Al respecto, Siqueiros dio a entender que esta discrepancia radica en un acto de reparación del propio biógrafo con Rivera por haber sido el autor de su carta de expulsión del PCM; y que el Comité Central acordó por unanimidad no publicar al ser un documento inquisitivo, cruel y sádico. Wolfe conoció a Rivera cuando eran militantes del PCM; y, como el pintor, Wolfe fue expulsado poco después del Partido Comunista norteamericano, acusado de lovestonista.[31] Además, Siqueiros advirtió que la biografía de Wolfe —cuya primera versión, *Diego Rivera: His Life and Times,* apareció en inglés en 1939— hacía apología de Rivera y «calumnia en proporciones increíbles a los demás artistas que permanecieron fieles a la línea de la Internacional Comunista».[32] Por todas estas razones, la versión de Siqueiros sobre las simpatías trotskistas de Rivera resulta más verosímil que la de Wolfe.

---

[28] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 243.
[29] Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, 193.
[30] Diego Rivera, «Declaraciones de Diego Rivera sobre su expulsión del Partido Comunista», 19 de diciembre de 1929, Fondo Diego Rivera, Caja 17, Exp. 13, Doc. n.° 2, CENIDIAP, INBA.
[31] Por Jay Lovestone, dirigente del PC norteamericano partidario de la llamada Oposición de Derecha dirigida internacionalmente por Nikolai Bujarin.
[32] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 243-244.

La discusión sobre el arte revolucionario entre Rivera y Siqueiros, que comenzó en la entrevista con Stalin en 1928, continuó durante los años treinta en torno a la independencia creativa. Esta se prolongó hasta 1938, cuando Rivera firmó el conocido *Manifiesto por un Arte Revolucionario Independiente,* escrito por Trotski y André Breton.[33] En 1934, se desarrolló parte de esa discusión en el Palacio de Bellas Artes. Allí, Siqueiros y Rivera discutieron sobre el muralismo. Siqueiros dio cuenta de ella señalando que Rivera propuso que se eligieran padrinos para la discusión: por un lado, la escritora María Teresa de León y el poeta Rafael Alberti, ambos militantes comunistas; por otro, el economista marxista Francisco Zamora y el dirigente panadero Genaro Gómez, ambos filotrotskistas.[34]

Rivera en la polémica del arte revolucionario en los años treinta

En agosto de 1929, poco más de un año después de su regreso de Moscú, Rivera fue nombrado por el rector de la Universidad Nacional Autónoma, Ignacio García Téllez, como director de la Escuela Central de Artes Plásticas. Siendo crítico de la enseñanza de las artes plásticas en la escuela donde él estudió, el muralista presentó en diciembre de ese año un nuevo Plan de Estudios y una exposición de motivos a las autoridades universitarias. Dividido en dos ciclos, elemental y superior, el Plan de Estudios buscaba facilitar la permanencia de obreros y artesanos en la Escuela de Artes Plásticas mediante cursos diurnos, nocturnos y sabatinos, así como talleres y conferencias para ayudar al «desarrollo de la educación estética del alumno».[35]

El Plan de Estudios tuvo como objetivo la capacitación técnica más completa de los alumnos para que al salir pudieran «desempeñar el papel social importantísimo que el artista debe tener actualmente y

[33] Jean Van Heijenoort, *Con Trotsky de Prinkipo a Coyoacán: testimonio de siete años de exilio* (Buenos Aires: Ediciones IPS, 2014).
[34] Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, 241.
[35] Diego Rivera, «Exposición de motivos para la formación del plan de estudios de la Escuela Central de Artes Plásticas de México», en Diego Rivera, *Arte y política* (México, D.F.: Grijalbo, 1979), 90.

al mismo tiempo hacer de ellos verdaderos obreros técnicos, hábiles en los oficios que con las Bellas Artes se conectan directamente». El Plan definía como uno de sus principios que la «enseñanza no tocará la personalidad del artista, ni su sensibilidad estética, sino por el contrario tratará de desarrollarla dentro de la mayor libertad». [36] De ese modo, el plan implicaba tanto un cambio en la enseñanza de las artes plásticas que respetaba la libertad artística como una transformación en la concepción del arte y del artista. El primero como trabajo u oficio; el segundo como obrero o trabajador. Lo que transformaba, o al menos eso pretendió, era la composición social y el carácter aristocrático del arte y el artista en pos de una noción más social de los mismos. Esto generó malestar entre algunos estudiantes, sobre todo entre los de arquitectura, a los que se sumaron algunos alumnos de pintura y escultura tras la aprobación del Plan de Estudios por la Comisión del Consejo Universitario. Por ello, el 2 de abril de 1930, Rectoría entregó una declaración pública a la prensa en la que manifestó que Rivera se identificaba con el ideal democrático revolucionario del Consejo, «participando en el estudio de los problemas que afectan a nuestro país, así como el de acercarse al pueblo por el cumplimiento eficaz de sus funciones educativas».[37]

Rivera respondió al día siguiente, el 3 de abril, agradeciendo al Consejo Universitario «la posibilidad de ensayar y construir una escuela de artes plásticas que corresponda a las necesidades profesionales y sociales de los trabajadores del arte en México y de los obreros en general». En esta declaración pública, el muralista desarrolló más las implicaciones del Plan de Estudios para responder a los estudiantes de arquitectura: «no se trata de hacer arquitectos, sino de enseñar a los escultores y pintores la arquitectura que les es necesaria para su oficio». De ese modo, apuntó a que la arquitectura y su enseñanza no eran exclusivas de la Facultad de Arquitectura, al mismo tiempo que denunció el celo gremial o el «deseo de acaparamiento para ella sola de la cultura necesaria a todos los artistas, ya que la enseñanza medular de las artes plásticas no puede ser sino la misma para todas ellas». Al manifestar su deseo de favorecer el acceso de trabajadores a la enseñanza del arte «para la mejoría material e intelectual de su vida», el artista advirtió que los

[36] Rivera, «Exposición de motivos», 88.
[37] Rivera, «Exposición de motivos», 94.

obreros no disponían de recursos para financiar sus estudios y que el requisito de bachillerato los excluía, pese a que «la casi totalidad de los pintores y escultores de talento en México proceden precisamente de esas clases pobres».[38]

La polémica por el Plan de Estudios se extendió hasta fines de abril, cuando la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Bellas Artes, presidida por Manuel del Castillo Negrete, instó a las autoridades a destituir a Rivera. Así, a mediados de mayo, una comisión nombrada por el Consejo Universitario decidió suspender a Rivera de sus funciones, nombrando en su reemplazo a Vicente Lombardo Toledano como director interino. En respuesta, Rivera escribió un *Manifiesto a los Obreros y Campesinos de México*, publicado el 26 de mayo en *El Universal*, en el que denunció que su destitución, como director de la Escuela de Artes Plásticas, fue resultado de la lucha de clases. El muralista planteó que el conflicto entre los estudiantes de Arquitectura y los de Pintura y Escultura era viejo en la Academia de San Carlos y que era consecuencia de los orígenes sociales de cada grupo: los arquitectos provenían de la burguesía, mientras que «los pintores, escultores y grabadores en casi su totalidad son obreros, campesinos o hijos de estos, los que no vienen de la pequeña burguesía pobre». Así, Rivera vio el conflicto como una lucha de clases entre los estudiantes de arquitectura y los estudiantes de artes plásticas. Esta situación, según el artista, se habría agudizado con su entrada a la dirección de la Escuela de Artes Plásticas, es decir, cuando buscó organizar a los estudiantes como «obreros que son, y desarrollar su conciencia de clase». Con ese propósito, intentó mostrarles que «para los artistas revolucionarios[,] el arte debe ser ante todo y sobre todo un medio para contribuir a la organización social» y que podía ser «un arma muy eficaz en manos de los trabajadores para su lucha de clase; debiendo ese arte poseer una belleza nueva, una belleza revolucionaria».[39]

En el *Manifiesto*, Rivera criticó que el rector negara espacio a los estudiantes de artes, que terminaron trabajando en el rincón de una vecindad y que fueron tratados como parias «para no descontentar

[38] Diego Rivera, «Rectificación y desmentido», en Rivera, *Arte y política*, 96.
[39] Diego Rivera, «Manifiesto a los obreros y campesinos de México», en Rivera, *Arte y política*, 100-102.

a los señores estudiantes burguesitos» de Arquitectura. Ello demostraba, según Rivera, su interpretación del conflicto como una lucha de clases donde él era «un delegado de la clase trabajadora, y como tal rinde cuenta a ella de su actuación». El muralista señaló que su destitución era un llamado de atención a la clase trabajadora, pues, mientras esta contribuía a la universidad, la institución no garantizaba las condiciones básicas ni atendía las necesidades de los obreros y campesinos. «No basta que los hijos de los obreros y campesinos no paguen inscripción, sino que la colectividad les pague para que puedan estudiar», espetó. Y como la «Universidad Autónoma-burguesa» solo daría «unas cuantas migajas de cultura» para acallarlos, Rivera propuso la fundación de una Universidad Obrera y Campesina.[40] El episodio de la Escuela de Artes Plásticas antecedería a las más famosas polémicas en las que participó Rivera: la suscitada por el fresco *Man at the Crossroads* en el Rockefeller Center, destruido el 10 de febrero de 1934, y la controversia sostenida con Siqueiros en 1935. Estas polémicas, junto con la firma del *Manifiesto por un Arte Revolucionario Independiente*, dan cuenta de la continuidad de los debates sobre el arte revolucionario que Rivera había planteado en la entrevista con Stalin, en la que participó junto con Siqueiros y Mayakovski, y que se prolongaron a lo largo de la década de 1930.

Tras su salida de la Escuela de Artes Plásticas, el muralista viajó en 1930 a Estados Unidos, donde realizó algunos murales, como *Alegoría de California* en el edificio de la antigua Bolsa de Valores de San Francisco, que concluyó en 1931, y *La creación de un Fresco* en la Escuela de Bellas Artes de California en 1931. A finales de ese año, inauguró una exhibición individual en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, que se extendió entre diciembre y enero de 1932, a la que asistieron más de cincuenta mil personas.[41] Según la versión que dio a la Comisión de Control del PCM, allí el artista contactó por primera vez a los trotskistas. Como señalamos, esta acotación parece un intento de Rivera por mostrar sus relaciones públicas con los artistas y parte de la élite cultural neoyorquina.

---

[40] Ibíd.

[41] Jacob Zumoff, «Between a Rockefeller and a Hard Place: Diego Rivera's *Man at the Crossroads* and the Left in 1930s», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* XLIV, n.° 121 (2022): 234.

Posteriormente, entre 1932 y 1933, el artista se dedicó al conjunto de murales *La Industria de Detroit* en el Instituto de Artes de Detroit. En ese entonces, fue contactado para realizar un mural en el Rockefeller Center, interrumpido en mayo de 1933 y finalmente demolido en febrero de 1934. Aunque la destrucción del mural causó un gran debate (ha sido ampliamente estudiada), la polémica comenzó antes, cuando se anunció la realización del mural.[42] Al respecto, Rivera recordó en su autobiografía que los dirigentes comunistas «Robert Minot, Sidney Bloomfield y mi viejo amigo Joe Freeman, editor de *New Masses*, denunciaron mi trabajo como "reaccionario" y "contrarrevolucionario" y me condenaron por haber traicionado a las masas pintando en edificios capitalistas».[43] Al menos desde 1932, *New Masses* publicó artículos en polémica con Rivera, como «The case of Diego Rivera» de Robert Evans, sobre la exposición mencionada anteriormente del muralista en el MoMA.[44]

Tras la demolición del mural, el 29 de mayo de 1934, Siqueiros publicó en la revista *New Masses* de Nueva York el artículo «El camino contrarrevolucionario de Diego Rivera». En esta nota, Siqueiros planteó que el muralismo era «el primer intento de arte colectivo revolucionario en la era moderna» y «el primer intento colectivo moderno de arte mural». Esto era, según el artista, lo que le daba fama internacional al muralismo. Aunque reconocía que «Diego Rivera es la representación más espectacular del movimiento mexicano», el pintor más maduro calificó su trayectoria como agente gubernamental, pintor oficial de la nueva burguesía, «simpatizante» de la revolución, oportunista sindical, confusionista, turista mental, snob típico, pintor de millonarios, entre otras.[45] En su autobiografía, Rivera no mencionó el artículo de Siqueiros, pero sí, como hemos mencionado, a Robert Minot, Sidney Bloomfield y Joe Freeman, editor de *New Masses,* donde además de Freeman otros autores escribieron sobre la obra del muralista. La omisión de Rivera se explica por su intento de volver al PCM en 1946 precisamente junto

[42] Ibíd.
[43] Rivera, *Mi arte, mi vida*, 164.
[44] Evans, «The case of Diego Rivera», 22-25.
[45] David Alfaro Siqueiros, «Rivera's counter-revolutionary road», *New Masses* 11, n.° 9 (29 de mayo de 1934): 16.

a Siqueiros, con quien elaboró la carta de solicitud para reingresar a ese partido.

Un año después, en agosto de 1935, la Asociación Progresiva de Estados Unidos celebró un Congreso Pedagógico patrocinado por la Secretaría de Educación Pública que se realizó en el Palacio de Bellas Artes. Al Congreso, Rivera fue invitado a dictar una conferencia sobre arte. Allí, Siqueiros aprovechó la instancia para reiterar los conceptos expresados en el artículo de *New Masses*. Al respecto, Raquel Tibol sostiene que la polémica duró algunas semanas, porque Rivera habría decidido retirarse para publicar su respuesta en el folleto «Raíces políticas y motivos personales de la controversia Siqueiros-Rivera. Stalinismo vs. Bolchevismo leninista».[46] Sin embargo, el folleto en cuestión salió a la luz pública en diciembre. Meses atrás, en octubre, Rivera publicó el mismo texto bajo el título «Lo que opina Diego Rivera sobre la pintura revolucionaria» en la revista *Octubre*. En esta revista también apareció el artículo «El contenido revolucionario de la pintura de Diego Rivera» de Arnulfo Coss. En suma, la polémica entre Siqueiros y Rivera se prolongó hasta la segunda mitad de 1935.

En su artículo, Rivera no dio por clausurada la polémica, pues para el artista la controversia tenía «por una parte, orígenes y raíces políticas, y por otra parte puramente personales». Para Rivera, las raíces de la discusión estaban asociadas a las simpatías políticas que cada artista profesaba. Por ello, acusó a Siqueiros de ser «un instrumento para atacar a Rivera a causa de las simpatías de éste hacia los bolcheviques-leninistas cuyas posiciones acepta plenamente».[47] Como es posible apreciar, la polémica no se reducía al encuentro en el Bellas Artes, sino a la confrontación entre corrientes del comunismo mundial en las que cada artista se identificó a inicios de los años treinta. Bajo esta lógica, el propio campo artístico se convirtió en parte del campo de batalla. Así, mientras Siqueiros defendió la concepción estalinista del arte como

---

[46] Diego Rivera, «Raíces políticas y motivos personales de la controversia Siqueiros-Rivera. Stalinismo vs. Bolchevismo-leninista», en Rivera, *Arte y política*, 111-125.

[47] Diego Rivera, «Lo que opina Diego Rivera sobre la pintura revolucionaria», *Octubre, revista del marxismo revolucionario*, n.° 1 (México, octubre de 1935): 49.

instrumento para la lucha de clases, Rivera simpatizó con la defensa trotskista de la libertad artística. A la postre, Rivera mantuvo esta posición hasta su ruptura con Trotski y la Cuarta Internacional en abril de 1939. Meses antes del quiebre, en julio de 1938, Rivera aceptó firmar el *Manifiesto por un Arte Revolucionario Independiente*, por recomendación de Trotski, en el cual se proclamaba la máxima libertad en el arte.[48] El *Manifiesto*, que dio vida a la fugaz Federación de Artistas Revolucionarios Independientes, sintetizó el debate sobre el arte revolucionario entre el trotskismo y el estalinismo que se desarrolló durante la década que concluía. En el terreno de las artes plásticas, Rivera fue protagonista de este debate en la URSS, México y Estados Unidos, es decir, desde la entrevista con Stalin, Siqueiros y Mayakovski. Como ha apuntado de manera sugerente Horacio Tarcus, «el gran muralista mexicano aceptó respaldar el texto, pero por su ruptura posterior con Trotsky podemos inferir que situaciones de este tipo, que lo excluían de la elaboración político-intelectual herían su pundonor».[49] La firma de Rivera en el *Manifiesto*, en efecto, fue su epílogo al debate iniciado tras su viaje a Moscú.

[48] Van Heijenoort, *Con Trotsky de Prinkipo a Coyoacán*.

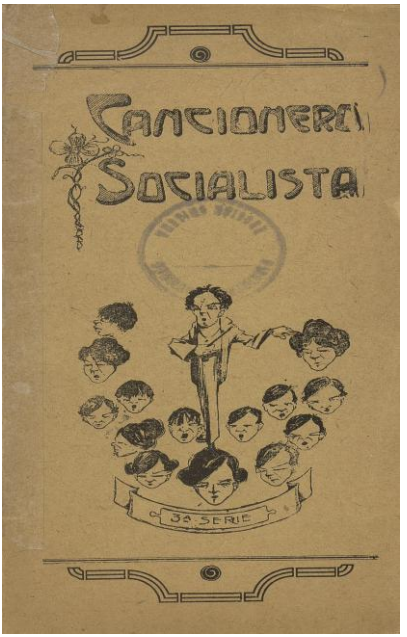
[49] Horacio Tarcus, «En arte todo está permitido. Vicisitudes del Manifiesto por un arte revolucionario independiente», en André Breton, León Trotski y Diego Rivera, *Manifiesto por un Arte Revolucionario Independiente* (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2019), 28.

«Ayúdame, Valentina»: apuntes sobre la presencia de la URSS en el canto popular chileno durante el siglo XX

Manuel Loyola

En el segundo semestre de 1964, la canción «Nathalie», interpretada por Gilbert Bécaud, se convirtió en un éxito espectacular en disquerías y radios de Chile y, seguramente también, de otros países de la región. ¿Qué hizo que su fama fuese tan grande? Desde luego, el aterciopelado francés de Bécaud, tan grato al oído. No obstante, me parece que su impacto radicó en que vino a colocar en canto público una soterrada admiración o curiosidad que muchos venían experimentando por la Unión Soviética (URSS), más aún en unos años en que este país exhibía al mundo importantes avances tecnológicos y espaciales. Así, más allá de los coqueteos con su traductora Nathalie, el cantante francés fue capaz de aludir —cosa no siempre permitida— a la Revolución de Octubre, a un nevado Moscú, a Lenin y la Plaza Roja, promoviendo un cierto romanticismo que fue muy aceptado por las audiencias locales. Agreguemos a esto que la música, con su acertado contrapunto entre la balalaica rusa y el envolvente movimiento dancístico llevado al paroxismo, era otro elemento atrayente y de agrado popular.

Quizás por tratarse «Nathalie» de un producto comercial occidental, la rica tradición musical rusa (tanto docta como popular) nunca consiguió logros similares. Este hecho no impidió que en la memoria musical de varios segmentos de nuestra población persistieran algunas resonancias de más de un canto o aire romántico, sin que ello diera paso a la conformación de un repertorio mínimamente consolidado. Entre las melodías que hasta hoy se pueden tararear o silbar figuran «Katyusha», «Kalinka» o «Noches de Moscú», entre otras. Cabe mencionar, además, los plagios que músicos occidentales han hecho de obras rusas o soviéticas, en especial del ámbito clásico (p. ej., de Rachmaninov, el Concierto para piano n.º 2).



Ahora bien, fijando de modo más concreto nuestro tema de indagación, esto es, la presencia de la musicalidad ruso-soviética en Chile, no cabe duda de que esa presencia estuvo relacionada con la izquierda, especialmente con la militancia comunista, a través de los cantos revolucionarios y de la musicalización de la poesía soviética de mediados del siglo XX.

Cancionero socialista Fuente: Biblioteca Nacional de Chile, Colección Digital, https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:350739

De los 37 cantos que compusieron el cancionero —buena parte, en modalidad de marchas, valses, polcas, arias de ópera y músicas tradicionales, que recurrieron al llamado *contrafactum* como técnica de rápido aprendizaje de los nuevos contenidos políticos de las letras a base de músicas conocidas—, tres de ellos aludieron directamente a los hechos de los «maximalistas» rusos en pleno desarrollo.

El primero, «El Mundo Socialista» (marcha coreada), indicaba:

> De la nueva Rusia obrera
> Su grandeza y libertad,
> Redimiendo está en la tierra
> A la pobre humanidad.
>
> ¡Viva el sol maximalista
> Que derrumba tiranías!
> ¡Viva el mundo socialista
> Todo amor, paz y alegría!

Son los pechos proletarios
Que proclaman rebelión
Los esclavos legendarios
Que hacen hoy revolución.
(…)

Luego, en «Rusia Libre»,[50] el ejemplo y la fraternidad se volvían mucho más elocuentes; y es que la revolución en Oriente, al alzarse como anhelo realizado, se sentía como propia y como ejemplo a seguir.

Cantemos todos La Libertad
caigan tiranos y esplotadores;[51]
con jesto heróico, trabajadores
destruid el Reino de la Maldad.

Cantemos todos a nuestra Idea,
radiante estrella de paz y amor,
gritemos todos: ¡Revolución!
Que Rusia hermana encendió la tea.

Arriba Pueblo!, sonó la hora:
muera el desorden social reinante
mirad la Rusia libre y triunfante,
de la autocracia cruel y opresora
(…)

Finalmente, en «La Aurora Roja», marcha socialista, el verso se torna prometedor, desplegándose la materialidad del conjunto de anhelos postergados.

Doliente clase obrera,
La aurora luce ya
La aurora roja luce

[50] En la edición de *El Socialista* del 4 de diciembre de 1917, se señala que «Rusia Libre» era una creación en letra y música de M. Silva, llevando, a la vez, otro título: «Marcha Libertad». Cinco meses después, Silva aparece reemplazado como «maestro Salvany».
[51] Anotamos según la grafía al uso.

Trayendo libertad.

En Rusia esclavizada
El grito liberal
Ha dado el socialismo
A toda la humanidad.

Un reino de justicia,
De vida sin dolor
Los pobres establecen
Reinando solo amor.
(…)

Hasta ahora, los versos transcritos de estas tres marchas no constan en otros recursos consultados en internet, aunque sí aparecen reproducidos con alguna frecuencia en la prensa comunista chilena hasta finales de los años treinta.[52] Al parecer, su autoría fue autóctona, con algo de referencia a impresos similares (cancioneros) hechos en Buenos Aires. Tenemos, a la vez, que reconocer que las apelaciones a Octubre y a la propia construcción de la Unión Soviética, si bien tuvieron en el verso y el canto un lugar que no podemos soslayar, su aparición fue en extremo menor a las crónicas, relatos, noticias y reportajes puestos en juego por el comunismo local en sus periódicos, revistas y folletos. Estos productos periodísticos fueron pródigos, como bien se sabe, en dar a conocer los avances sociales y económicos de la URSS, la genialidad de Lenin, la siempre acertada actuación del Partido Comunista soviético (comenzando por la sapiencia de Stalin), la superioridad de la URSS respecto de cualquier país occidental, sus enormes esfuerzos por lograr la paz mundial, etc., dechado de logros que alcanzaba su cenit con ocasión del aniversario del 7 de noviembre y, en menor medida, del 1.º de mayo.

[52] Los cantos a los que hemos hecho referencia sobre la Revolución de Octubre y el nuevo amanecer rojo que venía de oriente no lograban rivalizar con las muchísimo más frecuentes apariciones de marchas como «La Joven Guardia», «La Internacional», «La Marsellesa Socialista» (no confundir con el himno del Partido Socialista de Chile), «Viva el 1.º de mayo», «Hijos del Pueblo», la «Varsoviana», «Canto a la Pampa» y otros de más recurrencia.

Otra fuente de interés para captar —aunque de un modo indirecto— la recepción musical de la revolución del 7 de noviembre la hallamos en la edición póstuma de diversos escritos de Luis Emilio Recabarren. Probablemente con ocasión del primer aniversario de la muerte del principal líder del Partido Comunista de Chile (PCCh), el periódico *Justicia* dio a conocer un folleto que reunió discursos y poesías «para fiestas sociales» que consistió en una compilación que habría sido hecha por el propio Recabarren.[53] La primera parte del impreso, que abarca dos tercios del mismo, está destinada a dar a conocer 29 poesías debidas a la pluma de diversos autores (especialmente argentinos y mexicanos), varios de ellos modernistas o de ideología socialista o anarquista, como A. V. Azuara, Enrique González, Augusto Bunge, José de Maturana o Alberto Ghiraldo, entre otros. Ninguna de estas declamaciones se asocia a formas musicales explícitas, al menos, como ocurre con otras poesías donde se indica que son para cantarlas utilizando la música de algún vals o marcha ya conocida. Sin embargo, Recabarren no desdeñaba lo musical como un importante recurso para congregar personas y difundir el verbo socialista.[54]

También es digno de destacar que, del total de composiciones, solo tres se refieren expresamente a Octubre. Puede resultar sorprendente el hecho de que así sea, pero tiene alguna explicación en una conjunción de factores. En ese momento, para cantos y entonaciones bastaron los ya tradicionales y solemnes himnos del 1.º de mayo, «La Internacional», «Hijos del Pueblo» y «Canto a la Pampa». Los sucesos rusos aún no lograban consolidarse como un objeto de musicalización, circunstancia que se mantendría por varias décadas. De acuerdo a lo que hemos podido observar, la edición de cancioneros y guitarreros obreros de comienzos del siglo XX fue más profusa entre los adherentes al anarquismo que entre los cercanos a las organizaciones socialistas en vías de institucionalización como partido comunista. Por lo demás, antes que el canto a secas, fueron el arte dramático, las declamaciones poéticas y las obras instrumentales de piano, bandas y guitarras las modalidades más frecuentes de las veladas y los actos culturales de

[53] Luis Emilio Recabarren, *Discursos y poesías (para fiestas sociales)* (Santiago: Editorial Justicia, 1925).
[54] Ibíd., 65.

las organizaciones de trabajadores. En fin, también pudieron incidir en esta escasa presencia musical el perfil del propio editor, en este caso, Recabarren: un hombre más intelectualizado y más próximo a la escritura, al folleto y la conferencia que al canto.

A la luz del objetivo de nuestro trabajo, omitiremos reproducir la lírica de la publicación citada que alude directamente a la revolución soviética.[55] Dada la crítica al orden oligárquico y los anhelos de nuevas auroras de redención y justicia para la humanidad trabajadora que numerosos hombres y mujeres de letras compartían, el hilo de la memoria y la construcción en Chile de la identidad comunista y de lo soviético dio lugar a nuevas posibilidades de materialización de regímenes de igualdad y reconocimiento. A la par de esta búsqueda, la música de función política aportaría también lo suyo, según veremos enseguida a propósito de la organización del Frente Popular y sus pretensiones presidenciales hacia finales de la década de los treinta.

Entre 1938 y 1939, en oportunidad de la campaña presidencial de Pedro Aguirre Cerda, las Juventudes Comunistas de Chile publicaron un par de cancioneros[56] donde, junto con las músicas y cantos de campaña, la tradición ideológico-musical tuvo más de una muestra. En *16 canciones de fuego* se agregaron «Caballería Roja» y «Frente Rojo»; en *Cantos de la Vieja Guardia* se reprodujeron «Rusia Libre» (ya citada) y «Frente Rojo», además de la marcha fúnebre «A Lenin». Tratándose de un momento de clara toma de posición a favor del bando republicano en la guerra civil española, el grueso del repertorio correspondió a canciones de esa causa, junto con «Hijos del Pueblo», «La Internacional» y la «Varsoviana» («A las barricadas»).

---

[55] «Enorme y Santa Rusia…», de Ricardo Jaimes Freyre, literato, político y diplomático boliviano-argentino, admirador del anarquismo social-cristiano de León Tolstói; «Canto al triunfo», de L. E. Recabarren; «Soldado rojo», de Alba Roja (seudónimo).

[56] Nos referimos a *16 canciones de fuego: edición de las Juventudes Comunistas de Chile* (Santiago: Antares, 1938), y de *Cantos de la Vieja Guardia y de la Juventud: cancionero de la unidad* (Santiago: Antares, 1939).

Basada en algunos sones y acordes de la marcha «Alte Kameraden» («Viejos Camaradas», Alemania, Carl Teike, 1889), la versión que transcribimos a continuación pasó desde España a nuestra región en la primera mitad de la década de los treinta, años de intensa lucha social tanto en Europa como en Chile.[57] Mientras en el ejército chileno se ejecutaba en versión instrumental claramente apegada a la composición original,[58] en el comunismo criollo —*contrafactum* mediante— se empleó como apelación al combate, con menciones concretas a la Internacional Comunista, Lenin y los soviets.

Frente Rojo

Marchad a la lucha,
la usina abandonad
marchad Camaradas
las filas estrechad.

Preparemos las armas para librar
el combate por nuestra libertad.
Preparemos las armas para
a la lucha marchad.

Bajo la bandera
de la Internacional
es el Frente Rojo

[57] Las marchas e himnos publicados por los cancioneros comunistas chilenos a que hemos hecho mención provienen del folleto *Canciones revolucionarias*, publicado en Barcelona por el sello montado por la Internacional Comunista para dar a conocer innumerables libros y folletos marxistas y estalinistas en Europa y América Latina. Se trató de Ediciones Europa-América (EDEYA o EEA), una de las primeras iniciativas editoriales auspiciadas por este organismo. Fue creada por resolución de su VI Congreso en 1928. Con sede en París, a los pocos años esta editorial se trasladó a Barcelona donde funcionó hasta inicios de la Segunda Guerra Mundial. Ediciones Europa-América promovió en América Latina la creación de filiales con otros nombres, con suerte muy variada. Para mayores detalles ver, entre otros, Mariana Massó, «Producción y circulación de la edición comunista en el Cono Sur: el caso de la editorial Sudam (1929-1935)», *Historia Crítica*, n.º 93 (2024): 25-51; y Manuel Loyola, «Libros y folletos de la Internacional Comunista en América Latina. Algunos apuntes para su historia», *Izquierdas*, n.º 49 (2020): 1670-1695.

[58] Referencias y audio en https://es.wikipedia.org/wiki/Alte_Kameraden.

venciendo al capital.

Nuestra rebelión alumbrará sin fin
el nombre de Lenin.

Proletarios lucharemos
En nombre del Soviet.

Caballería Roja[59]

Caballería Roja con su gran vigor
para la burguesía siempre es un terror.
Y cuentan las leyendas que de día y de noche
Valiente vamos a luchar, luchar.

Condúcenos Budienny[60] para triunfar
por sobre las tormentas y el fragor del mar.
Nosotros somos héroes con decisión
y toda nuestra vida es luchar…

Budienny nos ordena valientes ser,
marchemos adelante sin retroceder.
Nos guía Vorochilov,[61] primer oficial;
vertamos nuestra sangre por la Internacional.

---

[59] Véase https://www.youtube.com/watch?v=gbekQffz_ao&list=RDgbekQffz_ao&start_radio=1.

[60] Budienny, también conocido como Budioni (Semión Mijáilovich), fue un militar formado en las postrimerías del ejército zarista. Con la Revolución, prestó servicios en el Ejército Rojo. Se caracterizó por su gran valentía y sagacidad en las luchas de la Guerra Civil. Contó con el favor de Stalin, lo que lo salvó de las purgas de 1938. Continuó en el ejército soviético ocupando lugares de menor importancia, a pesar de haber alcanzado el título de Mariscal. Sus anticuadas nociones de la guerra, centradas en la caballería, le impidieron darse cuenta de la relevancia cada vez más evidente de los medios mecanizados. Murió en 1973.

[61] Formado en las filas bolcheviques desde sus primeros días, tuvo una destacada actuación en la coyuntura revolucionaria de 1917. Tras ello, llevó una vida apegada a los favores de Stalin, sin mayor importancia en el terreno bélico a pesar de haber sido nombrado uno de los cinco mariscales de la URSS. Demás está decir que en los cantos aquí anotados, la figura de Tujachevski es cuidadosamente silenciada.

Condúcenos Budienny para triunfar, etc.

Flamea la bandera roja en lo azul,
volamos a caballo desde el Norte al Sur
venciendo al enemigo, acabando con los blancos.
Un golpe a Varsovia y otro a Berlín.

Condúcenos Budienny para triunfar, etc.

A Lenin (marcha fúnebre)

Lenin cayó víctima
en la lucha social
por su amor sin límites
para el trabajador.

En tan noble brega
toda su vida nos dio,
su vida, su dicha,
también su libertad.

El tiempo pasó
despertando a la nación
qué noble, qué grande
y viril revolución.

Luchad, pues, hermanos,
todos con honra seguid
su noble sendero
y su muerte en la lid.

Desconocemos los compases de los sones marciales de esta última marcha que, por su condición de fúnebre, debió de tener una entonación muy lenta. Tampoco contamos con antecedentes respecto de su autoría. Ciertamente, estamos delante de un producto que nada tuvo que ver con el propio funeral de Lenin, sino con una construcción de claro cuño propagandístico formulada años

después.[62] Su letra, pobre y sin ninguna pretensión de estilo, está centrada en el culto político y, en cuanto tal, es una evidente expresión de un himnario abiertamente funcional que aportaba a los esfuerzos de «bolchevización» y «estalinización» a los que estaban siendo sometidos los partidos comunistas del orbe desde finales de los años veinte. Desde este estricto punto de vista, esta propuesta, dentro de sus limitaciones, cumplió el objetivo previsto, lo cual no significó que esta producción trascendiera, ni menos aún que haya quedado algún registro fonográfico. Su eventual expresión quizás sí se verificó en espacios eminentemente partidarios; en alguna de las agrupaciones de los Amigos de la URSS (años treinta y cuarenta), en los Comités para la Victoria (iniciativa comunista de solidaridad con los aliados en guerra contra el régimen nazi) o, tal vez, en los sesenta, en alguna reunión con simpatizantes y «amigos de ruta», tras el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países y la creación del Instituto Chileno-Soviético de Cultura.

De lo dicho hasta aquí es claro que, salvo ciertos cantos de raigambre más tradicional («La Joven Guardia», «La Internacional», «Canto a la Pampa» y algunas canciones de la República española), poco o nada había sobrevivido del himnario prosoviético que promovió el PCCh hasta mediados del siglo pasado. Sin embargo,

---

[62] Según Manuel Carvajal, trayendo a colación un fragmento de John Reed, además de la entonación de «La Internacional», el único himno que introdujo una variación coral fue la interpretación de «La marcha fúnebre a los caídos de la revolución». Esta obra surgió cinco décadas antes con motivo de la lucha antizarista y se popularizó tras la derrota de la revolución de 1905. Se puede escuchar este himno en https://www.youtube.com/watch?v=IT1lubySxXc. El historiador Andrey Schelchkov nos ha sugerido, aunque sin darlo por completamente cierto, que las estrofas aquí copiadas guardan semejanza con una famosa marcha fúnebre de los eseristas (Partido de los Socialistas Revolucionarios) que fue adoptada por bolcheviques. Sin embargo, esta composición nunca llegó a consagrarse en la URSS, aunque tampoco fue objeto de rechazo. No formó parte del canon de la canción revolucionaria y quedó relegada, a lo sumo, a la condición de rareza histórica, como una pieza de museo. Véase https://www.youtube.com/watch?v=otpri4FZCHI&list=RDotpri4FZCHI&start_radio=1. Ver Manuel Carvajal, «La marcha fúnebre a los caídos de la revolución», *Armas de la crítica*, 8 de noviembre de 2011, https://www.laizquierdadiario.cl/La-Marcha-Funebre-a-los-Caidos-de-la-Revolucion.

la dimensión simbólica y fidelizadora de aquel había cumplido su rol. Las reiteraciones y cacofonías de las que estaban hechas esas estrofas contribuyeron a moldear la conducta y el imaginario en torno a sus líderes, sus personajes, la grandeza del socialismo y de lo soviético.

La segunda parte del siglo trajo novedades, en particular por el creciente contacto que comenzó a darse entre la URSS y América Latina.[63] Tras el término de la Segunda Guerra Mundial y la puesta en acción de las periódicas citas internacionales de los Festivales de la Juventud y los Estudiantes (realizados en Moscú y en otros países de la órbita socialista), el mayor dinamismo adquirido por la Sociedad de Vínculos Culturales con el Extranjero (VOKS, 1925-1958) y su sucesora, la Unión de Sociedades Soviéticas para la Amistad y las Relaciones Culturales con Países Extranjeros (SSOD, 1958-1992), permitió el estrechamiento de contactos. Se sucedieron una infinidad de encuentros, viajes y visitas que ampliaron el conocimiento mutuo, cara a cara, no solo entre actores políticos, sino también, de modo significativo, entre representantes de la sociedad civil (mujeres, sindicalistas y estudiantes).[64] Obviamente, en el marco de la llamada Guerra Fría entre las esferas capitalista y socialista, la política exterior soviética favoreció con claridad esta perspectiva de colaboración y acercamiento —con especial atención a los pueblos del Tercer Mundo y sus luchas antiimperialistas, de descolonización e independencia—, lo que le valió influencia y prestigio internacional.

Ahora bien, de entre el cúmulo de invitaciones y contactos que dieron otro cariz a las relaciones con la URSS, nos interesan particularmente las desarrolladas por los grupos y exponentes artísticos chilenos, los mismos que, desde mediados de los años cincuenta —en ocasiones, sin contar con la preparación y las

[63] Para una visión de conjunto del incremento notable de relaciones, especialmente en el amplio terreno cultural en el tiempo de la Guerra Fría, véase Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin: Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015).

[64] Para el caso chileno, véase Olga Ulianova, comp., *Chile en los archivos soviéticos: años 60* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2020). El texto recoge principalmente informes, notas y cartas sobre la colaboración sindical chileno-soviética.

experiencias necesarias—, dieron vida a una nueva escena en la difusión del canto y el baile de raíz folclórica. Los intercambios y presentaciones de este orden prefiguraron una cierta comunidad de intereses por conocer más «del otro», de su cultura y sus formas de representación de lo distintivo y popular de cada cual, circunstancias y valores que podían darse tanto en diversos lugares de Europa del Este[65] como en Chile u otros espacios de nuestra región.

Oportunidades como festivales, viajes de delegaciones de variada índole —tanto de Chile como de los países socialistas—, congresos y eventos literarios, la presencia de ballets clásicos o folclóricos, recepciones de visitas «ilustres» (poetas, escritores, deportistas, directores de cine, etc.) fueron momentos relevantes para la confraternización, los discursos y las muestras de cantos y danzas binacionales, dando lugar a la amistad y los acuerdos de colaboración entre los respectivos conjuntos artísticos.[66]

Desde el punto de vista de materializar, con pretensiones de divulgación pública, las posibilidades del canto soviético en nuestro medio, no podemos sino traer a colación el esfuerzo —en buena medida pionero— desarrollado por el folclorista Rolando Alarcón a inicios de la década de 1960. Gracias a los contactos y conocimientos que sus viajes a la URSS (y otros países socialistas) le habían proporcionado desde al menos un lustro antes en compañía del conjunto Cuncumén, hallamos que en 1963 Alarcón y la también folclorista Silvia Urbina grabaron en Chile (sello Odeón) y en ruso el single *Dos canciones rusas*, compuesto por «El acordeón solitario», de M. Matusovski y V. Soloviov-Sedói, y «Es medianoche en Moscú» (Borís Mokrúsov), temas medianamente conocidos en nuestro país.

---

[65] Fue frecuente que las agrupaciones y solistas chilenos, que comenzaban sus actuaciones en capitales de la Europa del Este, siguieran su viaje a países de Europa occidental o a escenarios de los EE. UU.

[66] Para un tratamiento amplio y bien informado de este terreno, véase la interesante biografía personal y artística del folclorista chileno Rolando Alarcón: Carlos Valladares y Manuel Vilches, *Rolando Alarcón: La canción en la noche* (Santiago: Ventana Abierta Editores, 2015). No podemos dejar de señalar que, como factor de aliento de estas colaboraciones, el papel desempeñado por los partidos comunistas y sus secciones juveniles fue de gran relevancia en la mediación y concreción de los resultados.

Pero el empeño de Alarcón no quedó allí. Un par de años antes de su muerte (1973), llevó a cabo un trabajo más extenso y con mayores pretensiones. Se trató de *Rolando Alarcón: Canta a los poetas soviéticos*, editado por DICAP en 1971.[67] El LP contuvo nueve cantos en total. La cara A dispuso de poemas de Yevgueni Yevtushenko y música de Eduard Kolmanovski y Alarcón, mientras que la B traía textos y música mayormente de Bulat Okudzhava. Los arreglos musicales corrieron por cuenta de Luis Advis; y la traducción de los textos, de Angelina Silva.[68]



Álbum *Rolando Alarcón: Canta a los poetas soviéticos* (DICAP, 1971)

Según Juan Carvajal, uno de los directivos de DICAP, la experiencia fue buena y novedosa, sin que fuese económicamente deficitaria. Alarcón había conocido a Yevtushenko algunos años antes en Moscú. Era un poeta contestatario y provocador, famoso por sus declamaciones casi histriónicas ante grandes masas de oyentes, lo que llamó la atención del chileno y entre ellos se entabló una fructífera amistad.[69] En el siguiente álbum de Alarcón (*El alma de mi pueblo*, 1972), grabó las últimas canciones de procedencia soviética:

---

[67] Véase https://www.youtube.com/watch?v=_-ROTWeSv38&list=RD_-ROTWeSv38&start_radio=1.

[68] El detalle de los títulos fue: «¿Querrían los rusos la guerra?», «Cuando mataron a Lorca», «La prisa es la maldición del siglo», «La Isba (casa rural)», «El último trolebús», «Canción del soldado americano», «Cancioncita sobre la puerta abierta», «¿Escuchan los botines pasar?», «Sharmanka».

[69] Valladares y Vilches, *Rolando Alarcón*, 179.

«El museo de cera»[70] y «Entre la ciudad del sí y la ciudad del no»[71] (letras de Yevtushenko), donde se destacaban y criticaban las contrariedades e hipocresías de la vida moderna.

A diferencia de la búsqueda estilística más depurada que demostró Rolando Alarcón en su recepción de la creación soviética, la única referencia explícita de Violeta Parra sobre la URSS fue su canto «apercusionado» denominado «Qué vamos a hacer?» —más conocido como «Ayúdame, Valentina»— que ella compuso a inicios de los años sesenta (probablemente en París). Al interpretarla, su hija Isabel no solo extrajo lo más expresivo de la crítica antirreligiosa y antidogmática de los versos de su madre (profundamente contestataria de las prácticas opresivas del catolicismo preconciliar), sino que también entregó a la letra un contrapunto melódico y cadencioso que hizo ganar fuerza expresiva a la producción dada la calidad vocal de la cantante (el uso de guitarras pulsadas y del cuatro venezolano contribuyó claramente a mantener la riqueza rítmica de la obra). La versión de Isabel Parra tardó en llegar al registro de

---

[70] Macizos de grandeza,
altivos y ramplones,
ceñudos ante el comunista ruso
los (…) alemanes,
todos los presidentes y cancilleres,
todos miran sombríos desde su estirpe
y su estirpe es la ruindad
por haber mutilado a la vida,
por haberla retorcido y aplastado
aquí los inmortalizaron,
o mejor dicho: los certificaron.

[71] Soy un rápido tren que hace años va y viene
entre la ciudad del sí y la ciudad del no.
Mis nervios están tensos como cables
entre la ciudad del no y la ciudad del sí.
Todo está muerto y asustado en la ciudad del no
como un despacho empapelado con tristeza,
fruncen el ceño en él todas las cosas.
Hay recelo en los ojos de todos sus retratos (…)
La vida, en cambio, en la ciudad del sí es un canto de mirlo.
Carece de paredes la ciudad, es como un nido.
Las estrellas te piden acogerse en tus brazos
y sin avergonzarse, los labios solicitan tus labios.

estudio: apareció por primera vez en disco en el álbum *La Peña de los Parra*, de 1971.[72]

Un motivo prominente de este canto es la apelación que se hace a la cosmonauta soviética Valentina Tereshkova, quien en 1963 fue la primera mujer en viajar al espacio extraterrestre. En tanto ello fue así, la soviética disponía, según Violeta, de una verdad irrefutable: la manifestación de la pura materialidad de toda la existencia y, en consecuencia, sin limbos, purgatorios ni tratados del alto cielo: «ayúdame Valentina, / ya tú que volaste lejos, / dime de una vez por todas / que arriba no hay tal mansión; / mañana la ha de fundar / el hombre con su razón, (…) / Señores, bajo la tierra / la muerte queda sellada / y todo cuerpo en silencio, / el tiempo lo vuelve nada».[73]

Entre otros productos que hemos podido asociar al canto y la música ruso-soviéticas que fueron parte de la expresión artística chilena en los años sesenta, los registros sonoros debidos al grupo Quilapayún tuvieron, en su momento, una relevancia política y una calidad estética que aún podemos valorar. Comencemos por la traducción al español —no sin cambios evidentes en la composición de sus estrofas, pero manteniendo su estructura armónica— del «Himno de la Juventud Democrática», dado a conocer por sus autores, Anatoli Novikov (música) y Lev Oshanin (letra), en el primer Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes realizado en Praga, en 1947. La versión de Quilapayún es dos décadas posterior y apareció en su álbum *X Vietnam*, de 1968. Al año siguiente, en 1969, en su larga duración *Basta*, el conjunto chileno versionó en español el himno del Ejército Rojo «Por montañas y praderas», creado en los años de la lucha en contra del Ejército

[72] Quizás sí la demora se debió a que la música de Isabel se compuso tarde, cerca de la época de grabación, o a que no quiso entrar en conflicto con la Iglesia en tiempos de construcción de la alianza Unidad Popular. Ya antes, con discos de Violeta y Víctor Jara que contenían sátiras o críticas al clero, se habían producido malestares entre la jerarquía eclesiástica chilena.

[73] Véase la versión de Isabel Parra en https://www.youtube.com/watch?v=ZuSv4EW56e8. Para la película *Violeta se fue a los cielos*, Los Bunkers versionaron la canción en estilo un poco más rockero, https://www.youtube.com/watch?v=d3d0YucEugA&list=RDd3d0YucEugA&start_radio=1.

Blanco y sus apoyos extranjeros (1919-1920) en la zona del Amur, en Siberia oriental.[74] Su popularidad se extendió con la Segunda Guerra Mundial entre diversos grupos guerrilleros que se enfrentaron a los alemanes, en especial en Yugoslavia y en los propios destacamentos partisanos rusos. Sus aires de lucha y fraternidad fueron muy bien recibidos en el ambiente social y militante chileno en vísperas de las elecciones de 1970.

Años más tarde, a instancias del saludo al sexagésimo aniversario de la Revolución de Octubre, las Juventudes Comunistas de Chile auspiciaron una compilación musical publicada por primera vez en Francia bajo el título de *Chants pour la révolution d'octobre* (al año siguiente apareció la versión con el título en castellano). Las canciones fueron interpretadas por agrupaciones folclóricas y cantautores chilenos, tales como Quilapayún, Inti-Illimani, Isabel Parra, Ángel Parra y Patricio Manns, todos ellos exiliados en Europa a causa de la dictadura militar. El disco incluyó un tema de Víctor Jara. La única excepción no chilena fue el himno «Venceremos», interpretado por el Coro del Ejército Soviético. Del total de 13 temas, cinco tuvieron una vinculación directa entre intérpretes o compositores chilenos y soviéticos. En el caso que nos ocupa, el de Quilapayún, la ejecución que hicieron de la marcha «Día de la Victoria» (Vladímir Jaritonov y David Tujmanov) llama especialmente la atención por la magnífica interpretación en ruso que realizó uno de los integrantes del grupo, Guillermo Oddó.

Además de «Por montañas y praderas», canción a la que aludimos antes, el LP dio cabida a las creaciones «1917» (Patricio Manns), «Ayúdame, Valentina» (Violeta e Isabel Parra) y «Octubre» (Sergio Ortega), cantada por el Taller L. E. Recabarren. En el caso de «Octubre», se buscó significar su condición otoñal con la primaveral que este mes tiene en nuestro hemisferio y, con ella, la esperanza de un mundo mejor; en tanto que «1917» fue una canción dedicada a Lenin con un claro sello laudatorio.[75]

[74] Para la entonación en ruso, véase https://www.youtube.com/watch?v=7a1fly-BqPU&list=RD7a1fly-BqPU&start_radio=1.
[75] La canción apareció en el mismo año (1977) en el álbum *Canción sin límites*.

El orgulloso visionario
El gran demiurgo del corazón soviético
El hondo capitán llamado
A restaurar el orden de la vida
Paciente como una semilla
Se propagó sobre el tiempo y la memoria
Se hizo alfabeto orgánico y rebelde
Acrisoló los hornos del deber

Coda

No sabemos cuántos de los cantos y danzas chilenas fueron registrados fonográficamente en Moscú en los años de la Unión Soviética, quiénes fueron sus intérpretes ni cuándo ocurrió ello. Mencionamos esto porque existen testimonios que señalan que tanto la radio como la televisión soviéticas grabaron actuaciones de artistas chilenos invitados o de paso por Moscú.[76] En el libro dedicado a Rolando Alarcón que hemos citado, también se da cuenta de que los soviéticos grabaron parte de sus canciones y registraron, mediante anotaciones y dibujos, varias danzas folclóricas ejecutadas por el artista. Se menciona, además, que la cantante lírica chilena Blanca Hausser lo invitó, en compañía del músico Armando Carvajal, a colaborar en unos cantos que ella interpretaría para ser grabados en los estudios soviéticos. Sin duda, averiguar esta temática sería de gran interés para la historia musical chilena y sus musicólogos.

Para finalizar, consignemos la publicación en LP que el sello DICAP dio a conocer en Chile del trabajo del Conjunto de Canto y Danza del Ejército Soviético, en 1972.[77] Como no podía ser de otra forma,

[76] Hay testimonios, por ejemplo, de que en 1967 Quilapayún acompañó a Patricio Manns en su canción «Arriba en la cordillera», la cual fue transmitida por la televisión rusa. Antes, a comienzos de los sesenta, el conjunto Los de Ramón e, incluso, Los Huasos Quincheros tuvieron actuaciones en Moscú y otras ciudades soviéticas. Gabriela Pizarro, Héctor Pavez y la agrupación de la que hicieron parte, Millaray, también tuvieron variadas presentaciones en los países de Europa del Este.

[77] Ver, https://web.archive.org/web/20111116002212/http:/www.nuevacancion.net/dicap/.

por el carácter extremadamente ruso de su contenido, seguramente la placa no fue un éxito de ventas. Pero no es ese impacto lo que nos importa, sino que la sola publicación de un trabajo de tales características vino a representar un nuevo jalón en una trayectoria de encuentros entre canciones e interpretaciones musicales entre ambas naciones.

Un nicaragüense en Moscú: Carlos Fonseca Amador y el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes de 1957

Gastón Daniel Mazzaferro

En 1957, una serie de acontecimientos llevaron a Carlos Fonseca Amador, por entonces militante del Partido Socialista Nicaragüense (PSN), a realizar una travesía que lo llevaría bien lejos de América Central. Emprendería entonces un viaje hacia la Unión Soviética del postestalinismo, visitaría Checoslovaquia y Alemania Oriental, conocería activistas chinos, estadounidenses, peruanos y argentinos y, luego, retornaría transformado a su patria. La Guardia Nacional somocista se encargó del acto de bienvenida: lo arrestó apenas pisó el aeropuerto de Managua.

Tras ser detenido, Fonseca debió contestar un extenso interrogatorio en el que negó sistemáticamente su pertenencia partidaria, pero en donde relató las ciudades y actividades que había desarrollado en su visita por los países de la Europa del Este.[1] Finalmente, fue liberado, si bien muchas de sus pertenencias fueron secuestradas. Entre ellas, «una cámara fotográfica, un juego de lápiz y pluma, *Poema pedagógico* por Antón Makarenko (libro), *Zoia y Shura* (libro), *Reportaje al pie del patíbulo* por Julius Fucik (libro)».[2] Frente a la negativa del guardia que lo encarceló a devolvérselas, Fonseca le advirtió que, si no lo hacía, al salir libre le escribiría «al general Somoza reclamándoselas. Estoy seguro de que él me las devolverá, porque él es más inteligente que usted».[3]

Meses después, las pertenencias no habían regresado a sus manos. Por esta razón, Fonseca debió cumplir su amenaza. El 21 de mayo

[1] Carlos Fonseca Amador, «Declaración, 1957», en *Bajo la bandera del sandinismo*, comp. por el Instituto de Estudio del Sandinismo (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985), 233-256.
[2] Carlos Fonseca Amador, «Carta al tirano Somoza», en *Bajo la bandera del sandinismo*, comp. por el Instituto de Estudio del Sandinismo (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985), 220.
[3] Ibíd., 219.

de 1958, le envió una carta a Somoza en la cual le exigía en un tono amable sus pertenencias, mientras le realizaba un obsequio: «un ejemplar del librito que escribí relatando mi viaje».[4] Ese librito era *Un nicaragüense en Moscú*, que apenas unos meses antes había sido editado por la editorial del PSN, con un prólogo de Manuel Pérez Estrada, y que reunía una serie de relatos que Fonseca escribió sobre sus viajes por el otro lado de la cortina de hierro.

Si Somoza recibió y leyó el libro escrito por Fonseca es algo que desconocemos. Sin embargo, *Un nicaragüense en Moscú* es un texto que da cuenta de algunos tópicos centrales de lo que significó la Guerra Fría en América Latina y en el mundo. En su recorrido por las calles de la Moscú, a la cual acudió para participar del VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, Fonseca realizó descripciones de ese mundo ajeno que lo rodeaba, destacando aspectos como los deseos de paz de las poblaciones locales, el avance industrial soviético y la entrada en escena de actores políticos antes relegados, pero que en ese momento estaban en boca de todos, como lo eran los delegados de Asia y África.

Es un relato de un militante convencido, pero imposible de comprender por fuera de su contexto específico de producción: el conflicto bipolar que marcó la segunda mitad del siglo XX. Como señala Westad, la Guerra Fría fue, ante todo, un enfrentamiento entre dos visiones antagónicas de modernidad, cuyos promotores intervinieron activamente en el Tercer Mundo para demostrar la universalidad de sus propuestas.[5] Si el concepto de modernidad estadounidense estaba atado a la idea de que el mercado capitalista llevaría a la innovación productiva y al desarrollo de un ciudadano ideal, el de la Unión Soviética, por el contrario, partía de una visión colectivista de la modernidad en la cual el mercado era negado y la igualdad en términos de propiedad de los medios de producción era comprendida como un camino que inevitablemente llevaría al desarrollo.[6]

---

[4] Ibíd., 221.
[5] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Nueva York: Cambridge University Press, 2007), 4.
[6] Ibíd., 40.

Las lecturas que Fonseca realizó de la realidad soviética estuvieron atravesadas por este enfrentamiento en un contexto regional, por su parte, bastante particular: la segunda mitad de la década del cincuenta estuvo signada en América Latina por las discusiones en torno al concepto de desarrollo. Como ha señalado Svampa, «luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, las nociones de "progreso" y "civilización" fueron desplazadas por la categoría de "desarrollo", que, de manera similar a sus antecesoras, devino una de las fuerzas del discurso hegemónico moderno».[7] Se trata de una discusión transversal al espectro político, que, si bien encontró entre sus máximos exponentes a los políticos autoproclamados desarrollistas, incluyó desde técnicos de la ONU hasta políticos de izquierda.[8] Como señaló Svampa, en el centro del discurso del desarrollo estaba el deseo por el crecimiento económico que no incluía necesariamente un análisis de su contenido y de sus consecuencias no deseables. El grado de desarrollo, en estos términos, era medido exclusivamente por su capacidad de producción y no necesariamente por los aspectos redistributivos de la economía.[9]

Una de las hipótesis de este trabajo señala que el modo en que Fonseca analizó la realidad de los países comunistas estuvo dado por las discusiones en torno al concepto de desarrollo. La Unión Soviética, en ese sentido, se presentó ante él como una forma alternativa de modernidad social y desarrollo económico. La puesta en órbita de los primeros satélites, el vertiginoso crecimiento industrial y el encuentro con una población que, si bien podía no vestir a la moda, tenía cubiertas sus necesidades elementales se presentaban ante él como un ejemplo de las posibilidades que traería el establecimiento del comunismo. Se trata de una modernidad y un desarrollo cuyos parámetros siguen siendo occidentales y europeos —es decir, la producción industrial es el factor fundamental que

[7] Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos: indianismo, desarrollo, dependencia, populismo* (Buenos Aires: Edhasa, 2016), 137.
[8] Sobre el desarrollo de la CEPAL y el rol de Prebisch, véase Margarita Fajardo, *The World That Latin America Created: The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2022).
[9] Svampa, *Debates latinoamericanos*, 139.

determina el desarrollo de una sociedad y la modernidad es entendida como algo sustancialmente mejor que otras formas de vida alternativas—, pero que están marcados por un proyecto colectivo de nación.

En paralelo, el fin de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo el inicio del proceso de descolonización en Asia y África. La Conferencia de Bandung institucionalizó la emergencia del Tercer Mundo que, por entonces, estaba en el centro de la escena internacional. Los viajes de Fonseca por los países del bloque soviético y su participación en los distintos eventos allí estuvieron marcados por los primeros encuentros entre militantes latinoamericanos, africanos y asiáticos. Como veremos, si la Unión Soviética era vista como una modernidad alternativa a la capitalista, el Tercer Mundo fue observado por Fonseca como algo ante todo desconocido. Si bien en su relato destacó las luchas en Vietnam y Argelia, no nos encontraremos en este momento con una identificación de América Latina con dichas causas, como sí sucederá algunos años después cuando triunfe la Revolución cubana.

Este capítulo está dividido en tres partes: en la primera se desarrollan las razones que llevaron a Fonseca a viajar por la Unión Soviética. Nos detendremos aquí en una contextualización del desarrollo del VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en su organización, así como sus limitaciones. Posterior a eso, desarrollaremos las interpretaciones que Fonseca realizó sobre la situación social y económica soviética. Nos detendremos en sus expectativas iniciales, así como también en lo que se encontró. Como ya mencionamos, es aquí en donde Fonseca realizó sus apreciaciones respecto al desarrollo soviético como una alternativa al capitalista, aunque no necesariamente aplicable al resto del mundo. Finalmente, veremos los impactos que tuvieron los encuentros con los delegados tercermundistas. Observaremos aquí cómo Fonseca, frente a un desconocimiento inicial, abordó la problemática de la descolonización en Asia y África y la interpretó bajo el prisma de la coexistencia pacífica.

«Era la tristeza de la soledad. Solamente yo de Nicaragua»: viaje y logística hacia el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes

Hacia 1957, cuando más de 30 mil delegados de todos los continentes pusieron un pie en Moscú para celebrar el VI Festival Mundial de la Juventud, Fonseca llevaba unos cuatro años militando en el PSN. Luego de incursiones en el Partido Conservador y en la Unión Nacional de Acción Popular (UNAP), quien luego sería líder del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se acercó a los comunistas mientras aún estudiaba en el Instituto Nacional del Norte, una de las principales escuelas de Matagalpa. Tras finalizar el colegio y mudarse a León para iniciar sus estudios en Derecho, Fonseca se consolidó como un líder estudiantil de relevancia en el interior de la Universidad Nacional de Nicaragua, donde fue nombrado editor del periódico *El Universitario*, boletín del Centro Universitario estudiantil.[10]

La situación estudiantil en Nicaragua estaba atravesando un momento de particular efervescencia. El perfil ideológico de los estudiantes de la Universidad de León estaba cambiando rápidamente: si históricamente había sido una universidad liberal y, en ese sentido, cercana ideológicamente a la familia Somoza, la clausura de la Universidad de Granada en 1951 dio lugar a una afluencia de estudiantes conservadores que creó una atmósfera política más diversa.[11] A pesar de que muchos de ellos seguían apoyando al gobierno de Somoza, el Centro Universitario ocupó un rol clave para que los alumnos antisomocistas encontraran un lugar de organización y llevaran a cabo el principal reclamo que los nucleó hasta 1958: el pedido por la autonomía universitaria.

El ingreso de Fonseca a la universidad estuvo marcado no solo por esta radicalización estudiantil, sino también por el recrudecimiento de la represión. El 21 de septiembre de 1956, Anastasio Somoza García fue asesinado por Rigoberto López Pérez, un poeta y

[10] Matilde Zimmermann, *Sandinista: Carlos Fonseca and the Nicaraguan Revolution* (Durham, NC: Duke University Press, 2001), 41-43.
[11] Claudia Rueda, *Students of Revolution: Youth, Protest and Coalition Building in Somoza-Era Nicaragua* (Austin: University of Texas Press, 2019), 168.

militante del opositor Partido Liberal Independiente (PLI). El gobierno respondió con represión y persecución política. En la noche del asesinato, la Guardia Nacional arrestó a los principales líderes estudiantiles —quienes fueron tomados como sospechosos de la conspiración—, irrumpió en las oficinas del Centro Universitario y destruyó y secuestró archivos y libros que encontraron allí.[12] Carlos Fonseca fue detenido y pasó unos dos meses en prisión.[13]

Tras salir de la cárcel, Fonseca quedó libre de todas las materias, por lo cual debió rendir el año entero en tan solo semanas. Según cuenta en *Un nicaragüense en Moscú*, para aprobar todas las asignaturas que adeudaba, debió estudiar unas 13 horas diarias entre enero y febrero de 1957.[14] La cárcel y el estrés tuvieron repercusiones en su salud: «se me hacía imposible poder estudiar. Me lograba concentrar con demasiada dificultad. (…) Mi apetito también andaba muy mal. En fin, lo que en realidad me estaba ocurriendo era una fatiga mental, una debilidad de origen nervioso. Lógicamente, pensé que con una salud tan mala, me sería muy difícil, quizás imposible, continuar con éxito mis estudios».[15] Cuando acudió al médico, este le indicó reposo y, para cumplirlo, Fonseca decidió ir unos días a descansar a San José, la capital de Costa Rica.

Según cuenta en su relato, fue allí donde se encontró con Manolo Cuadra, poeta antisomocista que estaba exiliado en San José, quien, frente a la incredulidad de Fonseca, lo invitó a participar del Festival.[16] Ahora bien, como ha insistido Zimmermann, a pesar de la historia contada por Fonseca en su relato, es probable que su participación en el Festival se haya debido a las mismas razones que explican la participación de buena parte de los delegados latinoamericanos: Fonseca no solo era miembro del PSN, sino también su militante estudiantil más destacado y conocido; es decir,

---

[12] Ibíd., 225.
[13] Zimmermann, *Sandinista*, 44.
[14] Carlos Fonseca Amador, «Un nicaragüense en Moscú», en *Bajo la bandera del sandinismo*, comp. por el Instituto de Estudio del Sandinismo (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1985), 34.
[15] Ibíd., 33.
[16] Ibíd., 35.

era la persona más idónea para ocupar el puesto de delegado en el Festival.[17]

La logística para que Fonseca pudiera llegar a Moscú acabaría siendo similar a la de buena parte de los militantes que no provenían de países comunistas. Según relata, cuando Cuadra le dijo que podía ir al Festival, él le contestó que «naturalmente al festival puede ir cualquiera, por lo menos cualquiera que tenga el dinero suficiente para pagar el viaje». El poeta le respondió que estaba en contacto con la organización y que conseguiría cubrir «con ellos todos los gastos».[18] Como señaló Koivunen, a diferencia de los previamente celebrados en otras ciudades como Praga o Varsovia, el Festival de Moscú se caracterizó por su envergadura y el consiguiente aumento exponencial de los costos.[19] En el evento, participaron más de 34 mil delegados de 131 países distintos. Los soviéticos no solo se hicieron cargo de los costos internos del festival —comida, alojamiento, entradas para ballets y concierto de música clásica y transporte interno—, sino que también destinaron fondos específicos para trasladar a militantes de países no comunistas, especialmente de las colonias y excolonias en África y Asia.[20]

Esto se tradujo en una participación variada en cuanto a los países de origen de las delegaciones, pero restringida en cuanto a la cantidad de participantes del Tercer Mundo y América Latina. Los costos de traslado de militantes provenientes de países sin gobiernos comunistas que financiaran el viaje, y en particular de países no europeos —más alejados geográficamente de la Unión Soviética, y, por lo tanto, con una logística más onerosa—, hicieron que muchas de las delegaciones fueran comparativamente pequeñas. Es el caso de la delegación nicaragüense que solo estuvo integrada por Fonseca, cuyo viaje fue financiado, como señala en su relato, por el Fondo de Solidaridad Internacional para la Juventud.[21] Como muestra Koivunen, la delegación unipersonal de Nicaragua no fue

[17] Zimmermann, *Sandinista*, 45.
[18] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 35.
[19] Pia Koivunen, *Performing Peace and Friendship: The World Youth Festivals and Soviet Cultural Diplomacy* (Berlín: De Gruyter, 2023), 107.
[20] Ibíd., 100.
[21] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 68.

una excepción. De hecho, 51 de las delegaciones del Sur Global estaban integradas por menos de 10 miembros. Tan solo el 3 % de los 34 mil delegados fueron latinoamericanos, mientras que el 76 % fueron europeos.[22]

Hay que mencionar que, aunque poco diversas en sus orígenes, las delegaciones fueron heterogéneas en cuanto a su filiación política. Como ha señalado Koivunen, el Festival fue un paso más en la política que Nikita Jrushchov emprendió para demostrar que la Unión Soviética había cambiado tras la muerte de Stalin y que la propuesta de coexistencia pacífica no era solo retórica, sino algo real que podía verificarse en las calles de Moscú.[23] En consecuencia, aproximadamente solo el 40 % de los delegados pertenecían a partidos comunistas. No era extraño, en ese sentido, encontrar delegaciones integradas por comunistas, liberales, conservadores, religiosos o laboristas.[24]

Otro de los objetivos del Festival era exhibir, ante los miles de delegados, una realidad alternativa y posible. Los organizadores querían demostrar que Moscú no tenía nada que envidiar a las grandes capitales europeas y que, en términos de consumos tanto básicos como culturales, la ciudad ofrecía lo mismo que el resto de las metrópolis capitalistas.[25] Esto es algo que Fonseca destacó una y otra vez en su relato.

«El Sputnik tiene una importancia parecida al descubrimiento de América por Colón»: la modernidad y el desarrollo ruso según Fonseca

Para el momento en el que Fonseca desembarcó en Moscú, Centroamérica se encontraba atravesando un proceso que la

[22] Koivunen, *Performing Peace and Friendship*, 137.
[23] Pia Koivunen, «Friends, "Potential Friends", and Enemies: Reimagining Soviet Relations to the First, Second, and Third Worlds at the Moscow 1957 Youth Festival», en *Socialist Internationalism in the Cold War: Exploring the Second World*, ed. por Patryk Babiracki y Austin Jersild (Cham: Palgrave Macmillan, 2016), 219.
[24] Koivunen, *Performing Peace and Friendship*, 139.
[25] Ibíd., 104.

historiografía ha denominado «modernización desde arriba».[26] Si hacia la década del cincuenta el istmo se encontraba conformado por una serie de países compuestos por sociedades fragmentadas, a la mitad del decenio los Estados ocuparon un lugar central a la hora de fomentar el crecimiento económico —a partir del impulso a la agricultura y el desarrollo de una incipiente industria— y la movilidad social. Sus acciones, por otro lado, fueron acompañadas de una retórica de desarrollo que, luego de la irrupción de la Revolución cubana, se acentuó y adquirió un matiz anticomunista.

Las sociedades centroamericanas, por lo tanto, atravesaron una transformación que incluyó, hacia la década del setenta, un aumento exponencial en la cantidad de estudiantes universitarios, la aparición de una clase media urbana, la integración de la región en la Alianza para el Progreso y una mejora en indicadores sociales tales como natalidad, alfabetización, esperanza de vida y empleo.[27] Sin embargo, cuando Fonseca llegó a la Unión Soviética, este proceso, aunque presente en las retóricas de los gobiernos, estaba en pañales. El mundo comunista, de tal forma, se le presentó como otra alternativa para alcanzar el supuesto desarrollo a partir de los preceptos marxistas de modernidad.

La organización del Festival, como hemos señalado, tenía esos objetivos. Como ha insistido Koivunen, «los Festivales Mundiales de la Juventud promovían una idea de modernidad; sin embargo, era una alternativa moldeada a partir de la forma soviética de mirar al futuro»: si las otrora ferias mundiales celebraban el progreso industrial de las naciones capitalistas, los festivales de la juventud se enfocaban en resaltar las dimensiones espirituales e inmateriales del arte y la cultura, que eran consideradas superiores a la decadente cultura occidental y burguesa.[28]

En los relatos de Fonseca sobre su viaje tras la cortina de hierro se insistió una y otra vez sobre este aspecto de la modernidad soviética.

---

[26] Gilles Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2008), 82-107.
[27] Ibíd., 92-97.
[28] Pia Koivunen, «The World Youth Festival as a Soviet Cultural Product during Cold War», *Quaestio Rossica* 8, n.º 5 (2020): 1619.

Por un lado, dio cuenta de una clara intención, por parte de la organización, de mostrarles a los delegados el espíritu soviético que descansaba en una serie de manifestaciones culturales que se elevaban respecto a las occidentales. De hecho, la primera actividad de la que participó Fonseca fue justamente la asistencia al Teatro Bolshói, para observar un espectáculo de ballet ruso. Llegado allí, el delegado nicaragüense se sorprendió por un aspecto en particular: la multitud que se encontraba presente. El teatro no solo contaba con grandes arañas que iluminaban todo y con asientos forrados de terciopelo, sino que se encontraba lleno. Cuando Fonseca señaló que le «contaban que así sucedía casi siempre con todos los teatros. [Ya que] el pueblo tiene gran afición por los espectáculos artísticos; pero también tenía dinero para comprar boletos»,[29] eligió hacer hincapié en la democratización de la alta cultura como una de las características de la Unión Soviética. El ballet ruso no solo sería «el mejor ballet del mundo»,[30] sino que también estaría al alcance de una sociedad que contaba con los recursos económicos para disfrutarlo y, sobre todo, había recibido una educación que le permitía apreciarlo.

Aparte del público, a Fonseca también le interesaron los artistas. Su viaje a Rusia lo llevó a pensar que, a diferencia de lo que sucedía en buena parte del mundo capitalista, en la Unión Soviética los artistas podían desarrollarse y ser los mejores del planeta por una razón: tenían las condiciones materiales para hacerlo. Según señaló el delegado nicaragüense, «los artistas rusos han llegado a desarrollarse tanto, porque no sufren las privaciones a [las] que están condenados los artistas en otras partes del mundo. Porque en la Unión Soviética todos los artistas gozan de la protección económica del estado, el cual le garantiza la solución de sus problemas económicos, estimulándolos a la vez con altas distinciones».[31] Es esta conjunción de elementos —un público interesado y capaz de acceder a la alta cultura y unos artistas posibilitados de realizarla, ambos como consecuencia de una política de Estado— lo que hace que Fonseca

[29] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 44.
[30] Ibíd.
[31] Ibíd., 44-45.

sienta su «espíritu crecido, ensanchado. Y me parece que así podré apreciar mejor la realidad de ese país tan grande y desconocido».[32]

Fue ese supuesto espíritu soviético lo que más le llamó la atención a Fonseca. No solo lo encontraba en las manifestaciones de la cultura, sino también en el día a día. Cuando arribó a Moscú, el delegado nicaragüense cargaba con una serie de prejuicios que, en el contexto de la Guerra Fría, las producciones estadounidenses reproducían. Llegó a una Unión Soviética que se le apareció bajo el prisma de «el cine gratis que la embajada de Estados Unidos presenta muchas noches en la Plaza Laborío de Matagalpa. También había mirado en cines de Nicaragua las películas filmadas en Hollywood. Y muchas informaciones de los radios yo también las había oído. A través de todos esos medios, me pintaban a Moscú como una ciudad bañada en sangre. Una ciudad con millones de habitantes que de tanto sufrir habían olvidado sonreír. En Nicaragua me pintaron a Moscú como una población de obreros desnutridos».[33] Sin embargo, a diferencia de lo que les pasó a otros delegados, como Gabriel García Márquez —que también fue invitado al Festival[34]—, Fonseca encontró una población alegre y humilde que, en coincidencia con la política exterior de Jrushchov, solo esperaba darle un mensaje al mundo, el de la paz.

Esta caracterización de la población rusa fue una constante en el relato de Fonseca y apareció bajo la forma de distintos personajes: un joven llamado Yura que sabía que «allá dicen que nuestro gobierno quiere conquistar todos los países del mundo», cuando en realidad «todo el pueblo y principalmente la juventud de nuestro país quiere paz»;[35] un intérprete llamado Vadyin que le expresó que en verdad los rusos «no esperamos ni deseamos dominar el mundo»;[36]

---

[32] Ibíd.

[33] Ibíd., 38.

[34] Según señala Koivunen, lejos del optimismo que caracterizó al relato de Fonseca, Márquez se vio desilusionado frente a una Moscú que lo recibía con comercios de cercanía desabastecidos y una población que no podía acceder a bienes básicos a pesar de vivir en un país con bombas nucleares. Koivunen, *Performing Peace and Friendship*, 168-169.

[35] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 43.

[36] Ibíd., 48.

e incluso una manifestación de muchachas rusas que marchaban simplemente cantando «¡Mir! ¡Mir! ¡Mir! (¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!)».[37]

El espíritu ruso también lo encontró en el sacrificio que conllevaba la paz y la supervivencia de la Unión Soviética. Cuando llegó a Moscú, Fonseca observó el paisaje urbano desde la ventanilla del tren y se dio cuenta de que las casas estaban en «pésimo estado», pero a pesar de eso, el Estado soviético prefiere invertir sus recursos en satélites, cohetes y bombas.[38] El nicaragüense se preguntó entonces si acaso «sobran sputniks y faltan viviendas».[39] Un obrero ruso le contestó: «los obreros soviéticos aspiramos a tener todas las comodidades. Pero queremos que esas comodidades sean duraderas. Queremos que esas comodidades: viviendas, teléfonos, televisores, no sean destruidas por una nueva guerra mundial. Esos cohetes que hemos producido, atan las manos de quienes pretenden bombardear nuestro territorio. (…) Una nueva guerra mundial es lo que más aborrecemos».[40]

El Sputnik era, no obstante, para Fonseca la prueba indeleble de que la Unión Soviética había alcanzado el desarrollo en términos industriales. Según su relato, se trataba de un logro con «una importancia parecida a la que tuvo el descubrimiento de América por Colón».[41] Como ya mencionamos, si bien Kouivunen señaló que el objetivo del Festival era mostrar una alternativa a la modernidad anclada en la cultura inmaterial, lo cierto es que lo más impactante para Fonseca fue la modernidad asociada a conceptos como la industria y la tecnología. Esto se advierte en distintas descripciones que hizo sobre la ciudad. Según su visión, el metro de Moscú era «el mejor del mundo»: «El subterráneo adorna la ciudad y hace más cómoda la vida en ella».[42] La ciudad no tenía rascacielos de las dimensiones de los de Nueva York, pero Fonseca atribuía esa diferencia a una planificación centralizada que buscaba que «las

[37] Ibíd., 50.
[38] Ibíd., 45.
[39] Ibíd.
[40] Ibíd., 46.
[41] Ibíd., 47.
[42] Ibíd., 55.

ciudades no estén superpobladas. A medida que se ha industrializado el país, lo que se ha hecho es ir creando ciudades».[43]

El desarrollo industrial planificado está en el foco del relato de Fonseca. Los planes quinquenales fueron descritos como un éxito y la producción de bicicletas como una muestra de ello: según el relato, su producción «en lo que va de 1940 a 1945 aumentó en 12 veces. Y está anunciado que seguirán aumentando. Más que anunciado, está planeado en los previsores planes quinquenales».[44] Sin embargo, lo que más llama la atención de su análisis es dónde Fonseca sitúa el motor del crecimiento industrial: «lo que se produzca depende del entusiasmo con que el pueblo se decida a cumplirlo».[45] En esta idea reside el núcleo de su concepción sobre la modernidad y el desarrollo. El nicaragüense destacó que en la Unión Soviética no solo no hay propiedad privada, sino que «tampoco existe competencia. La producción está planificada. Por eso, nunca sufren crisis económicas, ni padecen superproducción, y por consiguiente, jamás se han visto obligados a echar el té al mar, o a quemar el algodón, o dejar podrir las manzanas». Con esto, se refería a que había otra forma de desarrollo posible —alternativa a la existente en el mundo occidental— y cuyo motor era lo colectivo y no las leyes de la oferta y la demanda.

De hecho, esta postura fue explicitada por Fonseca una vez que retornó a Nicaragua. Como ya señalamos, tras su llegada a Managua lo siguieron un encarcelamiento e interrogatorio. Allí, el guardia a cargo le preguntó cuáles eran las diferencias que él encontraba entre «la democracia norteamericana y el comunismo soviético». En su respuesta hizo hincapié en las formas mediante las cuales la Unión Soviética alcanzó, a su parecer, el desarrollo:

> La diferencia que encuentro es que la democracia norteamericana es una democracia que favorece principalmente a los monopolios imperialistas, y que está sustentada en un régimen económico cuya fuerza consiste en dominar a los países económicamente débiles, como los

[43] Ibíd., 51.
[44] Ibíd., 53.
[45] Ibíd.

> de América Latina y algunos países africanos y asiáticos. Mientras que el régimen económico de la Unión Soviética y de los demás países socialistas puede desarrollarse y crecer sin necesidad de someter a otros países económicamente débiles; también encuentro otra gran diferencia cuando observo el gran desarrollo cultural que los soviéticos han alcanzado gracias al régimen socialista que tienen, de manera que han convertido a Rusia que hace 40 años era de los países que sufrían un proverbial atraso, en un país que marcha actualmente a la cabeza del adelanto cultural y científico.[46]

Es necesario detenernos aquí, ya que, para Fonseca, esta vía alternativa de desarrollo era exitosa, pero no necesariamente reproducible. Fonseca comenzó su folleto con una advertencia: «que no se crea en ningún momento, que al dar a conocer el progreso de Rusia, pretendo decir al pueblo de Nicaragua que la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, sea el camino que debemos escoger en este momento, para solucionar los numerosos problemas que nos atormentan».[47] Su retórica desarrollista, anclada en la modernidad soviética, convive a la vez con una interpretación imperante en la mayor parte de los partidos comunistas del mundo, entre los que se encontraba el PSN: el etapismo.

Se trata de una teoría, hegemónica desde el estalinismo, que, como señala Löwy, «se limita a trasplantar mecánicamente hacia América Latina los modelos de desarrollo socioeconómico que explican la evolución histórica de Europa a lo largo del siglo XIX».[48] Como ya explicamos, si a mediados del siglo XX el concepto de desarrollo reemplazó al de progreso sin cuestionar sus bases eurocéntricas, la mirada etapista ancló las posibilidades revolucionarias a una lógica similar. Para que la revolución fuera posible, según esta perspectiva, en los países «subdesarrollados» era necesario pasar por las distintas

---

[46] Fonseca, «Declaración, 1957», 243.

[47] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 31. El uso de las comas es nativo de la fuente.

[48] Michael Löwy, *El marxismo en América Latina: antología desde 1909 hasta nuestros días* (Santiago: LOM Ediciones, 2007), 10.

etapas que Marx y Engels señalaban en el *Manifiesto Comunista* que Europa había atravesado. Concretamente, para superar un supuesto feudalismo que regía, en este caso, en Nicaragua, era necesario que antes sucediera una revolución burguesa que asentara las bases de la economía capitalista para que, cuando estuvieran dadas las condiciones objetivas y subjetivas, el proletariado realizara la revolución.

Al retornar a Nicaragua, de hecho, Fonseca reiteró esta postura cuando fue interrogado. Cuando le consultaron si creía que el comunismo podía triunfar en Nicaragua, insistió en que «la sociedad comunista no puede construirse por las condiciones históricas actuales» y que «cuanto tanto Nicaragua como los demás países dominados por los imperialistas hayan superado su actual etapa histórica, sólo entonces creo que será posible la edificación de una sociedad comunista. Por el momento, creo que el papel de los comunistas se debe reducir en la actualidad a cooperar junto a las demás fuerzas nacionalistas para lograr la liberación económica».[49] Era una liberación económica que, según Fonseca, se lograría cuando Nicaragua alcanzara niveles de desarrollo basados en la modernidad europea. En sus palabras, «los problemas nacionales se podrían resolver mediante un régimen que facilite el desarrollo económico y que permita que las condiciones económicas de Nicaragua, actualmente semifeudales y semicoloniales, se transformen en un capitalismo nacional, independiente».[50]

Ahora bien, para Fonseca, el viaje no solo constituyó una oportunidad para observar una modernidad alternativa, sino también para familiarizarse con otras tradiciones políticas. Como señalamos, el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes se caracterizó tanto por la heterogeneidad de las orientaciones políticas de sus participantes como por la diversidad de sus procedencias nacionales. Fue allí donde Fonseca entró por primera vez en contacto directo con militantes que traían consigo sus propios problemas y urgencias políticas y económicas: los delegados del Tercer Mundo.

---

[49] Fonseca, «Declaración, 1957», 243.
[50] Ibíd., 242.

«Cooperen con nosotros en la lucha por la paz»: tercermundismo y coexistencia pacífica en los encuentros con delegados latinoamericanos

Cuando se celebró el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, los procesos de descolonización en África y Asia ocupaban un lugar central en la escena internacional. Argelia y Vietnam despertaban la imaginación de miles de militantes en todo el mundo, mientras que Nasser, en Egipto, encarnaba la posibilidad de una vía alternativa en un contexto de conflicto global que tendía a presentarse como necesariamente bipolar. Por otro lado, hacía ya dos años que la descolonización en África y Asia había encontrado una solidaridad que comenzaba a institucionalizarse: la Conferencia de Bandung en 1955 fue un antes y un después en este proceso. Apenas dos años después, se creó la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África y Asia (OSPAA) sobre la base de los principios de independencia política y económica respecto a los países centrales y de no agresión e intervención en los asuntos internos de otros países. Así, se dio inicio al movimiento de países del Tercer Mundo.

Los delegados de los países tercermundistas tuvieron un rol central en la estrategia de los organizadores del Festival. Como ya señalamos, si bien la mayor parte de los delegados fueron europeos, la organización destinó fondos específicos para que pudieran participar personas de las excolonias de África y Asia. En consecuencia, hubo más de 6 mil delegados de al menos 69 países del Tercer Mundo; aproximadamente, el 18 % de los participantes del Festival.[51]

Para Fonseca, la participación de estos delegados representó una gran novedad y sorpresa. Si bien el nicaragüense era consciente de los procesos de descolonización en África y Asia (como antiimperialista, lo apoyaba), su conocimiento al respecto no parecía ser tan pormenorizado como el que tenía sobre la situación de los países latinoamericanos. En su relato, la primera mención al tema aparece cuando se refiere a la pluralidad de los participantes del

[51] Koivunen, *Performing Peace and Friendship*, 137.

Festival: «asistieron 35.000 jóvenes —muchachos y muchachas— de más de 100 países del mundo. En el festival había países representados que yo ni el nombre les conocía, por ejemplo: Togo, Laos, Camerún».[52]

Ahora bien, a medida que avanzaba el Festival y se desarrollaban las distintas actividades —conferencias, debates e instancias de formación política—, Fonseca se fue adentrando cada vez más en los problemas del Tercer Mundo. Sin embargo, su lectura de lo que allí sucedía estaba atravesada por el prisma que proponía la Unión Soviética en esa etapa de la Guerra Fría, el de la coexistencia pacífica. Así, cada vez que Fonseca relataba una interacción con algún delegado de África y Asia, insistía en destacar la vocación pacifista que el participante encarnaba. De hecho, la propia Conferencia de Bandung fue entendida por Fonseca de esa manera: «esos mismos países de África y Asia habían celebrado en 1955 una reunión o conferencia en Bandung, ciudad de Indonesia. Allí se escuchó la promesa de luchas para que todos los países de África y Asia no participaran en una nueva guerra mundial, exigir a las grandes potencias no continuar realizando experimentos con armas nucleares».[53]

Aunque se reconocía a Ho Chi Minh —quien participó de una conferencia en el Festival— como guerrillero en Vietnam, se lo describía como un viejo «con una misteriosa barba asiática parecida a la filamentosa raíz de una nutritiva planta».[54] Esto revela que la lucha de los tercermundistas no era entendida en su carácter revolucionario. La descolonización fue comprendida por Fonseca como un paso más en el proceso de paz y coexistencia pacífica que estaba sucediendo en el mundo y que lideraba la Unión Soviética de Jrushchov. En ese sentido, la reproducción de las supuestas palabras de un joven delegado japonés, en el marco de uno de los encuentros que impulsó el Festival, sintetiza a la perfección la importancia que Fonseca le asignaba al Tercer Mundo en ese momento. El discurso del japonés se centró en la cuestión nuclear: «queremos en este festival decir a la joven generación de América Latina que cooperen

[52] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 66.
[53] Ibíd., 69.
[54] Ibíd., 66.

con nosotros en la lucha por la paz. Que exijan a las grandes potencias la suspensión de los experimentos con bombas atómicas e hidrógenas. Ya los japoneses hemos sufrido en carne propia los horrores de la bomba atómica».[55] Desconocemos la adscripción política del delegado —hay que mencionar que Japón no ocupó un papel importante en el movimiento de países tercermundistas—, pero sabemos que venía del país que sufrió el desastre atómico. Fonseca lo puso en el centro de la escena: la encarnación de por qué la paz era necesaria, por sobre todas las cosas.

Más interesante que las apreciaciones de Fonseca sobre las luchas de los delegados quizás sea lo que el propio Festival posibilitó: el encuentro entre militantes del Tercer Mundo y latinoamericanos. En algún sentido, el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes es un hito más en la larga historia de contactos entre militantes latinoamericanos, africanos y asiáticos. Si apenas una década después esta solidaridad se institucionalizó con la creación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), lo cierto es que los contactos se remontaban, al menos, a la Conferencia de Bruselas de 1927 y a la posterior conformación de la Liga contra el Imperialismo.[56]

En cuanto al Festival, Fonseca dio testimonio de los distintos encuentros entre militantes tercermundistas y latinoamericanos, centrándose en las razones que llevaron a la conformación de las reuniones y lo que allí se discutió. En ese sentido, hay un episodio que llama la atención: «un día en el festival, los delegados de varios países africanos y asiáticos, que han logrado liberarse, invitaron a los delegados de la juventud de América Latina, para referirnos la lucha que en sus países estaba sosteniendo la juventud, y para que también les relatáramos nosotros los latinoamericanos los problemas que sufríamos y la lucha que librábamos para mejorar».[57] Encontramos aquí un primer reconocimiento de una situación común entre las

[55] Ibíd., 70.
[56] Anne Garland Mahler, «Global Solidarity before the Tricontinental Conference: Latin America and the League against Imperialism», en *The Tricontinental Revolution: Third World Radicalism and the Cold War*, ed. por Joseph Parrott y Mark Atwood Lawrence (Nueva York: Cambridge University Press, 2022), 43-68.
[57] Fonseca, «Un nicaragüense en Moscú», 69.

luchas latinoamericanas, africanas y asiáticas. En el relato de Fonseca, esa similitud está dada fundamentalmente por un problema: el imperialismo.

De la reunión quedan los testimonios del ya mencionado delegado japonés, de un «muchacho árabe» y de un delegado argentino, militante de la Unión Cívica Radical. En sus discursos, el antiimperialismo ocupó un lugar central. El delegado árabe, tras insistir en la necesidad de la paz, hizo hincapié en la importancia de «librarse de la dominación extranjera». Por su parte, el militante radical, luego de expresar su preocupación por el gobierno que sucedió a la «dictadura de Perón», manifestó su apoyo a la lucha «contra la dominación extranjera» en África y Asia.[58]

Ahora bien, esa vocación antiimperialista no siempre iba acompañada de una perspectiva revolucionaria. Así como Fonseca no consideraba posible una revolución en América Latina, tampoco la veía como posibilidad en el caso de las luchas de África y Asia. En los testimonios que recogió, se encargó de remarcar que solo se buscaba la liberación del yugo colonial, no hacer una revolución.

Tras el Festival, Fonseca se quedó algunas semanas en la Unión Soviética para participar de otros eventos. Entre ellos, asistió al IV Congreso Mundial de la Juventud en Kiev. Allí volvió a encontrarse con militantes tercermundistas, quienes expresaron su preocupación por el hecho de que «los gobiernos colonialistas usan el término "comunista" para perseguir cualquier movimiento cuyo objetivo sea exigir justicia».[59] Se trataba de los delegados de Egipto, Irak, Siria, Líbano, Jordania, Argelia e Irán. Fonseca entendió que estas luchas, en verdad, no buscaban abolir la propiedad privada y, con ello, establecer de comunismo, sino que formaban parte de las distintas etapas de desarrollo que necesariamente los países subdesarrollados debían pasar antes de llegar a esa meta. Desde esta perspectiva, las luchas decoloniales tenían «por objeto la independencia política y económica»,[60] una conquista que el nicaragüense consideraba como un paso necesario para avanzar —si eventualmente se deseaba—

[58] Ibíd., 69-71.
[59] Ibíd., 82.
[60] Ibíd., 83.

hacia la revolución socialista tanto en América Latina como en el Tercer Mundo.

Conclusiones

Como vimos a lo largo del capítulo, *Un nicaragüense en Moscú* permite adentrarnos en un contexto muy particular de la Guerra Fría y del pensamiento latinoamericano. Por un lado, Fonseca fue un militante de un partido comunista cuya mirada no escapó de su realidad nacional y regional. Inmerso en las discusiones y la retórica gubernamental en torno al desarrollo, sus relatos sobre la Unión Soviética partían de una lectura específica de lo que la modernidad significaba. Por un lado, destacaba su dimensión inmaterial y, en especial, el carácter espiritual de una nación que se interesaba por la cultura y por la paz. Por otro, describía un país que se industrializó a pasos agigantados. La puesta en órbita del primer satélite artificial y el crecimiento de la industria pesada aparecían como marcas inequívocas de un desarrollo basado no en el libre mercado, sino en la propiedad colectiva de los medios de producción.

Se trataba, sin embargo, de un tipo de desarrollo igualmente anclado en una perspectiva eurocéntrica y occidental, que presuponía la misma evolución histórica lineal que postulaba la idea de progreso capitalista. Según esta concepción, las sociedades debían avanzar inexorablemente hacia lo que Europa y los Estados Unidos ya habían alcanzado. Bajo esa lógica, se consideraba necesario el desarrollo de una industria avanzada que impulsara el crecimiento económico, sin importar las posibles consecuencias sociales y ambientales. En ese sentido, la Unión Soviética, con sus satélites y sus planes quinquenales, cumplía con esos requisitos.

Ese prisma eurocéntrico limitaba el horizonte de Fonseca. Aunque la modernidad soviética se presentaba como una alternativa, para el militante nicaragüense su aplicabilidad dependía de la etapa de desarrollo histórico que cada sociedad hubiera alcanzado. Desde este enfoque, Latinoamérica y el Tercer Mundo se encontraban imposibilitadas de abolir la propiedad privada y avanzar hacia el esquema propuesto, porque antes debían desarrollar un capitalismo

nacional y pujante capaz de generar las condiciones objetivas y subjetivas para hacer la revolución.

El VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes le permitió a Fonseca conocer también otras realidades. Los encuentros con los delegados del Tercer Mundo ocuparon un lugar clave en su relato de la Unión Soviética. En un principio, su desconocimiento de muchos de esos países era tal que ni siquiera sabía cómo se llamaban algunos de ellos. Las distintas reuniones le permitieron familiarizarse con sus problemas, que comprendió a través del prisma de la coexistencia pacífica. En sus relatos, los delegados exigían el desarme nuclear y pedían que se evitara una posible nueva guerra mundial.

Lo más interesante es que esos encuentros posibilitaron que los delegados latinoamericanos y tercermundistas intercambiaran problemas en común. Y allí el concepto de imperialismo fue central. Tanto los delegados argelinos como los argentinos mostraron preocupación por los embates imperiales y coloniales que afectaban a sus respectivos países. Aunque esos intercambios no se tradujeron necesariamente en acciones concretas, se inscribieron en una larga genealogía de vínculos solidarios entre África, Asia y América Latina y, en ese sentido, en un proceso de formación de un lenguaje político común cuyos antecedentes se remontaban a principios del siglo XX.

Para que haya un cambio significativo, tanto en las ideas de Fonseca sobre la revolución como en las acciones concretas entre América Latina y el Tercer Mundo, fue necesario esperar unos años. En 1959, la irrupción de la Revolución cubana lo cambió todo. Fonseca abandonó el PSN y se lanzó a la formación de una organización —el FSLN— que dejaría de esperar la sucesión de etapas del desarrollo capitalista para lanzarse a una revolución que recién conquistaría en 1979.

La década del sesenta también trajo novedades en cuanto a las discusiones sobre el desarrollo. Si bien la categoría no fue abandonada, autores como Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto reformularon el problema al sostener que el subdesarrollo en América Latina no constituía simplemente una etapa previa al

desarrollo, sino que era una forma específica de inserción en el capitalismo mundial, estructurada por relaciones de dependencia tanto externas como internas.[61]

Finalmente, el gobierno revolucionario cubano fue clave en el proceso de integración de América Latina en el movimiento de países del Tercer Mundo. La celebración de la Conferencia Tricontinental en La Habana y la creación de la OSPAAAL fueron un antes y un después. La solidaridad se institucionalizó en un país que no solo dio ayuda concreta a los movimientos revolucionarios, sino que también participó activamente en procesos de descolonización, como a la postre expresaría el caso de Angola. Desde entonces, fueron muchos los contactos entre organizaciones revolucionarias de América Latina, África y Asia. La revista *Tricontinental*, editada por la OSPAAAL, fue clave en la difusión de la lucha del Tercer Mundo. Si en 1957 Fonseca desconocía qué era Camerún, después de 1966 ningún revolucionario latinoamericano podía desentenderse de lo que estaba sucediendo en África y Asia.

[61] Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1969).

Miguel Otero Silva: un largo camino a Moscú

Kristina Buynova

La crítica soviética entre las décadas de 1960 y 1980 consideraba al escritor, poeta, editor y periodista venezolano Miguel Otero Silva como parte de la generación nerudiana: lo llamaban «artista luchador de la constelación de Neruda» y «compañero [de Neruda] en la pluma y en la lucha».[1] No era casualidad, porque las trayectorias personales y profesionales de Otero Silva y Pablo Neruda eran muy similares. Ambos sintieron la pasión revolucionaria desde su juventud y dedicaron una parte importante de su obra al tema de la guerra revolucionaria y la resistencia a la dictadura. Los dos escritores sufrieron persecuciones, así como el exilio o la emigración forzosa durante muchos años. Ambos llegaron a ser senadores en sus respectivos países. A partir de los treinta, ambos fueron miembros activos de los partidos comunistas en sus países, lo que en aquellos años iba de la mano con un interés por la Revolución de Octubre. Sin embargo, a diferencia de Otero Silva, Pablo Neruda ya en los años treinta tenía vínculos con la Unión Soviética (URSS) y, a fines de la década siguiente, ocupó un lugar de honor en el panteón de los «amigos» o «compañeros de ruta».[2] Miguel Otero Silva no atrajo la atención de Moscú hasta los años sesenta. Como veremos más adelante, en varias ocasiones el venezolano intentó integrarse al grupo de «compañeros de ruta», pero sin éxito. ¿Por qué? En este capítulo, trataremos de responder a esta pregunta analizando cómo se produjo el acercamiento de Miguel Otero Silva a la Unión Soviética.

---

[1] Valery Zemskov, «Poètika istorii» [«La poesía de historia»], en Miguel Otero Silva, *Izbrannoe* [*Obras selectas*] (Moscú: Progreso, 1982), 5; Vera Kutejŝikova, «Miguel Otero Silva», *Roman-gazeta*, n.º 3 (1966): II. En adelante, la traducción del inglés y el ruso fue realizada por la autora.

[2] Sobre las relaciones entre Pablo Neruda y la Unión Soviética, véase Kristina Buynova, «República Socialista Federativa Soviética de Rusia», en *Pablo Neruda en el espejo del socialismo*, ed. por I. Ilian y M. Šabec (Bruselas: Peter Lang Verlag, 2024), 41-73.

Los mecanismos de interacción entre la joven Unión Soviética y los viajeros extranjeros están muy bien estudiados en la obra ya clásica de Paul Hollander, así como en los trabajos de David Caute, François Hourmant, Ludmila Stern y Michael David-Fox.[3] En general, todos ellos se centran en el período comprendido entre los años veinte y cuarenta para explicar el fenómeno del encanto por el comunismo, las técnicas de la diplomacia cultural soviética, la evolución interna de los «peregrinos» y los acontecimientos que generaban atracción o rechazo hacia la URSS en la intelectualidad occidental de izquierda. La interacción de los peregrinos con Moscú después de la Segunda Guerra Mundial, en cambio, ha sido menos estudiada.[4] Para abordar la Guerra Fría —una época que transformó y complicó la naturaleza de las relaciones de la URSS con la izquierda occidental[5]—, los investigadores han privilegiado el análisis de casos. El estudio de la colaboración de figuras concretas con la Unión Soviética «tardía» permite ver la diversidad de trayectorias individuales[6] y, a su vez, evaluar la flexibilidad de las

---

[3] Paul Hollander, *Političeskie piligrimy: putešestvija zapadnyh intellektualov po Sovetskomu Sojuzu, Kitaju i Kube, 1928-1978* [*Los peregrinos políticos: viajes de intelectuales occidentales en la Unión Soviética, China y Cuba, 1928-1978*] (San Petersburgo: Lan', 2001); David Caute, *The Fellow-Travellers: Intellectual Friends of Communism* (New Haven: Yale University Press, 1988); François Hourmant, *Au pays de l'avenir radieux: voyages des intellectuels français en URSS, à Cuba et en Chine Populaire* (París: Aubier, 2000); Ludmila Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-40: From Red Square to the Left Bank* (Londres: Routledge, 2006); Michael David-Fox, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941* (Nueva York: Oxford University Press, 2012).

[4] Véase, por ejemplo, Henry Stead, «"Comrade Doris": Lessing's Correspondence with the Foreign Commission of the Board of Soviet Writers in the 1950s», *Critical Quarterly* 63, n.º 1 (2021); Olga Shcherbinina, *Govard Fast i sovetskie pisateli* [*Howard Fast y escritores soviéticos*] (Moscú: Litfakt, 2024).

[5] Entre los pocos trabajos fundamentales sobre la interacción entre las instituciones soviéticas y la cultura occidental durante la Guerra Fría, cabe destacar el notable estudio de Eleonory Gilburd, *To See Paris and Die: The Soviet Lives of Western Culture* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2018). Sobre el destino soviético de la literatura occidental traducida y sus traductores, véase Natalia Kamovnikova, *Made Under Pressure: Literary Translation in the Soviet Union, 1960-1991* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2019).

[6] Como ejemplo, podemos citar las trayectorias soviéticas muy diferentes entre sí de los escritores italianos o de los brasileños: Anastasia Golubcova, *Ital'janskie gosti SSSR. Russkij i sovetskij mif v travelogah ital'janskih pisatelej* [*Invitados italianos de la URSS. Mito ruso y soviético de relatos de viaje de los escritores italianos*] (Moscú: Litfakt, 2023); Raquel Mundim Torres, «Transpondo a Cortina de Ferro: relatos de

instituciones propagandísticas soviéticas.[7] El caso de Otero Silva es en muchos aspectos inusual y, sin duda, merece una atención que hasta ahora no ha recibido.

Miguel Otero Silva



Desde muy joven, Miguel Otero Silva participó activamente en los procesos políticos de su país. A los 20 años formó parte del movimiento estudiantil, la Generación del 28, que protagonizó un levantamiento contra la dictadura de Juan Vicente Gómez en 1928. Tras la represión de las protestas, debió abandonar Venezuela y, al año siguiente, participó en una invasión revolucionaria al país que también terminó fracasando. Tras huir a Europa, Otero Silva ingresó al Partido Comunista Francés, colaboró con la Tercera Internacional y, más tarde, participó en la creación del Partido Comunista de Venezuela (PCV).[8] Durante un tiempo editó, junto

viagem de brasileiros à União Soviética na Guerra Fria (1951-1963)» (tesis doctoral, Universidade de São Paulo, 2019).

[7] Sobre el trabajo de Intourist, véase Alexey Popov, «"Uvidet′. Ponjat′. Poljubit′": sovetskij inostrannyj turizm v kontekste publičnoj diplomatii perioda holodnoj vojny» [«"Ver. Comprender. Apreciar": el turismo extranjero soviético en el contexto de la diplomacia pública durante la Guerra Fría»], *Novejšaja istorija Rossii* 21, n.º 4 (2017). Sobre la Comisión Extranjera de la Unión de Escritores de la URSS, véase Kristina Buynova, «The Foreign Commission of the Soviet Writers' Union in 1950s-1960s: Boundaries, Obstacles, Tricks, Embarrassment, Impact», *eSamizdat*, n.º XVII (2024).

[8] Lazar Jeifets y Víctor Jeifets, *América Latina en la Internacional comunista, 1919-1943: Diccionario biográfico* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2015), 463.

con Carlos Augusto León,[9] una de las revistas del PCV, *¡Aquí está!* Otero Silva también fue fundador y propietario del periódico más importante de Venezuela, *El Nacional*. Hasta fines de la década de 1930, ser comunista en Venezuela significaba ser perseguido, por lo que Otero Silva pasó muchos años exiliado en diferentes países de Europa y América Latina. En 1951, abandonó el PCV. En 1958, fue arrestado en Caracas, pero fue liberado tras la caída del régimen de Marcos Pérez Jiménez. A fines de ese año, fue electo senador por Aragua. En su trayectoria, Otero Silva publicó varios poemarios durante la década de 1960, así como las novelas *Fiebre* (1939), *Casas Muertas* (1955) y *Oficina N.º 1* (1961) y *La muerte de Honorio* (1963).

Para nuestro estudio, resulta relevante que Otero Silva fuera amigo cercano de dos poetas que rápidamente se convirtieron en los favoritos del régimen soviético: Rafael Alberti y el ya mencionado Pablo Neruda. La amistad con Alberti y su esposa, María Teresa León, se inició en 1935, como expresó ella misma en una carta: «en ese mismo momento se forjaron los lazos de hermandad entre nosotros».[10] Otero Silva calificó de «fraternal» su relación con Neruda, que se prolongó durante muchos años desde la década de 1940.[11] Entre otros amigos, también mencionó a Paul Éluard, Louis Aragon, Miguel Ángel Asturias y Nicolás Guillén.[12] No es de extrañar: se trataba de una generación de escritores comunistas

[9] Carlos Augusto León fue un poeta e historiador venezolano, comunista y miembro del Consejo Mundial de la Paz. Visitó la Unión Soviética por primera vez en 1948 y luego en 1953, 1960 y 1964. Véase Victoria Popova, «"Na vernom puti": Karlos Augusto Leon v SSSR» [«"En el camino correcto": Carlos Augusto León en la URSS»], en *Zarubežnye pisateli – gosti SSSR v gody ottepeli: Materialy i issledovanija. Kniga 1*, ed. por O. Ju. Panova y S. I. Panov (Moscú: Litfakt, 2025), 395-443.

[10] La carta de María Teresa León con este contenido es citada por el editor jefe de la revista *Literatura extranjera*, Nikolái Fedorenko, quien visitó a Otero Silva en Caracas. Nikolai Fedorenko, *Dialog v Karakase* [*Diálogo en Caracas*] (Moscú: Pravda, 1979), 14.

[11] Pablo Retamal N., «Cuba, La Moneda y el Nobel: historia de las cartas inéditas de Pablo Neruda», *La Tercera*, Santiago, 5 de junio de 2021.

[12] Véase «Glavnym dolgom hudožnika dolžna stat′ bor′ba za mir na zemle» [«La principal causa del artista debe ser la causa de la paz en la tierra»], entrevista a Miguel Otero Silva por Sergo Mikoyán, *Latinskaya Amerika*, n.º 12 (1980): 123. De todos los mencionados, solo Asturias no era comunista, pero mantenía buenas relaciones con la Unión Soviética y recibió el Premio Lenin de la Paz en 1966.

marcada por la lucha contra el fascismo que, aun viviendo en países capitalistas, mantenía estrechos vínculos de solidaridad y apoyo mutuo. Al vivir durante mucho tiempo en el exilio, se reunían a menudo, por ejemplo, en los congresos por la paz. Otra cosa que compartían era que a menudo se convertían en «compañeros de viaje» de la Rusia soviética.[13]

Nicolás Guillén, Paul Éluard, Ángel Augier, Pablo Neruda, Efraín Huerta y Miguel Otero Silva (1949).



Como muestra de resistencia al fascismo, la primera publicación de Otero Silva en ruso fue un poema en el periódico *Izvestiya* en 1935.[14] Por entonces, por primera vez en la URSS se publicaron los poemas de Rafael Alberti y, poco después, los de Pablo Neruda.[15] A

[13] Gilburd, *To See Paris and Die*, 26.

[14] Miguel Otero Silva, «Pokhod», *Izvestiya*, n.º 178 (1 de agosto de 1935): 3. No pudimos identificar el poema original en español. La traducción rusa de Mikhail Ruderman inicia con las líneas «Soldados, soldados, soldados / Marchan fila tras fila». Si este poema tenía a la pluma de Otero Silva, no fue incluido en sus primeros poemarios *Agua y cauce* (1937) y *25 poemas* (1942).

[15] Rafael Alberti y María Teresa León eran conocidos en la URSS desde 1933, y Pablo Neruda, desde 1938. Natalia Kharitonova, «La internacional comunista, la MORP y el movimiento de artistas revolucionarios españoles (1931-1934)», *IEE Documents* 37 (2005): 5; Buynova, «República Socialista», 43.

diferencia de ellos, el escritor venezolano no logró afianzarse en las páginas de la prensa soviética: sus otras obras no se publicaron hasta inicios de la década de 1960. Quizás influyó el hecho de que no tuviera contactos personales en Moscú. Otero Silva admiraba a Ilya Ehrenburg, cuya obra periodística y literaria «ejerció decisiva influencia en mi formación profesional, allá por los años 30».[16] Pero no lo conocía, tampoco a Fedor Kelyin,[17] ni a otros intermediarios que en la URSS promovían a los escritores hispanohablantes simpatizantes de la revolución.

Una nueva oportunidad para el acercamiento tardó en presentarse. Mientras Europa estaba sumida en la guerra, Otero Silva regresó a su patria, completó sus estudios en la Universidad Central de Venezuela y se dedicó al mundo editorial y al periodismo. Aunque abandonó temporalmente su carrera como escritor, no renunció a sus ideas. Junto a su padre, sacó a las calles el periódico *El Nacional*, que buscó reflejar, con una orientación antifascista, las opiniones de la izquierda latinoamericana. En la Comisión Extranjera de la Unión de Escritores soviéticos, institución propagandista que se dedicaba a desarrollar vínculos con escritores influyentes del mundo, conocían este medio como «el principal órgano progresista de la prensa venezolana».[18]

En 1946, Otero Silva fue uno de los fundadores del Instituto Venezolano-Soviético de Relaciones Culturales.[19] En 1948, este instituto publicó la revista *Venezuela y la U.R.S.S.*, que contenía solo cuatro artículos, entre ellos un ensayo del propio Otero Silva con el lacónico título «Stalin». Basándose en el libro de Yemelián Yaroslavski sobre Stalin, en las obras de los «peregrinos» Emil Ludwig, Henri Barbusse, Joseph Davies, Michael Sayers y Albert

---

[16] Miguel Otero Silva, «Un escritor venezolano en la Unión Soviética», en *México y la revolución mexicana. Un escritor venezolano en la Unión Soviética* (Caracas: Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela, 1966), 39.

[17] En la década de 1930, Fedor Kelyin desempeñó un papel importante en la atracción de escritores extranjeros, entre ellos Alberti y León, a través de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios (MORP, por sus siglas en ruso). Kharitonova, «La internacional comunista», 5.

[18] Archivo Estatal Ruso de Literatura y Artes (RGALI), 631, Caja 14, Fólder 68, Hoja 30.

[19] Jeifets y Jeifets, *América Latina*, 463.

Kahn,[20] así como en algunos artículos del secretario general del Partido Comunista de la URSS, el poeta venezolano escribió un panegírico en pleno apogeo de las represiones soviéticas de la posguerra. En este ensayo, el autor justificó las purgas de la década de 1930 por el espionaje y el sabotaje extranjeros y la necesidad de deshacerse de la «quinta columna». Por otro lado, explicó la guerra soviético-finlandesa por la amenaza de una intervención occidental desde Finlandia. Y presentó el pacto Molotov-Ribbentrop —que alejó a tantos intelectuales de izquierda de la URSS— como una maniobra estratégica, es decir, una forma de ganar tiempo ante el enfrentamiento que los países occidentales buscaban provocar entre Alemania y la URSS.[21] Este texto, al igual que sus argumentos, carecía de originalidad.[22]

Aunque el reconocimiento de Stalin como genio y visionario, reiterado página tras página,[23] fuera genuino y no respondiera a un mero cálculo, esta actitud se ajustaba plenamente a las «reglas del juego» establecidas por los dirigentes soviéticos para quienes aspiraban a convertirse en «amigos» de la URSS.[24] Así, tanto el ensayo como el primer número de la revista fueron una apuesta de

---

[20] Yemelyan Yaroslavsky, *O tovariše Staline* [*El Camarada Stalin*] (Leningrado: Gospolitizdat, 1939); Emil Ludwig, *Stalin* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1942); Henri Barbusse, *Stalin: A New World Seen Through One Man* (Nueva York: Macmillan, 1935); Joseph Davies, *Mission to Moscow* (Garden City, NY: Garden City Publishing Company, 1943); Michael Sayers y Albert Kahn, *The Great Conspiracy: The Secret War Against Soviet Russia* (Boston: Little, Brown and Company, 1946). La lista bibliográfica, copiosamente reunida por Otero Silva al final, también incluía *Historia de la guerra civil en la U.R.S.S.* e *Historia del partido comunista (bolchevique) en la U.R.S.S.* Todos los títulos mencionados presentaban una apología al papel de Stalin en la historia de la Unión Soviética.

[21] Miguel Otero Silva, «Stalin», *Venezuela y la U.R.S.S.: Revista del Instituto Cultural Venezolano-Soviético* 1, n.º 1 (7 de noviembre de 1948).

[22] Muchos otros compañeros de viaje y simpatizantes justificaron el estalinismo usando los mismos argumentos de la propaganda soviética. Véase Hollander, *Političeskie piligrimy*, 251-255.

[23] Otero Silva, «Stalin», passim.

[24] Michael David-Fox afirma que «los intelectuales extranjeros interiorizaron el concepto de "amigos de la Unión Soviética". Los compañeros de viaje tenían que ser obstinados o ciegos para no darse cuenta de las reglas cada vez más formalizadas del juego que los soviéticos establecieron para la amistad: la defensa pública y el elogio de la Unión Soviética». David-Fox, *Showcasing the Great Experiment*, 208.

Otero Silva para estrechar sus relaciones con los soviéticos. Esto se confirma indirectamente por la incorporación del discurso pronunciado por Ilya Ehrenburg en el Congreso Mundial de Intelectuales en la Defensa de la Paz, celebrado en Wroclaw en agosto de 1948. Sospechamos que Ehrenburg no sabía de la publicación que se estaba preparando en Caracas. Es muy probable que se tratara de un homenaje, es decir, un intento de llamar la atención del maestro soviético y ganarse su apoyo. Otero Silva ignoraba que, en diciembre de 1948, cuando se publicó la revista, ya se estaban produciendo detenciones y ejecuciones vinculadas al caso del Comité Antifascista Judío,[25] y que, en esas circunstancias, Ehrenburg no estaba en condiciones de entablar nuevos contactos internacionales.

Poco antes de la publicación de la revista, en Venezuela se produjo un golpe militar en noviembre de 1948. Como resultado, el presidente elegido democráticamente, Rómulo Gallegos, famoso escritor cuyo gobierno generó grandes expectativas en los sectores progresistas, fue destituido del poder. El primer número de la revista *Venezuela y la U.R.S.S.* sería el último. El PCV pasó a la clandestinidad mientras que las relaciones bilaterales con la URSS, recientemente establecidas, quedaron rotas.[26] *El Nacional*, de tendencia izquierdista, se vio sometido a presiones. En 1951, Otero Silva abandonó el Partido Comunista, expresando que «no estaba hecho para las disciplinas de los partidos».[27] Nos parece más probable que la razón de su salida, en tales circunstancias, se debía

[25] El Comité Judío Antifascista fue creado en la URSS durante la Segunda Guerra Mundial para atraer apoyo político y material desde el extranjero a la URSS. En 1948, el secretario del Comité, Solomón Mijoels, fue asesinado bajo órdenes de Stalin, tras lo cual este organismo fue disuelto y muchos de sus antiguos miembros fueron detenidos y ejecutados. En la plática con Otero Silva en 1965, Ilya Ehrenburg, uno de los participantes más destacados del Comité, explicó su salvación por «una de esas eventualidades que ustedes los católicos llaman milagro». Véase Otero Silva, «Escritor venezolano», 40.

[26] «Reseña de relaciones ruso-venezolanas», en la web oficial de la Cancillería de Rusia, versión en español, acceso el 9 de febrero de 2026,

https://venezuela.mid.ru/es/relaciones_bilaterales/rusia_venezuela/resena_de_relaciones_ruso_venezolanas/.

[27] Jeifets y Jeifets, *América Latina*, 464.

a que ya no podía seguir siendo comunista y, al mismo tiempo, seguir viviendo en Venezuela.[28]

Al elegir entre la carrera política y la profesional, Otero Silva no perdió el interés por la URSS. En el verano de 1953, intentó ponerse en contacto con Ehrenburg, escribiéndole una carta en la que solicitaba material para la edición conmemorativa de *El Nacional*.[29] Desconocemos si Ehrenburg le respondió; lo cierto es que nunca llegó a establecerse una correspondencia entre ambos.

¿Por qué las obras de Otero Silva no se publicaron antes en la Unión Soviética? En primer lugar, la posibilidad de selección era acotada: durante los años treinta y cuarenta, el escritor venezolano publicó una novela y dos colecciones de poemas, siendo *Casas muertas* (1955) su primer libro en quince años. En segundo lugar, su primera novela, *Fiebre* (1939), trataba sobre una revuelta estudiantil contra la dictadura. Publicar sobre ese tema en la URSS estalinista era imposible. No es casualidad que incluso *El Señor presidente* de Miguel Ángel Asturias (1933, publicada en 1946), la novela latinoamericana más importante sobre la naturaleza del poder dictatorial, no se publicara en ruso hasta 1959.

Pero la razón más importante fue otra. Los especialistas conocían el nombre de Otero Silva y apreciaban su obra. A inicios de la década de 1950, la Comisión Extranjera de la Unión de Escritores tenía previsto incluir un artículo dedicado al venezolano en la compilación *Literatura progresista de América Latina en la lucha por la paz*. Pero, al llegar la noticia sobre su retirada del partido, Otero Silva pasó a engrosar «la lista de los nombres que representan gran peligro».[30] Un

---

[28] Lo confirma el testimonio del escritor venezolano Óscar Guaramato: «Consumado el golpe militar contra Rómulo Gallegos, Otero Silva es obligado a marginarse de la acción política. Sería blanco de detenciones y persecuciones durante las dictaduras militares que sucedieron a Gallegos. En tres oportunidades *El Nacional* es clausurado». Argenis Martínez, «Miguel Otero Silva, la fundación y los primeros tiempos de *El Nacional*», *Papel Literario*, 7 de agosto de 2022, 3.

[29] Carta de Miguel Otero Silva a Ilya Ehrenburg, Caracas, 10 de julio de 1953, RGALI, 1204, Caja 2, Fólder 2013, Hoja 1.

[30] Transcripción de la reunión de la Comisión Extranjera dedicada a la recopilación *Literatura progresista de América Latina en la lucha por la paz*, 2 de febrero de 1953. RGALI, 631, Caja 26, Fólder 4355, Hoja 13.

mes antes de la muerte de Stalin, se decidió que «no podemos escribir nada sobre Otero Silva: lo expulsaron del partido [comunista]».[31]

Una vez fallecido el dictador, la situación en la URSS empezó a cambiar. La détente cultural hizo que la no afiliación comunista dejara de ser un obstáculo insuperable para la cooperación con los intelectuales extranjeros. Al mismo tiempo, se fueron ampliando los vínculos con la prometedora región de América Latina.[32] Las novelas latinoamericanas se pusieron de moda y se multiplicaron sus traducciones: «eran increíblemente interesantes y tan diferentes de lo que conocíamos aquí. Otra de sus características distintivas era que se consideraban progresistas y, en su mayoría, socialistas».[33] Se empezaron a publicar obras de maestros ya reconocidos en todo el mundo, como el venezolano Rómulo Gallegos, el cubano Alejo Carpentier y el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, así como de escritores de la nueva generación, como el mexicano Carlos Fuentes y el peruano Mario Vargas Llosa. En 1961, vio la luz la traducción rusa de *Casas muertas*, publicada por la Editorial de Literatura Extranjera. Se convirtió en la primera publicación de Otero Silva en la URSS desde 1935. No se establecieron contactos entre la editorial y el escritor después de eso (lo más probable es que no se informara al autor de la publicación del libro), pero, de todos modos, Otero Silva volvió a estar en la órbita de los intereses soviéticos. En el periódico *Literaturnaya Gazeta* se publicó otro de sus poemas.[34] *Pravda* citó sus palabras en defensa del marxismo frente al

[31] Ibíd. La frase fue pronunciada por Fedor Kelyin. La recopilación nunca se publicó.

[32] Acta de la reunión de trabajo de la Comisión Extranjera, 13 de marzo de 1953, RGALI, 631, Caja 26, Fólder 27, Hoja 2. Huelga decir que el interés de la Unión Soviética por esta parte del mundo se intensificó a raíz de la Revolución cubana y la posterior crisis de los misiles.

[33] Kamovnikova, *Made Under Pressure*, 158.

[34] Miguel Otero Silva, «Venesuèl′skaja neft'» [«El Taladro»], *Literaturnaja gazeta*, n.º 137 (16 de noviembre de 1963): 4.

«trotskismo» de Mao Zedong.[35] En *Vechernyaya Moskva*, se informó del atentado en su contra en Caracas.[36]

La atención que suscitaba Otero Silva a comienzos de la década de 1960, su amistad personal con varios «amigos» de la Unión Soviética y la publicación por entregas de su novela *La muerte de Honorio* en la revista *Inostrannaya Literatura*, en la primavera de 1965,[37] llevan a poner en duda que su viaje de ese año fuera una decisión espontánea, como sugeriría la imagen de «un escritor y turista cincuentón que nunca había cruzado el Rin y se avergonzaba de ello».[38] Es posible que hubiera existido un intercambio previo de información y que Otero Silva hubiera recibido, al menos, una invitación verbal para viajar «como turista voluntario».[39] De ese modo, su visita no habría quedado sujeta al plan anual de viajes ya aprobado por la Unión de Escritores.

Como no figuraba en el plan anual, este viaje no quedó registrado en los documentos internos de la Comisión Extranjera. El informe del intérprete —habitual en estos casos— no se conservó, si es que llegó a escribirse. Según los documentos de la Unión de Escritores, solo se pudo determinar que Otero Silva viajó a Moscú a principios del otoño de 1965.[40] Para hablar de este viaje, tenemos que apoyarnos en gran medida en el relato del propio escritor.[41] Se trata de una transcripción editada de la charla que Otero Silva dio en la reunión de la Asociación de Escritores Venezolanos en Caracas en 1966.

---

[35] La nota estaba dedicada a la reacción en Venezuela ante la carta de Pablo Neruda contra la propaganda china en América Latina. Otero Silva es presentado en la columna como exdirector del periódico El Nacional, ganador del Premio Nacional de Literatura y poeta. El artículo incluye una extensa cita suya con elogios a Nikita Jrushchov. «Sovetskij Sojuz tverdo stoit na pozicijah marksizma-leninizma» [«La Unión Soviética se mantiene firme en sus posiciones marxistas-leninistas»], *Pravda*, n.º 263 (19 de septiembre de 1964): 3.

[36] «Banditskij nalet» [«Asalto de bandidos»], *Vechernyaya Moskva*, n.º 284 (1 de diciembre de 1964): 1.

[37] Miguel Otero Silva, «Pjatero, kotorye molčali» [«La muerte de Honorio»], *Inostrannaya Literatura*, n.º 3 (1965).

[38] Otero Silva, «Escritor venezolano», 33.

[39] Ibíd., 34.

[40] RGALI, 631, Caja 26, Fólder 234, Hoja 5.

[41] Otero Silva, «Escritor venezolano».

Según su testimonio, el venezolano arribó a Moscú junto a su esposa tras comprar un paquete turístico en Intourist. Muy pronto resultó que «de nada valió [su] propósito de ir como turista común y corriente, ya que los rusos no me lo permitieron»:[42] la Unión de Escritores de la URSS se enteró de su llegada como cliente latinoamericano de Intourist, y la Comisión Extranjera de la Unión de Escritores se hizo cargo de él.[43]

La pareja pasó aproximadamente un mes en la Unión Soviética, visitando Moscú y Leningrado, así como Yasnaya Polyana y Zagorsk. Según otras fuentes, Otero Silva visitó Komarovo para reunirse con Anna Ajmátova.[44] Lo que más impresionó a los venezolanos fue el conjunto del Kremlin, la arquitectura de Leningrado, la colección artística del Hermitage, los numerosos monumentos a poetas y escritores y las largas colas para entrar al mausoleo de Lenin. Sin embargo, nada se comparó con el encuentro personal con Ilya Ehrenburg. De visita en casa del maestro, a Otero Silva le impactó «más de un millón de dólares colgados de las paredes en virtud de los numerosos cuadros» y la «lengua sin pepitas» del anfitrión, que denunciaba los crímenes de Stalin y la ignorancia de Jrushchov.

---

[42] Ibíd., 34.

[43] En la Unión de Escritores se consideraba que «el bajo nivel de servicio de Intourist (...) influía psicológicamente de manera negativa en la impresión que los escritores extranjeros se llevaban de la Unión Soviética». Sobre la recepción de delegaciones de escritores extranjeros en 1963, véase RGALI, 631, Caja 26, Fólder 142, Hoja 9. Poco antes de la llegada de Otero Silva, la Unión de Escritores se dirigió a Intourist para solicitarle que informara con antelación sobre la llegada de turistas escritores. RGALI, 631, Caja 26, Fólder 233, Hoja 35.

[44] Yasnaya Poliana es el nombre de la finca de León Tolstói. En Zagorsk, hoy Sérguiyev Posad, se ubica el monasterio de la Trinidad y de San Sergio, un atractivo espiritual y turístico. Komarovo es un pueblo en las proximidades de San Petersburgo famoso por las dachas de escritores y artistas soviéticos, entre ellos, de Anna Ajmátova. [Anna Ahmatova], *Zapisnye knižki Anny Ahmatovoj (1958-1966)* [*Diarios de Anna Ajmátova (1958-1966)*] (Moscú: Torina, 1996), 668, 691. La anciana poetisa, víctima de las persecuciones ideológicas de los años 40, despertaba gran interés en Occidente, pero a los ojos del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética seguía siendo persona non grata que creaba una agitación innecesaria en torno a su persona. Lo más probable es que la visita de Otero Silva se organizara con la condición de que no se hiciera público, por eso no la mencionó en su discurso.

Las críticas de Otero Silva sobre el viaje se referían a las incomodidades cotidianas (por ejemplo, la mala calidad del servicio en los restaurantes), el fenómeno del realismo socialista —que calificó de «el arte fácil y dulzón de la burguesía ahíta y cursilona de fines del siglo pasado», «disfrazado» de arte proletario— y «la semilla nacionalista tan profundamente sepultada en el corazón de los hombres».[45] Al igual que en el ensayo de 1948, estas observaciones eran más o menos habituales en los relatos de viajeros de la época. No obstante, en esos testimonios, para el lector, lo que debía compensar la falta de originalidad era la imparcialidad del autor. Otero Silva afirmó que sobre la Unión Soviética «se escribía o se hablaba muy poco de manera objetiva», porque normalmente se viajaba allí con intenciones «premeditadas».[46] Así, él mismo se presentó como un testigo fiable. Probablemente, se consideró a sí mismo más objetivo al verse libre del compromiso de alabar todos los logros del régimen soviético.

El testimonio de Otero Silva permite advertir cómo, en los veinte años transcurridos desde la publicación de la revista *Venezuela y la U.R.S.S.*, su posición evolucionó desde la de un potencial compañero de ruta hasta la de un intelectual occidental simpatizante de la URSS. Si en 1948 elogió los logros económicos del socialismo, en 1965 se negó a examinarlos, alegando que «[le] producía alergia esa ciencia y sus expresiones materiales».[47] Si en 1948 dedicó varios párrafos a defender la cultura soviética de sus detractores occidentales, en 1965 manifestó su admiración por la cultura rusa de la época anterior a Stalin y lamentó su posterior empobrecimiento. Y si en 1948 hizo una apología de Stalin sin reservas aparentes, en 1965 denunció los crímenes del estalinismo. Quizás lo único que permaneció inalterable fue su admiración por Ilya Ehrenburg.

El balance de Otero Silva fue favorable a la Unión Soviética. Al terminar la intervención ante sus colegas, afirmó que, a pesar de su difícil historia, el país había logrado importantes avances para la sociedad, al mejorar el nivel de vida y el acceso equitativo a la alimentación, la vivienda, la salud y la educación. El discurso

[45] Otero Silva, «Escritor venezolano», 35, 39, 42 y 50.
[46] Ibíd., 33-34.
[47] Ibíd., 38.

finalizó, en efecto, con una fórmula grandilocuente: «El pueblo ruso no desea la guerra, sino que la odia y la repudia (…) En las manos del sentimiento pacifista del pueblo soviético, en las manos del sentimiento pacifista del pueblo norteamericano, encomendemos, no tan sólo nuestras almas, sino las vidas de nuestros hijos, el destino de nuestra patria y el futuro de nuestra obra de escritores».[48]

La parte anfitriona se mostró muy satisfecha con la visita. Prueba de ello es que la nueva novela de Otero Silva, *La Muerte de Honorio*, ya publicada en marzo de 1965, se reimprimió en un volumen separado, así como se publicó en el suplemento literario *Roman-Gazeta*, con una tirada de 2.444.000 ejemplares.[49] Aunque esta impresión desmesurada era habitual en cada número de esta revista —y, por consiguiente, en cada novela publicada en ella—, para los escritores latinoamericanos fue impactante la noticia. «Cuando mi amigo colombiano Jorge Zalamea[50] me dijo por primera vez que mi libro (…) se había publicado en la URSS con una tirada de casi tres millones de ejemplares, pensé que me estaba tomando el pelo», confesó el feliz autor años más tarde.[51] A partir de entonces, sus obras se publicaron regularmente en ruso, aunque nunca se volvió a alcanzar una tirada tan alta. Poco sabemos sobre los honorarios que recibió en la URSS. Por ejemplo, los honorarios que recibió por tres libros en 1965 le parecieron «bastante honorables».[52] Además, a diferencia de Zalamea, Otero Silva era un hombre adinerado. Las grandes tiradas podían complacer su vanidad; los honorarios, en

---

[48] Ibíd., 54-55.

[49] Miguel Otero Silva, *Pjatero, kotorye molčali* [*La muerte de Honorio*] (Moscú: Molodaja gvardija, 1966); Miguel Otero Silva, «Pjatero, kotorye molčali» [«La muerte de Honorio»], *Roman-gazeta* 351, n.º 3 (1966).

[50] Zalamea se enteró de esto en Moscú en 1966 y, debido a sus fracasos en el mundo editorial soviético, se sintió muy dolido por el éxito de Otero Silva (Informe del traductor sobre la estancia en la URSS de Jorge Zalamea. RGALI, 631, Caja 27, Fólder 91, Hoja 9). En su correspondencia personal, se preguntaba «si desde que Cervantes escribió el Quijote hasta hoy, se han editado de su portentosa obra tantos ejemplares como los de la mediana novela de nuestro amigo venezolano». Carta de Jorge Zalamea a Luis Quintanilla, s.c., 21 de abril de 1966. Citado en Andrés López Bermúdez, *Jorge Zalamea, enlace de mundos: quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, 2014), 417.

[51] «Glavnym dolgom hudožnika», 124.

[52] Otero Silva, «Escritor venezolano», 52.

cambio, difícilmente fueron un factor importante en sus relaciones con Moscú.

Otra señal clara de que la primera visita había sido un éxito fue la invitación del venezolano al IV Congreso de Escritores Soviéticos en 1967. En general, solo se invitaba a los «amigos» extranjeros más leales a estos congresos. La dirección de la Unión de Escritores reafirmó este criterio cuando los delegados extranjeros presenciaron un debate informal, pero muy animado, sobre la carta de Aleksandr Solzhenitsyn dirigida a la presidencia del Congreso.[53] La carta, sobre la cual la presidencia nunca se pronunció, trataba sobre las persecuciones y calumnias a las que se había visto sometido por su obra, así como sobre la necesidad de abolir la censura. Los latinoamericanos bombardearon a la traductora con preguntas,[54] pero finalmente se comportaron con delicadeza. Todos estuvieron a la altura de la confianza depositada.

Al margen del Congreso, la delegación hispanohablante —Otero Silva, Neruda, Zalamea, el paraguayo Elvio Romero y la española María Teresa León— paseó por Moscú, se reunió con escritores y editores soviéticos, concedió entrevistas y visitó talleres de artistas. «Para M. Otero Silva, todo lo que vio fue una "revelación", y compartió sus impresiones con sus colegas latinoamericanos»,[55] informó la traductora.

Durante su estancia, Otero Silva escribió en un delgado folleto sus impresiones del viaje que realizó en 1965. No pudo entregárselo

---

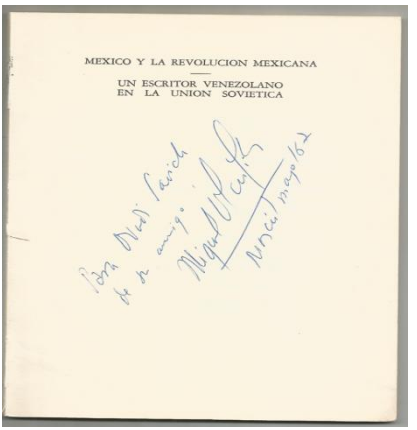
[53] Alexander Solzhenitsyn envió copias de la carta a la Presidencia del Congreso a 250 invitados del congreso. Él mismo no fue invitado. «Soljenitsyne a réclamé la suppression de toute censure et demandé à l'Union des écrivains soviétiques de Moscou de défendre les auteurs persécutés», *Le Monde*, 31 de mayo de 1967.

[54] «Lo que más desconcertó a los invitados [latinoamericanos] fue el hecho de que la carta enviada a la presidencia del congreso por el escritor soviético no se discutiera en una sesión abierta», escribió Ella Braginskaya, traductora de la delegación en el IV Congreso, en su informe para la Comisión Extranjera. Informes de los traductores sobre la participación de la delegación de escritores latinoamericanos María Teresa León, Elvio Romero, Jorge Zalamea y Miguel Otero Silva en el IV Congreso de Escritores Soviéticos. RGALI, 631, Caja 27, Fólder 223, Hoja 2.

[55] Ibíd., Hoja 6.

personalmente a Ehrenburg, porque se encontraba de viaje en el extranjero. Igualmente, entregó algunos ejemplares a los hispanistas soviéticos.[56] Con este testimonio, el escritor venezolano buscaba convencer a los soviéticos de su disposición a seguir colaborando. Tras leer las impresiones de Otero Silva sobre el viaje, en Moscú decidieron que «no se podía estar de acuerdo con todas las opiniones, a veces ingenuas, a veces superficiales, y que había que polemizar con él», por lo que su testimonio no era apto para ser traducido y publicado.[57] Pero el objetivo se había logrado: Otero Silva consolidó su posición y encontró protectores en los círculos literarios soviéticos.[58]

Dedicatoria de Miguel Otero Silva a Ovadi Savich (Moscú, 1967)



[56] Uno de los ejemplares fue regalado a un amigo íntimo de Ilya Ehrenburg, el traductor y periodista Ovadi Savich. La dedicatoria decía: «Para Ovadi Savich de su amigo Miguel Otero Silva. Moscú, mayo 1967». Actualmente, el ejemplar con la memorable dedicatoria forma parte de la colección de autora de este artículo.
[57] Yuri Dashkevich, «Miguel Otero Silva: pevec v bor'be» [«Miguel Otero Silva: poeta en lucha»], *Inostrannaya Literatura*, n.º 10 (1983): 194. Por primera vez, este relato de viaje fue traducido al ruso y publicado en 2025: Kristina Buynova, «Miguel Otero Silva: venesuèl′skij pisatel′ v Sovetskom Sojuze» [«Miguel Otero Silva: escritor venezolano en la Unión Soviética»], en *Zarubežnye pisateli*, 484-526.
[58] Así, se convirtió en amigo personal y crítico siempre benévolo de Otero Silva en la URSS Yuri Dashkevich, jefe del departamento de literatura latinoamericana de la revista *Inostrannaya Literatura*. «Glavnym dolgom hudožnika», 122.

No quiso arriesgar este logro en 1968, cuando la izquierda occidental se vio sacudida por la invasión de Praga por las tropas soviéticas.[59] Otero Silva se restó de la protesta colectiva de los escritores españoles y latinoamericanos. Al expresar su opinión sobre los procesos políticos y literario-políticos en la URSS, no obstante, se mostró empático con sus colegas: se podía criticar en privado, pero una vez cruzada la frontera no se podía hablar mal de la Unión Soviética.[60]

En esos mismos años, Otero Silva llamó la atención de la Comisión Extranjera de la Asociación de Escritores Venezolanos. Las organizaciones intercambiaron libros y visitas.[61] Otero Silva volvió a visitar la URSS entre mayo y junio de 1973 con una de las delegaciones de la Asociación. Los venezolanos asistieron a dos eventos, el VII Festival Pansoviético de Poesía Pushkin y el encuentro «El escritor y la contemporaneidad», que se celebraron en Moldavia, Ucrania y Armenia.

En el informe interno sobre la visita de esta delegación, el autor de *La muerte de Honorio* figuró como «viejo y fiel amigo de la URSS».[62] Se destacó además una característica: no estaba afiliado a ningún partido. Por supuesto, en la Unión de Escritores no podían ignorar su pasado comunista, pero este hecho nunca se reveló públicamente. Ante los lectores, Otero Silva fue presentado como revolucionario, víctima de la dictadura, luchador por la paz, escritor progresista, presidente del congreso del frente unido de las fuerzas de izquierda. Nunca se mencionaron sus veinte años de militancia en el PCV.[63] En los prólogos de sus libros, por ejemplo, se daba cuenta de la existencia de este partido sin aclarar que Otero Silva fue militante.

---

[59] «Une protestation d'intellectuels espagnols et latino-américains de Paris», *Le Monde*, 26 de agosto de 1968.
[60] RGALI, 631, Caja 27, Fólder 223, Hoja 2.
[61] Informe del traductor sobre la estancia en la URSS de la delegación de escritores venezolanos, 1973. RGALI, 631, Caja 27, Fólder 1407, Hojas 1-2.
[62] Ibíd., Hoja 2.
[63] El Partido Comunista de Venezuela tomó la senda soviética desde sus primeros años de existencia. Véase Víctor Jeifets y Lazar Jeifets, «Predtechi. Razmyshleniya o predystorii Kommunisticheskoy partii Venesuely» [«Precursores. Reflexiones sobre los antecedentes del Partido Comunista de Venezuela»], *Latinskaya Amerika*, n.º 3 (2012): 44-61.

Al informar de que el escritor fundó la «revista combativa y polémica *Aquí Está*»,[64] los críticos omitían precisar que se trataba de una revista del PCV.[65] En otros casos, se escribía que, desde mediados de la década de 1930, Otero Silva estaba vinculado a un «nuevo partido político que reunía a círculos liberales burgueses y a jóvenes patriotas de orientación marxista».[66] No es difícil adivinar a qué se debía esta omisión: un «amigo» de la Unión Soviética podía no ser comunista, pero no un excomunista.

Al mismo tiempo, se intentó atribuir a Otero Silva méritos que no tenía. En particular, se le relacionó directa o indirectamente con la causa republicana durante la guerra civil española. A finales de la década de 1960, fallecieron los hispanistas soviéticos que habían vivido el asedio de Madrid como observadores y corresponsales: Ehrenburg, Savich y Kelyin. En el prólogo de la novela de Otero Silva de 1968, se mencionó de pasada que el escritor había sido condecorado con la Orden de la Liberación de España por el gobierno de la Segunda República española en el exilio «como destacado luchador por la democracia».[67] En la edición de 1980, se afirmó abiertamente que «en 1937 (…) Otero Silva volvió a emigrar, y eso lo llevó a España, donde participó en la lucha de los republicanos contra el fascismo».[68] Por cierto, el mito de la participación de Otero Silva en la guerra civil española también existe en la bibliografía hispanohablante.

La persistencia de este mito ejemplifica con nitidez la expectativa de que los comunistas de su generación se ajustaran a un determinado patrón biográfico.[69] Tal vez los críticos soviéticos opinaban que una biografía «heroica» se ajustaba mejor al nuevo estatus del escritor. En 1980, Otero Silva fue galardonado con el Premio Internacional

---

[64] Fedorenko, *Dialog v Karakase*, 19.
[65] Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo* (Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2007), 165.
[66] Zemskov, «Poètika istorii», 6.
[67] «Ot izdatel′stva», en Miguel Otero Silva, *Gorod v savanne* [*Oficina N.º 1*] (Moscú: Progress, 1968), 5.
[68] Zemskov, «Poètika istorii», 6.
[69] Víctor Suárez, «Miguel Otero Silva no estuvo en esa guerra», *Prodavinci*, 9 de marzo de 2021, https://prodavinci.com/miguel-otero-silva-no-estuvo-en-esa-guerra/.

Lenin «Por el fortalecimiento de la paz entre los pueblos». La entrega del premio tuvo lugar en Caracas en mayo de ese mismo año.[70] Es curioso que, en aquel momento, el venezolano solo recordara haber viajado una vez a la URSS. En una conversación con Sergo Mikoyán en Caracas, poco antes de la entrega del premio, volvió a hablar de Ilya Ehrenburg, a quien «solo había visto una vez. Porque solo estuve una vez en su país».[71] Quizás los paseos por Moscú y Leningrado eclipsaron, en su memoria, el Congreso de 1967 y el viaje oficial con la delegación de 1973.

Con todo, no fue la imagen heroica creada por los bienintencionados críticos la que conquistó el corazón de los lectores soviéticos, sino las obras de Otero Silva. A partir de mediados de 1960, todas sus novelas se publicaron en la Unión Soviética inmediatamente después de la aparición del original en español.[72] Su poesía fue traducida por el excelente poeta Boris Slutsky y el maestro de la traducción poética Serguéi Goncharenko.[73]

La última vez que Otero Silva visitó la URSS fue a fines de 1980. En aquella ocasión, la revista *Latinskaya Amerika* organizó un encuentro entre el flamante galardonado del premio Lenin y los literatos soviéticos.[74] La conversación versó sobre las obras del invitado y la literatura latinoamericana. Al final, Otero Silva contó cómo, antes de morir, Pablo Neruda le había encomendado terminar la edición de sus memorias.[75] Tras convertirse en uno de los favoritos de los soviéticos como escritor de la «pléyade nerudiana», Otero Silva se despidió de Moscú.

---

[70] «Vručenie premii» [«Entrega del premio»], *Izvestiya*, n.º 121 (23 de mayo de 1980): 4.

[71] «Glavnym dolgom hudožnika», 121.

[72] *Cuando quiero llorar no lloro* (1970) salió en *Inostrannaya Literatura* en 1972 (n.º 7), *Lope de Agirre, príncipe de la libertad* (1979), en la misma revista en 1981 (n.º 9 y 10), y *La piedra que era Cristo* (1985), allí mismo en 1989 (n.º 3).

[73] Véase Miguel Otero Silva, «Moja žizn′ tečet v more», *Inostrannaya Literatura*, n.º 10 (1969); Miguel Otero Silva, *Izbrannoe* [*Obras selectas*] (Moscú: Molodaja gvardija, 1985).

[74] «Pisatel′ dolžen otstaivat′ spravedlivost′ (beseda s venesuèl′skim pisatelem M. Otero Sil′voj)» [«El escritor debe defender la justicia (entrevista con el escritor venezolano M. Otero Silva)»], *Latinskaya Amerika*, n.º 9 (1981): 102-119.

[75] *Confieso que he vivido* fue traducido al ruso en 1978 (Moscú: Izdatel′stvo političeskoj literatury).

*

Al reconstruir la historia de las relaciones entre uno de los escritores más importantes de Venezuela y la Unión Soviética, podemos sacar varias conclusiones. En algunos aspectos, Otero Silva encajó perfectamente en el perfil del intelectual occidental en el que apostaba la diplomacia cultural soviética. Era un escritor de una generación que, desde su juventud, se inspiró en la Revolución de Octubre y participó en la lucha por la liberación de su país; un antifascista y un intelectual público que admiró a Lenin, alabó el genio de Stalin y posteriormente denunció sus crímenes. Lo inusual en su caso era que, a pesar de esta idoneidad, los soviéticos se interesaron por él cuando sus compañeros y amigos latinoamericanos ya llevaban mucho tiempo siendo los favoritos de la URSS y, eventualmente, ganadores del Premio Stalin/Lenin de la Paz.[76]

La popularidad del venezolano en la década de 1960 fue impulsada, en esencia, por la ola de interés hacia la nueva prosa latinoamericana. Tras «descubrir» a Otero Silva, en la Unión Soviética se compensó la falta de atención de antaño: se publicaron todas sus obras en el país y él mismo fue galardonado con el Premio Lenin de la Paz. Su biografía, adaptada por los críticos literarios soviéticos al patrón familiar del luchador latinoamericano por la paz y la justicia, sirvió para facilitar la asimilación de un nuevo autor exótico, a costa de privar a Otero Silva de parte de su individualidad. Más allá de esa imagen simplificada, sus obras conquistaron a los lectores soviéticos por mérito propio.

[76] Neruda ganó el premio «Por el fortalecimiento de la paz entre los pueblos» en 1953, Guillén en 1954, Aragon en 1957, Alberti en 1965 y Asturias en 1966.

Otro poeta peruano al pie del Kremlin: Gustavo Valcárcel y su viaje a la Unión Soviética

Guillermo Alexís Fernández Ramos

A fines de la década de 1940, Perú era una sociedad capitalista dependiente cuyo Estado estaba dirigido por las clases burguesa y terrateniente. Por esa razón, los regímenes civiles y militares que gobernaron reprimieron a las fuerzas políticas de izquierda y socavaron las relaciones internacionales con los países del bloque socialista. Ese fue el caso del general Manuel Odría, quien en 1949 promulgó el Decreto Ley 11049, el cual proscribió a organizaciones políticas populares como el Partido Comunista Peruano (PCP) y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) bajo el pretexto de «propagar doctrinas de carácter y tendencia internacional contrarias al régimen democrático».[1] Asimismo, dicho régimen suspendió las importaciones provenientes de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, la Unión Soviética (URSS) y la República Popular China (RPC). Las relaciones comerciales se reanudaron recién en 1959, luego de que parlamentarios de izquierda defendieron la necesidad de retomar los vínculos políticos y económicos con los países socialistas.[2]

Hacia 1959, el panorama mundial y peruano se había transformado. Las revoluciones en Rusia y China mostraban sus progresos, mientras que en América Latina se consolidaba la Revolución cubana. En Perú, el marxismo cobró auge y desplazó la orientación reformista del APRA en la dirección de los movimientos sociales. Así, en el campo de las izquierdas ya no solo se discutía si era factible o no aplicar el socialismo a la realidad peruana, sino también qué modelo resultaría más adecuado. A pesar de esta coyuntura favorable, en el país los medios periodísticos y el campo académico aún eran dominados por un discurso anticomunista con diferentes

[1] Decreto Ley 11049, 1 de julio de 1949, https://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/Leyes/11049.pdf.

[2] Ricardo Alcalde, *Dos intervenciones parlamentarias. Relaciones comerciales con los países socialistas. Homenaje a la República Popular China en su décimo aniversario* (Lima: Imprenta Minerva, 1959).

matices, el cual criticaba y tergiversaba los procesos que vivían las naciones socialistas. Por ejemplo, se puede mencionar la revista *Vanguardia* y a su director, Eudocio Ravines. Ravines se hizo conocido en la década de 1920 por su militancia comunista, pero en los años cincuenta ya era identificado como un intelectual orgánico del capital. En su revista, era habitual que se distorsionaran las noticias provenientes de la URSS y la RPC.[3]

En ese contexto, diferentes intelectuales peruanos de izquierda decidieron emprender viajes por los países socialistas con el objetivo de presenciar y documentar, de primera mano, sus avances culturales, sociales, políticos y económicos. Asimismo, buscaban argumentar que dichas realidades eran adaptables a la sociedad peruana. Al respecto, Horacio Tarcus realizó una importante recopilación sobre los argentinos que visitaron la Unión Soviética. Aunque su investigación se sitúa en otro tiempo y espacio, demuestra que las motivaciones de los viajeros latinoamericanos eran similares al momento de emprender el periplo por el país de los soviets: «Ciertos espacios socialistas, anarquistas y sindicalistas no podían contentarse con lo que informaba la prensa burguesa o llegaba con retraso en los libros de las casas editoras de Madrid. Ni siquiera con la información más reciente que podía recabarse de los periódicos franceses o italianos. Era necesario llegar hasta el teatro mismo de los acontecimientos, por lejano y costoso que fuere: enviar delegados que pudieran ver con sus propios ojos, remitir informes fidedignos y regresar con sus vívidos testimonios».[4]

Uno de los militantes de izquierda que hizo este viaje fue Gustavo Valcárcel Velasco, quien visitó la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Hungría, la URSS y la RPC. Como producto de

[3] En *Vanguardia*, era común la inserción de noticias sobre los países socialistas, especialmente sobre la URSS, cuya línea de difusión evidenciaba su postura anticomunista. Como muestra de ello, se pueden citar los siguientes titulares: «La dictadura sobre el pensamiento en la URSS», *Vanguardia*, n.º 90 (1959): 14; «La ofensiva soviética lanzada sobre el Perú», *Vanguardia*, n.º 93 (1959): 4; «Como trabajan los obreros en Rusia», *Vanguardia*, n.º 125 (1959): 18; y «Los Sputniks y la calidad soviética», *Vanguardia*, n.º 146 (1960): 20.

[4] Horacio Tarcus, «Viajeros argentinos al país de los soviets. Estudio preliminar», en *Primeros viajeros al País de los Soviets: Crónicas porteñas 1920-1934* (Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires, 2017), 10.

dicho recorrido, en 1963 publicó *Reportaje al futuro (Crónicas de un viaje a la U.R.S.S.)*,[5] obra en la que sostuvo que las transformaciones que experimentaba la Unión Soviética eran aplicables a la sociedad peruana. En sus propias palabras, la obra pretendió «contribuir a la irradiación del socialismo en el Perú, como quería Mariátegui».[6] Cabe señalar que esta no fue la primera vez que intelectuales peruanos de izquierda viajaban a la URSS y dejaban un testimonio escrito; antes lo habían hecho César Vallejo (*Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin*, 1931), Víctor Raúl Haya de la Torre (*Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética*, 1932) y Eudocio Ravines (*La gran estafa*, 1954).

A pesar de que Valcárcel tuvo una importante trayectoria como militante y cuadro del PCP, no existen investigaciones históricas centradas en su biografía, y sus escritos políticos se han utilizado principalmente como fuentes complementarias para la historia de dicho partido.[7] Con el propósito de desentrañar sus motivaciones, este capítulo busca responder las siguientes interrogantes: ¿en qué contexto político y social apareció *Reportaje al futuro*?, ¿cuál era la visión del autor sobre el desarrollo de los países socialistas? y ¿qué postura asumió frente al conflicto sino-soviético? Se plantea como hipótesis que *Reportaje al futuro* encierra una doble controversia: por un lado, polemiza de manera abierta con los intelectuales liberales y conservadores de la época y, por el otro, discute entre líneas con aquella facción de la izquierda peruana que ya se inclinaba por el modelo maoísta, incluso antes de que se formalizara la ruptura sino-soviética.

---

[5] Cuatro años después, en 1967, apareció la segunda parte de esta obra, titulada *1917 U.R.S.S. 1967 Medio Siglo de Revolución invencible*.

[6] Gustavo Valcárcel, *Reportaje al futuro (Crónicas de un viaje a la U.R.S.S.)* (Lima: Editora Perú Nuevo, 1963), 2.

[7] Véase Belén Albinagorta, «La guerra de citas y adjetivos: el Partido Comunista Peruano y la ruptura sino-soviética (1960-1979)» (tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2024), https://repositorio.pucp.edu.pe/items/b5a11dce-5295-46fe-afaa-bc332e513cba; y Marcos Malpartida, «*Unidad*, la voz de las clases desprotegidas: los vaivenes políticos de un periódico comunista y su discurso social sobre los problemas del campesinado y los sindicatos (1960-1965)» (tesis de maestría, Universidad Federal do Ceará, 2022), https://repositorio.ufc.br/handle/riufc/71136.

Entre la poesía y la política

Gustavo Valcárcel Velasco nació en la ciudad de Arequipa un 17 de diciembre de 1921. Era hijo de César A. Valcárcel y Mercedes Velasco Seminario. Según el testimonio de su hija, Rosina Valcárcel,[8] Gustavo se trasladó a Lima a los seis años y realizó sus estudios en el Colegio Salesiano. A los dieciocho años, ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para estudiar Ciencias y, posteriormente, se trasladó a la Facultad de Letras. Desde joven mostró un profundo interés por la poesía y, a través de sus creaciones, se hizo de un espacio en el circuito cultural de la época. De acuerdo con Ana María Gazzolo, «[e]l poeta arequipeño se inicia en la poesía cultivando el soneto y en 1947 gana dos premios literarios, los Juegos Florales Universitarios de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con *Extensión y deleite de tortura*, y el Premio Nacional de Poesía por *Confín del tiempo y de la rosa*, versión ampliada del primero».[9]

Desde su aparición en el escenario público, Valcárcel armonizó la creación poética con su militancia política. Inicialmente, lo hizo en las filas del APRA, donde integró el grupo de los «poetas del pueblo», agrupación que abandonó en 1952 debido a que Haya de la Torre claudicó de sus ideales antiimperialistas y pactó con la oligarquía peruana. Valcárcel no fue el único escritor que renunció al aprismo. En esa misma época, también lo hicieron Alberto Hidalgo, Manuel Scorza, Mario Puga y Mario Florián.[10]

Para ese momento, Valcárcel ya era considerado uno de los integrantes fundamentales del grupo poético de la generación de 1950 junto a figuras como Francisco Bendezú, Washington

---

[8] Rosina Valcárcel, «Papá Gustavo por Rosina», *La Mula*, 16 de enero de 2016, https://rosinavalcarcel.lamula.pe/2016/01/16/papa-gustavo-por-rosina/rosvalcarcel/.

[9] Ana María Gazzolo, «La década de 1950 y el signo de la diversidad», en *Historias de las literaturas en el Perú 4. Poesía peruana: entre la fundación de su modernidad y finales del siglo XX*, ed. por Giovanna Pollarolo y Luis Fernando Chueca (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú – Ministerio de Educación – Casa de la Literatura Peruana, 2019), 218.

[10] Nelson Manrique, *«¡Usted fue aprista!»: Bases para una historia crítica del APRA* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009), 117.

Delgado, Alejandro Romualdo y Sebastián Salazar Bondy. Varios de estos autores fueron militantes o simpatizantes de las organizaciones de izquierda. Sin embargo, el campo intelectual peruano todavía estaba dominado por un discurso conservador. Al respecto, Miguel Gutiérrez señaló la manera en que las clases dominantes y sus intelectuales orgánicos controlaban el ámbito académico de la época:

> [E]xiste un sistema perfectamente sincronizado entre cultura y poder, un engranaje perfectamente montado del cual hay que ser tuerca y tornillo si se quiere publicar, ser conocido y sobre todo viajar: está la beca Javier Prado, otorgada por la familia Prado (que vive su etapa de mayor auge económico y político) a través del Banco Popular y con la respectiva propaganda de *La Crónica*, diario también de propiedad de los Prado; está la beca Cultura Hispánica, concedida por el gobierno franquista, está la revista *Fanal* de la International Petroleum Company, y, los Miró Quesada, aparte de *El Comercio* (cuyo Suplemento *Dominical* —por lo demás excelente en su primera época— empieza a salir en 1953), editan *Mar del Sur*, y está también, no hay que olvidarlo, el vetusto y rayado *Mercurio Peruano*, y habrá que señalar, por último, la actividad modernizante desplegada por Pedro Beltrán desde que asume el control de *La Prensa*.[11]

Después de su renuncia al APRA, Valcárcel militó en el PCP y sufrió el exilio en México. En este país, ejerció el periodismo y publicó los libros en los que compiló sus artículos: *La agonía del Perú* (1952) y *Artículos literarios* (1960). Además de estos textos, publicó los poemarios *Poemas del destierro* (1956), *Cinco poemas sin fin* (1959) y *Cuba sí, yanquis no* (1961). En 1957, regresó a Perú y, al poco tiempo, asumió una posición de liderazgo dentro del partido, lo que lo llevó a ejercer la dirección de su vocero oficial, *Unidad*, entre junio de 1962 y abril de 1963.[12] Precisamente, en su calidad de periodista de dicho medio consiguió emprender el viaje a las naciones socialistas.

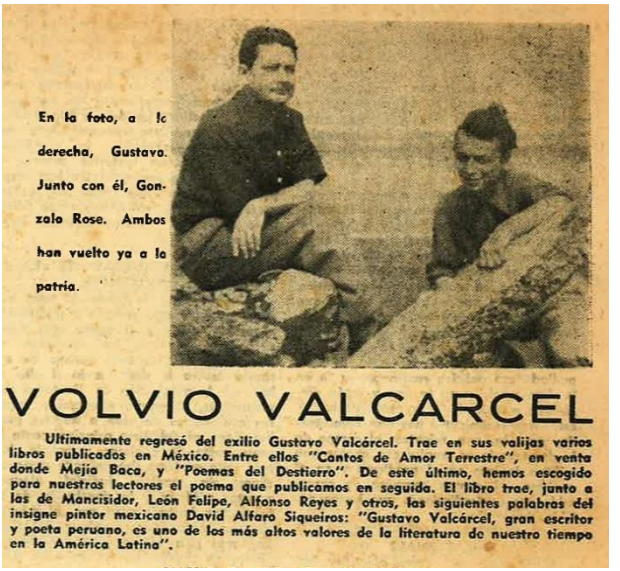
---

[11] Miguel Gutiérrez, *La generación del 50: un mundo dividido* (Lima: Arteidea Editores, 2008), 72.

[12] Malpartida, «*Unidad*», 27.

Cobertura periodística del regreso del exilio de Gustavo Valcárcel (1957).

Fuente: *Unidad*, Lima, 7 de enero de 1957.



En la foto, a la derecha, Gustavo. Junto con él, Gonzalo Rose. Ambos han vuelto ya a la patria.

VOLVIO VALCARCEL

Ultimamente regresó del exilio Gustavo Valcárcel. Trae en sus valijas varios libros publicados en México. Entre ellos "Cantos de Amor Terrestre", en venta donde Mejía Baca, y "Poemas del Destierro". De este último, hemos escogido para nuestros lectores el poema que publicamos en seguida. El libro trae, junto a las de Mancisidor, León Felipe, Alfonso Reyes y otros, las siguientes palabras del insigne pintor mexicano David Alfaro Siqueiros: "Gustavo Valcárcel, gran escritor y poeta peruano, es uno de los más altos valores de la literatura de nuestro tiempo en la América Latina".

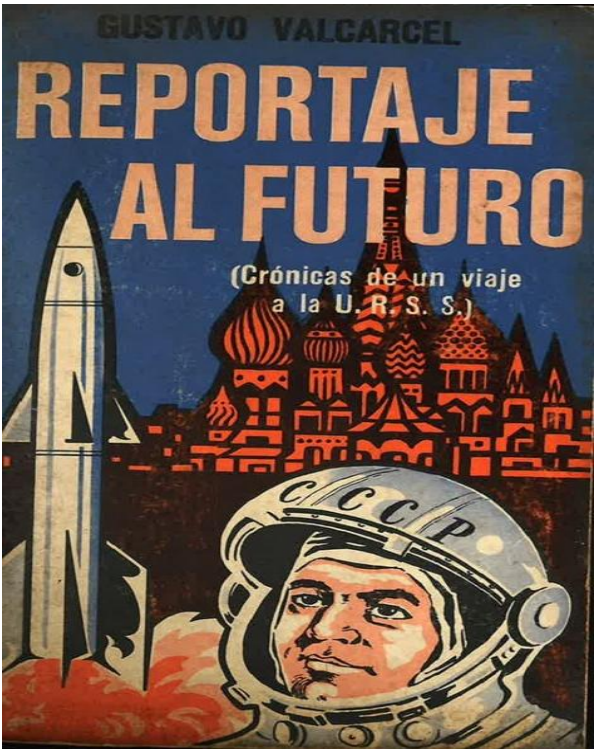
En 1964 se produjo la ruptura del PCP, de la cual surgieron las facciones Unidad (prosoviética) y Bandera Roja (promaoísta). El poeta se alineó con el sector prosoviético junto a figuras como César Lévano y Jorge del Prado. Un año antes de esta división, salió a la luz *Reportaje al futuro*, el primer tomo de su testimonio de viaje. Para entonces, Valcárcel ya era un defensor y militante visiblemente identificado con Moscú. Así lo demuestra la elección del subtítulo de su obra, «*(Crónicas de un viaje a la U.R.S.S.)*», aun cuando su itinerario abarcó diversos países del bloque, incluida la RPC. A ello se suma que, junto con su esposa Violeta de Valcárcel, asumió la dirección de *Panorama Internacional*, medio periodístico de la Agencia de Prensa Nóvosti, organización encargada de distribuir la mayor parte de las publicaciones de la URSS en el extranjero.

El testimonio del viaje

Reportaje al futuro fue concebido por Valcárcel durante su viaje por el bloque socialista. Dicha travesía se concretó gracias a una invitación de la Unión de Periodistas Soviéticos para participar en el V Congreso de la Organización Internacional de Periodistas, celebrado en Budapest en 1962. Posteriormente, el autor recorrió diversos países socialistas por invitación directa de los comités centrales de los partidos comunistas de Alemania, Checoslovaquia, la URSS y la RPC. El libro fue publicado bajo el sello de la Editora

Perú Nuevo —editorial con la que habitualmente publicaba sus libros— y se imprimió con un tiraje de 10.000 ejemplares, una cifra considerable incluso para los estándares actuales.

Portada del libro *Reportaje al futuro*, de Gustavo Valcárcel (1963).



El testimonio de Valcárcel se estructuró en catorce acápites. El primer capítulo posee un carácter introductorio. Los dos siguientes fueron escritos específicamente para refutar las tesis que el filósofo peruano Francisco Miró Quesada Cantuarias expuso en su libro *La otra mitad del mundo*. Los capítulos restantes describen diversos aspectos de la sociedad soviética, tales como la libertad de prensa, la libertad religiosa, los derechos de los trabajadores, el desarrollo de la industria, la economía agraria y el sistema educativo.

La obra apareció en un momento en que la democracia burguesa peruana evidenciaba nuevas fisuras. En 1962, una junta militar presidida por Ricardo Pérez Godoy derrocó a Manuel Prado

Ugarteche con el fin de evitar que el líder del APRA, Haya de la Torre, accediera al poder por la vía electoral. Este golpe de Estado trajo consigo una nueva restricción a la libertad de expresión para las organizaciones de izquierda y constituyó precisamente uno de los motivos por los cuales la obra se publicó con retraso:

> [S]urgieron varios factores imprevistos. En primer término, mis apuntes originales los dejé, en Roma, al diputado y miembro del Comité Central del Partido Comunista Italiano Giuliano Pajetta, con encargo de que me los enviara por correo certificado a Lima. Temía que, a mi regreso, algún «investigador» con aficiones estadísticas me los expropiara impúdicamente. No obstante, resultó que el camarada Pajetta hizo llegar mis cuadernos por vía marítima, lo que dilató el tránsito entre Italia y el Perú casi tres meses. Luego vino la famosa redada de 5 de enero de 1963, que me obligó a abandonar casa, libros y papeles, a fin de pasar a las catacumbas de la clandestinidad. Por último, no han faltado dificultades económicas para el pago de la impresión.[13]

Valcárcel aspiraba a que su libro consiguiera «reflejar, aunque sea mínimamente, la vida de la sociedad socialista, que soñó Lenin».[14] Según el autor, el viaje le ayudó a robustecer su convicción de que el socialismo era la única alternativa para el cambio social: «puedo asegurar que todos los países socialistas, pero en especial la Unión Soviética, han colmado mis esperanzas, han robustecido al máximo mi fe revolucionaria y me han demostrado que el socialismo y el comunismo serán el destino final de todos los pueblos del planeta».[15]

La obra de Valcárcel se sustentó en diálogos con escritores, periodistas, obreros, campesinos, funcionarios y estudiantes. Por ejemplo, para ilustrar las características del sistema universitario en la URSS, el autor conversó con peruanos que cursaban estudios en la Universidad de la Amistad de los Pueblos «Patricio Lumumba» de Moscú. Si bien el testimonio se centró en la sociedad soviética — puesto que su objetivo fue presentarla como la opción más viable

[13] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 2-3.
[14] Ibíd., 2.
[15] Ibíd., 4.

frente al capitalismo—, en varios pasajes utilizó el recurso de la comparación para señalar que, en ciertos aspectos, otros países socialistas mostraban mayores avances: «en algunas ciudades de Occidente y en otros países socialistas, como Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, colocándonos en un puesto de observación de cualquier vía urbana, se puede apreciar aparentemente un nivel de vida más elevado que en la URSS, por lo menos en cuanto a la vestimenta se refiere».[16] Por último, el autor también recurrió al uso de cifras estadísticas para respaldar sus afirmaciones.

La respuesta a liberales y conservadores

Como señaló su autor, una de las motivaciones de *Reportaje al futuro* era corregir las informaciones sesgadas que los medios nacionales e internacionales difundían sobre la URSS: «He narrado estas experiencias para desvirtuar las calumnias de la prensa imperialista y sus lacayos, quienes presentan a la Unión Soviética como una potencia belicista que amenaza la paz del mundo».[17] En tal sentido, cobró vital importancia rebatir las afirmaciones que Miró Quesada planteó en *La otra mitad del mundo*, ya que graficaban el tratamiento que un sector de la prensa le otorgaba al bloque soviético: «Sigo y seguiré el ejemplo de mi maestro Vallejo, que fue el primer peruano en dar una visión realista de la URSS. No considero, así, al libro de Francisco Miró Quesada, *La otra mitad del mundo*, plagado de suspicacias y sofismas (…) De varias deformaciones conceptuales del señor Miró Quesada trataremos en este libro».[18] Específicamente, ¿cuáles eran los argumentos de Miró Quesada sobre la URSS y la RPC?

Cuatro años antes de la aparición de *Reportaje al futuro*, una delegación de parlamentarios y periodistas —entre ellos, se encontraba Miró Quesada— visitó los países socialistas para conocer su realidad. Como resultado del viaje, Miró Quesada publicó *La otra mitad del mundo* (1959), en dos tomos: el primero dedicado a su paso por la URSS y el segundo a la RPC. En dicha obra, sostuvo que la URSS y

[16] Ibíd., 5.
[17] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 96.
[18] Ibíd., 3.

la RPC eran sociedades que tenían un carácter totalitario, equiparables al fascismo que se vivió en Alemania e Italia. Según el filósofo, el comunismo y el fascismo compartían similitudes estructurales al recortar las libertades democráticas, lo cual se ilustraba en el excesivo culto a la personalidad de Stalin y Mao. Por este motivo, consideraba que no podían ser tomados como modelos de desarrollo. En su visión, el sistema social idóneo para Perú debía armonizar la libertad con la planificación económica, es decir, propuso un modelo ecléctico que rescatara los aspectos más positivos de ambos sistemas.[19]

Valcárcel refutó estas posturas argumentando que el mundo occidental, bajo el dominio del capitalismo, no constituía un ejemplo de mejoras para la clase obrera ni un espacio donde realmente existieran libertades democráticas. El poeta sostuvo que en la URSS no imperaban la pobreza ni el oscurantismo descritos por Miró Quesada. Por el contrario, los salarios de los trabajadores eran seis veces más altos que antes de la Revolución, que la desocupación había sido erradicada y que se había logrado reducir la jornada laboral. Asimismo, aseveró que en la sociedad soviética se respetaba tanto la libertad de culto como la libertad de expresión. En cambio, el poeta denunció la inexistencia de una verdadera libertad de prensa en su país:

> Los comunistas, cuando somos atacados en el Perú, generalmente no podemos defendernos. Nuestros órganos de prensa sufren clausura, los diarios tradicionales nos cierran sus páginas, el enemigo nos golpea a mansalva mientras nosotros permanecemos amarrados. Aun en épocas de ficción legalista, los comunistas padecemos hasta para encontrar una imprenta que quiera editar nuestras publicaciones. Los impresores —y eso lo sé por experiencia personal— temen las represalias comerciales (clientes capitalistas o imperialistas que se alejan), las venganzas

[19] Guillermo Fernández, «Francisco Miró Quesada y la polémica sobre la China de Mao (1959-1960)», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, *Colloques*, 18 de diciembre de 2024, https://doi.org/10.4000/12yu9.

> bancarias (letras que no se descuentan, créditos que se cierran, etc.) y las posibles represiones del Gobierno.[20]

En su libro, el poeta también recordó que los trabajadores y periodistas del diario *El Comercio*, que era propiedad de la familia del filósofo, no podían formar sindicatos, sufrían despidos arbitrarios y veían negado su derecho a la huelga. Ciertamente, la visión de Miró Quesada sobre la libertad de expresión en Perú y el mundo occidental reposaba en la supuesta armonía de las relaciones entre el Estado y los grandes medios de comunicación. En su análisis, el filósofo no mostró interés en las persecuciones que sufría la prensa de los partidos políticos populares, cuyas redacciones, a diferencia de la de *El Comercio*, eran clausuradas frecuentemente mediante la violencia estatal.

En defensa de Miró Quesada, cabe señalar que articuló su discurso a partir de la premisa de que era factible una tercera vía. Cuando lo consideró pertinente, destacó los avances de los países socialistas e incluso llegó a valorar positivamente a una figura como Mao Zedong. Por esta razón, su interpretación fue cuestionada por intelectuales y políticos de izquierda como Fernando Manrique Enríquez, aunque manteniendo las formas.[21] El periodista Eudocio Ravines, quien profesaba un anticomunismo extremo, en cambio, lo criticó duramente.[22] Sin embargo, Valcárcel respondió a Miró Quesada sin percibir los matices que lo diferenciaban de Ravines.

---

[20] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 29.

[21] Fernández, «Francisco Miró Quesada».

[22] En *Vanguardia*, dirigida por Ravines, se manifestó lo siguiente sobre el libro de Miró Quesada: «Por los comentarios ya publicados en el Suplemento de *El Comercio* el libro del señor Miró Quesada promete ser un manual de propaganda chino-soviético, con críticas saturadas de eufeminismos [sic] o sea de medias verdades, esa especialidad comunista. Su enjuiciamiento y sus apreciaciones sobre la situación en que se encuentra la religión en el mundo comunista, traen en la entraña una cargada de eufemismos que es lo más parecido a la cobardía. El doctor Miró Quesada ha visto iglesias abiertas por todas partes, ha sabido que se celebraban misas y que los peruanos católicos han podido asistir a ellas. El doctor naturalmente ha conservado en Moscú y en Pekín su ateísmo de Lima, el que le ha mantenido insensible frente al drama que viven los creyentes al otro lado de la cortina de hierro». *Vanguardia*, n.º 111 (1959): 10.

En los siguientes acápites, Valcárcel se empeñó en demostrar las ventajas que poseía la URSS frente a las sociedades capitalistas. En esta sección del libro, ya no solo polemizaba con Miró Quesada, sino también con los prejuicios difundidos por los medios escritos liberales y conservadores. Sobre la mujer soviética, señaló que gozaba de una genuina igualdad frente al hombre, debido a que había sido liberada de la opresión conyugal y de la carga exclusiva de los quehaceres domésticos; un logro que se manifestaba en su masivo acceso a la educación superior: «el 60 % de los especialistas soviéticos con estudios superiores y con estudios medios son mujeres; el 86 % de los médicos y el 70 % de los maestros son mujeres; de cada cuatro diputados, uno es mujer. Todo lo cual no impide que en la Unión Soviética haya siete mil bodas cada día».[23]

Sobre la situación de la clase obrera, Valcárcel destacó que el acceso a la vivienda en la URSS era el más económico del mundo: «Los alquileres muy pocas veces exceden del 5 % del salario del cabeza de familia; lo que, en suma, viene a significar un sobresueldo importante, habida cuenta de que en nuestros países el alquiler de una casa o departamento nos lleva, cuando menos, un 30 o 40 % del sueldo mensual».[24] En cuanto a las condiciones laborales, afirmó que el trabajador era el auténtico dueño de los medios de producción (fábricas, maquinaria, herramientas, tierras, vías de comunicación, etc.), y que formaba parte activa de la dirección industrial. Esto último se debía a su participación en asambleas permanentes donde se evaluaba la organización del trabajo y sus rendimientos: «Los obreros miembros de las asambleas de producción permanentes no se limitan a controlar las acciones de la administración, sino que además participan personalmente en la elaboración y aplicación de los planes técnicos de mejora de la producción».[25] Por último, en el ámbito educativo, destacó que la Revolución había implementado la enseñanza general obligatoria y que en la URSS se otorgaban amplias facilidades para el acceso a la educación superior, tanto a los estudiantes nacionales como a los provenientes de otros países.

---

[23] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 100.
[24] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 113.
[25] Ibíd., 135.

La discusión al interior del PCP

El recorrido de Valcárcel por el bloque socialista también incluyó una estancia en la RPC. Al llegar al país asiático, y de manera similar a lo experimentado por Miró Quesada, el poeta quedó profundamente admirado por su arquitectura y paisaje. Así lo describió:

> Llegar a China significa introducirse en un mundo donde solo nuestra imaginación había campeado antes a sus anchas. Arribé solo a Pekín, directamente de Moscú, con una escala en Novosibirsk, Siberia, donde el sol de medianoche pareciera derramar una taza de leche sobre la mesa del firmamento y el paisaje. Cuarenta minutos después de dejar el aeropuerto pekinés, cruzamos a la vera del Tian An Men, el antiguo Palacio Imperial, en la plaza principal de la capital de China Popular, lugar de realización de las grandes concentraciones y desfiles. Al centro de ella, majestuoso y solitario, se levanta el obelisco a los héroes caídos. A un costado, los imponentes edificios de la Asamblea Legislativa del Pueblo y del Museo de la Revolución, grandiosas obras de la nueva arquitectura china, la cual ha unido —en bellísima ensambladura— el perfil arquitectónico de la China clásica con los elementos más modernos de la arquitectura universal.[26]

El testimonio de Valcárcel se publicó unos meses antes de que se formalizara la ruptura sino-soviética en el seno del PCP. Al respecto, el autor señaló: «Importa mucho la aclaración por cuanto el Partido Comunista Peruano, al entrar en prensa este libro, todavía no ha debatido el problema del estado en que se encuentran actualmente las divergencias ideológicas en el Movimiento Comunista Internacional».[27] Sin embargo, esta afirmación no era del todo exacta, puesto que las discrepancias entre prosoviéticos y promaoístas ya se habían manifestado en diversos hechos. En un documento elaborado por la facción maoísta, se afirmó que en 1962 «se realizó el IV CONGRESO NACIONAL DEL PARTIDO en

[26] Ibíd., 285-286.
[27] Ibíd., 287.

el que con más claridad se advirtió la lucha entre dos posiciones, entre dos líneas: la marxista-leninista y la revisionista».[28] Por su parte, según la información consignada en el colofón, el libro se publicó en julio de 1963, mientras que *Bandera Roja*, el periódico de la facción maoísta del PCP, ya circulaba desde abril de ese año.

La obra incluye un acápite titulado «Divergencias entre el Partido Comunista Chino [PCCh] y el Movimiento Comunista Internacional», en el que Valcárcel expuso su posición sobre la polémica. Allí mencionó que había tenido la oportunidad de conversar con los miembros del Comité Central del PCCh sobre la coexistencia pacífica, el revisionismo, el culto a la personalidad y las vías de la revolución. Para Valcárcel, era una lectura equivocada afirmar que la disputa se reducía a un conflicto entre el PCCh y su homólogo soviético. Por el contrario, entendía que las divergencias enfrentaban al movimiento comunista mundial en su conjunto —aunque bajo el liderazgo de los soviéticos— con el partido chino.

El poeta sostenía que, ante la posibilidad real de una conflagración termonuclear, el problema de la coexistencia pacífica constituía una cuestión de primer orden para los comunistas: «La cuestión está planteada así: o coexistencia pacífica entre los Estados con distintos regímenes sociales o guerra termonuclear devastadora. Otra salida no existe».[29] Ello no implicaba, sin embargo, abandonar la lucha de clases como motor de la historia: «El comunismo no necesita la guerra para alcanzar la victoria. Es más, en las condiciones de paz puede mostrar mucho más rápida y ampliamente sus ventajas sobre el capitalismo, dado que la guerra termonuclear contemporánea, con todas sus consecuencias, retardaría por mucho tiempo el ritmo de la construcción del comunismo».[30]

La postura de Valcárcel se caracterizó por una defensa cerrada de la URSS, carente de sentido crítico. De hecho, en varios pasajes argumentó que los comunistas soviéticos debían encabezar la revolución mundial: «El Partido Comunista de la Unión Soviética

---

[28] Bandera Roja, *Acerca de la historia del partido comunista peruano y de su lucha interna* (Lima: Ediciones Bandera Roja, 1968), 64.
[29] Valcárcel, *Reportaje al futuro*, 308.
[30] Ibíd., 308-309.

—sin un ápice de duda— seguirá siendo "la vanguardia, por todos reconocida, del movimiento comunista mundial". Nunca habrá fuerza en Occidente u Oriente capaz de disminuir, en un átomo siquiera, el profundísimo amor que por él sentimos todos los comunistas de la Tierra».[31] Para Valcárcel, la Unión Soviética era una potencia militar invencible (la primera del mundo, a su parecer); además, auguraba que no pasaría mucho tiempo antes de que superara a los Estados Unidos: «dentro de unos seis o siete años la Unión Soviética alcanzará a los Estados Unidos en la producción global y per cápita, lo dejará boquiseco en el rumoroso camino de la historia y seguirá adelante en su marcha triunfal hacia la sociedad comunista».[32]

Reflexiones finales

En el periodo estudiado, un conjunto de intelectuales y militantes de izquierda viajó a los países socialistas con el propósito de corroborar los avances que estos experimentaban en diferentes campos. Gustavo Valcárcel Velasco fue uno de los militantes que realizó dicho periplo. La publicación de *Reportaje al futuro*, en 1963, le brindó una oportunidad para intervenir en una doble controversia. Por un lado, de manera explícita, debatió con los intelectuales liberales y conservadores que proyectaban una imagen distorsionada de la Unión Soviética para restarle legitimidad como modelo de desarrollo. En particular, discutió con el filósofo Francisco Miró Quesada Cantuarias, cuya familia controlaba el periódico *El Comercio*, el principal medio de difusión de la oligarquía peruana. Por otro lado, aunque de forma implícita, el libro sentó una posición firme a favor de la Unión Soviética en el marco del conflicto sino-soviético, una disputa que, al momento de la aparición del libro, el PCP todavía procuraba mantener como un asunto interno. Pocos meses después, se formalizó la ruptura partidaria y Valcárcel se mantuvo en las filas de la facción prosoviética.

La postura de Valcárcel sobre la URSS sobredimensionaba su capacidad para contrarrestar el poder de Estados Unidos. El poeta

[31] Ibíd., 350.
[32] Ibíd., 359.

veía que ambas potencias, de fuerzas equiparables, se enfrentaban en una competencia que culminaría inevitablemente con el triunfo del socialismo. No obstante, en la práctica, el historiador marxista Eric Hobsbawm[33] ha dejado en claro que la Unión Soviética nunca llegó a constituir un contrapeso real frente al poderío estadounidense. Al revisar el texto de Valcárcel, se advierte la convicción de que los países socialistas pronto superarían a las sociedades capitalistas, cuyo derrumbe consideraba inevitable. Sin embargo, fue la URSS la que colapsó. Con todo, el periplo de Valcárcel por las naciones socialistas resultó provechoso en su momento, ya que le proporcionó argumentos teóricos y observaciones fácticas a través de los cuales pudo confrontar, en el debate político local, las distorsiones que las clases dominantes y sus intelectuales orgánicos difundían sobre el socialismo.

[33] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Buenos Aires: Crítica, 1999).

Mediador de la «Revolución en Libertad»: Máximo Pacheco como embajador de Chile en la URSS (1965-1968)

Felipe Yévenes Hevia

Los estudios sobre la Guerra Fría han experimentado una renovación significativa en las últimas décadas, particularmente a partir de la apertura de archivos que dio lugar a la llamada Nueva Historia de la Guerra Fría. Este giro ha permitido cuestionar las lecturas más rígidas del conflicto, especialmente aquellas que lo reducían a una confrontación bipolar donde las superpotencias proyectaban su influencia sobre un conjunto de actores más bien pasivos. Sin embargo, lejos de establecer un nuevo consenso, este proceso ha abierto un campo de debate donde la propia conceptualización de la Guerra Fría continúa en discusión. En esa línea, los procesos históricos no pueden entenderse como una mera proyección externa, sino como el resultado de la interacción entre la historia interna de las sociedades y la política mundial, en un vínculo donde ambas dimensiones terminan por imbricarse.[1]

En el caso del Sur Global, este desplazamiento analítico ha dado lugar a distintas propuestas interpretativas que buscan dar cuenta de la especificidad regional.[1] La noción de «Guerra Fría Interamericana», planteada por Tanya Harmer, constituye una de estas lecturas, en tanto propone entender el conflicto no como un reflejo de la lucha bipolar externa, sino como un proceso multidimensional con raíces y protagonistas regionales, definido por el choque ideológico entre revolución y reacción que operaba bajo su propia lógica y cronología interna.[2] En una línea similar, otros trabajos han enfatizado el uso estratégico de los vínculos Sur-Sur por parte de actores latinoamericanos como una forma de ampliar

[1] Una de las obras más difundidas que propuso romper con el esquema enfocado en Occidente y ubicar al Tercer Mundo como agente histórico central y no como mero escenario es: Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005).

[2] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011).

sus márgenes de acción. De este modo, se ha sugerido que la inserción internacional de la región no puede reducirse a esquemas de dependencia unidireccional.[3]

Asimismo, resulta pertinente considerar con detención las lógicas propiamente locales. En el caso chileno, diversos elementos centrales del conflicto ideológico del siglo XX anteceden a la propia Guerra Fría y no pueden entenderse exclusivamente como su producto. Ejemplo de esto es la posibilidad de rastrear el anticomunismo chileno en las últimas décadas del siglo XIX y su redefinición con la Revolución rusa. Asimismo, episodios como la elección presidencial de 1920 —donde Arturo Alessandri fue acusado de encarnar una amenaza «bolchevique»— o el pánico en torno al Frente Popular en las elecciones de 1938,[4] muestran que la asociación entre reforma social y peligro revolucionario constituía una lógica ya instalada en el debate público. Más que inaugurar estas dinámicas, la Guerra Fría vino a reconfigurarlas, intensificarlas y proyectarlas en un marco de disputa ideológica de alcance global.

El Chile de los sesenta se inserta en estas dinámicas. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, la política exterior chilena buscó redefinir la inserción internacional del país en un contexto donde la dependencia hacia Estados Unidos (EE. UU.) coexistía con intentos por ampliar los márgenes de autonomía. A pesar de su menor relevancia en comparación con los vínculos mantenidos con el país del norte y Europa, el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a fines de 1964 da cuenta de esta orientación. Esta iniciativa no debe verse solo como un gesto diplomático, sino como parte de una estrategia más amplia por la diversificación de vínculos. Sin embargo, más allá de estas definiciones a nivel estatal, resulta necesario observar cómo estos procesos se materializaron en prácticas concretas y cotidianas.

---

[3] Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà, eds., *Latin America and the Global Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2020).

[4] Marcelo Casals A., «"Chile en la encrucijada". Anticomunismo y propaganda en la "campaña del terror" de las elecciones presidenciales de 1964», en *Chile y la Guerra Fría global*, ed. por Tanya Harmer y Alfredo Riquelme Segovia (Santiago: RIL Editores, 2014), 98-100.

En este marco, la figura de Máximo Pacheco, primer embajador de Chile en la URSS durante la administración Frei, adquiere una relevancia particular. El presente escrito plantea que su gestión diplomática contribuyó activamente al fortalecimiento de las relaciones entre ambos países, en tanto desarrolló formas de mediación política, cultural y social que trascendieron lo protocolar. Esto supone desplazar la mirada desde una historia diplomática, centrada exclusivamente en el Estado, hacia un enfoque que atienda a las prácticas concretas de los actores. Desde la heterogénea Nueva Historia Diplomática, Hugo Harvey Valdés y Álvaro Sierra han enfatizado la necesidad de estudiar a los diplomáticos como individuos, es decir, considerando sus experiencias, percepciones y transformaciones; no como meros ejecutores de la política exterior de los Estados. Desde este enfoque, la acción diplomática no puede entenderse únicamente como la transmisión de lineamientos oficiales, sino como un proceso situado, mediado por interpretaciones y trayectorias personales. En este sentido, el estudio de figuras específicas permite observar cómo la política exterior se configura también en espacios donde las decisiones no están del todo predeterminadas, y donde la interacción cotidiana, las percepciones y las experiencias individuales inciden en la construcción de vínculos internacionales.

Situar a Pacheco en el centro del análisis nos permite observar cómo la política exterior se configura desde lo micro y se extiende a lo macro. Su papel como embajador puede comprenderse mejor si se le analiza como un actor que participó de forma activa en la configuración de los vínculos entre Chile y la URSS, dejando en su haber un registro sistemático y detallado de su gestión y de la realidad soviética que se esmeró en comunicar.[5] Esto implica atender a las formas en que interpretó dicho entorno, a las prácticas concretas que desplegó en el ejercicio de su cargo y a los márgenes de acción que logró construir en el marco de la política exterior de la administración Frei.

[5] Además del accionar de la embajada, Pacheco envió gran cantidad de completos informes sobre la contingencia local, así como de las estrategias internacionales soviéticas.

Relaciones internacionales en el gobierno de la «Revolución en Libertad»

El gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) impulsó el programa de la «Revolución en Libertad», un proyecto que propiciaba transformaciones estructurales en la sociedad chilena dentro del marco institucional democrático, como la reforma agraria y la sindicalización campesina. A grandes rasgos, estaba sustentado en la doctrina social de la Iglesia y en el pensamiento cepaliano. Así, la «Revolución en Libertad» se presentó como una alternativa tanto al capitalismo liberal como a la revolución socialista —cuyo exponente en la región era la Cuba castrista—. En el ámbito internacional, esta visión se tradujo en una política exterior dinámica que buscaba ampliar los márgenes de autonomía de Chile frente a las potencias hegemónicas de la Guerra Fría. Además, la diplomacia chilena tomó un cariz menos reactivo en pos de la diversificación de los vínculos del país, con un marcado enfoque en la integración latinoamericana.

La relación con EE. UU. fue sumamente estrecha, pero la búsqueda de una «asociación digna» generó contradicciones. Washington vio en el reformismo del Partido Demócrata Cristiano (PDC) una relevante herramienta para la Alianza para el Progreso. Por esta razón, le otorgó a este partido, tanto en las elecciones como en el gobierno, un considerable respaldo financiero para convertir a la administración democratacristiana en un ejemplo continental contrapuesto al de la Cuba castrista.[6] Sin embargo, el deseo de

[6] David R. Sands sintetiza bien esto al señalar que el éxito del gobierno de Frei: «would refute once and for all Castro's thesis that gradualist, pluralist democracies in this hemisphere are incapable of achieving genuine social and economic reform. The Frei Administration, by its success, would undermine the attraction of more radical solutions held for the impoverished. The Socialist and Communist alternatives would be discredited, as a progressive regime of the center-left brought stability and broad-based prosperity to Chile». Véase David R. Sands, «Chile Under Frei: The Alliance for Progress», *The Fletcher Forum* 6, n.º 1 (1982): 34. De hecho, este aspecto del «experimento democratacristiano» causaba tal interés que George W. Grayson Jr. señala en su libro —probablemente la obra más completa sobre el PDC en la época— que: «Si los demócratas cristianos pueden resolver el problema social chileno, es posible que su movimiento eclipse al comunismo como la corriente ideológica predominante en el hemisferio. Es por esta razón que he elegido al PDC como tema de mi estudio». Véase George

autonomía de La Moneda no se expresó en un alineamiento mecánico: el ejemplo más notorio ocurrió en 1965, cuando, como ha estudiado Harvey Valdés, el gobierno chileno condenó la intervención militar estadounidense en la República Dominicana. A pesar de las presiones de enviados de Washington, Chile se opuso a la creación de la Fuerza Interamericana de Paz en la Organización de los Estados Americanos (OEA), apelando a los principios de no intervención, lo que generó represalias económicas por parte del gobierno estadounidense.[7] Posteriormente, en 1969, la diplomacia chilena lideró el Consenso de Viña del Mar, un hito regional que expuso las asimetrías económicas entre el norte y el sur.[8] Esta postura reflejaba un diagnóstico crítico que el gobierno ya había formulado desde los inicios de su mandato. Al exponer en el Congreso sobre la política exterior, el canciller Gabriel Valdés señaló que: «la creciente conciencia de autonomía, que se ha producido en América Latina, y la profundización en el diagnóstico de sus propios problemas, han venido afectando muy seriamente la vieja política de

---

W. Grayson Jr., *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, trad. por Adolfo Murguía Zuriarraín (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968). Sobre la ayuda económica de EE. UU. al PDC hay diversas fuentes: desde el informe de la Comisión Church hasta otras de carácter secundario que incluyen más información. Véase U.S. Congress, Senate, Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile: 1963-1973: Staff Report*, 94th Cong., 1st sess., 1975, Committee Print; Jaechun Kim, «Democratic Peace and Covert War: A Case Study of the U.S. Covert War in Chile», *Journal of International and Area Studies* 12, n.º 1 (2005): 25-47; Javier Alejandro Castro Arcos y Hugo Enrique Harvey Valdés, «La Alianza para el Progreso como moneda de cambio: La experiencia chilena, 1961-1965», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos* n.º 81 (2025): 367-396.

[7] Hugo Harvey Valdés, *«Pueden ganar una isla, pero perderán un continente»: El Gobierno de Eduardo Frei Montalva ante la intervención de Estados Unidos en República Dominicana en 1965* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2025), 258.

[8] El Consenso de Viña del Mar surgió en mayo de 1969 durante una reunión entre ministros de diversos países latinoamericanos, sin la presencia de EE. UU., para definir sus intereses comunes y formular reclamos ante las relaciones económicas asimétricas. Como recuerda Gabriel Valdés, en junio de ese año —y en contra de la voluntad del presidente Frei— presentó las resoluciones ante el presidente Richard Nixon en la Casa Blanca, destacando mediante cifras del *Wall Street Journal* que por cada dólar que EE. UU. invertía en la región, recibía cuatro de retorno. Aunque finalmente no generara resultados, este evento es recordado como una de las poquísimas ocasiones en que América Latina se unió para plantear directamente sus quejas al gigante del norte. Véase Elizabeth Subercaseaux, *Gabriel Valdés: Señales de Historia* (Santiago: Aguilar, 1998), 119-122.

EE. UU. respecto a nuestro continente. La ecuación política y económica del panamericanismo ha formado una tradición que ha trabajado más en beneficio del país del norte que de los países del sur».[9]

Para la administración Frei, la debilidad internacional de los países latinoamericanos solo podía superarse mediante la unidad, por lo que la integración política y económica se erigió como un pilar fundamental. Este esfuerzo integracionista se cristalizó en el impulso a la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA) y en la creación del Pacto Andino en 1969.[10] No obstante, el ímpetu del gobierno chileno en esta materia se vio frustrado al desenvolverse en un vecindario progresivamente dominado por dictaduras militares de corte anticomunista, como las de Brasil y Argentina.[11] Pese a aquello, como ha señalado Joaquín Fermandois, la política exterior chilena logró establecer cierto *modus vivendi* para evitar el aislamiento y mantener bajo control las persistentes tensiones limítrofes.[12]

Uno de los aspectos relevantes del proyecto democratacristiano, y síntoma de esta redefinición en la política exterior, fue la decisión de vincularse con el campo socialista pese al anticomunismo estructural del PDC.[13] Para la administración Frei, esta apertura respondía a un

---

[9] Exposición del canciller Gabriel Valdés en el Senado sobre la política exterior del gobierno. Véase Senado de Chile, *Diario de Sesiones del Senado*, sesión 16ª, ordinaria, 6 de enero de 1965, 883-884.

[10] Francisco Rojas Aravena, «Chile: cambio político e inserción internacional 1964-1997», *Estudios Internacionales* 30, n.º 119/120 (1997): 383.

[11] Joaquín Fermandois, *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005), 305-306.

[12] Joaquín Fermandois, «De una inserción a otra: política exterior de Chile, 1966-1991», *Estudios Internacionales* 24, n.º 96 (1991): 436.

[13] A propósito de su propuesta reformista, el anticomunismo del PDC tenía un carácter distinto al de los partidos de derecha tradicionales. No resulta difícil aseverar que este partido ha sido la colectividad que más reflexionó sobre el marxismo y sus variantes en los partidos autodeclarados marxistas. El joven Frei, pese a ser un exponente del ala más anticomunista del partido, en su temprana obra *La Política y Espíritu* (que dio el nombre de la revista teórica del partido) señaló que el marxismo: «Contiene junto a profundas equivocaciones un gran porcentaje de verdad y, en último término, su análisis de la sociedad capitalista no puede ser más certero (…). Combatir el marxismo sin reconocer su parte de

principio de soberanía. Como señalaba el programa de gobierno: «Estimamos necesario mantener relaciones con todos los países del mundo, sin consideración a sus regímenes internos y sin otro límite que nuestra propia determinación respecto a lo que al país conviene».[14] Bajo esta premisa, a fines de 1964, Chile restableció oficialmente sus relaciones diplomáticas con la URSS, las cuales habían estado interrumpidas desde 1947. A esta medida le siguió el establecimiento de vínculos con otras naciones del Bloque del Este: Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania y Polonia.[15] Esta visión de la inserción global asumía que la diversidad de regímenes políticos no era un impedimento para la cooperación, lo que permitía proyectar los intereses del país hacia nuevas áreas estratégicas. Fue precisamente esta lógica de mayor independencia la que llevó al gobierno a tender los primeros puentes con la China maoísta.[16]

En cuanto a Cuba, la relación bilateral se mantuvo envuelta en complejas tensiones, derivadas de las profundas divergencias entre

---

verdad y sin reemplazarlo con una actitud verdaderamente constructiva que incorpore su justa queja ante los absurdos del mundo contemporáneo, no es solamente inútil, sino también torpe y antihumano». Véase Eduardo Frei Montalva, *La Política y el Espíritu* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1940), 81-82. Además de la gran cantidad de disquisiciones teóricas, la oposición falangista a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que proscribió al Partido Comunista, demuestra tempranamente el peculiar anticomunismo del posterior PDC, en un contexto en el que incluso parlamentarios socialistas votaron a favor de dicha ley. Véanse las alocuciones de Radomiro Tomic y Bernardo Leighton en Cámara de Diputados de Chile, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, sesión 34ª extraordinaria, 8 de enero de 1948, 1412-1448; *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Segunda Legislatura, sesión 5ª extraordinaria, 11 de mayo de 1948, 99-165.

[14] Programa en Eduardo Frei M., «Mi programa de gobierno», *Política y espíritu*, junio-agosto de 1964, 20.

[15] Ministerio de Relaciones Exteriores, *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1965* (Santiago: Editorial Universidad Católica, 1965), 163. Es necesario destacar que no se restablecieron relaciones con la República Democrática Alemana (RDA). Es posible que esto se debiera a los estrechos lazos económicos e ideológicos con la República Federal Alemana (RFA).

[16] Rafael Pedemonte, «Desafiando la bipolaridad: la independencia diplomática del gobierno democratacristiano en Chile y su acercamiento con el "mundo socialista" (1964-1970)», *Estudios Ibero-Americanos* 44, n.º 1 (2018): 195. Además del artículo aquí citado, hay que destacar que el trabajo de Pedemonte ha sido uno de los mayores avances en el todavía poco desarrollado campo de estudios sobre las relaciones chileno-soviéticas.

el modelo de lucha armada promovido por el castrismo y el proyecto reformista del PDC. Fidel Castro atacó en reiteradas ocasiones al gobierno de Frei, señalando que: «Su "Revolución en libertad" es una farsa, es un engaño a los pueblos; es la libertad de los monopolios yankis para seguir saqueando el cobre de Chile, y es la libertad de los explotadores para seguir oprimiendo a los trabajadores».[17] Sin embargo, aunque Chile acató inicialmente las resoluciones del sistema interamericano de aislar comercial y diplomáticamente a la isla, a fines del mandato la administración chilena dio una nueva muestra de autonomía internacional. En 1970, La Moneda autorizó la firma de un inédito acuerdo comercial y de intercambio agrario con La Habana. A pesar de sus limitaciones, desafiaba las directrices de la OEA sobre el bloqueo continental impuesto sobre Cuba.[18]

Finalmente, el afán por diversificar sus relaciones y encontrar un contrapeso que equilibrara la influencia estadounidense llevó a Frei a emprender una histórica gira presidencial por Europa en 1965. En su viaje, se dio cuenta de las expectativas que había sobre su administración, además de las afinidades políticas internacionales, particularmente con los líderes de las democracias cristianas de Italia y la Alemania Federal.[19] A pesar del éxito diplomático de la gira y del prestigio internacional logrado por Chile, pronto quedó en evidencia que el apoyo económico europeo no estaba en condiciones de sustituir la magnitud de la asistencia financiera estadounidense.[20]

---

[17] Fidel Castro, «Discurso pronunciado en la clausura de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (Tricontinental), en el Teatro "Chaplin", el 15 de enero de 1966», Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno de Cuba, http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f150166e.html.

[18] Pedemonte, «Desafiando la bipolaridad», 195-197.

[19] Especialmente estrechas fueron, desde las elecciones, las relaciones con la DC italiana. Al respecto, véase Raffaele Nocera, «La "relación triangular" Estados Unidos-Italia-Chile y la elección de Eduardo Frei Montalva», en Harmer y Riquelme Segovia, eds., *Chile y la Guerra Fría global*, 113-132.

[20] Ángel de la Fuente Ferreras, «Chile en el mundo: la política internacional durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970)», *Naveg@mérica*, n.º 26 (2021): 29.

La reanudación de los vínculos y la inmersión de Máximo Pacheco en el mundo soviético

El proceso para materializar la nueva política exterior de la «Revolución en Libertad» respecto a los «socialismos reales» fue expedito. A pocas semanas de la toma de mando por parte del presidente Frei, el 24 de noviembre de 1964, ambos gobiernos oficializaron el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y consulares. La visión sobre los vínculos internacionales de la administración democratacristiana quedó fielmente resumida en las palabras del canciller Valdés en la ceremonia:

> Mi país mantendrá sus compromisos dentro del sistema interamericano que es nuestra voluntad y deseo perfeccionar para que América Latina realice su destino propio en asociación digna y fructífera con Estados Unidos de América. Por tradición, cultura y convicción, formamos parte de un sector del mundo con el cual compartimos valores espirituales y políticos que consideramos esenciales para el desarrollo integral del hombre. Pero el Gobierno de Chile estima que la diversidad de sistemas, fórmulas de gobiernos o de organización política y social no es inconveniente para que existan relaciones normales entre los países si ellas se mantienen en un plano de recíproco respeto a las leyes soberanas que rigen a cada Estado. Dentro de estos principios, el Gobierno de Chile considera que sus relaciones normales con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas contribuirán a afianzar la paz y la cooperación pacífica de todos los pueblos; estima esenciales estas relaciones para dar mayor amplitud a nuestro comercio exterior, que no puede desconocer una porción tan grande del mundo con el cual hoy mantienen activo comercio y relaciones otros pueblos. No puede renunciar a las expectativas que para nuestros productos significa ese poderoso conjunto humano y económico que representa la Unión Soviética.[21]

[21] Ministerio de Relaciones Exteriores, *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1964* (Santiago: Editorial Universidad Católica, 1964), 44.

Para liderar esta relevante misión en la capital de la superpotencia socialista, Frei designó como embajador a Máximo Pacheco Gómez, abogado, académico e histórico militante democratacristiano. Lejos de ser un obstáculo, su perfil político fue visto con interés por las autoridades soviéticas, al ser este un enviado que gozaba de la confianza directa del mandatario chileno. Acompañado por su esposa Adriana Matte y sus numerosos hijos, Pacheco aterrizó en Moscú el 2 de junio de 1965.[22] Para comprender el impacto de su gestión, como se señaló al principio, resulta necesario desplazar la mirada desde la historia diplomática tradicional hacia un enfoque que atienda al embajador como agente histórico y, por consiguiente, aquellos espacios cotidianos donde el poder de los Estados se negocia y se humaniza. Lejos de la lógica más bien hermética de la diplomacia occidental tras la cortina de hierro, veremos que el embajador chileno transformó su misión en un proceso de inmersión sociocultural.

El primer hito relevante de la misión de Pacheco ocurrió a los pocos días de su arribo. El sábado 12 de junio de 1965, se dirigió al Palacio del Kremlin para presentar sus cartas credenciales ante Anastás Mikoyán, presidente del Presídium del Soviet Supremo. Lo que generalmente era un rápido trámite protocolar derivó en una larga conversación privada.[23] Esta positiva recepción inicial sería posteriormente complementada con reuniones con personalidades políticas de alto nivel, como el primer ministro Alekséi Kosygin.[24]

[22] Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AGHMRECh), Santiago, Fondo Países: Rusia, «Primeras gestiones en Moscú», junio de 1965.

[23] En la documentación de la embajada, Pacheco destaca que: «El tiempo que el Presidente Mikoyan me concedió y la cordialidad que le imprimió es considerado como una deferencia totalmente excepcional, al decir de las autoridades soviéticas y de otros diplomáticos, con quienes he conversado». AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Presentación de las Cartas Credenciales», junio de 1965.

[24] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Entrevista con el Primer Ministro Alexei Kosygin», julio de 1965.

Presentación de credenciales del embajador Pacheco en el Palacio del Kremlin.



Fuente: Máximo Pacheco Gómez y James Holger Blair, *Recuerdos de la Unión Soviética* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 2009), 11.

A partir de septiembre de ese mismo año, coincidiendo con el inicio del ciclo escolar, Pacheco avanzó en el acercamiento al plano cotidiano que buscó llevar a cabo como embajador, insertando a su propia familia en el tejido social local. A contracorriente de la costumbre, el embajador matriculó a sus hijos en el sistema público de educación, siendo «los únicos hijos de diplomáticos de países no socialistas matriculados en escuelas locales».[25] Su hija mayor, María Angélica, ingresó a la reconocida academia del Ballet Bolshói,

[25] Los hijos de diplomáticos de países ajenos al bloque soviético estudiaban en colegios dependientes de las embajadas del Reino Unido, EE. UU., Alemania Federal y Francia. Véase Máximo Pacheco Gómez y James Holger Blair, *Recuerdos de la Unión Soviética* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 2009), 107-109.

mientras que su hijo Máximo fue matriculado en la Escuela 29, un establecimiento de prestigio en Moscú. Allí, el joven no solo alcanzó un manejo fluido del idioma ruso, sino que se integró activamente en la vida deportiva moscovita. Llegó a ser titular del equipo de voleibol del club Dinamo.[26] Esta voluntad de explorar la alteridad implicó que los jóvenes chilenos compartieran la vida diaria con sus pares, entremezclando la estadía diplomática formal con la difícil inserción en la cultura local.

Los hijos del embajador de camino a la escuela.



Fuente: Máximo Pacheco Gómez y James Holger Blair, *Recuerdos de la Unión Soviética* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 2009), 105.

Tras estos primeros contactos, el 15 de noviembre de 1965, Pacheco logró ser recibido, en la sede del Partido Comunista de la Unión Soviética, por el secretario general Leonid Brézhnev. En una entrevista de noventa minutos, Brézhnev se mostró interesado en los alcances del programa democratacristiano (específicamente, en la reforma agraria y educacional) y manifestó el propósito de la URSS de fortalecer los vínculos con Chile.[27]

Unos meses después, a principios de 1966, Pacheco elaboró un balance inicial de su gestión. En una misiva de tipo personal fechada el 14 de enero y dirigida al ministro Valdés,[28] el embajador le informó que: «el ambiente político que he encontrado en la URSS

[26] Ibíd.

[27] Ibíd., 29-30.

[28] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, carta del embajador Máximo Pacheco al Canciller Gabriel Valdés, enero de 1966.

ha sido espléndido». Sobre su labor, le señaló: «he procurado comprender la realidad soviética con un criterio absolutamente objetivo, libre de todo prejuicio, haciendo un esfuerzo por valorarla desde adentro y no desde afuera. Además no he omitido esfuerzo para establecer las más estrechas relaciones con los soviéticos y para estudiar todas las posibilidades de ampliar nuestras relaciones culturales y económicas».[29] Convencido de la buena disposición del Kremlin para otorgar créditos y asistencia técnica, el diplomático advirtió, sin embargo, que el Estado chileno no estaba reaccionando con la rapidez necesaria para capitalizar este escenario. Con franqueza, le señaló a Valdés cuán contraproducente era la lentitud del gobierno en impulsar medidas económicas destinadas a fortalecer los lazos con los soviéticos, sobre todo si se buscaba superar el simple formalismo.

Independientemente de estas limitaciones, en el plano de la práctica diplomática cotidiana ya es posible advertir una buena relación entre el embajador y las autoridades soviéticas. En un informe de conversación sostenida el 1.º de junio de 1966 con funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores soviético, Pacheco propuso, a propósito de la visita del ministro del Trabajo William Thayer, que la agenda del representante chileno no se limitara a instancias gubernamentales y sugirió que fuera recibido por organizaciones sindicales soviéticas. Asimismo, recomendó interlocutores considerados cercanos a la URSS y formuló observaciones de carácter protocolar (como la conveniencia de extender la invitación a su cónyuge, en atención a las prácticas sociales chilenas). Este tipo de intervenciones permite apreciar el grado de confianza que gozaba el embajador chileno: podía acreditar a personas definidas como afines —en un contexto donde, implícitamente, solo un «amigo de la URSS» estaba en condiciones de formular este tipo de recomendaciones—, así como incidir en aspectos relevantes de la organización de la visita.[30]

---

[29] Si bien es sabido que no existe la objetividad absoluta, creemos que Pacheco hizo un considerable esfuerzo por superar sus prejuicios.

[30] Olga Ulianova, comp., *Chile en los archivos soviéticos: años 60,* tomo 4 (Santiago: Ariadna Ediciones, 2020), 159. Para ver la percepción de Thayer sobre esta visita, véase William Thayer Arteaga, *Memorias ajenas*, 2.ª ed. (Santiago: Editorial Andrés Bello, 2012), 232-239.

Un aspecto destacable sobre la inmersión sociocultural de Pacheco fueron sus distintos viajes a lo largo de las repúblicas de la URSS, para conocer la realidad soviética más allá de los círculos moscovitas. Durante el mes de julio de 1966, emprendió un extenso viaje en el tren transiberiano que lo llevó a recorrer más de 9.200 kilómetros hasta el puerto de Vladivostok, en el océano Pacífico. Durante el trayecto, el embajador pudo inspeccionar los grandes proyectos hidroeléctricos e industriales en ciudades que eran de acceso restringido, como Novosibirsk, Irkutsk y Bratsk.[31]

Con todo, el mayor esfuerzo por conocer la sociedad soviética se dio a inicios del año siguiente. Entre el 27 de enero y el 12 de febrero de 1967, Pacheco realizó un viaje sin precedentes a la República Autónoma de Yakutia. Acompañado de su hijo Máximo (gracias a su inmersión escolar, ofició de traductor no oficial), el embajador chileno recorrió 16.000 kilómetros utilizando una gran diversidad de medios de transporte. Así, se convirtió en el primer embajador extranjero acreditado en Moscú en visitar la remota región siberiana; y su hijo, uno de los primeros niños extranjeros —si no el primero— en visitar aquel territorio. Al igual que en sus otros viajes, Pacheco intentó tener el mayor contacto con la población y los trabajadores,[32] interactuando con los habitantes y visitando instalaciones industriales e institutos de investigación científica.[33]

[31]AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Viaje a Siberia», septiembre de 1966. Aunque es evidente que todos estos viajes contaban con la aprobación de las autoridades soviéticas, lo notable es que gran parte de estos nacieron de la propia iniciativa de Pacheco.

[32] Comprendemos que en el contexto soviético este tipo de instancias, muchas veces, solían seguir todo un protocolo, pero, a través de sus memorias y de los documentos de la embajada, se observa que Pacheco lograba en distintas ocasiones permear esta barrera.

[33] Pacheco señala que soportaron temperaturas extremas que fluctuaron entre los 45 y los 60 grados bajo cero en Oimiakon y Verkhoyansk. AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Viaje a la República Socialista Soviética Autónoma de Yakutia», febrero de 1967.

Embajador Pacheco y su hijo Máximo
en la República Soviética de Yakutia (invierno de 1967)



Fuente: Máximo Pacheco Gómez y James Holger Blair,
Recuerdos de la Unión Soviética
(Santiago: Editorial Andrés Bello, 2009), 256.

A través de esta inmersión progresiva —que comenzó con los aspectos más protocolares en el Kremlin, siguió con la inserción de sus hijos en las escuelas públicas de Moscú y se extendió por distintas regiones del país soviético—, la diplomacia chilena mostró un contraste respecto a la visión que muchas veces se tiene sobre la Guerra Fría. Complementada con las definiciones sobre la política internacional general del Estado chileno, la agencia de Pacheco facilitó el establecimiento de un espacio para la consecución de planes concretos.

Nivel intermedio, diplomacia y convenios

La consolidación de los vínculos entre Chile y la URSS durante el gobierno de Frei fue el resultado de una compleja interacción que trascendió los canales diplomáticos. Para comprender esta aproximación, resulta indispensable descender hacia el «nivel intermedio» de las relaciones bilaterales, un espacio donde la

diplomacia chilena se entrecruzó con las dinámicas de las agrupaciones culturales, los partidos políticos y la agencia de actores individuales.[34] Allí, el embajador Pacheco también actuó como mediador.

Una de las piezas fundamentales de este dispositivo de acercamiento fue la red de Institutos Chileno-Soviéticos de Cultura (ICSC). A diferencia de lo que podría dictar el prejuicio, estas organizaciones no constituían un monopolio del Partido Comunista, pese a que su influencia era innegable. Destacaban por una gran heterogeneidad política. Los propios informes diplomáticos soviéticos señalan con satisfacción que «en la actividad de institutos participan personas de distintas convicciones políticas: radicales, democratacristianos, liberales, etc.». Un ejemplo paradigmático de esto es la filial de San Antonio, cuya dirección estaba compuesta por un radical, un liberal y un democratacristiano.[35] Algo similar sucedía en la sede central de Santiago, donde la conducción del instituto estuvo durante trece años ininterrumpidos bajo las presidencias de Alberto Baltra y Enrique Silva Cimma, destacadas figuras del Partido Radical.[36] Para Moscú, no representaba una amenaza la presencia de distintos perfiles políticos en los ICSC. Por el contrario, la diversidad ideológica cumplía a cabalidad con la estrategia del Kremlin de proyectar una imagen pluralista que permitiera expandir la influencia de la cultura soviética más allá de los activos, pero reducidos, círculos de la izquierda militante.[37]

Bajo la gestión de Pacheco, el Estado chileno hizo un esfuerzo en el terreno de la diplomacia cultural, promoviendo la imagen de un Chile desvinculado de dogmas partidistas. Esta estrategia, que interesaba e impulsaban ambas naciones, se caracterizó por el arribo a la URSS de destacadas figuras del arte nacional. Para muchos de estos artistas, la experiencia constituía una oportunidad excepcional

---

[34] Thomas Gomart, *Double détente: les relations franco-soviétiques de 1958 à 1964* (París: Publications de la Sorbonne, 2003), 13-14.
[35] Ulianova, *Chile en los archivos soviéticos*, 120-121.
[36] Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2020), 229.
[37] Ibíd., 230.

para difundir su trabajo artístico en escenarios de amplio reconocimiento cultural, pese a las reservas que generaba la potencia soviética.[38] Por señalar unos pocos, en el ámbito de la música clásica destacaron las presentaciones del pianista Claudio Arrau y del violinista chileno Pedro D'Andurain —quien realizó una gira que incluyó actuaciones en diversas repúblicas soviéticas—.[39] Probablemente, el caso más paradigmático de esta apertura fue la gira del conjunto de música tradicional Los Huasos Quincheros entre septiembre y octubre de 1966. Los artistas chilenos ofrecieron 44 conciertos en 21 ciudades y pueblos soviéticos, desde Moscú y Leningrado hasta las remotas repúblicas del Cáucaso y Asia Central. En un gesto que fue apreciado por las autoridades y el público local, la agrupación ofreció en la ciudad de Almalik (Uzbekistán) un concierto a beneficio de las víctimas de los terremotos que habían azotado a la región.[40]

Pacheco también promovió una considerable cantidad de encuentros socioculturales. En ese tipo de eventos, destaca un recital poético de Pablo Neruda en mayo de 1967, al que asistieron autoridades del Kremlin, embajadores de distintos países y personalidades de la cultura soviética.[41] La intensiva labor desplegada por la embajada se vio, por su parte, reflejada en una notable actividad social-estratégica. Tan solo durante el año 1967, Pacheco organizó en su residencia 104 comidas y almuerzos a los que concurrieron 460 invitados soviéticos, 286 extranjeros y 204 chilenos, es decir, un total de 950 personas.[42]

La consolidación de los vínculos en los niveles socioculturales generó las condiciones propicias para el objetivo principal de la administración democratacristiana: la diversificación económica. Como se señaló, en enero de 1966 el embajador Pacheco envió una

---

[38] Ibíd., 265.
[39] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Gira por la URSS del violinista Pedro D'Andurain», diciembre de 1967.
[40] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Gira Artística de Los Quincheros a la URSS», febrero de 1967.
[41] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Recital del poeta Pablo Neruda», mayo de 1967.
[42] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Memoria anual correspondiente al año 1967», enero de 1968.

misiva de carácter personal al ministro Valdés en la que le advirtió sobre la urgencia de dinamizar el proceso para firmar convenios con el gobierno soviético. En dicha carta, Pacheco concluyó que «estamos en la hora de la decisión, la cual no puede retardarse ni evitarse y eres tú, como Ministro, quien ahora tienes la palabra».[43] Coincidencia o no, la respuesta de La Moneda no se hizo esperar. En febrero de ese mismo año, llegó a Moscú una misión financiera compuesta por José Zabala, gerente de CORFO, y Carlos Villarroel, gerente de créditos del Banco Central. Acompañados por el embajador, sostuvieron extensas reuniones con altas autoridades tanto del Ministerio de Relaciones Exteriores y de Comercio Exterior como del Comité de Relaciones Económicas.[44] Estas conversaciones sentaron las bases para la firma de tres convenios: Comercial, de Asistencia Técnica y Financiamiento de Proyectos Específicos para la Construcción de Plantas Industriales y Otros Objetivos, además del de Suministro de Maquinaria y equipo de la URSS a Chile.[45]

Estos tratados no quedaron en el compromiso formal. En mayo de 1968, siendo embajador chileno en suelo soviético Óscar Pinochet de la Barra, estos convenios, a pesar de sus limitaciones, se consolidaron con la llegada a la URSS de una extensa delegación económica encabezada por el ministro de Minería, Alejandro Hales, y el vicepresidente de la CORFO, Sergio Molina. Esta comitiva, que incluía tanto a representantes del sector público como del privado,[46] dio lugar a posteriores intercambios comerciales entre ambas naciones.

La misión diplomática de Máximo Pacheco en la URSS culminó oficialmente a principios de 1968, cuando motivos de carácter

---

[43] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, carta del embajador Máximo Pacheco al Canciller Gabriel Valdés, enero de 1966.

[44] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Visita a la URSS de la Misión Financiera Chilena integrada por los señores José Zabala y Carlos Villarroel», febrero de 1966.

[45] Ministerio de Relaciones Exteriores, *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1967* (Santiago: Editorial Universidad Católica, 1967), 218-226.

[46] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Visita de la Delegación Comercial de Chile», junio de 1968.

privado y familiar le obligaron a presentar su renuncia al cargo.[47] Al aceptar su dimisión, el presidente Frei escribió a Pacheco que: «Su gestión quedará como un ejemplo y marca una etapa (…). Sus comunicaciones son un modelo de lo que debe ser un Embajador informando a su Gobierno. Revelan su espíritu de trabajo, su capacidad de observación y estudio y, sobre todo, un gran criterio».[48] Tras su retorno a Chile, fue nombrado ministro de Educación hasta la culminación de la administración democratacristiana.

En un informe elaborado por el Sindicato de Trabajadores de Educación soviético sobre su viaje a Chile en diciembre de 1968, se retrató a Pacheco en términos particularmente cálidos, pese a que su nuevo rol lo situaba afuera del mundo de la diplomacia. Se trataba de un gesto inusual en documentos de este tipo, es decir, en informes sobre entrevistas con «ministros de gobiernos burgueses». Además, «en la actividad exterior de los sindicatos soviéticos (…) no era muy común el hecho de que sus delegaciones en países "capitalistas" fuesen recibidas por ministros y que la mayor parte de la información sobre la situación de su esfera de actividad fuese recibida y entregada en el informe en versión ministerial».[49] En este sentido, más que responder únicamente a su investidura formal, las apreciaciones sobre Pacheco parecen reflejar el reconocimiento de su papel previo en la construcción de los vínculos bilaterales, evidenciando un tipo de interlocución poco común dentro de estos circuitos.

La firma del Convenio de Intercambio Cultural y Científico en Moscú representó la culminación simbólica y práctica de las gestiones iniciadas por Pacheco durante su misión en Moscú. En 1970, suscribió el protocolo final de un proyecto que había sido elaborado y gestionado en sus años como embajador.[50] Tras visitar distintos lugares (entre otros, la escuela en la que estudiaron sus

[47] AGHMRECh, Santiago, Fondo Países: Rusia, «Término de la Misión y síntesis de la labor realizada desde el 2 de junio de 1965 al 27 de enero de 1968», enero de 1968.
[48] Misiva citada en Pacheco Gómez y Holger Blair, *Recuerdos de la Unión Soviética*, 286.
[49] Ulianova, *Chile en los archivos soviéticos*, 264.
[50] Ibíd., 265.

hijos), Pacheco, en entrevista con la agencia de prensa RIA Novosti, concluyó: «En Moscú me he sentido muy feliz. Yo tengo un extraordinario cariño por el pueblo soviético y tenía deseos de volver a este país, donde viví, por espacio de tres años, una experiencia extraordinaria desde todo punto de vista».[51]

Conclusiones

Al estudiar la figura de Máximo Pacheco como embajador de Chile en la URSS, es posible observar con mayor claridad la forma en que la política exterior de la «Revolución en Libertad» se configuró, en la práctica, como un terreno donde las definiciones generales del Estado se entrelazaron con experiencias, percepciones y márgenes de acción concretos. En este sentido, el estudio de su gestión confirma la relevancia de atender a los espacios donde la diplomacia se materializa, se negocia y se redefine, más allá de las proyecciones políticas.

Lejos de limitarse a la ejecución de lineamientos provenientes de Santiago, Pacheco actuó como un intermediario entre contextos políticos, culturales e ideológicos muy distintos. Su labor en Moscú muestra cómo la política exterior no solo se desplegó a través de decisiones formales, sino también mediante prácticas cotidianas, instancias informales y vínculos personales que incidían en la construcción de las relaciones diplomáticas. Desde sus primeros contactos con la dirigencia soviética hasta su progresiva inmersión en la sociedad local —incluyendo la inserción de su familia y sus extensos viajes por el territorio soviético—, su accionar fue configurando un espacio de interacción que no puede explicarse únicamente desde una perspectiva macroinstitucional. La acción de Pacheco fue particularmente relevante en este sentido: su capacidad para establecer relaciones de confianza con autoridades soviéticas, su intervención en la organización de visitas oficiales y su impulso a los intercambios culturales contribuyeron a dotar de contenido efectivo a la apertura impulsada por el gobierno de Frei. En el llamado «nivel intermedio» de las relaciones, su papel como mediador resultó fundamental para articular las distintas

[51] «Máximo Pacheco: me he sentido muy feliz…», *Enfoque Internacional*, n.º 40 (abril de 1970): 29

dimensiones del vínculo bilateral, integrando la diplomacia formal con redes culturales, sociales y políticas que ampliaron el alcance de las relaciones.

A partir de estas dinámicas, el acercamiento entre Chile y la URSS adquirió una densidad que superó los gestos iniciales. La firma de convenios comerciales, técnicos y financieros, así como la intensificación de los intercambios culturales, dan cuenta de un proceso que buscó proyectarse en múltiples niveles. Desde esta perspectiva, la política exterior de la administración Frei aparece no solo como una formulación programática, sino como una práctica en construcción, donde la acción de actores específicos jugó un papel de relevancia en su materialización.

Con todo, este proceso debe situarse en el contexto más amplio de la inserción internacional de Chile en la época. La apertura hacia el mundo socialista se desarrolló en paralelo a una relación que continuó siendo prioritaria con EE. UU. por razones geográficas, políticas y económicas. Del mismo modo, los intentos por fortalecer los vínculos con Europa occidental formaron parte de una estrategia de diversificación que no buscaba reemplazar esos ejes, sino complementarlos. Así, las relaciones con la URSS se integraron dentro de un esquema que, pese a su dinamismo, mantuvo sus rasgos fundamentales. Este encuadre no disminuye la importancia del acercamiento, pero sí permite precisar su alcance. Más que un quiebre en la orientación de la política exterior chilena, hubo una ampliación de sus márgenes de acción, en la que la diversificación de vínculos coexistió con continuidades fundamentales. La experiencia de Pacheco refleja precisamente esta lógica: un esfuerzo por abrir nuevos espacios de relación en un contexto definido por equilibrios que no podían ser alterados de manera sustantiva.

Al mismo tiempo, su gestión pone de relieve las tensiones propias de este tipo de iniciativas. La distancia entre las oportunidades identificadas en el terreno diplomático y la capacidad del Estado chileno para responder con la misma rapidez, particularmente en el ámbito económico, evidencia que la construcción de estos vínculos no es algo dado. En este punto, la política exterior aparece como un

campo donde la agencia de los individuos y las condiciones más amplias del Estado se entrecruzan de manera constante.

En definitiva, la misión de Máximo Pacheco en la URSS permite comprender la política exterior chilena en el gobierno de Eduardo Frei Montalva como un proceso que se desarrolló simultáneamente en distintos niveles: el de las definiciones estratégicas del Estado, el de las redes intermedias de interacción y el de las prácticas concretas de los actores. En esa superposición de escalas, la figura del embajador adquiere un valor explicativo central en tanto permite observar cómo los vínculos internacionales no solo se articulan desde arriba, sino también en los espacios de mediación, donde se experimentan, se adaptan y se construyen.

«Somos hermanos y hay un futuro común por construir». La delegación argentina al XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes (Moscú, 1985)*

Guadalupe Seia y Yann Cristal

1985 fue un año que sería recordado por décadas. Mientras en Argentina se juzgaba a los responsables máximos de la última dictadura, México se conmovía socialmente por un sismo de magnitud 8.1. Además, la Organización de las Naciones Unidas había dispuesto que 1985 fuera el Año Internacional de la Juventud, bajo el lema «Participación, Desarrollo, Paz». Así, en el tramo final de la Guerra Fría, este año tensionó la disputa por los sentidos y la representación de la juventud a escala internacional. Mientras la Iglesia Católica organizó las Jornadas Mundiales de la Juventud en Roma y la UNESCO el Congreso Mundial de la Juventud en Barcelona, la Federación Mundial de la Juventud Democrática (FMJD), parte de lo que Mikuláš Pešta denomina como la «red socialista transnacional», puso en marcha una nueva edición del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes (FMJE).[1] Con su cuadragésimo aniversario como trasfondo, el XII Festival tuvo su sede en Moscú, corazón geopolítico del bloque soviético, adonde viajaron más de 26.000 jóvenes de 157 países.

En Argentina, la juventud también había adquirido un protagonismo particular en el contexto de la llamada transición democrática. Ungidas como ejemplo de los nuevos tiempos democráticos, las juventudes políticas y el movimiento estudiantil argentinos estuvieron en el centro de la escena a la salida de la dictadura, en un clima de optimismo en relación a los procesos de

* Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT IN404626 «Actores, experiencia y política en la UNAM durante las últimas décadas del siglo XX» y al Proyecto FiloCyT FC25-090 «Cultura y política en la posdictadura: debates, conflictos y trayectorias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Argentina, 1983-1989)».

[1] Mikuláš Pešta, *Student Internationalism and the Global Cold War: The International Union of Students in Socialist Prague* (Londres: Bloomsbury Academic, 2026), 17-22.

cambio social en América Latina y el mundo.[2] En este contexto, se produjo una confluencia entre esa juventud activa y movilizada en el país y el megaevento juvenil de Moscú, con más de 160 jóvenes argentinos participando del encuentro. ¿Qué llevó a las juventudes políticas y al movimiento estudiantil argentinos a tomar el XII FMJE como una de sus principales actividades en los inicios de la transición democrática? ¿Cómo se organizó la delegación argentina? ¿Quiénes y por qué viajaron a Moscú? ¿Qué problemáticas llevaron y con qué debates y balances volvieron? ¿Cómo impactó la organización previa y el propio viaje en el movimiento juvenil y estudiantil argentino de los ochenta?

A partir de estos interrogantes, este texto busca contribuir a llenar una vacancia historiográfica. Hasta el momento, y sobre todo para el Cono Sur, han primado las investigaciones sobre la organización y movilización juvenil durante los largos años sesenta y en el marco de las dictaduras de la doctrina de la seguridad nacional. A la vez, en los trabajos que comenzaron a examinar los años ochenta, todavía no se ha profundizado lo suficiente en el vínculo entre elementos nacionales, regionales y globales. En este sentido, este texto busca aportar al conocimiento de cómo se entrelazaron, en la década de los ochenta, dos universos que tienden a aparecer desconectados: el de la transición a la democracia en el Cono Sur y el de la Guerra Fría. En el mismo sentido, analizar las experiencias argentinas en el XII FMJE nos ofrece una ventana para explorar los modos en que las militancias juveniles y estudiantiles, configuradas a la luz de la posdictadura, se insertaron en la escena global de esos años finales de la Guerra Fría.

Nuestro análisis se nutre de la triangulación entre bibliografía especializada y fuentes primarias como notas de prensa argentina, publicaciones oficiales del festival y la FMJD, y revistas y documentos de agrupaciones juveniles y estudiantiles de Argentina. A la vez, el texto se estructura en tres apartados. En el primero, realizamos una descripción breve del funcionamiento del XII Festival, mientras que en el segundo analizamos las características de la participación argentina en dicho evento. En el tercer segmento,

[2] Yann Cristal, *Pública y gratuita: El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires entre 1983 y 2001* (Buenos Aires: Eudeba, 2024), 85-141.

revisamos algunos balances y debates elaborados, desde Argentina, por quienes asistieron al mismo. A modo de cierre, planteamos algunas reflexiones finales.

El XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes

Los Festivales Mundiales de la Juventud surgieron en 1947 en Praga como una iniciativa masiva para fomentar la cooperación internacional tras la Segunda Guerra Mundial. Eran organizados formalmente por la Federación Mundial de la Juventud Democrática y la Unión Internacional de Estudiantes (UIE), aunque en la práctica constituyeron una estructura de diplomacia cultural coordinada y financiada estratégicamente por el Komsomol soviético. Koivunen describe que entre sus principales fines se encontraba proyectar una imagen de la Unión Soviética (URSS) como nación pacífica y progresista, movilizar a la juventud mundial bajo la retórica de la «paz y la amistad» y consolidar una red de solidaridad como contrapeso a la influencia estadounidense durante la Guerra Fría.[3] Estas celebraciones se realizaron mayoritariamente en capitales europeas del bloque socialista, como Budapest, Berlín, Bucarest, Varsovia, Sofía y Moscú.[4] No obstante, también hubo ediciones en otras capitales europeas no prosoviéticas, como Viena y Helsinki. A

[3] Pia Koivunen, *Performing Peace and Friendship: The World Youth Festivals and Soviet Cultural Diplomacy* (Berlín: De Gruyter, 2023).

[4] El VI FMJE que tuvo lugar en Moscú durante 1957 ha sido la edición que más atención académica ha concentrado. Se ha indagado sobre su carácter de herramienta de diplomacia en el marco de la Guerra Fría, el papel de diferentes delegaciones y la política de la URSS hacia ellas, la cuestión de género en los intercambios entre los y las jóvenes, y elementos de arte y cultura, entre otros. Al respecto, véase Pia Koivunen, «Friends, "Potential Friends", and Enemies: Reimagining Soviet Relations to the First, Second, and Third Worlds at the Moscow 1957 Youth Festival», en *Socialist Internationalism in the Cold War: Exploring the Second World*, ed. por Patryk Babiracki y Austin Jersild (Cham: Palgrave Macmillan, 2016), 219-247; Elizabeth Bishop, «Arabs at the 6th World Festival of Youth and Students: UGEMA in the USSR, 1957», *The Maghreb Review* 48, n.º 4 (2023): 424-442; Kristin Roth-Ey, «"Loose Girls" on the Loose? Sex, Propaganda and the 1957 Youth Festival», en *Women in the Khrushchev Era*, Studies in Russian and East European History and Society, ed. por Melanie Ilič, Susan Reid y Lynne Attwood (Londres: Palgrave Macmillan, 2004), 75-95; Emily Wilcox, «When Folk Dance Was Radical: Cold War Yangge, World Youth Festivals, and Overseas Chinese Leftist Culture in the 1950s and 1960s», *China Perspectives*, n.º 1 (2020): 33-42.

pesar de los intentos —hubo dos ediciones canceladas que iban a tener sede en Accra y Argel, respectivamente—, la única edición que se realizó por fuera de Europa fue la undécima, en 1978, que tuvo La Habana como sede.[5]

Los festivales han sido caracterizados por Koivunen como «mega eventos» debido a su escala masiva (entre 10.000 y 34.000 delegados), su impacto transformador sobre el entorno de las ciudades anfitrionas y la extensa cobertura mediática que tuvieron debido a su importancia internacional. La autora sostiene que los festivales constituyeron un artefacto cultural único, resultado de una amalgama de influencias tales como la cultura de masas soviética, el movimiento scout, las ferias mundiales y los Juegos Olímpicos.[6] Este producto fue una pieza clave de la diplomacia cultural soviética para difundir una imagen atractiva del socialismo. Más allá de los objetivos oficiales, destaca Pešta, los festivales funcionaron como espacios de encuentro masivo entre jóvenes del Este, el Oeste y el Sur Global. En este sentido, el autor matiza la consideración de los festivales como meros escenarios de la disputa entre las superpotencias para analizar la diversidad de intercambios, debates y vínculos que podían surgir en ese marco.[7]

El XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, celebrado en Moscú del 27 de julio al 3 de agosto de 1985, es definido por Popov como el «último mega evento soviético» de importancia planetaria y una herramienta clave de diplomacia cultural en la etapa final de la Guerra Fría.[8] Con la participación de 26.000 delegados de 157 estados, afirma, el evento buscó proyectar una imagen de apertura y modernidad bajo el liderazgo de Mijaíl Gorbachov. Asimismo, Popov sostiene que el discurso antiimperialista sustituyó

---

[5] Sobre ese evento, véase Pablo Vommaro, «La producción social de las juventudes en tiempos de Guerra Fría: discursos y sentidos en el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes», en *América Latina: bajo la sombra de la Guerra Fría*, ed. por Alejandro Schneider (Buenos Aires: Teseo, 2021), 257-284.

[6] Pia Koivunen, «The World Youth Festival as a Soviet Cultural Product during the Cold War», *Quaestio Rossica* 8, n.º 5 (2020): 1612-1628.

[7] Pešta, *Student Internationalism*.

[8] A. D. Popov, «The Last Soviet Mega Event: The XII World Festival of Youth and Students in 1985 in Moscow», *Modern History of Russia* 8, n.º 4 (2018): 1017-1031.

la retórica sobre la construcción del comunismo y sus virtudes presente en la edición de 1957. En esa línea, el lema oficial del evento fue «¡Por la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad!».

Durante el festival, funcionaron 15 centros temáticos diseñados para que los delegados discutieran y analizaran los problemas más apremiantes de la época, entre ellos, la guerra nuclear, el colonialismo, el racismo y el apartheid, el imperialismo cultural, el desempleo juvenil, la crisis económica y de la deuda externa, la discriminación de las mujeres jóvenes en el trabajo, la educación, la salud y la vida política, la crisis ecológica y la explotación infantil. Los mencionados centros también debatieron sobre la lucha antiimperialista, el Año Internacional de la Juventud, la democratización de la educación, el deporte y el turismo. Asimismo, durante cada día del festival se desarrolló un mitin dedicado a alguna de esas temáticas.[9]

Los espacios de discusión fueron complementados por actividades recreativas, talleres culturales, espectáculos artísticos y competencias deportivas. Entre esos eventos se destacó la conferencia de prensa con cosmonautas de 9 países, que incluyó una conexión en vivo con la estación orbital Salyut 7, una partida simultánea de ajedrez en 1.000 tableros contra el campeón mundial Anatoly Karpov y 50 grandes maestros. También se desarrolló el llamado «bazar internacional de solidaridad» para recaudar dinero para el Fondo Internacional de Solidaridad a través de la venta de artículos y recuerdos.[10]

Dos de las actividades salientes de esta edición fueron la «Tribuna Libre» y el «Tribunal Antiimperialista». La primera fue concebida por la organización del evento como un espacio para el intercambio informal de opiniones y materiales sobre las actividades de diversas

[9] Comité Preparatorio Internacional (CPI), *Programme of the 12th World Festival of Youth and Students* [Programa del festival], 1985, IV Reunión del CPI, Moscú, URSS, Historical Archives of the European Union, Council of European National Youth Committees, Carpeta CENYC-0089.

[10] Federación Mundial de la Juventud Democrática, *World Youth: XII World Festival of Youth and Students* [Edición especial] (Budapest: WFDY, 1985), Historical Archives of the European Union, Council of European National Youth Committees, Carpeta CENYC-0089.

organizaciones juveniles y estudiantiles. Se buscaba promover una «atmósfera constructiva» para la discusión por fuera del temario oficial. Sin embargo, coinciden Pešta y Popov, el Estado mantuvo un estricto control para limitar el impacto de los discursos críticos, por ejemplo, sobre la situación en Afganistán. Así, se negaba el uso de la palabra a ciertas delegaciones, sus exposiciones no eran traducidas de forma completa o correcta y no eran reproducidas por los medios de comunicación locales.

Por su parte, el «Tribunal Antiimperialista» operó mediante un sistema de audiencias formales llevadas a cabo en el Hotel Kosmos de Moscú. Las sesiones contaron con la participación de expertos y miembros de delegaciones nacionales e internacionales, quienes presentaron denuncias sobre temas como el militarismo, el racismo, la opresión económica y la explotación infantil. El procedimiento permitía a los asistentes realizar preguntas y aportaciones breves para profundizar en los problemas discutidos. La coordinación del tribunal estuvo a cargo de un grupo de nueve jóvenes que supervisaron los debates durante los tres días que duró la actividad. Finalmente, el proceso concluyó con la presentación de un informe en la sesión de clausura que responsabilizó al imperialismo por la pobreza, la miseria y la violación de los derechos humanos. En línea con lo planteado por Popov, el Tribunal supuso una clara expresión de la reconfiguración del discurso soviético que continuó basado en la idea de la confrontación entre dos sistemas y dos polos ideológicos, pero que la oposición ya no se formulaba como «comunismo contra anticomunismo», sino como «antiimperialismo contra imperialismo».

La delegación argentina

Al momento del XII Festival, Argentina atravesaba una etapa particular de su historia reciente: la llamada transición democrática, cuyo hito más significativo fue el fin de la última dictadura y el inicio de un nuevo ciclo constitucional en diciembre de 1983. En el contexto de la apertura democrática, las juventudes políticas argentinas y el movimiento estudiantil tuvieron un rol muy destacado en la denuncia de la dictadura, con fuertes movilizaciones que impactaron en la agenda política nacional, particularmente en el

terreno universitario, donde el estudiantado logró revertir los cupos y aranceles impuestos por el gobierno de facto.[11]

En el marco del Año Internacional de la Juventud, el Poder Ejecutivo Nacional, a cargo de Raúl Alfonsín, dispuso en 1985 la creación de la Dirección Nacional de Juventud, dependiente de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia, subordinada a su vez al Ministerio de Salud y Acción Social, junto al Comité Nacional de Coordinación para el Año Internacional de la Juventud. Como ha señalado González, desde el gobierno nacional se adhirió a las líneas de acción que proponía la ONU sobre el sujeto joven: había que producir información sobre el mismo para poder diseñar políticas de protección y cuidado adecuadas luego de años de persecución y represión perpetradas desde el Estado durante la última dictadura.[12]

A la vez, durante los años finales de la dictadura, las juventudes de los principales partidos políticos argentinos habían conformado el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO), que tuvo un protagonismo destacado en los inicios de la transición. El MOJUPO delineó un programa particular que, por un lado, se distanciaba de la «violencia» de los setenta y, por otro, retomaba consignas de aquellos años, como la de «liberación nacional», integrada ahora a la «defensa de la democracia». Una serie de referencias internacionales, como la defensa del proceso revolucionario nicaragüense y la denuncia de la dictadura de Pinochet en Chile, se amalgamaban dentro de un cuadro de optimismo, unidad y movilización juvenil de contenido social y antiimperialista, en el que la combinación de las nociones de democracia y liberación definía nuevos horizontes de sentido.[13] Fue justamente en este marco en el que se llevó

---

[11] Cristal, *Pública y gratuita*, 35-44.

[12] Alejandra González, «El I Año Internacional de la Juventud (1985): Argentina entre lo global y lo local», *Passagens: Revista Internacional de História Política e Cultura Jurídica* 8, n.º 1 (2016): 40-61. Véase también Valeria Manzano, *Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2025), 206-212. Manzano destaca, por ejemplo, la realización del Primer Encuentro Nacional y Multisectorial de la Juventud, impulsado por el gobierno de Alfonsín, y llevado a cabo en Córdoba, en mayo de 1985, con la asistencia de 1200 delegados de todo el país. Este encuentro, en el que participó activamente el MOJUPO (al que nos referimos a continuación), se entrelazó con los preparativos al Festival de Moscú.

[13] Cristal, *Pública y gratuita*, 66-83.

adelante la organización de la delegación al XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.

El puntapié inicial fue la creación de un Comité Nacional Preparatorio en 1984, cuya coordinación recayó en el MOJUPO y en la recientemente reorganizada Federación Universitaria Argentina (FUA), para la que este viaje constituyó una de sus primeras grandes actividades. Ese mismo año, representantes de juventudes argentinas participaron de las reuniones internacionales preparatorias llevadas a cabo en La Habana, Atenas y Sofía, lo que evidenciaba la inserción del movimiento estudiantil y juvenil argentino en redes juveniles globales, vinculadas, por ejemplo, a la Organización Caribeña y Latinoamericana de Estudiantes y la Unión Internacional de Estudiantes.

Desde inicios de 1985, el Comité lanzó distintos llamamientos a las juventudes del país a sumarse a la organización de la delegación y a desplegar «un sinnúmero de iniciativas preparatorias que —bajo el lema de este XII Festival— fortalezcan la lucha mancomunada de nuestra generación por la Democracia, la Justicia Social y la Liberación Nacional».[14] En estos documentos se ponía de relieve la agenda propia que la delegación argentina pretendía llevar al Festival:

> La juventud argentina llevará al XII Festival la necesidad de una Campaña Internacional por el retiro de la Base Militar de la OTAN en Malvinas y por la Soberanía Argentina; así como los problemas derivados de la deuda externa, las presiones de la Banca Internacional, etc.
>
> La Unidad Latinoamericana para hacer frente a la presión imperialista, la solidaridad con Chile y Nicaragua, y la solidaridad con la lucha de la Juventud argentina por

[14] Comité Nacional Preparatorio del XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, *Llamamiento* [Boletín], 1985, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI), Buenos Aires, Serie AR ARCEDINCI COL-002.1-Carpeta 31.

> consolidar la democracia hacia la Liberación Nacional serán aspectos claves de nuestra participación.[15]

Al mismo tiempo, la conformación del Comité y el posterior armado de la delegación se llevaron adelante en un marco amplio, plural y de unidad. La Federación Juvenil Comunista (FJC) era claramente una de las principales impulsoras de la iniciativa, pero esta no se restringió a ella. Otras juventudes políticas, como la Juventud Radical (JR, que conducía la FUA), la Juventud Peronista (JP) y la Juventud Intransigente (JI), tuvieron una participación muy activa, al igual que diversos organismos. Esto puede verse en las firmas del primer llamamiento, que incluyen a juventudes políticas (las mencionadas, más las Juventudes Demócrata Cristiana, Socialista Argentina y Socialista Popular); federaciones estudiantiles (FUA, las federaciones universitarias de Buenos Aires, La Plata y Rosario, y las de Secundarios y Terciarios); sindicatos (Actores, Telefónicos, Farmacia, Estatales, Aeronáuticos, Judiciales) e instituciones (como centros de excombatientes de Malvinas y organismos de Derechos Humanos).[16] Se impulsaron además alrededor de veinte comités locales y provinciales, entre ellos en Quilmes, La Matanza, Morón, San Martín, Rosario, Corrientes, La Pampa, Esquel, San Juan, Mendoza y Córdoba.[17] En este contexto, se subrayaba que «el Festival es la actividad del Movimiento Juvenil Argentino más importante en el Año Internacional de la Juventud».[18] Es indudable que estas organizaciones veían en el Festival una oportunidad para desplegar un programa amplio de contenido democrático y antiimperialista.

Las actividades impulsadas por el Comité tuvieron como objetivo tanto la difusión del evento y su organización (en particular la recaudación de fondos) como la promoción de aquella línea política en sí. Entre estas actividades, se cuentan la difusión de un boletín

---

[15] Comité Nacional Preparatorio del XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, *Hacia el XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes* [Documento], 1985, Archivo Histórico de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Colección Centros de Estudiantes – FUL – FUA.

[16] En un llamamiento posterior aparecen nuevas federaciones (Córdoba, Mendoza) y agrupamientos del ámbito cultural y deportivo.

[17] Comité Nacional Preparatorio, *Llamamiento*.

[18] Comité Nacional Preparatorio, *Hacia el XII Festival*.

con la historia de los Festivales Mundiales, su programa y otras cuestiones; y diversos festivales, recitales y actividades culturales, muchos de ellos con músicos reconocidos que, como veremos, luego viajarían también al Festival. Varios eventos tuvieron lugar en distintas provincias, como los dos festivales de música popular realizados en Mendoza y el recital del cantautor nicaragüense Carlos Mejía Godoy en Córdoba, con más de cinco mil personas. El acto de despedida a los delegados tuvo lugar en el Teatro San Martín de Buenos Aires, con la presencia de dirigentes políticos de diversos partidos y del entonces secretario de Cultura de la Ciudad, Pacho O'Donnell. La publicación oficial de la FJC consignaba que, antes del viaje, se habían efectuado 150 actividades en todo el país.[19]

Para la selección de los delegados, el Comité establecía que cada delegado debía ser avalado «por su organización respectiva y también por las iniciativas y actividades preparatorias de la organización que representa, la que además le costeará el costo del viaje».[20] Se trataba, así, de una organización de tipo federativo, con actividades comunes, pero en la que el financiamiento del viaje recaía, en última instancia, sobre cada organización.

La amplitud y relevancia de la delegación puede verse en su número: unos 160 delegados, provenientes de todas las organizaciones antes mencionadas, viajaron a Moscú. Destacan, en primer lugar, los representantes de las juventudes políticas, entre ellos los secretarios generales de la JR, la JP, la JI y la FJC. Sin contar con un relevamiento exhaustivo, es posible ilustrar la magnitud con algunos casos, como el de la JI, que envió 18 delegados. Junto a ellos, viajaron también 24 representantes de la FUA y de federaciones universitarias regionales, 11 dirigentes de la Federación de Estudiantes Secundarios de distintas provincias, representantes de 24 sindicatos, miembros de organismos de derechos humanos (entre ellos, dos Abuelas de Plaza de Mayo) y excombatientes de Malvinas. Asimismo, viajaron periodistas como Eduardo Aliverti, Alfredo Leuco y Norberto Colominas, y músicos y personalidades de la cultura como León Gieco, Antonio Tarragó Ros, Juan Carlos

[19] «Allá vamos», *Aquí y ahora la juventud*, n.º 67 (julio de 1985): 10, CeDInCI, Serie AR ARCEDINCI COL-002.1-Carpeta 31.
[20] Comité Nacional Preparatorio, *Hacia el XII Festival.*

Baglietto, Víctor Heredia, Horacio Guarany y Litto Nebbia. Según la FJC, fue la «delegación [argentina] más representativa en toda la historia de los festivales».[21]

Cabe destacar el fuerte componente masculino de la delegación, siguiendo una tendencia muy marcada en el movimiento estudiantil y juvenil de los ochenta.[22] Por caso, los 18 delegados de la JI eran varones en su totalidad. Si bien muchas mujeres militaban en estos espacios, los lugares de dirección estaban reservados a los hombres, y esto se expresó en la conformación de la delegación.

Luego de meses de preparación, hacia fines de julio de 1985, dio inicio el viaje. El trayecto fue muy prolongado, con tres escalas (Recife, Dakar, Argel). La distancia y el cruce hacia el Bloque del Este convertían el viaje en casi una proeza para muchos de los participantes. El músico Juan Carlos Baglietto, por ejemplo, dijo antes de partir: «Es increíble. No puedo entender todavía cómo puede ser eso [irse a Moscú] (…) nunca me imaginé que yo iba a cantar allí».[23] Ya en la capital soviética, la primera impresión fue de asombro ante la grandiosidad del evento. La publicación de la JI describió el espectáculo inaugural con «casi diez mil hombres del Batallón de Ingenieros del Ejército Rojo» en las tribunas y «60.000 konsomoles (jóvenes soviéticos) destacados a velar que todo fuera perfecto».[24]

La delegación argentina tuvo una participación activa durante el Festival. Llevó un documento unitario titulado «Por la solidaridad antiimperialista, por la Paz y la Amistad, por la Unidad Latinoamericana para la Liberación», dirigido a las demás delegaciones en tono fraterno, que finalizaba con la frase: «somos hermanos y hay un futuro común por construir».[25] Algunas organizaciones llevaron, además, sus propios materiales, como la JI,

---

[21] «Allá vamos», 10.
[22] Cristal, *Pública y gratuita*, 105-106.
[23] «Reportaje a Juan Carlos Baglietto», *Aquí y ahora la juventud*, n.º 63 (mayo de 1985), CeDInCI, AR ARCEDINCI COL-002.1-Carpeta 31.
[24] «XII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes», *Luchar tan importante como vencer*, n.º 12 (septiembre de 1985): 10, CeDInCI, Serie SHB/CPA C1/10-7.
[25] «El documento argentino», *Luchar tan importante como vencer*, n.º 12 (septiembre de 1985): 10, CeDInCI, Serie SHB/CPA C1/10-7.

que distribuyó 6.000 ejemplares de su folleto desplegable «rojo y negro» redactado en español, inglés y francés.[26] A la vez, la delegación argentina participó en diez de los quince centros temáticos del Festival —entre ellos «Paz y Desarme», «Solidaridad Antiimperialista», «Juventud Trabajadora» y «Estudiantil»— y mantuvo 16 encuentros bilaterales «oficiales» con delegaciones de distintos continentes.[27] Por su parte, las juventudes de los organismos de derechos humanos llevaron al Tribunal Antiimperialista una moción en favor de que se declarara la desaparición forzada de personas como crimen de lesa humanidad. Asimismo, allí los excombatientes de Malvinas denunciaron la ocupación inglesa de las islas. Por último, dirigentes de distintas juventudes políticas se reunieron con Carlos Carrión, coordinador de la Juventud Sandinista, para invitarlo a la Argentina, mientras los músicos invitados participaron en distintas presentaciones y recitales.[28]

La experiencia del viaje, el contacto con miles de jóvenes y el acercamiento a realidades de todos los rincones del planeta tuvieron un alto impacto en la subjetividad de los participantes. El músico Antonio Tarragó Ros narraba: «la experiencia del viaje nos ha sobrepasado a todos. En el cierre, yo me pasé llorando y al salir queríamos comentar con los compañeros y era imposible, nos poníamos a llorar de nuevo».[29] Con estas sensaciones, los más de 160 delegados argentinos regresaron al país a inicios de agosto de 1985.

Balances y debates

El Festival prácticamente no tuvo cobertura en los grandes medios de prensa argentinos. *Clarín*, por caso, apenas le dedicó un recuadro en su edición dominical.[30] No obstante, existieron balances en los

[26] «XII Festival Mundial», 10.
[27] Ibíd.
[28] «Ocho días que conmovieron al mundo», *Aquí y ahora la juventud*, n.º 68 (agosto de 1985): 10-13, CeDInCI, Serie AR ARCEDINCI COL-002.1-Carpeta 31.
[29] «Obligación de ser solidarios», *Luchar tan importante como vencer*, n.º 12 (septiembre de 1985): 11, CeDInCI, Serie SHB/CPA C1/10-7.
[30] «Encuentro de juventudes en Moscú», *Clarín*, 28 de julio de 1985, 26.

periódicos de distintas juventudes políticas, en el diario *La Voz* y en revistas político-culturales como *El Periodista*, *El Porteño* y *Humor*. En el marco de una valoración positiva del Festival, en donde se destacaba su magnitud, la cantidad de delegaciones y jóvenes presentes y la unidad lograda, en estas publicaciones también podían entreverse ciertos debates. Nos interesa hacer foco en dos de ellos, como expresión de las tensiones que atravesaban los movimientos juveniles argentinos, en particular en cuanto a sus referencias internacionales, en el tramo final de la Guerra Fría.

Un primer debate, presente en el Festival, tuvo que ver con la intervención rusa en Afganistán, iniciada varios años antes. El balance de la JI sobre el evento destacaba que «los soviéticos tuvieron que tragarse algunos bocados demasiado grandes para cualquier garganta» en relación a esta cuestión.[31] Para las fuerzas políticas no alineadas con Moscú, como la JI, una intervención militar en otro país se contraponía con las consignas de autodeterminación y liberación de los pueblos que se enarbolaron en el Festival. Este debate estuvo presente a nivel más general en el evento, a pesar del estricto control ejercido por las autoridades, como se señaló previamente. La crónica de Norberto Colominas en *El Periodista de Buenos Aires* citaba, por ejemplo, testimonios críticos de delegados internacionales, como el del secretario de la Federación Juvenil Comunista Italiana, Pietro Folena, quien planteó en una de las comisiones del Festival que «la distensión hubiera sido más sólida si la URSS no hubiera invadido Afganistán, transgrediendo los principios de soberanía nacional, inviolabilidad de las fronteras y derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». Por su parte, según la nota, la sueca Katarina Larsson se dirigió a los delegados rusos sin medias tintas: «Las bombas de ustedes no son mejores para los afganos de lo que fueron las bombas norteamericanas para los vietnamitas».[32] Estas críticas daban cuenta de debates profundos en las izquierdas a nivel internacional en los años ochenta, incluso en aquellos sectores que podían tener algún grado de simpatía o acercamiento hacia la URSS, y que sin dudas impactaron sobre las juventudes políticas argentinas.

---

[31] «XII Festival Mundial», 10.

[32] Norberto Colominas, «Moscú: El periodista que volvió del verano», *El Periodista de Buenos Aires*, n.º 50 (agosto de 1985): 29-31.

El segundo debate tuvo que ver con la situación interna de la URSS. Los distintos balances permitían entrever que, detrás de la grandiosidad del evento, la crisis económica y política que atravesaba la Unión Soviética, y que haría eclosión hacia el final de la década, era indisimulable. Por ejemplo, la crónica de Eduardo Aliverti en *El Porteño*, con un tono muy elogioso del Festival, pero un poco más crítico hacia la URSS, señalaba «las colas gigantescas que se forman ante cada tienda, ante cada supermercado» en Moscú.[33] Este hecho, incluso, no pasó inadvertido en el propio periódico de la FJC, en el que el tema de «las colas» apareció en una entrevista a los delegados argentinos. Si bien el entrevistador y los entrevistados buscaban relativizar la gravedad del tema, no deja de llamar la atención que se lo mencionara en el diario juvenil del partido argentino más alineado con Moscú.[34]

Por su parte, la revista *Humor* apelaba al sarcasmo y la burla para referirse a esa situación de crisis. En una reseña del Festival, se parodiaba la canción de Litto Nebbia «Solo se trata de vivir», con una canción apócrifa titulada «Solo se trata de producir», cuya letra decía: «Dicen que laburando se fortalece la producción / y el hacer nuevos productos / hace alegrar al gran Buró / Ojalá que esto pronto suceda / porque nos tienen a promesas / desde Nikita Krushov (…) El Soviet Supremo está cabrero / porque no vamos primeros / como en los tiempos de Yuri Gagarin / Ojalá que esto pronto suceda / y le podamos ganar a Reagan / en el Cosmos otra vez».[35]

La comparación entre los años ochenta y «los tiempos de Yuri Gagarin» nos habla, desde el humor político, de una sensación de relativa decadencia que sin dudas impactó también en las percepciones de la delegación argentina. Así, mientras en otros momentos del siglo XX la construcción socialista en la URSS había sido una referencia global para gran parte de las izquierdas, ahora

---

[33] Eduardo Aliverti, «Moscú y los marcianos argentinos», *El Porteño*, n.º 45 (septiembre de 1985): 22-23.
[34] «El periodismo entrevistado», *Aquí y ahora la juventud*, n.º 69 (agosto de 1985), CeDInCI, Serie AR ARCEDINCI COL-002.1-Carpeta 31.
[35] «ChernenRock», *Humor*, n.º 156 (agosto de 1985).

los relatos de viaje dejaban entrever, hasta cierto punto, el inicio del declive soviético.

A modo de cierre, en los balances sobre el Festival, junto a sus aspectos destacados, podían leerse también discusiones profundas. A pesar del optimismo juvenil de los primeros años de la transición en Argentina y de los grandes discursos antiimperialistas enarbolados en torno al Festival, el panorama nacional e internacional de mediados de los ochenta aparecía cada vez más complejo para las juventudes progresistas y de izquierda.

Conclusiones

Después de Canberra, Wellington y otras capitales de Oceanía, Buenos Aires es, junto a Santiago, la capital más alejada de Moscú en todo el planeta. Y sin embargo, superando esa gran distancia, Argentina envió al XII FMJE la delegación más numerosa de su historia en los festivales, con más de 160 delegados que participaron de forma activa en la mayor parte de las instancias de aquel megaevento.

No es posible comprender cabalmente este fenómeno sin entender el contexto de efervescencia que significó la salida de la última dictadura en nuestro país, momento en que las juventudes políticas y el movimiento estudiantil esbozaron un programa unitario, donde la defensa de la democracia se intersecaba con ideas vinculadas a la liberación nacional. En este marco, estos actores vieron en el Festival una oportunidad para desplegar aquel programa a través de un eje común que permitía vertebrar múltiples iniciativas. En el mismo sentido, las juventudes buscaron llevar al Festival una agenda propia en la que se combinaban la denuncia de la última dictadura, de la deuda externa y de la ocupación inglesa en Malvinas, con la reivindicación de la unidad latinoamericana frente al imperialismo.

La amplitud de la delegación argentina fue posible también gracias al cambio de eje operado en el llamamiento del propio Festival, desde la «defensa del campo socialista», característica de ediciones anteriores, hacia la «unidad antiimperialista» de esta convocatoria. Este desplazamiento, que buscaba ampliar el marco de alianzas de

la URSS en el contexto de la Guerra Fría, fue particularmente oportuno para la Argentina, donde a la FJC, una de las impulsoras históricas del evento, se sumaron múltiples agrupaciones y organismos, que encontraban en el Festival puntos de acuerdo cercanos a los que ya unían a las juventudes en el país.

La presencia argentina en el Festival fue relevante también en un marco en el que Latinoamérica había pasado al centro del debate internacional. En particular, la cuestión de Centroamérica fue uno de los principales nudos en la disputa geopolítica de la Guerra Fría de los ochenta, con Nicaragua como epicentro. No casualmente, el cierre del Festival estuvo a cargo de Carlos Carrión, de la Juventud Sandinista. Esta presencia latinoamericana acortó de algún modo la sensación de lejanía que implicaba un viaje tan distante, y situó a la delegación argentina como representante no solo del país, sino de una región en la que los pueblos enfrentaban al imperialismo.

Finalmente, el año 1985, momento de fuertes disputas sobre los significados y roles de la juventud en torno al Año Internacional declarado por la ONU, marcó también un punto de quiebre para las juventudes políticas y el movimiento estudiantil argentinos. Hasta ese año, la reciente salida de la dictadura militar y el avance de procesos latinoamericanos como el de Nicaragua sentaron las bases para la unidad y las esperanzas en el cambio social. A partir de entonces, no obstante, la crisis y las medidas de ajuste del gobierno de Alfonsín iniciaron un proceso de ruptura en la unidad previa, al tiempo que el desencanto creciente con la democracia reinstaurada y la ofensiva de Reagan a nivel internacional deshacían poco a poco el optimismo previo (los debates que reseñamos en el propio Festival mostraron algunos de los síntomas de ese declive). Así, el Festival de 1985 marcó uno de los momentos culminantes en los que las juventudes políticas argentinas y el movimiento estudiantil de los ochenta buscaron expresar un programa propio, basado en la articulación entre los horizontes de la democracia y la liberación. Al mismo tiempo, quizá representó la última gran iniciativa unitaria de ese programa. Si, al decir de Popov, el XII Festival fue el último «mega evento soviético», también pudo haber sido el último acontecimiento de envergadura para el Movimiento de Juventudes Políticas durante la transición argentina.

La vitrina soviética en Argentina: diplomacia cultural y espectáculos de masas (1946-1991)*

Ximena Urtubia Odekerken

En diciembre de 1920, el manifiesto fundacional del Partido Comunista de la Argentina proclamó que «la Revolución Rusa es nuestra antorcha» y «sus principios son los únicos que pueden servir de base a las próximas revoluciones proletarias en todos los países».[1] Tal como ha estudiado Hernán Camarero, esta declaración condensó el fervor y la expectación que la insurrección de 1917 generó en buena parte de la izquierda y las vanguardias culturales en Argentina. El «fantasma maximalista» detrás de las combativas protestas de fines de los años diez, las redes de solidaridad de las décadas siguientes y la imagen heroica de la resistencia a la invasión nazi fueron las sucesivas caras de una misma matriz: la connotación inequívocamente revolucionaria del vínculo que la sociedad civil, organizada al margen del Estado, tuvo con Rusia y, luego, la Unión Soviética (en adelante, URSS).

Este capítulo retoma esa historia cuando ese vínculo se formalizó con el establecimiento de relaciones diplomáticas en junio de 1946. A partir de entonces, y hasta la disolución de la URSS en 1991, la iniciativa se desplazó hacia el Estado, las instituciones oficiales de intercambio cultural y, paulatinamente, hacia el mercado. El propósito de este capítulo es reconstruir ese inexplorado proceso para explicar cómo y por qué la connotación revolucionaria que lo soviético tuvo en sus orígenes fue cediendo terreno, a lo largo de cuatro décadas y media, a una lógica que combinaba prestigio, modernidad y espectáculo de masas.

* Agradecemos a Nelly Skliar y Carlos Garaycochea por concedernos una entrevista y facilitarnos el acceso a materiales que fueron valiosos para esta investigación.

[1] Citado en Hernán Camarero, *Tiempos rojos: el impacto de la Revolución Rusa en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017), 188.

El capítulo se organiza en tres apartados. El primero reconstruye la infraestructura institucional de la diplomacia cultural soviética en la posguerra y el modo en que esas instituciones oscilaron al ritmo de la política exterior argentina sin dejar de dirigirse, en lo esencial, a públicos ya afines al ambiente comunista. El segundo se detiene en dos episodios de mediados de la década de 1950 en los que, bajo los gobiernos de Juan Domingo Perón, la disputa pública sobre lo soviético se desplazó de las banderas revolucionarias a las credenciales de modernidad. El tercero recorre las últimas tres décadas del período, cuando empresas privadas convirtieron el ballet, el circo y la música proveniente de la URSS en espectáculos capaces de llegar a públicos masivos. La conclusión retoma estos tres movimientos para argumentar que la desideologización de lo soviético nunca se completó del todo.

Las instituciones culturales de la URSS durante la posguerra

El ascenso del peronismo al poder, tras las elecciones de 1946, trajo consigo un giro en la política exterior argentina. El gobierno de Juan Domingo Perón promovió una estrategia diplomática autónoma frente al conflicto geopolítico que marcó el escenario internacional tras el término de la Segunda Guerra Mundial. La llamada doctrina de la Tercera Posición, aun cuando partía del reconocimiento cultural y geográfico de la Argentina en el Bloque Occidental, rechazaba la total subordinación a los intereses estadounidenses, promovía la integración con los países vecinos y descartaba la participación argentina en conflictos bélicos o económicos que comprometieran la seguridad nacional. Así, la política exterior del gobierno argentino habilitó nuevos ejes de posicionamiento internacional desde propósitos nacionalistas. Uno de ellos fue el establecimiento de las relaciones bilaterales con la URSS en junio de 1946.

La fundación del Instituto Cultural Argentino-Ruso (ICAR) en Buenos Aires fue fruto de este acercamiento. De perfil apolítico, su misión estuvo centrada en la difusión de los éxitos de la URSS y el estudio de las instituciones políticas y el orden social de ese país. Según Mario Rapoport, agrupó principalmente a figuras culturales y científicas, muchas de ellas vinculadas al Partido Comunista de la

Argentina (PCA).[2] En sus primeros años, el ICAR desarrolló una intensa actividad cultural, además de ofrecer cursos de idioma ruso, viajes a la URSS y el acceso público a su biblioteca especializada. Como da cuenta su revista *Argentina y la URSS*, esta institución organizaba periódicamente conciertos y ciclos de conferencias sobre distintos aspectos de la vida cultural, la sociedad y la economía de ese lejano país. No obstante, para el trigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, el ICAR montó en su sede (ubicada en Maipú 735) una primera exposición fotográfica liberada a todo público. En la inauguración, el psiquiatra Jorge Thénon dictó una charla que contó con la presencia del embajador soviético Mijaíl Sergeyev.[3] Desde el 7 de noviembre hasta el 31 de diciembre de 1947, se exhibieron fotografías traídas especialmente desde la URSS. La notable concurrencia motivó la elaboración de un álbum basado en la muestra.[4]

A partir de 1949, la actividad del ICAR tendió a reducirse. De acuerdo con Rapoport, en la institución repercutió negativamente el enfriamiento de las relaciones argentino-soviéticas, a propósito del relativo alineamiento estratégico del gobierno peronista con el Bloque Occidental frente a la primera crisis de Berlín y la guerra de Corea[5]. En febrero de 1953, la reunión en el Kremlin entre Stalin y el embajador argentino, Leopoldo Bravo, representó un nuevo giro en la política exterior peronista ante la necesidad de buscar nuevos socios comerciales. Según el reporte de la entrevista, en efecto, Bravo expresó la voluntad de Perón por estrechar vínculos económicos y diplomáticos.[6] Así, la firma del Convenio sobre Comercio y Régimen de Pagos fue de la mano con la refundación de ICAR en el Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS (IRCAU) en agosto de ese año. A los pocos meses, la primera actividad pública de esta institución expresó el renovado impulso

---

[2] Mario Rapoport, «Argentina and the Soviet Union: History of Political and Commercial Relations (1917-1955)», *Hispanic American Historical Review* 66, n.° 2 (1986): 264.

[3] «Festejóse el 30 aniversario de la Gran Revolución Socialista», *Argentina y la URSS*, n.° 1 (noviembre de 1947): 45.

[4] «Noticias del Instituto», *Argentina y la URSS*, n.° 2 (enero de 1948), última página.

[5] Rapoport, «Argentina and the Soviet Union», 264.

[6] Archivo Histórico de la Cancillería (Argentina), telegrama cifrado recibido sobre la entrevista Bravo-Stalin, Moscú, 7-8 de febrero de 1953.

que, a partir de entonces, adquirió el intercambio cultural entre ambos países.

El 10 de octubre de 1953 se realizó, en la sede ubicada en Buenos Aires (Solís 1230), el «Gran Acto Público por la Amistad de los Pueblos Argentino y Soviético». Este evento contó con intervenciones de destacados oradores, además de la presentación del coro dirigido por el maestro Miguel Guerberof. En discurso de apertura, el presidente de IRCAU, Manuel G. Armengol, reafirmó que «el Instituto se propone seguir difundiendo la verdad de las realizaciones soviéticas y hacer conocer el aporte argentino, contribuyendo así a hacer más fructífero el esfuerzo conjunto, la obra en favor del progreso y el bienestar de todos los pueblos».[7] Por su parte, Atilio Reggiani, médico y vicepresidente de IRCAU, destacó el aporte de la institución en la nueva etapa: «Nosotros llevamos adelante nuestra tarea, empujándola y empujados también por los acontecimientos. Este acto de hoy, marca un jalón y su significado es que el intercambio cultural con la Unión Soviética ha dejado de ser una posibilidad para transformarse en una necesidad imprescindible. Su consumación se hará con nuestro esfuerzo o a pesar nuestro».[8] Para finalizar, el Primer Secretario y Agregado Cultural de la Embajada Soviética, Dimitri Diakonov, anunció el próximo viaje a la URSS de la primera delegación argentina.[9] Esta delegación estuvo conformada por intelectuales, profesionales y artistas —en su mayoría, conocidas personalidades del ambiente cultural comunista, como Héctor P. Agosti, Raúl González Tuñón, Luis Gudiño Kramer, Jorge Thénon y Luis Falcini—, además de algunas autoridades de IRCAU.[10]

[7] «Gran acto público por la amistad de los pueblos argentino y soviético», *Argentina y la U.R.S.S. Informativo del Instituto de Relaciones Culturales*, n.° 2 (diciembre de 1953): 28.

[8] «Habla el Dr. Atilio Reggiani», *Argentina y la U.R.S.S. Informativo del Instituto de Relaciones Culturales*, n.° 2 (diciembre de 1953): 30.

[9] «El acto del Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 20 de octubre de 1953.

[10] «Los miembros de la delegación argentina que visitan la U.R.S.S.», *Argentina y la U.R.S.S. Informativo del Instituto de Relaciones Culturales*, n.° 2 (diciembre de 1953): 32-34.

En los años sucesivos, el IRCAU amplió su alcance territorial. Con la fundación de filiales en Rosario, Córdoba, Santa Fe, Mendoza y Bahía Blanca, esta institución llegó a importantes ciudades del interior a fines de la década. Según las noticias reportadas en la revista del IRCAU, renombrada *Argentina-U.R.S.S.*, en estas sedes se efectuaron actividades similares a las de la central porteña. En diciembre de 1958, por ejemplo, la revista informó que en Santa Fe se montó una exposición de libros soviéticos cuya conferencia inaugural, dedicada al realismo socialista en la literatura, estuvo a cargo del escritor Gudiño Kramer.[11] Por su parte, también se leía que la filial cordobesa organizó una mesa redonda con figuras de la cultura que viajaron recientemente a la URSS, además de una jornada de cine soviético y una velada folclórica que contó con la participación de artistas argentinos y ucranianos.

Sobre esta base federal, el IRCAU fue desarrollando una vasta labor que materializó los distintos ejes de la diplomacia cultural soviética. En el ámbito de las ciencias y las artes, la organización de conferencias fue complementada por una biblioteca y una librería con catálogos cada vez más nutridos de publicaciones propias. La Sociedad de Vínculos Culturales con el Extranjero, refundada en 1958 como la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y las Relaciones Culturales con Países Extranjeros (SSOD), siguió siendo el principal proveedor de revistas, libros, folletos y periódicos de la URSS que tuvieron las asociaciones e instituciones como el IRCAU.[12] A partir de esos materiales, se publicaron traducciones de artículos en las revistas especializadas del Instituto (por mencionar algunas, *Medicina Soviética*, *Cuadernos de Derecho* y *Cuadernos para la Juventud),* además de ediciones en español de libros académicos, manuales educativos y literatura. En particular, en el catálogo de IRCAU tuvieron una notable presencia los títulos científicos — representativos de la escuela pavloviana— como *El Cerebro Infantil* de Krasnogorsky y *Sobre el origen de la célula y la materia viva acelular* de Lepeshinskaia.

---

[11] «Por el mapa de la República», *Argentina-U.R.S.S.*, n.° 30 (diciembre de 1958): 14.

[12] Sin embargo, en Argentina la llegada de ese tipo de materiales también provino de la Distribuidora Rioplatense de Libros Extranjeros, una importadora vinculada a las redes editoriales del PCA.

Además de estas iniciativas, el repertorio de actividades del IRCAU incorporó expresiones menos crípticas para llegar a un público más amplio, capaz de atender a lecturas gráficas, sonoras y performativas. A través de su Departamento de Teatro, a fines de 1953 el Instituto amplió su oferta formativa —dominada por los cursos de idioma ruso— al incorporar «Cursos de Arte Dramático» bajo la dirección del actor Ricardo Passano, uno de los principales promotores del teatro independiente en Argentina.[13] En 1959, se creó una escuela y taller de títeres promovida por el conjunto del IRCAU, «Del Más y Mejor».[14] El Departamento de Cine, por su lado, organizó ciclos regulares de películas y documentales soviéticos, además de funciones especiales en salas de cine. En Buenos Aires, por ejemplo, la proyección del documental *Armenia Soviética* y el cortometraje *El país de los lagos* se realizó en la sede central a los pocos meses de la refundación.[15] Años después, se presentó en el cine Odeón de Rosario la película *Prólogo*, como parte de los homenajes al cuadragésimo segundo aniversario de la Revolución de Octubre.[16]

La consolidación institucional del IRCAU hizo posible el salto cualitativo. La visita de Aram Jachaturián entre agosto y septiembre de 1957, en efecto, fue una expresión nítida de la masividad que podían alcanzar los eventos demostrativos de lo soviético, aun cuando estuvieran mediados por una institución estatal y cultural. El compositor soviético, de origen armenio, llegó a Buenos Aires con una impronta que excedía lo estrictamente musical. Durante su estadía dirigió una temporada de conciertos al frente de la Orquesta Sinfónica Nacional, un hecho que Jachaturián enmarcó en la lógica de reciprocidad que el IRCAU promovió desde su fundación: «No he venido solamente a mostrar música soviética. Deseo conocer música argentina para llevarla de regreso a mi país».[17] En la prensa

---

[13] «Iniciación de los Cursos de Arte Dramático», *Argentina y la U.R.S.S. Informativo del Instituto de Relaciones Culturales*, n.° 2 (diciembre de 1953): 36.
[14] «El IRCAU presenta sus títeres del Más y Mejor en original muestra», *Argentina-U.R.S.S.*, n.° 30 (diciembre de 1958), contratapa.
[15] «Cine en el IRCAU», *Argentina y la U.R.S.S. Informativo del Instituto de Relaciones Culturales*, n.° 1 (septiembre de 1953): 8.
[16] «Por el mapa de la República», 14.
[17] B. R. Gallo, «Intercambio cultural argentino-soviético», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 17 de octubre de 1957.

comunista, se leyó la visita del compositor en esos mismos términos: el dramaturgo y director Blas Raúl Gallo, en una nota publicada en *Nuestra Palabra*, destacó que la relación cultural soviético-argentina suponía «el máximo respeto por las peculiaridades nacionales, contrariamente al avasallamiento cosmopolita, que tiende a destruirlas».[18] El propio Jachaturián, según esa nota, habría exaltado el carácter nacional de la música de cada pueblo. Posiblemente, esta función de «embajador cultural» anticipó el lugar que ocuparía en la SSOD, la primera presidencia de la Asociación de Amistad Soviético-Latinoamericana.

Lejos de lo que podría suponerse, el carácter político de la visita del compositor soviético no significó un impedimento para llegar a públicos más heterogéneos. El 22 de septiembre, el IRCAU organizó en el Luna Park —y no en su propia sede— un concierto que reunió a la Orquesta Sinfónica Nacional, bajo la dirección de Jachaturián, con jóvenes bailarines del prestigioso Teatro Bolshói. El salto de las salas del IRCAU a un estadio de gran envergadura no solo revela las expectativas institucionales, sino también el enorme interés que lo soviético podía generar en el público argentino. Aun cuando *Nuestra Palabra* estimó una generosa convocatoria de 25.000 personas,[19] dicha cifra no resulta del todo desmedida frente al alcance que estos espectáculos tuvieron durante las décadas siguientes. En ese sentido, el concierto de Jachaturián en el Luna Park puede leerse como un punto de inflexión: el momento en que la maquinaria de difusión cultural del IRCAU se proyectó hacia un formato de espectáculo de masas que excedió con creces los márgenes de los círculos filo-soviéticos.

Hasta su refundación en la Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS (SARCU) a mediados de la década de 1960, IRCAU desarrolló una actividad sostenida y ascendente. Con la dictadura del general Juan Carlos Onganía entre 1966 y 1970, no obstante, SARCU solo pudo mantener sus servicios tradicionales, como la biblioteca, los cursos de ruso y las traducciones, además de la gestión de becas estudiantiles y de viajes turísticos a la URSS.

[18] Ibíd.

[19] «Gran fiesta de confraternidad argentino-soviética», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 26 de septiembre de 1957.

Posteriormente, SARCU lograría revitalizar sus actividades. Sin embargo, como reconoció en 1986 su secretario general, esta institución nunca alcanzó «el lugar que por su propia razón de ser le corresponde en el volumen de intercambio cultural entre nuestra patria y la Unión Soviética».[20]

Modernidad sin revolución: dos vitrinas soviéticas en la Argentina peronista (1954 y 1955)

Si el concierto de Jachaturián anunció el tránsito hacia los espectáculos de masas, dos episodios de mediados de la década de 1950 consolidaron esta tendencia con una intensidad inédita. En consonancia con la doctrina de la Tercera Posición, el gobierno peronista tuvo un rol decisivo en la reanimación del intercambio cultural con la URSS y, sobre todo, la instalación en la opinión pública de una imagen que perfilaba a ese país como una sociedad moderna, culta y tecnológicamente avanzada. En ese sentido, tanto el Festival Internacional de Cine de Mar del Plata como la Exposición Industrial Soviética —ambos eventos organizados por el gobierno argentino— contribuyeron a dejar atrás las reminiscencias revolucionarias de lo soviético. La paulatina desideologización fue de la mano con la exaltación del prestigio artístico y científico-técnico promovido por la diplomacia cultural de la URSS. Esta operación estuvo especialmente dirigida a captar públicos más amplios y heterogéneos.

El 28 de febrero de 1954, una delegación de once artistas y directores soviéticos aterrizó en Buenos Aires para participar en el Festival Internacional de Cine que tendría lugar en Mar del Plata entre el 8 y el 14 de marzo de ese año. Su visita, gestionada por la distribuidora local Artkino Pictures, respondió a una invitación de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación.[21] El IRCAU, por su parte, se encargó de la recepción en el Aeropuerto

[20] «Se amplían nuestras tareas: entrevista con Arnaldo Piñera, secretario general de SARCU», *Novedades de la Unión Soviética*, Buenos Aires, vol. 5, n.° 733 (1986): 48.

[21] Valeria Galván y Michal Zourek, «Artkino Pictures Argentina: A Window to the Communist Europe in Buenos Aires Screens (1954-1970)», *Politické vedy* 19, n.° 4 (2016): 40.

de Ezeiza,[22] instancia que finalmente contó con la presencia de funcionarios de gobierno, autoridades diplomáticas y destacadas figuras del cine argentino.[23]

El 2 de marzo se efectuó una conferencia de prensa en el Alvear Palace Hotel. Allí, el presidente de Sovexportfilm y representante del Ministerio de Cultura de la URSS, Piotr Nikiforovich Zimin, valoró el Festival como un hecho tanto cultural como diplomático. En la rueda de preguntas, también explicó algunos detalles de la industria cinematográfica soviética y llegó a afirmar que en la URSS se rodaban unas 500 películas al año, entre largometrajes, documentales y películas de divulgación científica. Tanto el periódico comunista *Nuestra Palabra* como el diario peronista *La Prensa*, a través de las declaraciones de Zimin, destacaron la importancia que esta visita tenía para el intercambio cultural entre ambos países: «La delegación soviética tiene la esperanza de que durante la estadía en la Argentina tendrá la amplia posibilidad de conocer el arte y la cultura de este país, es decir, la música, cinematografía, pintura, ballet y las mejores obras del arte popular».[24]

Durante el Festival, la presencia soviética no pasó inadvertida. Según Michal Zourek y Valeria Galván, el hecho de que rápidamente corriera el rumor sobre la parquedad y el hermetismo de la delegación frente a la prensa —e, incluso, frente a las demás delegaciones— evidencia que el Festival no estuvo libre de la tensión ideológica característica de la Guerra Fría.[25] Del mismo modo puede leerse el tratamiento que el diario *La Nación*, de impronta más liberal y comercial, le dio al gesto de agasajo que los soviéticos ofrecieron a las demás delegaciones; un evento que este diario describió elocuentemente con el subtítulo «Moscú y

---

[22] Archivo Histórico del Partido Comunista «Enrique Israel», Fondo Emilia Segotta, Caja 2, carta a socios del Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS, Buenos Aires, 22 de febrero de 1954.

[23] «Llegó un avión con estrellas», *La Nación*, Buenos Aires, 2 de marzo de 1954.

[24] «Artistas extranjeros destacaron la trascendencia del Festival de Cine», *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1954; «Gran recepción tributó nuestro pueblo a los artistas soviéticos», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 9 de marzo de 1954.

[25] Michal Zourek y Valeria Galván, «La diplomacia cultural de los países europeos comunistas en Buenos Aires a través del cine durante las décadas de 1950 y 1960», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea* 133, n.° 1 (2024): 269.

Hollywood del brazo».[26] Sin embargo, no debe perderse de vista que, más allá de los esfuerzos por superar la presunta bipolaridad, en la participación soviética se jugaba una imagen sobre la URSS que también buscaba llegar a un público no ideologizado. En una entrevista con el propio Zimin, *La Nación* se preocupó especialmente de cuestionar la magnitud y el alcance de la industria cinematográfica, además de la calidad del cine soviético.

En una nota titulada «El cine ruso quiere calidad», *La Nación* dio a conocer una entrevista en exclusiva con una de las principales autoridades del cine en la URSS.[27] Los periodistas evitaron caer en una interpelación abierta. Las preguntas más importantes, en efecto, se enfocaron en aspectos aparentemente técnicos. Por supuesto, nada de esto era inocente. A propósito de la conferencia de prensa, el periodista de *La Nación* volvió a preguntar por la cantidad de películas que al año se producían en la URSS, si bien con un tono más escéptico: «Según informes que estimamos serios, Rusia produce al año escasamente veinte films de largometraje. Pensamos que con el apoyo sin límites que le presta el Estado podría producir mucho más». Zimin ratificó el número de 500, aunque aclaró que solo en largometrajes se producían entre 50 y 60 al año. «Pero nuestra preocupación no es la cantidad, sino el nivel de ideas y de arte de cada producción». Muchas de esas filmaciones correspondían a espectáculos teatrales, agregó en su respuesta, con «la finalidad de extender a toda la población de Rusia espectáculos que de otro modo estarían restringidos a los habitantes de Moscú». Y rápidamente, el periodista aprovechó la oportunidad para contrapreguntar: «¿Cuántas veces por semana va al cine un habitante de la ciudad y uno del campo?», posiblemente con la expectativa de desautorizar la imagen de modernidad mediante el dato concreto. Zimin, una vez más, reafirmó la magnitud de la industria cinematográfica: la URSS «tiene la red de exhibición más grande del mundo: cincuenta mil salas de cine y equipos viajeros que recorren el país en los cuatro rumbos». Así las cosas, «el hombre de la ciudad va al cine dos veces por ciudad, y el de campo una».

---

[26] «Otras películas se proyectaron en el Festival de Mar del Plata», *La Nación*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1954.
[27] «Quiere el cine ruso calidad», *La Nación*, Buenos Aires, 17 de marzo de 1954.

Sin duda, en *La Nación* se esperaba que la pregunta por la crítica cinematográfica fuera el clímax de la entrevista. No casualmente, el periodista hizo referencia a los comentarios de Henri Magnan y Jacques Doniol-Valcroze, publicados en medios franceses que no podrían identificarse de derecha, *Le Monde* y *L'Observateur*. Ambos fueron invitados a la URSS en 1953 en el marco de intercambios culturales organizados por asociaciones de amistad franco-soviéticas. En una nota de edición, el redactor de *La Nación* aclaró a los lectores que Doniol-Valcroze «examinó la crisis de argumentos que padece el cine soviético por trabas burocráticas e ideológicas». De este modo, aun cuando el periodista no especificó el contenido de las críticas, no era ingenua la pregunta: «¿Considera usted que [los artículos de Magnan y Doniol-Valcroze] reflejan la realidad y que [ambos autores] son objetivos?». Sin embargo, esta sibilina interpelación no logró su esperado efecto. Zimin señaló: «De Magnan me acuerdo; de Valcroze no. De todas maneras, los he leído. Los considero serios y objetivos»; literalmente, una opinión general de ambos críticos de cine.

Ni la apelación a la autoridad ni el contraste estadístico pudieron, en esta ocasión, resquebrajar la imagen que proyectaba la diplomacia cultural de la URSS. Estas críticas, más que por su eficacia, son reveladoras por su objeto: colocar la modernidad soviética en el centro del escrutinio expresa un desplazamiento donde ese país ya no representaba una promesa revolucionaria. La URSS y lo soviético dejaron de constituir una amenaza ideológica que, para los sectores liberales y anticomunistas, debía neutralizarse mediante la comparación de dos mundos incompatibles. Por esta razón, la disputa de sentidos giró en torno a las credenciales de modernidad, y no al signo ideológico de esa modernidad. Esta lógica reprodujo los términos instalados por la diplomacia cultural de la URSS y, a su vez, habilitó la inscripción de lo soviético en los lenguajes y formatos del mercado de masas.

Tanto *La Prensa* como *La Nación* hicieron una amplia cobertura del desarrollo del Festival. En las páginas dedicadas a los espectáculos, incorporaron llamativos anuncios para dar a conocer las películas y documentales soviéticos que se estaban exhibiendo. *El Almirante Ushakov*, *Luces en el río* y *Sadko* fueron presentados como «una

selección de su arte cinematográfico en maravillosos colores». Lo mismo destacaron de la película de animación *El gatito desobediente* y los documentales *Sobre las orillas del Volga* (también llamado *Por las orillas del Volga medio*) y *El vidrio y el cristal*. *La Nación*, por su parte, advirtió la notable calidad técnica de la película *Sadko*: «fue realizada en inmensa escala material, que únicamente una cinematografía de inagotables recursos puede proporcionar: impresionantes desfiles de extras, variedad de regiones exóticas y una fantasía que conserva en todo momento su inocencia».[28] Sin menciones a la censura o al carácter propagandístico de esas producciones, se reafirmó así el potencial comercial del cine soviético.

Anuncio del cine soviético en el Festival de Mar del Plata



Fuente: *La Prensa*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1954.

Concluido el Festival, los músicos de la delegación soviética, el violinista David Óistraj y la pianista Tatiana Nikoláyeva, dieron un concierto gratuito en el Anfiteatro Eva Perón que estuvo colmado de público. El notable éxito de este evento, organizado por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y el IRCAU, anticipó los conciertos que estos músicos ofrecieron en el Teatro Colón en los últimos días de marzo.[29] Mientras tanto, y al igual que varias producciones extranjeras, la exhibición de películas y documentales soviéticos también se trasladó a Buenos Aires.

---

[28] «Nuevos "films" se vieron en el Festival Internacional del Cine», *La Nación*, Buenos Aires, 14 de marzo de 1954.

[29] Archivo Histórico del Partido Comunista «Enrique Israel», Fondo Emilia Segotta, Caja 2, programa de mano de la temporada de conciertos del Teatro Colón, Buenos Aires, marzo de 1954.

Entre el 18 y el 24 de marzo tuvo lugar en el Teatro Ópera de Corrientes 860 la «Gran Semana del Cine Soviético», posiblemente organizada por Artkino. Tanto *La Prensa* como *La Nación* publicaron anuncios destacando la calidad gráfica de las 14 películas y documentales en cartelera, dos de los cuales habían tenido buena acogida en Mar del Plata —*Sadko* y *El Almirante Ushakov*—. Por su parte, en *La Prensa* se leía una reseña especialmente positiva del documental *La vida en el Ártico*: aun cuando no tenía una historia para contar, llamó la atención «los varios y novedosos aspectos científicos que descubre el espectador menos avisado», sumado al «encanto de muchas escenas (…) nos ubican en un mundo de ternura ideal, de sugestión maravillosa, y de encendida curiosidad». En definitiva, una obra que era valorada por su calidad artística y técnica: «Rodadas sus distintas escenas en colores, aquellas ven acentuado su permanente interés, que se deriva no sólo de sus muchos aspectos didácticos, sino de la gracia con que fueron logrados».[30]

El cierre del ciclo de cine en el Ópera terminó de consolidar el itinerario iniciado en el Festival de Mar del Plata. En adelante, el cine soviético se afirmó como un producto cultural más, capaz de circular en los mismos términos que cualquier cinematografía extranjera. La reseña de *La vida en el Ártico*, en ese sentido, puede considerarse un punto de llegada donde el origen político e ideológico simplemente dejó de ser relevante y, por consiguiente, dejó de ser un obstáculo para la circulación comercial. De este modo, la desideologización de lo soviético, condensada en este episodio, abrió la puerta al ingreso masivo de películas soviéticas al país y la instalación de una oficina permanente de Sovexportfilm en Buenos Aires.[31]

Apenas un año después, la exhibición de la modernidad soviética se trasladó —en una escala mayor— al terreno de la industria. Entre el

---

[30] Las citas de este párrafo corresponden a «Dos buenas cintas rusas integraron un programa», *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de marzo de 1954.

[31] Zourek y Galván, «La diplomacia cultural de los países europeos comunistas en Buenos Aires», 271; Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin: Interaction and Exchange between the USSR and Latin America during the Cold War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), 38.

21 de mayo y el 3 de julio de 1955, se desarrolló en la zona de Retiro, frente a la plaza Brasil en Puerto Nuevo, la Exposición Industrial Soviética. Se trató del primer evento en su tipo que, al igual que el Festival de Mar del Plata, se realizó en América Latina y fue organizado por la Comisión Argentina para el Fomento y el Intercambio con el respaldo del gobierno peronista.[32] A lo largo de 11.000 metros cuadrados de superficie, la muestra se montó en un pabellón construido para la ocasión y contó con una sala de cine para la proyección de películas sobre la vida soviética. Distintos tipos de vehículos de carga, tractores, grúas, una amplia gama de elementos de la industria metalúrgica, agrícola y textil, instrumental quirúrgico y odontológico, equipos de radiotelefonía, televisión, fotografía y cine, entre otros objetos, dieron forma a una gran vitrina del potencial económico de la URSS. Esta puesta en escena de la tecnología soviética, en el plano diplomático, buscó acompañar la firma de un protocolo adicional al convenio comercial suscrito en 1953.[33]

La muestra tuvo un sello gubernamental explícito. En la inauguración, estuvieron presentes el viceministro de Comercio Exterior de la URSS, Mijaíl Kuzmín, el embajador soviético en Argentina, Grigori Rezanov, el ministro de Comercio, Julio Manuel Palarea, y el presidente de la Confederación General Económica, José Ber Gelbard. Kuzmín planteó que la invitación a organizar una exposición era una «manifestación de amistad y la aspiración hacia una colaboración comercial entre ambos países».[34] A los pocos días, el propio Perón visitó la Exposición junto a altas autoridades militares y de gobierno; ocasión en la que fue recibido por el director de la muestra, el ingeniero Georgui Virobiam. Después de celebrarse un vino de honor, el presidente argentino consignó el siguiente mensaje en el libro de visitantes: «A los hombres de trabajo nos entusiasma ver cómo la U.R.S.S. ha conquistado con esfuerzos y

[32] Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)* (Buenos Aires: Emecé, 2013), 274.
[33] «Fue firmado ayer el protocolo adicional argentino-soviético», *La Prensa*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1955.
[34] «La primera exposición industrial de la Unión Soviética en Buenos Aires cuenta con el amplio auspicio del pueblo argentino», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1955.

sacrificios los instrumentos de su grandeza. Deseamos seguir esta amistad para un futuro de cooperación y de trabajo de pueblos amigos y fraternos».[35]

Con todo, la Exposición Soviética generó un amplio e inesperado interés. Según Tobias Rupprecht, más de dos millones de visitantes tuvo la muestra en cuarenta días, además de una cobertura mediática que alcanzó todo el continente. Para registrar su éxito, desde la URSS se envió al cineasta Igor Bessarabov para que lo documentara en celuloide.[36] En el periódico *Nuestra Palabra*, en particular, se veía con especial optimismo que la enorme concurrencia —un millón de personas en los primeros días, según sus cálculos— expresaba un genuino interés por conocer el mundo soviético y su potencial industrial.[37] Para *La Nación*, en cambio, tal masividad constituía una oportunidad para que la sociedad sopesara los logros soviéticos comparando la industria de la URSS con el desarrollo de los países occidentales.[38] Una vez más, la modernidad soviética irrumpió en la escena pública. No obstante, esta vez sin clausurar del todo el debate sobre su origen ideológico.

Días después de la inauguración, *La Nación* publicó una editorial donde saludaba la expansión del comercio con la URSS. Sin embargo, el redactor se mostraba escéptico respecto al beneficio que traería consigo. Según la editorial, ambos países no eran economías complementarias y, por lo mismo, era poco lo que Argentina podía efectivamente exportar. Por su parte, tampoco le resultaba evidente el aporte tecnológico y técnico que la Exposición buscaba promover: «los interesados habrán de resolver la incógnita que suscita el distinto nivel sin duda subsistente entre aquella [la industria soviética] y la de los países de más larga tradición industrial». Así, para La *Nación*, la muestra representó una nueva oportunidad para exigir credenciales de modernidad. En efecto, advirtió que en la visita «cabe un cotejo entre el quehacer soviético

[35] «Visitó Perón la exposición rusa», *La Nación*, Buenos Aires, 3 de junio de 1955.
[36] Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin*, 44-45.
[37] «El día 21 se inaugura la Exposición Soviética», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 17 de mayo de 1955.
[38] «El intercambio con la U.R.S.S.» [editorial], *La Nación*, Buenos Aires, 29 de mayo de 1955.

y sus resultados y los que surgen de la faena de los países de Occidente». Con todo, igualmente la editorial advirtió, si bien de forma sibilina, que tal acercamiento comercial era sospechoso: «no resulte un aspecto de cierta acción política que iría contra la esencia del espíritu argentino y el contenido fundamental de nuestras instituciones».[39]

Para *Nuestra Palabra*, el éxito de la Exposición demostraba la especial admiración de los trabajadores por la modernidad soviética. «Una admiración que sienten no sólo las personas que desconocen los problemas técnicos, industriales o profesionales (…), sino también, fundamentalmente, aquellas que por su capacitación y especialización en tales o cuales ramas de la industria, la técnica o la ciencia, pueden apreciar (…) el verdadero valor de las maquinarias, equipos industriales, instrumental de precisión, artículos de consumo, objetos de artesanía y decoración, telas, pieles, maderas, vehículos, aparatos diversos, centenares y centenares de artículos, en fin, que allí se exponen.» En un reportaje especial, *Nuestra Palabra* rescató el testimonio de un maquinista ferroviario que expresó de forma elocuente esta emoción: «Está lleno de orgullo. Pareciera que él ha intervenido en la construcción del mismo. Poco tardamos en comprender el secreto de esta identificación. Pausadamente nos dice: —Tengan la seguridad de que en esto han intervenido los ferroviarios rusos. Yo sabía que eran buenos, ahora comprendo que son muy buenos. Y estoy contento porque en ello veo la obra de mis hermanos, los obreros rusos».[40]

A pesar de los esfuerzos diplomáticos y comerciales, lo soviético igualmente siguió suscitando adhesiones y sospechas a raíz del signo ideológico que durante décadas representó. La imagen de una sociedad moderna no clausuraba la pregunta por las banderas que tanto la Revolución de Octubre como la propia URSS levantaron como propias. No obstante, tal como muestran el Festival de Mar del Plata y la Exposición Industrial Soviética, el eje de la discusión pública efectivamente se desplazó a otro terreno. Tanto *Nuestra Palabra* como *La Nación*, a propósito de los últimos ejemplos,

[39] Las citas de este párrafo corresponden a ibíd.
[40] Las citas de este párrafo corresponden a «La Exposición Industrial Soviética», *Nuestra Palabra*, Buenos Aires, 7 de junio de 1955.

participaron de los términos del nuevo registro, pero la pregunta por la revolución siguió latente. Por esta razón, la desideologización de lo soviético fue contradictoria para estos sectores y, hasta cierto punto, resistida. Como veremos a continuación, tales lecturas serían finalmente desplazadas una vez que lo soviético entró de lleno, con sus formatos y lenguajes, al mercado de masas.

El espectáculo soviético en Argentina: ¿un anticipo local del fin de la historia?

Con el golpe de Estado de junio de 1966, la política exterior argentina sufrió un cambio abrupto. Tras el *impasse* que para las relaciones diplomáticas con la URSS significó la política anticomunista del régimen de la «Revolución Libertadora», los gobiernos que le sucedieron —sobre todo, los mandatos de Arturo Frondizi y Arturo Illia— profundizaron las relaciones comerciales con los soviéticos. En 1964 y 1965, se firmaron acuerdos bilaterales para el intercambio de materias primas locales (lanas, cueros y trigo) por petróleo y gas oíl soviéticos. De este modo, el comercio entre ambos países alcanzó niveles nunca vistos.[41] Sin embargo, la dictadura de Onganía promovió una política exterior que, inspirada en la doctrina de seguridad nacional estadounidense, concebía que el principal límite de defensa nacional era la frontera ideológica.

Bajo esta orientación anticomunista, las relaciones argentino-soviéticas se enfriaron notablemente: se redujeron los vínculos comerciales mientras se acrecentaron las tensiones diplomáticas. Por su parte, la censura gubernamental limitó severamente la publicación y la circulación de libros, periódicos y revistas de editoriales y distribuidoras vinculadas al PCA, además de la llegada de filmografía soviética. Por ejemplo, las oficinas de la Distribuidora Rioplatense de Libros Extranjeros, una de las principales importadoras de libros soviéticos, pasaron a la clandestinidad.[42] La restricción a la participación de los llamados países comunistas en el

[41] María Elisa Gentile, «Argentina y su política exterior frente al Bloque Oriental durante la Guerra Fría (1945-1991)», Documento de Trabajo n.° 5, Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, Buenos Aires, marzo de 2011, 7.
[42] Horacio López, *Las editoriales rojas: de la Internacional a Cartago* (Buenos Aires: Luxemburg, 2020).

Festival de Mar del Plata incidió en la suspensión del certamen en 1967 y 1969.[43]

Apenas dos meses antes del golpe de Estado de Onganía, el Circo de Moscú se presentó por primera vez en Buenos Aires. La Difusora Argentina de Espectáculos y Filmes Artísticos (DAEFA), fundada en octubre de 1965 a través de una sociedad conformada, entre otros, por el escenógrafo Saulo Benavente, el empresario Enrique Kaniucki y el productor David Cwilich,[44] se encargó de la contratación de esta compañía estatal circense, por entonces, muy prestigiosa en el llamado bloque socialista. Era una gran apuesta: los gastos asociados al traslado aéreo de artistas y animales, ciertamente, significaron para DAEFA una inversión inicial enorme. Nelly Skliar, quien se incorporó a inicios de abril de 1966 para asumir tareas administrativas,[45] recordó en una entrevista cómo se sortearon las trabas burocráticas asociadas al visado de salida de los artistas: «La que nos ayudó a solucionar el problema fue la esposa del presidente Illia. Así descubrimos que la ley permitía una excepción. Invitadas por un ente oficial, las delegaciones de artistas, deportistas o científicos podían ingresar al país sin tantas complicaciones. Así llegó el primer circo».[46] Con todo, el éxito superó holgadamente las expectativas.

El show del Circo de Moscú consistió en catorce números. En su mayoría, espectáculos con acróbatas, trapecistas, bailarines, gimnastas, equilibristas y malabaristas, además de perros, ponis y

[43] Zourek y Galván, «La diplomacia cultural de los países europeos comunistas en Buenos Aires», 272.

[44] «D.A.E.F.A.», *Boletín Oficial de la República de Argentina*, sección Estatutos de Sociedades Anónimas, 1° de diciembre de 1965.

[45] Antonela Scattolini, «De clowns soviéticos, pistas de hielo y osos en fuga: Nelly Skliar y la producción del "Circo de Moscú" en Argentina (1966-1999)», en *Historia del circo en Buenos Aires, volumen II: nuevo circo y circo contemporáneo*, ed. por Laura Mogliani y Antonela Scattolini (Buenos Aires: Laura Mogliani, 2022), 192.

[46] Carlos Pacheco, «Circo de Moscú: una atracción que marcó a generaciones», *Cuadernos de Picadero*, año 5, n.° 22, 13. Fotografía de la audiencia de Saulo Benavente y Bernardo Noriega con la primera dama en DAEFA, *25 años de espectáculos, DAEFA* (Buenos Aires: DAEFA, 1990), 180.

osos.[47] El número dirigido por Valentin Filatov, como dio cuenta *La Prensa*, llamó especialmente la atención del público porteño: «[los osos] han sido amaestrados de modo de hacer las cosas más inverosímiles en la pista, desde juegos malabares hasta conducir motocicletas. Todo ello ocurre dentro de un ritmo vertiginoso, que entusiasma al público y da a la función un relieve difícil de olvidar. No hay duda de que Buenos Aires no había visto, hasta ahora, una exhibición de esta jerarquía, y ella sola justifica la asistencia a las representaciones».[48] Según el registro de cuentas, entre el 21 de abril y el 25 de mayo se realizaron 60 funciones en el Luna Park que convocaron en promedio a 6.499 personas por función y un total de 389.953 espectadores.[49] Se recaudaron $101.449.552 pesos argentinos (cifra en bruto), de los cuales DAEFA se llevó cerca del ochenta por ciento.

Tal balance animó a los productores a continuar con los espectáculos circenses. No obstante, este cometido solo pudo volver a concretarse en 1969. Entre el 5 de marzo y el 13 de abril de ese año, el Circo Estatal de Hungría se presentó en el Luna Park con 55 funciones. Logró convocar en promedio a 4.917 personas por función y un total de 172.117 espectadores;[50] una llegada modesta al lado del arrollador éxito del show de patinaje sobre hielo, *Holiday on Ice*. El 24 de marzo de 1970, DAEFA trajo de vuelta el Circo de Moscú al Luna Park. Nuevamente, el triunfo comercial se materializó en una alta cantidad de público (en total, 265.085 espectadores en 59 funciones) y, por supuesto, en una alta recaudación, aun cuando una parte de las ganancias fue a beneficio de un centro de rehabilitación para discapacitados.[51] En esta

---

[47] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1962-1971, Luna Park 1966, programa de mano del Circo de Moscú.

[48] *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de abril de 1966, citado en DAEFA, *25 años de espectáculos, DAEFA*, 103.

[49] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1962-1971, Luna Park 1966, «1966 - Circo de Moscú».

[50] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1962-1971, Luna Park 1969, «1969 - Circo Estatal de Hungría (D.A.E.F.A.)».

[51] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1962-1971, Luna Park 1979, «Circo Moscú 1970».

ocasión, el número del domador de tigres Alexandr Alexandrov Fedotov y, sobre todo, el afamado payaso Oleg Popov llamaron la atención de la prensa porteña.[52] Sin duda, esta experiencia consagró a DAEFA como la principal gestora, incluso a nivel sudamericano, de espectáculos provenientes de la URSS y de los países de la Europa del Este. Como da cuenta una carta enviada por Bernardo Noriega, gerente de la firma argentina, al Club de Cultura de Rio Grande do Sul, DAEFA ya en 1966 llevaba sus espectáculos de gira en los países vecinos.[53]

En la década de 1970, se vivió un primer ciclo de espectáculos soviéticos en Argentina que fue facilitado por el acercamiento comercial y diplomático con la URSS. Tras la caída de Onganía en junio de 1970, el régimen castrense —al mando del general Roberto Levingston y, luego, el general Alejandro Lanusse— revirtió la política exterior signada por las fronteras ideológicas. Con el regreso del peronismo al poder en 1973, este giro terminó de consolidarse. Bajo los gobiernos de Héctor Cámpora y Juan Domingo Perón, la URSS se transformó en el principal socio comercial de Argentina, aun cuando no implicó, a propósito de la doctrina de la Tercera Posición, un alineamiento con el llamado bloque socialista. En 1974, se firmaron acuerdos bilaterales para impulsar el intercambio de productos agropecuarios argentinos y maquinarias soviéticas. Tras el breve enfriamiento que trajo consigo la política anticomunista del gobierno de la viuda de Perón, Isabel Martínez, esta orientación se reanudó durante la última dictadura militar que usurpó el poder en marzo de 1976. En estos años, DAEFA desarrolló una actividad sumamente intensa al concentrar todos los niveles de la oferta cultural: desde eventos populares y familiares hasta la alta cultura. Sin duda, entre 1970 y 1982 vivió su época dorada.[54]

---

[52] *El Cronista Comercial*, Buenos Aires, 30 de marzo de 1970, citado en DAEFA, *25 años de espectáculos, DAEFA*, 106.

[53] Acervo Histórico do Clube de Cultura, Serie Gestão Administrativa, Relacionamento Institucional, Correspondencia Recibida 20, carta de Bernardo Noriega a André Paulo Franck, Buenos Aires, 20 de julio de 1966.

[54] El listado de espectáculos que viene a continuación se reconstruyó a partir de DAEFA, *25 años de espectáculos, DAEFA*, además de los archivos digitales contenidos en el Centro de Documentación Histórica Luna Park.

Para diversificar el programa de espectáculos masivos, DAEFA estableció una alianza con la empresa Pace & Lectoure, dueña del Luna Park. Hasta 1982, a las cuatro temporadas que tuvo el Circo de Moscú (1970, 1974, 1979 y 1982) se sumaron las primeras actuaciones de reconocidas figuras del ballet clásico en la URSS: la legendaria Maya Plisétskaya y una de las parejas doradas del Bolshói, Ekaterina Maximova y Vladímir Vassiliev. En el Luna Park, también se presentaron, por lo menos, cinco compañías folclóricas del Estado soviético: el Conjunto Estatal de Armenia, el conjunto de danzas populares Moiseyev, los ballets folclóricos de Ucrania y Siberia, y la compañía de danza folclórica Beriozka.

El Teatro Colón también fue un destino frecuente para los espectáculos de ballet, conciertos y óperas que contrató DAEFA. En el ámbito del canto lírico, en la programación destacan cantantes soviéticos de renombre internacional, como Yevgeni Nesterenko, Irina Arkhipova y Virgilius Noreika, así como otras voces ampliamente reconocidas dentro de la URSS: Vladislav Piavko, Alexander Vedernikov e Irina Bogachova. En el ballet, además de Plisetskaya, Maximova y Vassiliev, destacan la bailarina Natalia Bessmértnova —con su *Giselle*, considerada una de las máximas interpretaciones de la historia— y otra de las duplas doradas del Bolshói, Nadezhda Pavlova y Vyacheslav Gordeyev. Con todo, DAEFA no se quedó atrás en la música académica: en 1970 llevó al Colón a la Orquesta Filarmónica de Moscú, bajo la dirección de Kiril Kondrashin, una de las agrupaciones sinfónicas más prestigiosas de la URSS.

En menor medida, DAEFA apostó por las obras teatrales. En 1981, concretó la histórica visita del Bolshói Dramaticheski Teatr (más conocido como el Teatro Máximo Gorki), es decir, una de las compañías más importantes de Leningrado. Según Ramiro Manduca y Eugenio Schcolnicov, en la sala Martín Coronado del Teatro Municipal General San Martín tuvieron funciones tres obras de gran envergadura: *Historia de un caballo*, de León Tolstói; *Janumá* y, de Máximo Gorki, *Los pequeños burgueses*.[55] En 1987, DAEFA gestionó

[55] Ramiro Manduca y Eugenio Schcolnicov, «"El fin de la infancia": las giras internacionales del Teatro Municipal General San Martín durante la última dictadura militar argentina», *Quinto Sol* 28, n.° 3 (2024): 12.

la gira del Teatro Rustaveli, dirigido por Robert Sturúa. Tal como consignó posteriormente el diario *Página/12*, se presentaron las obras *Ricardo III*, de Shakespeare, y *El círculo de tiza caucasiano*, de Bertolt Brecht.[56] En 1990, DAEFA volvió a traer al director georgiano, si bien con el elenco del Teatro Vajtángov de Moscú y la obra de Mijaíl Shatrov, *La paz de Brest*.

Aun cuando la mayoría de los eventos eran de origen soviético, DAEFA concretó la llegada de espectáculos provenientes de los países de la Europa del Este. Desde Alemania Oriental llevó a la Argentina la prestigiosa Orquesta Gewandhaus de Leipzig (bajo la batuta de Kurt Masur) y al Staatliches Folklore Ensemble der DDR, la compañía estatal de danza folclórica que representaba a ese país en giras internacionales. Asimismo, trajo al Rundfunk-Kammerorchester Leipzig, el Berliner Oktett y el Collegium Instrumentale de Halle, es decir, conjuntos de cámara de sólida trayectoria en el sistema estatal de música de la RDA. Desde Checoslovaquia, la soprano Gabriela Beňačková —quien sería una de las grandes voces líricas centroeuropeas de su generación—, además del Teatro de Pantomima de Ladislav Fialka, el conjunto folclórico Plavci y la banda Strahovanka. Desde Polonia, el gigantesco Ballet Folclórico Mazowsze, con su orquesta, coro y cuerpo de baile de más de un centenar de artistas. Desde Hungría, el grupo de marionetas Napsugár Bábszínház y el conjunto folclórico Rajkó.

Con todo, DAEFA no se limitó a ser un canal de intercambio cultural con los países de la órbita soviética. Desde fines de la década de 1970 amplió su radio de acción al contratar el Ballet de Hamburgo bajo la dirección de John Neumeier; y más importante aún, al gestionar el arribo de una de las compañías de danza contemporánea más importantes del mundo: el Ballet del Siglo XX del coreógrafo Maurice Béjart, con la actuación del afamado bailarín argentino Jorge Donn. De este modo, DAEFA expresaría una ambición artística que, además de combinar criterios de excelencia

[56] «La venganza y el arrepentimiento», *Página/12*, Buenos Aires, 13 de junio de 2015, https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/10-35794-2015-06-13.html.

en la elección de los espectáculos, aspiraba a hacer de esta empresa un referente internacional en las artes escénicas.

Este recuento revela que los vínculos con la URSS no fueron estrictamente ideológicos. DAEFA surgió de la iniciativa de profesionales, varios de ellos militantes, que provenían de distintos ámbitos del medio artístico vinculado al PCA.[57] Así, la preferencia por grandes nombres y la búsqueda de artistas consagrados en sus respectivos géneros podían combinarse con sentidos más ideológicos asociados al origen socialista.[58] Más allá de la propia gestión de DAEFA, estos espectáculos fueron efectivamente objeto de ese tipo de lecturas, si bien en ámbitos más militantes. Por ejemplo, en *Cuadernos de Cultura*, la revista cultural del PCA, se celebró en los siguientes términos la primera visita de Maya Plisétskaya en octubre de 1975: «Y esta visita (…) subraya esencialmente el orden más fundamental de las relaciones políticas, de la necesidad de derrumbar definitivamente las barreras ideológicas para que la verdad de la confrontación auténtica [la superioridad socialista] pueda lucir resplandeciente».[59] Por supuesto, esta dimensión de la actividad de DAEFA no suprimía su naturaleza comercial. Eso fue, sin ir más lejos, lo que provocó su fragmentación.

En 1979, por su cuenta, Enrique Kaniucki emprendió junto al productor artístico Atilio Garaycochea una gira del Circo de Moscú en Estados Unidos.[60] A través de la empresa VASCON —donde Kaniucki era parte del equipo directivo—, el Circo de Moscú recorrió entre el 11 de marzo y el 3 de junio de ese año algunas de las principales ciudades del sur de Estados Unidos, además de

[57] Saulo Benavente, escenógrafo con una larga trayectoria en el mundo del teatro independiente de Buenos Aires; Bernardo Noriega, pianista y músico de jazz, por años dirigente del Sindicato Argentino de Músicos; David Cwilich, productor artístico en el Teatro IFT. Véase Valeria Manzano, «Al compás del deshielo: cultura y política entre Buenos Aires y Moscú», *Prismas* 23, n.° 2 (2019); Cora Roca, *Saulo Benavente: escritos sobre escenografía* (Buenos Aires: Inteatro, 2013).
[58] Nelly Skliar, en conversación con la autora, 8 de diciembre de 2025.
[59] «Maia Plissetskaia en Buenos Aires», *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, n.° 47 (octubre-noviembre de 1975): 74.
[60] Carlos Garaycochea, en conversación con la autora, 11 de marzo de 2026.

Puerto Rico y Denver.[61] Dado que la última gira se había efectuado en más de una década, este logro fue valorado por la institución estatal del circo soviético, el Soyuzgostsirk. Así, Kaniucki y Garaycochea se encargaron, y no DAEFA, de llevar el Circo de Moscú a Buenos Aires en las siguientes temporadas.

El retorno del Circo de Moscú en 1980, esta vez en una versión sobre hielo, tuvo un renovado impulso. Entre julio y octubre de ese año, se realizaron funciones tanto en el Luna Park de Buenos Aires como en el Parque Sarmiento de la ciudad de Córdoba. En los programas de mano de ambos eventos, hubo una especial preocupación por mostrar el carácter oficial de estas presentaciones mediante el aval de la dirección del Soyuzgostsirk.[62] En el diario *La Prensa*, se anunció que el espectáculo fue aclamado por 320.000 espectadores solo en el Luna Park. Lo más destacado, según la misma nota, fue el formato: «Este es el *único circo sobre hielo* que existe en el mundo y tiene las características propias de este tipo de espectáculos».[63] Al año siguiente, bajo el sello DAREL, Garaycochea y Kaniucki llevaron nuevamente el Circo de Moscú al Luna Park, si bien incorporando elencos provenientes de varios países de la órbita soviética (Bulgaria, RDA, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Mongolia).[64] Finalmente, en 1984 lograron consolidarlo como un panorama infalible para las vacaciones de invierno. El éxito fue arrollador: en los primeros 14 días se estimaba una convocatoria de cerca de 130.000 personas; «un espectáculo que atrae multitudes», consignó *Tiempo Argentino*.[65] El número de Valentina Simanova con sus vacas amaestradas y, sobre todo, el

[61] Programa de mano, «Moscow Circus Direct from Russia - 1979 Tour».
[62] Programa de mano del Circo de Moscú sobre hielo, Luna Park, temporada 1980; programa de mano del Circo de Moscú sobre hielo, Parque Sarmiento, 12 de septiembre al 12 de octubre de 1980.
[63] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1972-1981, Luna Park 1980, *La Prensa*, sin referencias.
[64] Programa de mano del Festival Internacional Amistad del Circo de Moscú, Luna Park, 1981.
[65] «La magia del circo le ganó al tiempo», *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 21 de julio de 1984.

payaso Anatoli Marchevski fueron la gran sensación.[66] Así las cosas, la disputa por el Circo de Moscú finalmente se resolvió a favor de Kaniucki y Garaycochea, lo que tuvo consecuencias perdurables. En adelante, ambos concentrarían, en torno a la empresa CET Cine, Espectáculos, Televisión,[67] buena parte de la oferta cultural a gran escala del espectáculo soviético que llegó a Argentina hasta 1991.

Cartel publicitario del Circo de Moscú en Buenos Aires, esquina Rivadavia y La Plata (1979).



Fuente: Archivo personal de Carlos Garaycochea

En la década de 1980, el segundo ciclo de espectáculos soviéticos fue favorecido por la continuidad de la política de acercamiento argentino-soviética y el auge de los vínculos comerciales. Paradójicamente, la dictadura del llamado «Proceso de Reorganización Nacional», aun cuando discursiva y militarmente se alineó con el bloque occidental, profundizó la relación comercial con la URSS. En 1980, se dio un salto sin precedentes cuando

[66] «En el Circo de Moscú hay vacas que bailan polcas y hasta hacen cuentas», *Tal Cual*, Buenos Aires, 13 de julio de 1984; «Anatoli, un payaso a cara limpia», *Clarín*, Buenos Aires, 4 de agosto de 1984.

[67] Uno de los pocos registros oficiales que encontramos de la empresa se encuentra en Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1982-1991, Luna Park 1985, comunicado «Siempre igual, siempre distinto», Buenos Aires, junio de 1985.

Argentina se negó a adherir al embargo impuesto por Estados Unidos a raíz de la invasión a Afganistán. De este modo, la URSS absorbió el 60 % de la exportación de grano argentino durante ese año. En 1981, concentró casi el 87 % de las ventas de maíz y el 50 % de trigo. Por su parte, la cancillería soviética se opuso sistemáticamente a que la Comisión de Derechos Humanos de la ONU incluyera a Argentina en la lista de países investigados por crímenes de lesa humanidad.

Con la transición democrática, el acercamiento argentino-soviético continuó. El gobierno de Raúl Alfonsín, con el propósito de salir del aislamiento diplomático, evitó un alineamiento automático entre los bloques geopolíticos bajo el entendido de que en las relaciones internacionales no importaba la ideología de los gobiernos. En 1986, se transformó en el primer presidente argentino en visitar la URSS. El objetivo era consolidar el flujo comercial asociado a las exportaciones hacia ese país, ya que traía consigo divisas que para Argentina eran vitales por el pago de la deuda externa. No obstante, a los pocos años los vínculos económicos se deterioraron. A raíz de la aguda crisis que atravesaba la industria soviética, el histórico patrón de intercambio comercial —materias primas por manufacturas y bienes de capital— no pudo seguir sosteniéndose. Frente a la renuencia argentina por importar maquinarias y manufacturas que se consideraban poco competitivas y de mala calidad, en 1988 la URSS redujo drásticamente la compra de granos. Con el giro neoliberal del gobierno de Carlos Menem, esta tendencia se aceleró de forma irremediable. En 1991, la balanza comercial entre ambos países alcanzó mínimos históricos.

Fue en la época del auge comercial cuando los espectáculos soviéticos masivos tuvieron mayor presencia en Argentina. A través de CET, el Circo de Moscú se transformó en un panorama familiar ineludible durante las vacaciones de invierno de 1985, 1986 y 1987. Una cita anual en el Luna Park, pero que en cada ocasión se renovó sin perder su atractivo. Esta impronta, especialmente elogiada por la prensa, terminó de cristalizarse en el lema «Como siempre… siempre distinto» en los anuncios de 1985;[68] un eslogan que pasaría

[68] Centro de Documentación Histórica Luna Park, Repositorio digital, Programación, Década 1982-1991, Luna Park 1985, *La Prensa*, sin fecha.

a la historia como el gran emblema del Circo de Moscú y, en general, del arte circense. En estos años, el circo soviético siguió ampliando su radio geográfico y llegó a otras ciudades del interior del país, como Rosario y San Juan. Por su parte, Garaycochea se encargó personalmente de realizar las giras a países como Uruguay, Ecuador, Colombia y Venezuela. En una entrevista televisiva de 1985, contó que el itinerario internacional del Circo generalmente estaba subordinado a factores logísticos y técnicos asociados a la gran envergadura del espectáculo.[69]

Desde temprano, la actividad de CET comprendió eventos en otros formatos masivos. En 1984, llevaron el *Moscú sobre hielo* al Luna Park, un show de 16 números que combinó patinaje artístico y ballet clásico.[70] En 1985, *Gimnastas de la URSS* con deportistas que tuvieron un gran desempeño en los certámenes realizados en Montreal, Valladolid y Pekín durante ese año. Entre otros, Yelena Shushunova y Yuri Koroliov, ambos recientemente galardonados campeones mundiales en sus disciplinas.[71] En una escala menor, en 1985 también arribó a Buenos Aires el Teatro de Muñecos de Moscú dirigido por el famoso titiritero Serguei Obraztsov, evento que fue considerado por la prensa porteña como un hito teatral de máxima sofisticación.[72] Otro de los grandes espectáculos que CET llevó al Luna Park en 1987 fue el Coro y Danzas del Ejército Soviético, es decir, 120 personas entre el coro, la orquesta y los bailarines, casi todos soldados en servicio activo.[73] Este fue el único evento que, después de dos décadas de espectáculos soviéticos, generó rechazo y controversia: el uso del uniforme militar rápidamente fue asociado con la guerra afgano-soviética en curso.

---

[69] Circo de Moscú, 1985, entrevista a Atilio Garaycochea, Coliseo El Campín, Bogotá, Colombia, https://www.youtube.com/watch?v=JKevN09mKh0.
[70] Programa de mano de «Moscú sobre hielo», Luna Park, 1987.
[71] Programa de mano de «Gimnastas de la URSS», Luna Park, 1985.
[72] «Títeres soviéticos para chicos y grandes», *Aquí y Ahora*, Buenos Aires, 6 al 17 de septiembre de 1985.
[73] «Coro y danzas en el Luna Park», *La Razón*, Buenos Aires, 30 de abril de 1987.

Número «Marineros en tierra» del
Coro y Danzas del Ejército Soviético (Luna Park, 1987).



Fuente: Centro de Documentación Histórica Luna Park,
Repositorio digital.

El ballet, el circo, los conciertos y las óperas, además de los conjuntos teatrales y folclóricos, provenientes de la URSS, históricamente gozaron de amplia aceptación y reconocimiento en la prensa argentina. Sobre el Circo de Moscú, por caso, se destacó con frecuencia la destreza, la disciplina y la calidad de los números, además de la sofisticación y la formación académica de los artistas.[74] Estos comentarios no distaban de la forma en que el Circo se promocionaba. A diferencia de otras compañías circenses, los soviéticos se presentaban como profesionales que cultivaban su erudición: «Los numerosos seminarios, las visitas en grupos a los museos y asistencia a conferencias y conciertos, el estudio de las artes, las excursiones a plantas industriales y laboratorios científicos,

[74] «Vino de Rusia y no necesita maquillarse para hacer reír», *Tal Cual*, Buenos Aires, 10 de agosto de 1984; «Disciplina, destreza y refinamiento en el Circo de Moscú», *La Nación*, Buenos Aires, 15 de julio de 1985.

el conocimiento de la cinematografía y de la fotografía de afición, todo ello habla de la vida espiritual de la gente que lo integra y que no se ha encerrado en los límites de la pista».[75] Así, en los programas de mano frecuentemente se presentaba al Circo de Moscú como un espectáculo de otra naturaleza, donde «toda demostración de trucos antiestéticos del género "tragasables", el suspenso morboso y malsano de los números peligrosos, el mal gusto y la trivialidad, han sido erradicados».[76]

Sobre los conjuntos folclóricos estatales, pasaba algo similar. Tanto Beriozka como el Ballet Folclórico Ucraniano fueron elogiados por su espectacularidad y virtuosismo. En ese sentido, se destacaba la escala monumental del cuerpo de baile (entre 80 y 90 bailarines en escena), la exigencia física que implicaba la ejecución de las coreografías y la enorme expresividad de ritmos y colores. El diario *Crónica*, por ejemplo, definió el show ucraniano como un «desfile vital, armonioso, encendido, pujante» con una «fuerte sugestión telúrica», resaltando cómo la percusión acompañaba las danzas «impetuosas de los cosacos».[77] Por su parte, los programas de mano reparaban en que estos conjuntos no ofrecían danzas rústicas, sino un folclor acrobático y estilizado donde la demostración de «impresionante resistencia física y de exultante espíritu» —a través de saltos vertiginosos, por ejemplo— prometía dejar al público sin aliento.[78] De este modo, los conjuntos folclóricos soviéticos se presentaban como una expresión del alma de los pueblos, combinando la alegría y la belleza de sus tradiciones con el rigor y la disciplina atlética de los artistas de la URSS.

En este marco, la polémica que surgió en torno al Coro y Danzas del Ejército Soviético fue anecdótica. La actuación de cantantes y bailarines, entre ellos dos cantantes solistas del Bolshói, fue muy aplaudida por la prensa comercial. El diario *Clarín*, en una nota titulada «Lo militar no quita lo artístico», elogió la ejecución técnica

[75] Programa de mano del Circo de Moscú, Luna Park, 1974.
[76] Programa de mano del Circo de Moscú, Luna Park, 1987.
[77] Citas de prensa en programa de mano del Ballet Folklórico Ucraniano, Luna Park, 1983.
[78] Ibíd.

de los números, sobre todo el baile.[79] «Es obvio que bailando demuestran los eslavos su mayor virtud artística», reparó. *Crónica*, por su parte, destacó la masividad de la convocatoria y la preferencia del público porteño por el repertorio más popular, las canciones «Volga-Volga», «Noches de Moscú» y «Kalinka».[80] En *La Razón* también se publicó una crítica elogiosa de todos los números del espectáculo, incluyendo el Himno Nacional Argentino «en emotivo y perfecto castellano»[81]. Así las cosas, los reparos de algunos columnistas y lectores no lograron eclipsar el éxito artístico y comercial anunciado en los diarios.

Mientras en el Luna Park se realizaban las últimas funciones, en *La Prensa* se leía una columna sumamente crítica sobre el lavado de imagen que representaba el espectáculo del Ejército Soviético.[82] «Bailan y cantan, pero también han invadido, conquistado y matado, además de privar de libertad, prácticamente, a medio mundo». Así, el redactor advirtió que la URSS desarrollaba un plan de expansión y de dominación mundial cuyo último hito fue la reciente invasión a Afganistán. En sintonía con esta visión, en una carta al director de *La Prensa* se planteó, con cierta ironía, que «podríamos pensar que cantan y bailan sobre los cadáveres y las ruinas de húngaros, afganistanos [sic], polacos o cualquier otro país que ose tratar de defenderse de su avasallamiento».[83] En otra columna, también publicada en *La Prensa*, se llegó a especular que el «ballet militar soviético» era funcional a los planes expansionistas de la URSS. Según el autor, se trataría de una «operación psicológica» orquestada por el servicio de inteligencia del Ejército Soviético, para facilitar lo que ha sido «una primera etapa de la suerte de lenta, progresiva, casi silenciosa, al comienzo y, finalmente, estruendosa irrupción de los soviéticos en la vida cotidiana argentina».[84]

*

[79] «Lo militar no quita lo artístico», *Clarín*, Buenos Aires, 7 de mayo de 1987.
[80] «Coro y danzas para disfrutar», *Crónica*, Buenos Aires, 21 de mayo de 1987.
[81] «Admirable presentación del Coro y Danzas del Ejército Soviético», *La Razón*, Buenos Aires, 5 de mayo de 1987.
[82] «Los soldados soviéticos», *La Prensa*, Buenos Aires, 21 de mayo de 1987.
[83] «Un ejército que canta y baila», *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de mayo de 1987.
[84] D. Lupa, «El ballet militar soviético», *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de mayo de 1987.

La fundación de VIDEOCET en agosto de 1987 cristalizó el último salto que la expansión comercial de lo soviético tuvo en Argentina. Enrique Kaniucki y Atilio Garaycochea, tras una exitosa temporada de programas soviéticos en las pantallas del Canal 9, a través de VIDEOCET, participaron de un convenio de cooperación entre esa casa televisiva y la institución estatal de la URSS encargada de los servicios de radiodifusión y televisión, el Gosteleradio. Aun cuando tal acuerdo no prosperó, por sí mismo expresa hasta qué punto lo soviético, tras cuatro décadas de diplomacia cultural y de espectáculos de masas, se transformó en una categoría comercial en los distintos ámbitos del entretenimiento y la vida cultural argentina. A lo largo de este capítulo, vimos que ese tránsito estuvo signado por un proceso de desideologización que no fue lineal ni logró completarse. La construcción de la infraestructura institucional que dio soporte tanto a la circulación de lo soviético como a su desplazamiento discursivo, sin duda, fue potenciada por el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales bajo la doctrina de la Tercera Posición. Durante los dos primeros gobiernos de Perón, se cristalizó un momento de expansión —nunca visto en la región— donde lo soviético escaló en masividad mientras se fue desdibujando su signo socialista. De este modo, la modernidad que históricamente representó fue perdiendo su horizonte transformador, es decir, la promesa de superar los males y las injusticias de las sociedades capitalistas.

Pocas veces los espectáculos soviéticos expresaron con tanta nitidez las tensiones de la Guerra Fría como pasó con la controversia en torno al Coro y Danzas del Ejército Soviético. No obstante, su carácter excepcional expresa la naturalidad de la presencia soviética en Argentina y, al mismo tiempo, sus límites. En dos décadas de funciones y giras ininterrumpidas, los espectáculos soviéticos circularon como cualquier otro producto de la industria del entretenimiento, tan así que incluso uno de sus formatos más lucrativos —el Circo de Moscú— fue objeto de disputa empresarial. Sin embargo, aquello no significa que lo soviético solo remitió a un origen geográfico y cultural susceptible de exotizarse. La excelencia técnica y artística fue un sello, instalado por la diplomacia cultural de la URSS, mediante el cual se buscó que lo soviético llegara a públicos masivos. Ese fue su principal valor comercial.

Con todo, la pregunta por el origen político de lo soviético nunca pudo suprimirse. El llamado «fin de la historia» —a decir de Francis Fukuyama— que la industria del espectáculo parecía anticipar en Argentina, en la práctica, no pudo concretarse del todo mientras siguió existiendo la URSS. El progresivo ingreso al mercado de masas no alcanzó a neutralizar las lecturas ideológicas donde la URSS podía ser vista como una amenaza o como un ejemplo a seguir. Aun en circunstancias donde los formatos y lenguajes comerciales parecían absorber incluso el uniforme militar, siguió latente la disputa por el signo político de lo que para muchos fue un mundo. Una vez que la Federación Rusa apareció como el nuevo referente político, los esfuerzos por desideologizar lo soviético dejaron de tener sentido: su objeto simplemente había desaparecido.

Las autorías

Andrey Schelchkov. Con postgrado en el Instituto de Historia Universal de la Academia de las ciencias de la URSS, en 1989 defiende su tesis doctoral. Es investigador titular del dicho Instituto, se especializa en la historia moderna de Bolivia, Chile, Brasil, la historia de la izquierda, su principales publicaciones: La Utopia social en América Latina en el siglo XIX. Moscú: Akvilon, 2016 (en ruso); Socialistas-militares: el laberinto boliviano de la experimentación social (1936-1939). La Paz (Bolivia): CIS, 2018; Historia del Trotskismo en Chile, 1931-1973. Santiago: Ariadna, 2016 (en coautoría de Manuel Layola, Matias Villa)

Guadalupe A. Seia Oviedo, es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Investigadora Adjunta del CONICET en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" y forma parte del Centro de Estudios Históricos sobre los Trabajadores y las Izquierdas. Ha sido reconocida como candidata en el Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (México). Sus investigaciones se concentran en las militancias y organizaciones estudiantiles transnacionales durante la Guerra Fría. Entre sus publicaciones recientes se destaca "Transnational student activism during the Latin American Cold War: the case of the Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes (OCLAE) (1966–1980)" (Globalisation, Societies and Education, 2026).

Gastón Mazzaferro, es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de San Martín, estudiante del Doctorado en Ciencias Humanas de la misma casa de estudios y becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Su actual tema de investigación se centra en el estudio de las relaciones de solidaridad y colaboración entre las distintas organizaciones de izquierda centroamericanas en el contexto del conflicto armado regional y de la Guerra Fría. Recientemente, publicó en el *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* (UNC, 2024) un artículo sobre las interpretaciones que realizó Carlos Fonseca de Augusto Sandino entre 1953 y 1976.

Guillermo Alexís Fernández Ramos. Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y magíster en la misma disciplina por la Universidade Estadual de Feira de Santana. Sus líneas de investigación son la historia de los intelectuales y la historiografía de América Latina. Se desempeñó como coeditor de la revista Apostilla (ISSN: 2313-2922) y es autor del libro *Emilio Choy Ma y su contribución a la Nueva Historia del Perú* (Lima: Universidad Ricardo Palma, 2023). Asimismo, es miembro del Laboratório de Históriae Memória da Luta de Classes.

Ximena Urtubia Odekerken
Licenciada en Historia por la Universidad de Chile y magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Actualmente, es becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» de la Universidad de Buenos Aires. Sus investigaciones se centran en la historia política de Chile en el siglo XX, especialmente en la historia del comunismo. Es autora del libro *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2016).

Felipe Yévenes Hevia, es licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus líneas de investigación se centran en la historia política y diplomática de Chile durante la Guerra Fría. Es autor de «La Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) y el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic (1971): Representaciones e indicios», publicado en Revista Izquierdas (2025).

Manuel Loyola, licenciado en historia, Magister y filosofía y Doctor en Estudios Americanos. Ha dividido su quehacer profesional entre temas historiográficos, en especial de la historia de la edición comunista chile, y en su tarea como editor de la revista Izquierdas y Director de la Editorial Ariadna Ediciones. Ha escrito varios textos sobre los temas dichos, así como editor de libros dedicados a la historia del comunismo de la Tercera Internacional en América Latina

Yann Cristal, es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, y es profesor e investigador de esa universidad. Sus investigaciones se concentran en la historia reciente del movimiento estudiantil argentino y en la historia de la ingeniería en Argentina y en América Latina. Es autor del libro Pública y gratuita. El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires entre 1983 y 2001 (Eudeba, 2024). En 2026, fue investigador visitante en el Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, Alemania, con un proyecto sobre las primeras asociaciones de ingenieros en Argentina, Brasil y México. Es también guionista cinematográfico por la ENERC-INCAA.

Kristina Buynova, Doctora en Historia, profesora adjunta del Departamento de Español de la MGIMO. Traductora de español. Intereses académicos: contactos internacionales de los escritores soviéticos, diplomacia cultural soviética, traducción e industria editorial en la URSS. Coautora de la monografía Cinco días en Moscú: Mario Vargas Llosa y el socialismo soviético (1968) (Reino de Almagro, 2024), traducida también al ruso (Litfact, 2025) —junto con Carlos Aguirre—. Autora de artículos sobre la interacción de las instituciones literarias soviéticas con Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Juan Goitzolo, Miguel Otero Silva, Pablo Neruda, Graham Green y otros.

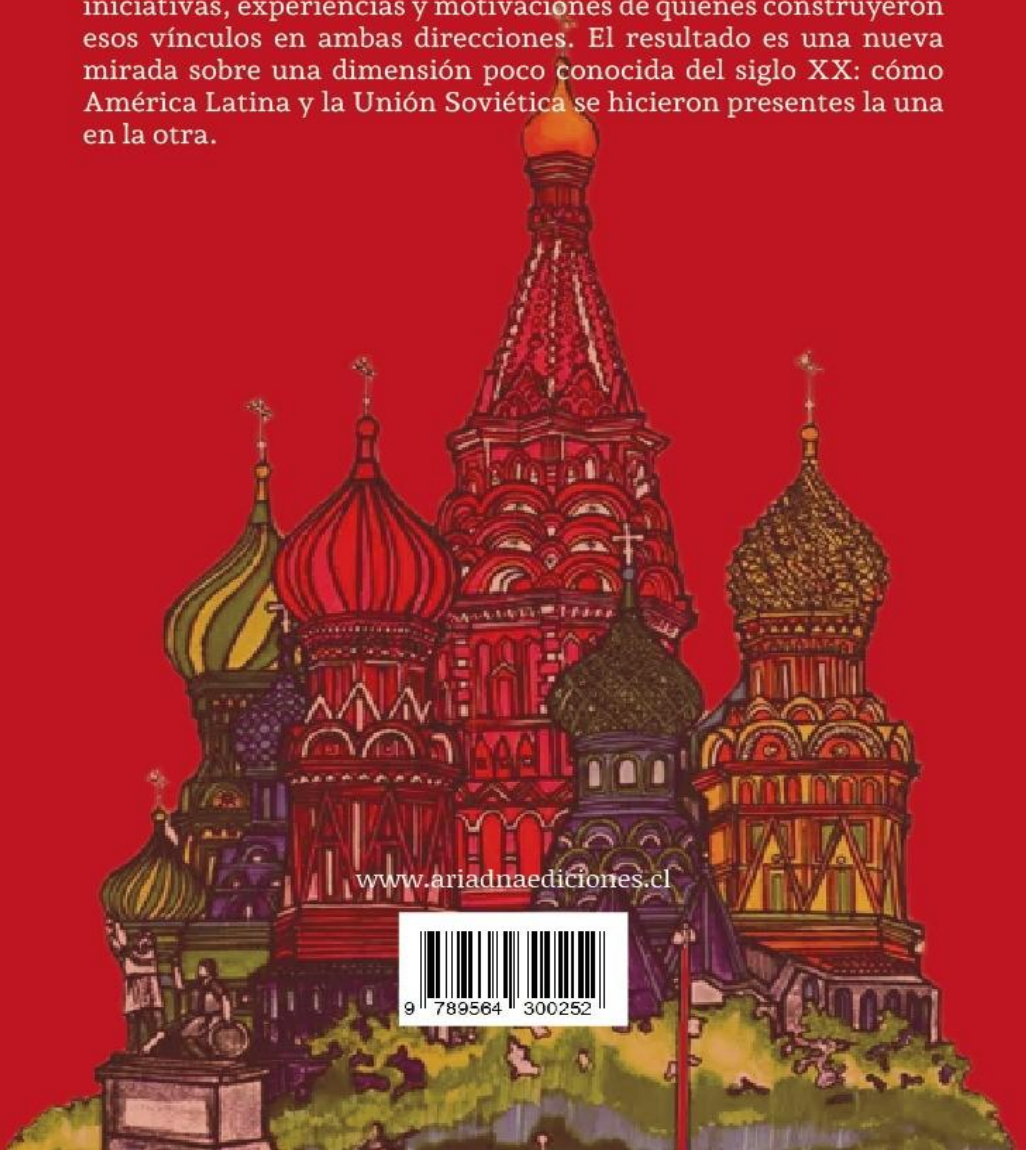
Grecia Chávez Medina, licenciada en historia por la Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y maestra en historia por el IIH de la misma universidad. También es maestra en historia por El Colegio de México donde está finalizando su tesis doctoral sobre la Sección mexicana del Socorro Rojo Internacional. Entre sus líneas de investigación se encuentran la historia de las mujeres y la historia de las izquierdas desde una perspectiva transnacional. Entre sus últimas publicaciones se encuentra "Una organización frentista en México: La Liga Internacional Pro-Luchadores Perseguidos. Sección mexicana del Socorro Rojo Internacional, 1925-1932.

Hernán Camarero
Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA), profesor titular en la misma casa de estudios y director del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas. Es investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» de la UBA. Sus investigaciones se centran en la historia política y social de la Argentina en el siglo XX y se especializa en la historia de las izquierdas y el movimiento obrero. Algunos de sus libros son *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución rusa* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017) y como coeditor, *El trotskismo en la Argentina. Estudios para una historia política, social y cultural* (Buenos Aires: Prometeo, 2024) y *Lenin y el leninismo en América Latina* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2025).

Mauro Espínola Terán. Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública. Maestro y doctorando en Historia en El Colegio de México, donde desarrolla una investigación sobre el trotskismo mexicano desde una perspectiva trasnacional. Sus líneas de investigación se centran en la historia de las izquierdas mexicanas y sus conexiones con América Latina y el resto del mundo. En 2025, publicó «Los comienzos del trotskismo en México: de la Oposición de Izquierda a la Liga Comunista Internacional, 1929-1934» en *Nuevos estudios sobre el comunismo mexicano,* coord. por Horacio Crespo e Irving Reynoso Jaime (Ciudad de México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones, 2025).

A partir de la Revolución rusa de 1917, América Latina y la Unión Soviética construyeron una historia de encuentros e intercambios que atravesó gran parte del siglo XX.

A través de viajes, publicaciones, iniciativas políticas y encuentros culturales, científicos e intelectuales, numerosos actores de ambas regiones establecieron relaciones que despertaron admiración, controversias y expectativas de transformación social, pero también intereses que trascendieron las afinidades ideológicas. Para muchos latinoamericanos, la Unión Soviética representó un modelo alternativo de sociedad. Por su parte, América Latina adquirió una creciente importancia política y cultural para los soviéticos. Los capítulos de este libro recorren esas historias entrelazadas. Lejos de presentar a América Latina como una receptora pasiva de las influencias soviéticas, recuperan las iniciativas, experiencias y motivaciones de quienes construyeron esos vínculos en ambas direcciones. El resultado es una nueva mirada sobre una dimensión poco conocida del siglo XX: cómo América Latina y la Unión Soviética se hicieron presentes la una en la otra.



www.ariadnaediciones.cl

9 789564 300252